



Camminos de sombras

Luis Illanes Albornoz

Editorial Einsof

*¡Ay, tú que saqueas, y no has sido saqueado
que despojas, y no has sido despojado!
¡En terminando tú de saquear, serás saqueado,
así que acabes de despojar, serás despojado!*

(Isaías 33, 1-4, La Salvación Esperada)

*¡Cómo ha acabado el tirano
cómo ha cesado su arrogancia!*

(Isaías 14, 3-4, Sátira sobre la muerte de un tirano)

ISBN 978-3-947434-00-8

Depósito legal: 00/1998/9844, Madrid, a 7 de abril de 1998. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Surtido de exilios	5
Las dos <i>bebidas</i>	58
Purgatorio	231
Don Íñigo	296

Surtido de exilios

*Recuerda mi miseria y vida errante:
 ¡es ajeno y amargor!
 Lo recuerda, lo recuerda, y se hunde
 mi alma en mí.
 Esto revolverá mi corazón
 por ello esperaré
 (Tercera Lamentación, Zain)*

Cap. I

¡Cómo brilla la Cruz del Sur!

La joven quiso darle rienda suelta al suspiro, sacarle el jugo, en tanto las manitas del niño a su vera una a una dibujaban las estrellas de que se compone hasta reducirse sus ojitos a dos tajos sutiles. Tenue se dejaba sentir el airecillo que entretenía rizos infantiles. De momento adormecido se aferraba al pecho de su madre quien, alzando un brazo quiso formular algo inaudible, mientras agitaba una mano a escondidas. La despedida se las compuso para ser y no ser, el avión ingresó en la noche, se volvió luz agónica que se perdía en una negrura salpicada de resplandores. Estudiado a conciencia el reloj, se encaminó a la salida.

Casi se ha vaciado la terraza. Un señor, de rostro inmóvil orienta la mirada hacia cuerpos celestes a unos pasos de una segunda madre joven que tampoco le despega los ojos al firmamento. De tiempo en tiempo, se los refriega, pretende contener algo fuera del alcance inmediato, a sabiendas cuan inútiles son los esfuerzos. Abriéndose paso entre multitud de emociones disparadas, paladea la vastedad desierta, a paso quedo se aleja, pues sus brazos asimismo acunan un niño dormido. El señor de traza ensimismada mantiene fija la

observación celestial. Preso de un nerviosismo incierto, determina entrar. La noche, una alfombra de astros encendidos. En los recintos de Pudahuel, salvo los ojos oficiales, merma el ajetreo, y él debe proseguir la vigilancia pese a que hoy esos ojos están de vacaciones. Aquí y allí se advierten dos o tres pasajeros, familiares o amigos de vaya a saberse quién.

Cálida noche de enero, punto de reunión de madres jóvenes, apta para amparar dramas privados de lengua, mejor aun si también de oídos. Horas antes, sin mediar demasiadas palabras, conmovido a buena cuenta el de rostro circunspecto había cogido en sus brazos al hijo que se iba. Sabía que debía partir, quería y no quería aferrarse a él, tal vez perseguía comprender que, de manera inexorable, en estos instantes, algo recioso en extremo se le iba de entre las manos y él, de alguna forma u otra, se encontraba implicado en la tragedia que supo encauzar pero no evitar. Grandes y nervudas manos delatando agitación manifiesta, en vías de crecer al aferrarse a la camisa del hijo que se aleja como si quisieran rasgársela de firme. Perdido el caso, se dio media vuelta, agachó la cabeza, a pasos vacilantes se retiró pero no llegó lejos. Atrapado por fuerzas extrañas a su voluntad se detuvo en la entrada. Desde allí observaba los despegues, advertía que pocos tuvieron la gentileza, fuera del coraje, de ir a despedirle. Leoncio, el hijo, se sabía a solas, pensaba en su familia. Rememoraba. Nacían las añoranzas, moría la existencia anterior.

A fin de no alterar el programa su madre se quedó en casa. Víctima de las jaquecas que pueblan estas circunstancias, buscaba el inigualable y solitario confort de la oscuridad sin más compañía que la del rosario. Así ha sido siempre. De a una pasa las cuentas sin despegar los ojos de la habitación de la hija. Son ojos deseosos de indagar respuestas detrás de cortinas de quietud. Habrá interrumpido el ritual porque dicen que mi hermana anda en

París. Hace mucho tiempo que no la veo, recordó Leoncio. ¡Hmm! ¡Hmm! Te equivocas, querido hermano. Noche a noche voy a París y vuelvo al amanecer porque todavía no me ha llegado la hora. Tanto aseguraba la hermana, si no fuera por encierros en tiempos fuera del alcance del hermano. ¡Qué conste! ¡Eh! No a gozar de la vida, a buscar a Dios, replicaba la madre. En esto estaba de acuerdo; sólo en esto. La última vez que la avistó medio en vivo fue testigo de una extravagancia que, en un principio, no pudo dar crédito. Su hermana se desvanecía cual aire en el aire. Después, la perdió de vista.

En el aeropuerto se reunió la pandilla. Larguísimo el pelo, bien fruncido el ceño, quien más quien menos odiaba todo lo que impidiera identificación cabal, que no fuera su mundo. Sin embargo, tampoco era cierto esto, pues incluso odiaban su mundo. Se sabían incrustados en un sistema riguroso, ajeno a sus aspiraciones y mal podían suponer ayuda de progenitores, maestros oficiales, inoficiales, celosos guardianes de la ley y... sicarios. El ejemplo de sus mayores se limitaba a lo que pronunciaban los fantasmas de un pasado reacio a pasar. Ni en broma se les hubiera ocurrido aguardar comprensión o refugio entre quienes administraban la religión oficial o detentaban las riendas del poder. A más de eso, tenían que irse despacito por las piedras. Ya la mera presencia de ciertos individuos, sobre todo en grupo, en los confines del aeropuerto, implicaba riesgos incalculables. La seguridad de una clase era más importante que velar por la integridad personal.

A su izquierda, como siempre en guardia, el Indio Ñanquilao, de Temuco, orgulloso de ser auténtico mapuche, no obstante rumorearse que no lo era, sino más bien un accidente sexual entre una reá y un sayón de la DINA, al mismo que tiempo después se cargaban a botellazos en Miami (con una Coca-Cola para peor), que tuvo lugar cuando se le tiró al

dulce y, al no verse correspondido según su rango, ahí mismo se la pasó por las armas.

Hosco, silencioso, de mirada profunda, inescrutable, rígido se mantenía a la vera de su Leoncio, demostrando a las claras que, pese a las circunstancias, podía conservar la fe en él, que por nada en el mundo dejaba de ser su fiel guardaespaldas. Detrás de quien se iba, la diminuta presencia del Chico Passo, más conocido como Por-Si-Acaso o Elena No (de: el-ena-no), de menguado porte, aunque dueño de una tenacidad inusual en latitudes sudamericanas. Frente a él, abrazándolo en los sitios permitidos por el código varonil, José Caballero, el Lágrima Pilla, apodo que le habían calzado debido a la costumbre de enjugarse siempre una lágrima, inexistente para él mismo, real en los ojos de los demás. Juntos por postrer vez puteaban a la sordina. ¡Abajo el chuchah e su madre de Pinoché! ¡Biba el pueblo, mierda! ¡Venseremoh, así noh caguemoh! Semiahogados los eslóganes a causa de la emoción... del temor a oídos profesionales.

Terminados los abrazos, rehuyeron las miradas a fin de no exhibir ojos enrojecidos. Nadie se atrevía a expresar lo que pugnaba por salir y no salía. Cual sonámbulo se dirigió al control de pasaportes. Conforme se empequeñecía en el pasadizo impersonal, anónimo, interminable, semisombrío, verificaba que el mundo se había quedado atrás. Cómo no creer en algo nuevo. Que a partir de hoy sus asuntos corrían mejor suerte.

Es verdad... nadie añadió nada más. ¿Para qué además? ¿Es que las palabras transmiten? ¿No será que encierran, de manera singular, el verdadero significado de lo que se quiso decir y no se dijo? ¡Glup! Tragado ya ni se nota. O, ¿posee el lenguaje doble función? Por un lado, hablar con el propósito de silenciar la voz detrás de la voz que surge del fondo de

los vapuleos. Por otro, formular justo lo contrario de lo que pretende expresarse.

Dada vuelta la página, se puso en marcha hacia lo desconocido.

En control de pasaportes se las compuso para ofrecer talante íntegro. Ahora era el viajero ducho, que viaja cada día... no tiene nada que temer... nada que declarar. Desplegó la documentación sin el menor desliz facial. La documentación está en regla, alegó desde una distancia no comprometedora en cuanto hubo detectado la vacilación en el rostro del funcionario. Éste, sin siquiera inmutarse, realizó una corta llamada y colgó a idéntica celeridad. El sospechoso, sin saber qué pensar, continuaba parado frente a la ventanilla del funcionario que se entretenía hojeando en un enorme directorio. Haciendo gala de paciencia esperó el final. Como no acertó a encontrar ningún registro a su nombre, espetó sin rodeos: ¿Tiene pasaporte chileno también? Lánguido desliz de minutos largos. No... no, no, señor, el español na máh. Corta llamada y breve consentimiento. Encogiéndose de hombros sacó un timbre de marco metálico e hizo revivir la tinta. A cargo de un aliento embebido en vino casero estaba la reanimación. Un salida conforme desvirgó el pasaporte.

Soi máh chileno que loh porotoh y te lah bení a dar connmigo. No andubierai tan campante, pobre y triste huebón si el viejo Franco toavía bibiera, murmuró para sí, entre dientes carcomidos a causa del consumo, tan obligado como desmedido, de tabaco de calidad popular. Leoncio inclinaba la vista sobre el libraco atestado de nombres e inscripciones.

Retomó el camino a un sitio ignorado. Detenido en algún umbral medio conocido miró hacia atrás. Una empleada le indicó mediante señas que aún tocaba esperar el avión de

Aerolíneas Argentinas, de costumbre con retraso. Dentro de unas horitas más diríjase a la puerta 6, expuso a regañadientes otro empleado, soñoliento, sin tomarse la molestia en disimular el esfuerzo. Sentado detrás de un escritorio en miniatura se reía a carcajadas decentes entre que iba hojeando una revista. Pase, pase, pase pues, a la sala para pasajeros en tránsito, agregó secamente, ladrando, antes de proseguir la lectura.

Se encaminó al lugar preso del desgano, de la pereza. En su estómago se anidaba la desorientación. De partida, el anhelo de recapitular el panorama vivido al presente. En el asiento de al lado se acomodó una pelirroja. A juzgar por la pinta, más de alguno rejuraba que venía de la población callampa. Evitando aspavientos que no vinieran al caso, se introdujo a sí misma: Soy Brunjilde, *perro* con la hache. Mis amigos latinos llaman *Jilde*. Leoncio se imaginó un perro vestido de hache y a unos latinos que llamaban a Jilde.

Erra en Santiago *parra* seis meses y me gusta muy, muy hablar lo español, contó a empujones. La magnitud del esfuerzo se las hacía hilvanar a borbotones. ¿Y por qué no lo aprendihite como la gente entonseh, puh gringa güevona?, repuso garganta adentro.

¿De dónde soi? Interrogación a frías. De alemana, replicó ella. Ya caché eso, contraatacó él. ¿De qué parte de Alemania? *Ach so!* (comprendo). Soy hamburguesa, se corrigió. ¿Con cebolla? O, ¿así no más? ¡Ah! Ya caigo. De Hamburgo querrás decir, contestó atrapado por impulsos diversos que iban de risotadas abiertas a ganas de cepillársela ahí mismo. Sí, sí. De hamburguesa. Ahí bibe yo y también la hermana de mí, siguió Hilde. ¡Ah! Ya veo, entiendo, entiendo, pero todavía como que no caigo, agregó él mediante el conveniente meneo de cabeza. Y... ¿te gustó Chile? ¿No... tubiste problemah con loh pacoh o loh ratih

(detectives) mira que... ?, pretendía averiguar si no fuera porque ella sorteó la pregunta. *Yuhu!* (¡yupi!) *Mirra* lo que yo tengo aquí, hizo notar sacando un envoltorio de papel plateado que contenía un canuto. Al tanto de estas movidas, no podía ser más que yerbita. No creo que se pueda aquí, le advirtió su mirada de izquierda a derecha. Muchah cuhstioneh no sabo, *perro* eso, *clarro... clarro*, se defendió ella pelando los dientes. Se rieron los dos. Bamoh al baño, si *querrís*, propuso desplegando la sonrisa de gata en celo.

En el avión se sentaron juntos. Leoncio, a despecho de considerarse a sí mismo un emancipado de primera categoría, capaz de mandar al carajo lo viejo y tradicional (momio, en su jerga), incluidos desde luego tanto la mentalidad, las normas archiburguesas de sus padres, cuanto los valores de la clase social que representaban en mayor o menor medida, no conseguía disimular el desagrado que le causaban los andrajos de Brunhilde. No le entraba en la cabeza que alguien, a todas luces cargando un montón de dinero, quien además estaba buenísima, no tuviera ni el gusto ni menos las ganas -ni aludir a la intención- de siquiera dar a conocer parte de su más que apetecible y generosa anatomía. Es que a él, natural le parecía, además de legítimo, que cualquier persona invirtiera los últimos centavos en vestirse como Dios manda; siquiera como mujer, más aun si sabrosa. Si los pobres no se bañan mucho que digamos, ni se visten bien, era, especuló, porque lisa y llanamente carecían de medios, cuartos y octavos también. Pero, ¿la faltaban los medios una como Brunhilde? Nada más por eso se mostró reticente a fumarse un piticlín en los baños de las mujeres. Si te pillan con las manos en las verijas, son menos jodidas que los machos, se explicó a sí mismo. Este argumento mostró a las claras que el niño andaba más caliente que bombilla de lata, y se encamaba hasta con una leprosa.

Mientras se revolcaba en el asiento, hizo desfilar ese placer, ahora definido de forma distinta. La experiencia fuera de serie tuvo efecto narcótico. Donde hay una, hay dos, tres... se pintó el menú antes de remontarse a las alturas. Estiraba la dicha; al punto desfilaron las escenas.

La iniciativa de emprender vuelo juntos en el baño de las mujeres corrió a expensas de él. Dos o tres miradas aquí y allí bastaron para volatilar sospechas. Pasados unos instantes, el ingreso de una del sexo previsto, luego, el de de quien se equivocó de baño. A esas horas vacíos. Se encerraron en el último. A distancia, de vaya a saberse qué en concreto, los despegues y arribos. De milagro a nadie se le pasó por la mente usar los servicios.

La anonimidad, de hace una hora, en un cerrar de ojos se volvió singularidad. Arrancados del tiempo, abandonaron el lugar. Sin apuro (no dijeron que el avión venía con retraso) se pasaban el pito. De más las palabras. Tal vez debido a la intimidad que genera la complicidad, quizás a causa de lo reducido del lugar, acaso por un motivo innato a los humanos, máxime cuando se ven constreñidos a permanecer estrechamente unidos palpando el uno la presencia del otro es que, sin saber sabiendo, el uno se halló en los brazos del otro. Tampoco se acuerda muy bien cuándo empezó a quitarle los harapos para luego sacarle todo. En la memoria atesora que la imitó, se olvidó de eso... de todos.

Ya habían transpuesto los umbrales de la cotidianidad cuando se dieron. No sólo por el hecho de encontrarse a puertas cerradas en el desierto baño de las mujeres, sino por ir transportados en andas de una voluta azulada placentera en demasía que compartían de igual a igual, con el don de otorgarles la ilusión de hallarse a solas en el mundo al no

acordarse de nadie. La recuperación de la indivisibilidad lograda la supresión de barreras.

Si alguien entraba en esos momentos, las nalgas de ella en la tapa del wáter, cruzadas sus piernas por detrás de la espalda, senos abultados y radiantes implorando mordiscos cual oferta, jadeante de placer oscilando las caderas a la loquesca, en voz alta pidiendo penetración, simplemente pura mala pata. Además, ¡qué más daba! A idéntica parsimonia, soltura de cuerpo y tranquilidad con que ingresaron en aquel sitio, inolvidable sólo para Leoncio, cogidos de la mano salieron sin decir esta boca es mía de tanto besuqueo. Se abrazaban como para el Año Nuevo. Bajo mano se detectaban sendos nerviosismos, el paulatino descenso de excitación, que ambos vestían con risillas inusitadas, a la vista del más cegatón los párpados que subían y bajaban, pero más en dirección a la tierra.

Los sentidos alborotados emborrachaban la perdiz, cambiaban de país el aeropuerto, alteraban los horarios de salida. Así y todo, se dirigieron nuevamente a la sala de espera porque la de embarque se encontraba de lo más desierta. Por más que recorrieron las miradas los detalles del entorno, no descubrieron a nadie en condiciones de brindar respuestas saludables. En uno de los pasillos enlozados se lanzaron a la búsqueda del avión que iba a transportarlos a España y Alemania. Al regresar a la puerta de embarque número 6 vieron que seguía cerrada. Los empleados brillaban por su ausencia.

De la forma que iba la mano, no les quedó más remedio que dirigirse a un pequeño despacho donde, escrito en un trozo de papel, la palabra Informaciones se mantenía en pie. El encargado, desde luego arrancado del sueño, los contempló de hito en hito y masculló: ¿de qué planeta bienen estos pajarracos? ¡Ubícate poh mata e coco! El avión a Madrí

despegó hasen treh horah, replicó en tanto aflojaba la información pedida y expulsaba un resuello de malestar. Y... ¿ahorra?, quiso saber Brunhilde ofuscadísima vista la amplitud del servicio. ¡No joda! Gano una miseria y boy a ahorrar, agregó el empleado entre los dientes, cuya vista se clavaba en unos papeles. ¡Irse al carajo! ¡Qué máh? O comprar otro pasaje. Eso eh. Chinchín y se acabó el lío, agregó al notar la impavidez de la chica. Ni el tono ni el volumen de la voz se habían alterado. Sobrevino una pausa. No sé... ¡qué me preguntan a mí!, replicó a continuación. Los hombros subieron y bajaron los centímetros justos. Pasados unos segundos levantó la voz aunque mantuvo la cabeza abajo.

Brunhilde no entendía un carajo. Al ver el empleado que continuaban allí, poniendo verde de envidia a cualquier estatua de bronce (como sacos paperos, se figuró), no tuvo más remedio que coger el manual a cargo de indicar las salidas diarias. Pah ónde ijeron que iban loh lindoh, rezongó cabizbajo. Yo, a Madrí, se adelantó Leoncio, Y yo, a *Jamburgo*, agregó Brunhilde tras cierto esfuerzo. Güeno, güeno. Bamoh a ver, dijo un siego piyo. Miren, niñoh, aquí tienen uno que casi, casi... casi buela en direhto a Alemania si no juera porque el abión es medio chueco. Claro que primero llega a Fráncfort. Allá, a ber, a ber, dijo otro siego, tienen que aguantarse una hora... no, no, perdón, doh horitah; despuéh, a *Jamburgo*, a manduquear *jamburguesah* se ha dicho, añadió por fin al tiempo que se burlaba y, muerto de la risa, sus ojos comenzaban a desnudarla.

¡Ah! Un poco más y se me le olvida, Ud., le dijo a Leoncio, primero a Alemania y después a España sí, o irse en tres días más en vuelo directo a España, a eso de las diez de la mañana; tiene que estar en el aeropuerto dos horitas antes para la cuestión del *chequín*, ¿la agarra?, concluyó el bostezo que anunciaba el final de la ayuda. Tuvieron que regresar a

Chile a implorar que hicieran la vista gorda en el despacho de Lufthansa, el único abierto.

Aunque caro, un viaje entretenido. A la postre sí, largo y tedioso. Una fría tarde le dio la bienvenida a Leoncio. A Madrid, después, replicó tiritando, sin exponer las razones.

Clarro, no hay *apurro*, agregó Brunhilde. *Perro* no más de una semana en mío apartamento, aclaró al punto, porque ya la incomodaba tanto manoseo, besuqueo, y sabía cuánto dura la depre invernal en estas latitudes. ¡Guau! De película la cosa para él.

¡Leoncio!, le hacía ver, mirando a todos lados cuando le pellizcaba el trasero, ¡somos en Alemania! Entre las muchas preocupaciones informes, tal vez concretas a su pinta, temía que él resolviera instalarse en su piso durante un tiempo demasiado indefinido. Sí, claro. Lógico. No te preocupes, espetó Leoncio a la diablo, en actitud defensiva, yo me las encacho (arreglo).

A la semana de estar en su apartamento, sin haberle dado más explicaciones que las necesarias, empacó los enseres personales, bajó las dos maletas, las colocó en la parte trasera del coche, esperó a que éste, quien no salía de su asombro, se decidiera a aterrizar. Sobra decir que no tenía la menor sensación de estar haciendo algo anormal. Con camas y petacas le llevó donde un grupo de sudamericanos, por lo general de izquierda. Un beso a la rápida y mañana te llamo. Hecho esto, se zafó de quien la había cogido de la cintura y se hizo humo. Al cabo de una semana, la inauguración del nuevo domicilio.

Pasó la noche entre copeo, chistes que salían al instante, canciones protesta a medio cantar y algún bolero o zamba argentina que ignoraba el paso del tiempo. Puesta de lado la

guitarra, alguien sacó el infaltable piticlín y lo hizo circular.

Ahora, más a gusto, se dijo: ¡Flor! Aquí me quedo. ¡Qué me voy a estar yendo a esa huevada de Madrid! Después me voy para allá. Total, hay tiempo para todo. ¿No es cierto, ñato?, hizo como que se lo consultaba al portador de una nariz de película, pero éste ya vagaba en un planeta lejano. Se tomó bastante en serio la frase, un poco más, al pie de la letra, porque se quedó casi veinte años.

A no ser por dos percances, que se presentaron en el peor de los momentos, dictaron los pasos e hicieron ver qué se esperaba de él, su vida bailó al ritmo de la época y de las circunstancias, le llevó de aquí para allá nada más detectar la abulia. A la postre trazó el camino, disipó apreciaciones que antes consideraba valiosas y acabó por clausurar un asunto creído insoluble. El resto siguió el curso previsto, inevitable desde siempre.

Cap. II

Mañosa la forma de fluir y dejar fluir el tiempo ni más ni menos igual que un tinto por el gaznate del sediento. ¿Fraccionarlo en semanas, meses y años? ¡Absurdo! ¡Irreal! Más prisionero de lo que vendrá que del dolor, no paraba de figurarse que el retorno era mañana. En menos que canta un gallo empacaba sus pilchas, lo valioso, y se la emplumaba. ¡Zas! ¡A volar se ha dicho! El eterno melodrama de la tierra perdida bajo los pies, vivir con las maletas hechas, la ropa puesta, la esperanza a fuego vivo, cuestión que, independientemente si fue voluntad propia o ajena, de modo indefectible acaba perforando el alma, en cuyo agujero se hace sentir un vacío entrañable, imposible de llenar.

Correcto. Asunto reacio a las curaciones. De recalcitrante persistencia. Nido de futuras angustias y nostalgias insaciables. Descontado el beneficio material al cual se acogieron él y sus compinches. A decir verdad, ni puta idea dónde se habían metido. Todos pensaban en solución pasajera, nadie se imaginaba estadía permanente, incremento de tumbas.

Entonces creyó vislumbrar un nuevo capítulo, pero jodido se le hizo echar raíces en este punto de la tierra donde se dejaba caer un invierno más largo que las penas de un pobre, más duro que galleta de campo, tenía una primavera que se hacía de rogar y un verano tan fugaz como noche de amor. Así mismo lo expresaba don Mañungo en su casita en las proximidades de la cordillera que, por pobre que fuera, en la vida abandonaba su pago querido.

La gran mayoría vivía al día. De lo que se les quedaba pegado en las manos, además del cuento y del canto. Por de contado, había algo más, una cuestión todavía inexpresable digamos, similar a un regreso al ayer, a algo que se hizo antes, y sólo antes tuvo sentido.

Pie con pie tuvo que reconocer cuánto pesaban los años de delirio colectivo vividos en su tierra. Los protagonistas directos e indirectos persistían en el enredo en el cual había participado un tanto en segundo plano, a menudo de incógnito. Absorto se quedó al revivir las trampas tendidas, las veces que pisaron el palito, puso oídos a las explicaciones que nunca guardaron la intención de serlo, aparte de las razones que inventaba el contrasentido oficial y la táctica de disociación tan corriente a la sazón.

Así lo habrá querido la suerte sonaba a mofa descarada, chiste de mal gusto, sobre todo en la boca de los fachos. Desentierro de embustes pregonados por él mismo, todavía pregonados por una política de los EE UU pendiente de obtener informaciones de su tierra, pero de fuentes complacientes a su propia política: oficiales. Como cuando se produjo la confabulación artificiosa de Unitas y el ofrecimiento implicado en el tan hadado circo volador, donde lo que volaba en realidad eran los ideales de un mundo mejor. No se realizó para las fiestas patrias, se manifestó en el bombardeo del palacio de la Moneda.

Acordarse de aquello, pues ira e impotencia revividas, ser consciente de que el engaño, desenmascarado a posteriori, duele mucho más que cuando se hace a tiempo. ¿Quién iba a imaginarse que el Golpe estaba preparado hasta en los últimos detalles? ¿Que un número indeterminado de agentes extranjeros participarían en él? Ya se rumoreaba en su círculo de amistades que abundaban los policías secretos, ex profeso mandados por los gobiernos

latinoamericanos, que se las arreglaron para pasar desapercibidos hasta el mismo día del Golpe. Su misión, más clara que el agua. En concreto, la eliminación de todos los elementos parasitarios y gérmenes rojos de la América Latina asilados en Chile. Distinguió la solapada ferocidad de estos sujetos, serviles y arteros como no habrá dos, evocó el doblez de sus rostros al momento de tirar la piedra y esconder la mano.

No es que no lo hubiera sabido a tiempo. Nada de eso. Siempre lo supo, pero la distancia y el olvido -aconsejable- se encargaron de taparlo, disfrazarlo luego, ajustarlo a la medida de sus planes. Pese a estar en conocimiento de una táctica destinada a asegurar la supervivencia, de golpe y porrazo palpó en la memoria la falsía de aquellos sujetos, repasó las frases argumentativas a la hora de justificar sus actos y exponer razones que justificaran los diarios abusos de poder y la crueldad sin par. Una horda de enajenados se le echó encima y pretendió castigarle desde el olvido estratégico. Los escuchó caminar al amparo de la noche, del poder armado, de la inmunidad. En una de éstas los oyó tocar a su puerta para torturarlo y... quizás ajusticiarlo, igual que a muchos, igual que a todos.

Acopiando fuerzas apartó de sí las escenas siguientes. Luego luego acudieron unas frases. Quien haya sufrido a rabiar, jamás acabará encontrándole las palabras adecuadas a la dimensión de su padecer. La humanidad entera gime a socapa, y es aquel mutismo hermético el que, desde el meollo de la pena inconsolable, nos refiere el drama. Ignorado en la lágrima, ya no rueda por las mejillas del sufrido. Y es en el lúgubre silencio de lo que simplemente ya no se logra decir, donde, lleno de quebrantos, se oculta el corazón doliente. El dolor inexpresable es enjundia, secreto divino.

Lo había leído en unos apuntes que tomó su padre al verse forzado a abandonar el solar. Eso es. Correr la misma suerte que él. Semejante al conjunto de esos personajes que pretendían acomodarse en el ámbito de la política estudiantil en las universidades alemanas, en rigor entre los años 75 y 85, dueños de una historia a narrar, algunas de indiscutible extracción casera. La gran mayoría empero, se correspondía con los hechos conocidos o aún desconocidos salvo cuando se encontraban confusos, distorsionados, ya en virtud de una amnesia voluntaria destinada a aplastar dolores insolentes, ya debido a una cuasidisposición al embuste artificioso, asunto difícil de sujetar por mucho tiempo.

En manos de algunos, un capital increíblemente provechoso, si se considera el monto invertido y los riesgos corridos y a correr. En cuanto a la generalidad, entretanto prefería cerrar la boca, se figuraba que, un buen día, los verdugos oficiales e inoficiales, serían juzgados por quienes al presente vivían únicamente en función de eso. Ojalá no tan lejano, se esperaba. A lo mejor el día menos previsto, revelaban los suspiros de justicia social, las ansias de libertad. Entonces, las máscaras de invulnerabilidad, cuyos labios rígidos exhibían sonrisas triunfales, se resquebrajaban y ellos regresaban a un mundo congelado en el momento del éxodo. Eso es. Echarse a volar a través de los añicos que se quedaron flotando en el tiempo, mientras las heridas se ocupaban de indicar el camino.

No hay castigo, hay retorno del drama trunco, que quedó incompleto. Jamás culmina en él, pues la historia subsiste y, si se detiene, lo hace en un sitio y tiempo conocidos, sin embargo, desconocidos para nosotros. Si la fechoría horrenda, que provocó la historia, en cambio, guarda las pretensiones de permanecer impune, se acelera el retorno, cuyo desenlace es siempre un imprevisto que no sabe de perdón. El nuevo pasaje de las notas

tomadas por su padre actualizó los bríos. Se detuvo a pensar si todavía lo veía así.

En ese ambiente cayó más bien de rebote. No obstante haber disfrutado unos meses, continuaba tullido. Encariñado de Brunhilde a más no dar, vivía en función de calores oscuros, engatusadores. La estudiante de Sociología y simpatizante de la RAF (Fracción del Ejército Rojo), de la mano le había cogido y conducido por un hasta ahora desconocido laberinto de morbos diversos. El resto del tiempo se lo llenaban sus compadres, no exactamente faltos de ocurrencia, llenos de mil artimañas a la hora de conseguir alguna cuhstión. Una noche, entre el jolgorio del tinto (después vino el blanco, el clarete... el vinagre), de un manotazo se le vino abajo el castillo de naipes. El Cabeza de Chanco le llamó a un lado. Las chispas en los ojos querían decirle lo que no deseaba oír.

¡Oye cabro! ¿Así que boh creíh que estai colocado con la gringa? ¿Que soi su lacho? Máh mejor la dejai tranquila, porque ella eh como eh. L'encanta el merecumbé con nosotroh, pero hahta por ahí no máh. ¿Cachai?

Leoncio se atuvo a escucharle, bien que cabreadísimo. Iba a replicarle y a boh qué chuchah te importa, cuando le cortó la palabra. Ya sé que a mí no me importa. También sé lo que me bai a decir, bieja, pero te lo digo igual no máh. Créeme, no te lo digo por intruso, porque me guhte meterme en cahuineh (líos), o en huebáh que no me importan, pero eh que me da no sé qué ver que un compadre mío sea tan baca, tan, pero tan huebón.

Al oír estas cosas a la descubierta, cicateras de retórica, expuestas al desnudo, no le quedó más alternativa que cerrar el pico, afinar nervios y oídos. No fue necesario escucharle largo

rato ya que no era el rey de la elocuencia, se caracterizaba por repetir lo mismo, carecía en absoluto del don de la insinuación.

¡Mira cabro! Para que beai no máh. Todoh los que habemoh aquí hemoh conocido muy bien a tu mina y, en algún momento fue la única que se metió con nosotroh... con todoh nosotroh. ¿Biste? Eso... noh pasó a toh; lo mismo que a boh. ¡Cachai! Así que no te preocupíh porque en eso boh no soi el único

Entonces pensaste en huir. Sí, huir y huir lejos de aquel lugar, donde primero se hizo trizas, y luego, mierda, esa copa de cristal verde-azulado, donde tú, sí, tú pues, tú tan ingenuo y papanatas, una noche de verano, creiste olvidarte de aquello que se quedó allá y, encontrar la dicha en un regazo veleidoso en los pagos de aquí. En ella depositaste las traslúcidas claves del amor, y no te preguntaste si hacías bien, llaves que de haberlas hallado en el sitio correpondiente, digamos verdadero, de seguro te facilitaban el acceso a la galería de los sueños, tal te lo expusiera la vida años más tarde... acaso más tarde que nunca.

Todavía ligero aquel rumor huyendo en estampida por detrás de sus oídos. Así como se te dieron, en estos momentos ni siquiera la sombra de una quimera, repitió de forma automática. ¡Uf! Ya era hora de figurarse que por fin había amordazado el rumor.

Antes de entrarle la chaqueta, el nerviosismo ya llevaba la batuta. Unos kilómetros de camino y ya está. ¿Qué? Lívido y encarnado hacía como que dirigía los pasos a un sitio palpable. Hacía tiempo que ya no tenía rumbo fijo. ¿Averiguar a dónde sin saber de dónde? Pérdida de tiempo y ruta. No, no puede ser. ¿Seguro? No, no debe ser. Y, ¿si fuera? Ya dije

que no deber ser porque esa hembra es mía, nada más que mía, y de ninguno más.

Conclusión, aquí hay un error perceptivo, típico de quienes le ponen entre pera y bigote y ya ni saben dónde está su culo después de unas cañas de tinto. Lo único bueno, la ignorancia de la prisa. Y, ¿si fuera, como tú dices, y no como yo pienso? Es que...que... no, no, eso... nunca jamás. En cada paso, y por si las moscas, miles de venganza, otros tantos desagrazos, la mejor forma de humillarla. Agotadas las ocurrencias y el abatimiento adormecido, de la vaina del despecho sacó un corvo reluciente, le dibujó seis tajos en esa inocencia esculpida en la cara, cortó esas nalgas de puta cara previo a incrustárselo en pleno corazón. Asesinada las veces suficientes, prosiguió la caminata sin rumbo fijo.

Inmune a las cuchilladas se alzaba Brunhilde, le tendía los brazos, lo desnudaba y sumergía el pelo rojo en su bragueta, cascada de rosas que se precipita sobre su vientre e inunda la golosina carnal de la pelirroja día y noche a la espera de goces meridionales.

Detenido en un salto profirió a viva voz, bueno, entonces me las emplumo a España. Dos alemanas de edad, engalarnadas con los típicos sombreros, la mano de una sujetando los ímpetus de un caniche perfumado de la forma que lo permitían las normas, se dieron media vuelta y se quedaron mirándole de punta a rabo. La sin perro, divisando a un rara avis de esa categoría, no pudo resistir la curiosidad, y creyó oportuno decirle al menos algo a un bicho así de exótico. Le preguntó de forma educada: *brauchen Sie 'was?* (¿necesita algo?). Un desabrido encogimiento de hombros la respuesta del exótico, al paso que guardaba el corvo para la ocasión propicia. Una Brunhilde en cueros esperándole aquí, ahí, allí, lo lanzó a un camino que, a todas luces, como el anterior no conducía a ninguna parte.

No. Simplemente no la llamaba ni la veía más. No, nunca más. Sí quería verle, que ella le buscara pues; lo que es él... sí, él, él ir detrás de ella, de una cualquiera, de una que no tenía más ideales que afilar, y cuando estuvo en Santiago habrá vivido en el Barrio Alto. Eso... ¡jamás! Enterado de que ella no se había tomado la molestia de averiguar qué sucedía en Chile no pensaría sino en pasarlo del uno, dándole el asunto a los pitucos, y en Hamburgo, un bien comunitario latinoamericano. Aquí no le quedaba otra que codearse con el pueblo. Él no se iba estarse ocupando de una más puta que las gallinas. Eso no. ¡Nunca jamás!

Freno de pasos justo antes de llegar a una esquina, azar de azares, frente a una floristería. Al lado de ésta... la casa de Brunhilde. ¡Maldita sea! ¿No querías cortar por lo sano? Sí, bueno... Una descarada lascivia dio en pasarse delante de sus narices. Sin pensársela dos veces entró, compró un ramillete de *no me olvides*. Como por encanto, el rencor, odio a muerte minutos antes, ahora vuelto perfume. ¿No se habrá equivocado el Cabeza de Chanco? Con lo poco visto al presente ya se había percatado del asombroso y encantador parecido de muchas jóvenes. De una bien distinta estuvo hablando el Cabeza de Chanco.

Se abrió la puerta de calle. Una joven, al verle ensimismado y hablando solo, en la mano derecha un ramillete de flores lilas, en la palma de la izquierda, un nombre, fuera de una dirección, paró en seco. Deprisa haciéndose a un lado le observó subir la escalera. Sin comprender qué sucedía, después de voltear la cabeza por cuarta vez, se perdió en la calle.

Rellano desierto, encubierto, rodeado por una penumbra de recelos. Dos o tres escalones le separaban de la pasión resucitada. Sin despegar los ojos de la dirección en la palma de su mano, jadeante cual perro que no para de correr hasta llegar a casa a causa de la excitación

y la ansiedad del placer adelantado, de antemano el gozo que ahora si acaso estaba a unos cuantos metros, ni atinó a empujar la puerta del piso de Brunhilde al cerrarla por dentro.

Segundos latigudos y estirados de modo asqueroso. Segundo envejecidos que echan carbón al fuego. En menos de ese tiempo, mil historias picantes. De repente, bisbiseos. Sí, leves exclamaciones que no quieren ser oídas por quien no debe. Ganas de averiguar. Alguien las pronunció y él deseaba entrevistar al autor. Y, ¿si fuera una autora? Del interior vienen aquellos susurros y se escapan de alguien que le da escasa importancia a los deslices.

El temor a que un desconocido le sorprendiera dentro. Quisiera saber qué monos pintaba aquí. Si de la policía o, peor aun, un enlace de la Oficina Federal de Protección a la Constitución vista la cantidad de simpatizantes de la RAF -y candidatos a sociólogos- día a día en este lugar. Como mínimo recomendaba irse con la música a otro sitio antes de que fuera demasiado tarde. Emprendía ya la retirada cuando, esa quietud, ese penetrante anhelo de animato en un piso comunitario repleto de gente, cuchicheos de más en más equívocos, le hizo virar el cuerpo, cerrar la puerta y prestar oídos a aquello proferido a media voz.

Se encaminó a la cocina, de donde, con certeza, provenían las voces, sitio preferido a la hora de meterle palique a Inge, Hans, Renate, contarles un poco como fue la cosa durante el mandato de Allende. Los tres chapurreaban el italiano y pensaban que era lo mismo que el español. En el sitio iluminado por una claraboya no había nadie. El cuarto de Brunhilde seguía envuelto en la promiscua complicidad silente de la escalera. Avanzó algunos pasos. Se contuvo. ¿Qué hacer? Quietud en exceso. De rato en rato, susurros en aumento. ¿A las cinco de la tarde? Nueva pregunta vana. En una de éstas, sollozos tiernos, rítmicos, palabras

en ascenso y descenso royendo la paciencia, deseosas de perderse en las sombras.

¡Acércate más! Ese sollozo se le hizo amenazadoramente familiar.

En ese momento supo que no podía sino venir del cuarto de su Brunhilde. Sensación de impotencia echada encima frente a un asunto amorfo que invita, incomoda, seduce. Puestas de lado las precauciones, así como las reticencias, el estrujón amargo en el corazón diciéndole que ya había llegado de dispensar consuelo al ser amado.

Actuando muy en contra de lo que ella siempre le había recomendado (en Alemania, primero se golpea, se espera a que te digan el famoso *herein!*; sólo entonces se entra), no hubo quien lo frenara. Como en las películas en las que se debe actuar con diligencia de manera que la víctima no se muera antes de la diez de la noche, luego del empujón a la puerta se coló dentro. Nada pudo divisar al principio. Cuarto a oscuras. Vacío de extremo a extremo. Cortinas corridas. Hondos respiros. Alivio comprometedor. ¡Qué consuelo! Entonces, éste... éste no era el cuarto de... de... ella... sino de la rubia Renate.

¡Perdón! Errar es humano. ¿Por qué no le ponen un nombre afuera? De las sombras continuaban huyendo lamento dulzones y sollozos que tenían un no sé qué de insólito. Bocabajo llevaba él las flores, arriba el ánimo. Regresó a la cocina. A punto de enchufarlas en un jarrón, la siguiente oleada de quejidos, risitas jodidas saliendo del cuarto de *Renate*.

Curiosidad en aumento. Al tanto del origen y significado de aquellos sonidos. No hubo forma de enfriar la sospecha de que alguien se pasaba por la piedra a quien hacía reír. En puntillas se acercó al cuarto. A ese paso abrió la puerta, la juntó y avanzó unos metros. La

lamparilla del velador en el suelo; junto al enorme camastro, la gota de luminosidad.

¿Para qué quiere una joven, antes bien, delgada, esbelta, una cama matrimonial? Una montón de veces se lo había preguntado y jamás entrevió una respuesta clara.

A lo somorgujo se acercó. ¡Bingo! Allí estaba la fuente de los sollozos. Agudizando la vista no entrevió a Renate, sino a... su gran amor, pero no de cuerpo entero, sino tapada hasta la cintura. Después, sí, tan sólo después, se quedó helado al divisar una cabeza junto a la suya, de pelo negro, rizado, cuyo cuerpo bailaba cadenciosamente al son de lo que le pedía ella. Cambio de posición. Ella debajo de él. Estrujado un poco el sudor, bien abiertas las piernas, las alzó a la altura de los hombros del cabeza negra.

Brunhilde, su gran amor, cerraba, abría los ojos, contorneaba las caderas. En el siguiente cambió, él de rodillas, ella reculadas las nalgas bajó los pechos pidiendo ser cabalgada a la medida del deseo camino a las estrellas. Juntos en pos del océano carente de nombre. Entre jadeo y risita nerviosa se perdían a través de los polícromos caminos de un placer satisfecho de sí mismo.

Leoncio, como si en ese momento hubiera recibido una lluvia de hielo en pleno rostro, ni atinaba a reaccionar, para rizar el rizo ahora se abanicaba con las flores. De ojos fijos la contemplación de Brunhilde y un paisano apodado el Comanche, todavía sin enterarse del espectador que había olvidado sacar entrada, sueltos de cuerpo proseguían la exploración de terrenos ignotos a bordo de una sensualidad viento en popa.

Felices de la cabalgata el corcel y el jinete por los escabrosos y deliciosos senderos que hasta no hace mucho Leoncio supuso suyos. Sí, buscaban, así fuera unos instantes, la isla de la felicidad que nunca conoce otoños. Quien se percató en volandas de que en ese cuarto había un paracaidista, mejor dicho, sobraba uno, fue el Comanche. Zafándose a viva fuerza de las mallas de Brunhilde lo cogió por el pescuezo, alzó del suelo el ramo de *no me olvides*, burlonamente las miró unos segundos y de un vaivén lo aventó fuera mientras de a una le devolvía las flores. Acabado esto, el gélido ¡clic! ¡Clic! Puerta con llave y voz airada del amante interrumpido ladrándole: ¡ahora me toca a mí puh huebón!

Cap. III

Dicen por ahí que la mudez empecinada es la madre del soliloquio, máxime cuando tiene lugar en unas de esas casas enormes, desclavadas del tiempo, de habitaciones que con suma tranquilidad alcanzan los tres metros cincuenta de altura, más hechas para el verano, como si el invierno se saltara la región central. Lo que no dicen es, si asimismo es el sitio predilecto de monólogos en paralelo, curiosamente en armonía hasta el extremo de volverse diálogo donde prevalece la mudez, ya que sobran los lugares invitando a la soledad y no en todos hay diálogos como aquí. Tampoco dan a conocer si se orquestan únicamente en una casona vieja, semiabandonada a causa de desaparecimientos furtivos, que nunca nadie osaba elucidar. La situación toma colorido singular, a menudo pertinaz, indeleble para ser exactos, en la que una como que de forma paciente aguarda a que la segunda acabe de vomitar pánicos, memorias que indigestan, para al fin sumergirse en una ciénaga propia. Salta a la vista la honradez, así sea más bien de segunda mano, el respeto a las normas de conducta que alguno llamaba dulce hipocresía social. Más no puede averiguarse sin violar las leyes del olvido, voluntario o no, útil o inútil, sombrío o brillante.

Doña Bonifacia, su hija y el marido habitan una de esas casonas. Aunque se encuentran a ciertas horas, todo está clarísimo porque aquí se habla lo justo y necesario.

Balancearse en una mecedora de mimbre, su lugar favorito, es el vicio de la madre. Sólida a prima faz, en rigor carcomida por el paso del tiempo, del comején, amén de alguna polilla que vuela de puro tedio, verla mecerse de atrás para adelante, es tener la impresión

que entretiene temores en lugar de orar, cuando escurre las cuentas del rosario. El ritual la obliga a cerrar los ojos para reabrirlos pie ante pie y horadar su mirada el cuarto de la hija, como era de esperar, sumido en el anonimato.

Quien no la conoce, juraba que la piedad, la devoción al rezar, eso de musitar plegaria tras plegaria conteniendo el resuello, redefinir expiaciones, seleccionar deseos según el día y la hora, se los hace abrir y cerrar, porque así no le cae tan rápido la teja a Dios. Descontado el resto que, por ahora, suspende hasta llegar el momento adecuado, incluso hasta podía ser cierto. Lo que parece, no es. Me explico. Se sabe responsable de la castidad de su hija, está dispuesta a sacrificarse por ella, a ver si deja las costumbres erráticas. A criterio de Íñigo, el marido que no para en casa, la chica heredó las manías noctámbulas de la abuela. Esto pica la curiosidad, la exacerba al punto, bien que no se la satisface. Desde luego, no tiene la menor intención de ir a averiguar si la hija está bien: lo da por sentado.

Aunque no puede descartarse la teoría de soliloquios paralelos, sus defensores no revelan palabra sobre la naturaleza del tiempo en estos parajes, si a causa de un idéntico y singular descuido, al presente afincado en todo el caserón, de modo particular en las habitaciones donde a sus anchas entraban veinte personas, improbo resulta establecer una estricta comunicación entre inquilinos errantes por antonomasia; mejor le dejan la labor a las ansias. No se entrelazan ni se cruzan los suspiros, los gemidos de toda índole, las rogativas formuladas a media voz al saberse a solas. Cada murmullo coge un rumbo exclusivo, acaso sabedor de su sino. Basta la noción de la ruta y seguirla sin voltear la cabeza.

El tercer misterio doloroso de esta noche inició el diálogo de todos los días, reanimó la esperanza para que no se marchitara antes de cumplirse el prodigio, rito invariable, pesado, condena impaga, a no ser que se le dedique la atención requerida y se descubra que, a la zaga del rito, se agita un pacto tácito. De muchos lustros databa el acuerdo, de mucho antes que se conocieran y la una pasara a engendrar a la otra, reestableciéndose, bien que en parte, el puente que iba a unir las una existencia completa; tal vez más allá de eso. Sobre lo último se guardaba una lúgubre y sagrada reserva.

Noche a noche, de forma inalterable, y de un tiempo a esta parte, la hija, María de los Ángeles, viaja a lo largo y ancho de sus sueños. El destino de las peregrinaciones nocturnas viene señalado en los anhelos más caros: París. Para tales efectos, ya informada del desfase horario, de las estaciones del año, trastocadas a su entender, jamás desatiende los dictados de la moda. Vestida de forma exquisita se asoma al balcón. Cuando se despiertan los astros, y en la quietud de la casona se dejan oír los gangueos del rosario que la madre suele rezar martes y jueves frente a su puerta, María de los Ángeles se aleja a pasos medidos, haciendo gala de feminidad y elegancia natural. Su figura graciosa, la hechura sensual, felina, le abren y abrirán las puertas que se detenga a inspeccionar.

Chispeante regresaba al amanecer; por lo general a la carrera. En sus ojos no cabían más alegrías. Mudada de ropa, se preparaba a dormir. Se iba de un tirón, y decía que no soñaba. Nunca tuvo noción de haber soñado. La madre estaba al tanto de no importunarla, evitar las perspicacias, sutilezas psicológicas de las que se valen las honorables damas de la parroquia, si no la hija un día de éstos no regresaba nunca más.

Dice reposar durante el día, pero la madre sabe que sopesa vivencias. Quien pretenda averiguar qué hay (por qué esa cara, y tan joven, tan buena moza que se ve; no puede ser), experimentará en carne propia lo que significa vérselas con una furia, monstruo igual de seductor que prisionero de la ira. De tanto está enterada la madre, por eso no deja pasar ocasión de implorarle a las ánimas benditas, ante todo a la Virgen, que se apiaden de la hija y no acabe descarriada como... sí, como... la juventud moderna. El amanecer se relaja el diálogo. En resumidas cuentas, dos monólogos coordinados a su pinta que unen madre e hija, apenas separados por una puerta de roble, la época y los mundos en cuestión.

Una bella noche de diciembre comenzó eso de los viajes. La madre suponía a la hija en una fiesta, la hija a la madre en el jardín rezando el rosario. Razón tenía la hija.

Acabo de volver del centro. ¡Dios me guarde! ¡Qué belleza! Hace frío. Mucho frío. Me vi obligada a comprar un abrigo forrado. Ayer debió nevar bastante. ¡Lástima! Con lo que me gusta la nieve. La gente pasa sobre la marcha, carga rumas de regalos. En los cafés se nota mucha animación. Los restaurantes se ven llenos. Pese al frío me siento a gusto... luego de tanto tiempo. Estoy feliz de haberme decidido, de dejar ese mundo atrás... vivir a mi antojo. Cuando se vaya la noche, deberé retornar... qué importa; un gran paso.

Se produce el sigilo que horada cuartos ausentes, pasillos, destuerce recuerdos ingratos. El estalaje se ve más abandonado que nunca. Doña Bonifacia baja a la cocina. Allí cavila sobre lo que acaba de oír. Tiene hambre. Hoy piensa prepararse un cocido como Dios manda, así sea para ella más que nada. ¿Qué se le va a hacer? Leoncio se ha ido a España, el marido está en sus asuntos. En tanto da cuenta del almuerzo, medita sobre sus proyectos;

el abandono del momento y del lugar, agrega el resto.

Está claro, a Maringel como le pusieron en el colegio, recién saliendo de la sutil tiranía de las monjitas de la Inmaculada Concepción, así como de la tutela familiar, la Ciudad Luz, que desde hace ya muchos siglos hace excelentes negocios con el cultivo y comercialización de un hedonismo que no abotaga ni tortura los sentidos, (más bien los exagera hasta dejarlos en los umbrales de un cenit inigualable; no lo sabré yo, quiso intervenir la evocación, pero se le encendieron mucho las mejillas) la aturdirá de veras cuando ponga los pies en ella. Debe soslayar las tentaciones, miren que una cae en ellas y de allí no se levanta así como así. Tanto que le dije que, si quería, podía ir, vivir en París, pero no ahora. Algún día le regalaré el billete y el resto. Asimismo prometí que, para cuando lo emprenda, no habrá problemas. Después de salir de Orly, doña Filomena y don José, parientes lejanos que residen en Francia desde hace muchos años, la llevarán a la casa de las afueras. Que no le importe si parece un ratoncito, temeroso de cualquier ruido, de olores y colores que no resulten familiar que, de tanto mirar para atrás, para arriba, hacia cualquier lado en el fondo, ni se fije donde pone esos pies de muñeca que se gasta, de golpe interrumpa la caminata un tropezón, alguien que pasa como bólido la choque, miren que ahí seguirán los furiosos conductores de coches, los autobuses o cualquier cosa motorizada que circula sin detenerse. ¡Ay! ¡Ay! María de los Ángeles, si fueras más despierta y menos noctámbula, repuso doña Bonifacia, hoy más decidida que nunca a encararla, si bien, entretanto se concentra en el cocido, acalla los pensamientos, ahoga las conjeturas bajo una camada de chacinas importadas, garbanzos, col y tocino del bueno. En su calidad de mujer práctica, prevenida de arriba abajo, jamás desatiende los llamados gástricos de la familia, aunque siempre acaba cocinando más de la cuenta. Los tres gatos,

que estudian sus movidas a través de ojos semicerrados, están cada día más barrigones.

Concluido el almuerzo, limpios los platos, puestos en el sitio habitual, la caminata habitual al dormitorio. La hora de la siesta. Al pasar frente a la habitación de su hija no pudo menos que pegar las orejas, a ver si esta vez se oía algo.

Sin ponerle ni quitarle, sobreviví porque Dios es grande, y el diablo, sordo. Pero, ¿expresarme yo en francés? Cómo envidio a mi hermano que a estas horas ya estará en España. Lo que es a mi humilde persona no le queda otra que recurrir a lo que enseñan en el colegio. Sin embargo, debo admitir que, en los primeros días, no entendí mucho que digamos. Antes pensaba que bastaba entender el idioma si querías entender a quienes lo hablaban. Más tarde me di cuenta de que ni entendiendo el idioma puede comprenderse a la gente si ocurre que es demasiado diferente. Alguna palabra, incluso su sentido gramatical, captaba al vuelo; más que nada eso.

María de los Ángeles hizo un descanso. La madre aguardó unos minutos. El silencio persistía. Entonces, precaviendo ruidos traicioneros, que ponían en ascuas a la hija, a tranco resuelto se alejó al dormitorio. En la cabeza transportaba esas palabras que oyó como dichas a media voz, arrastraba los pies de la fatiga. Cerrada la puerta, retiró la colcha de seda y se recostó. Como ya se le caían los párpados, y el trasero pesaba bastante, no tenía ganas de correr la cortina rojiza, menos ánimos de oponerse al paso de la luz, que en verano hiere los ojos. A punto de ingresar en sus sueños, masticó esa frase que no conseguía digerir y amenazaba con quitarle el sueño. Mientras tanto suspiraba, bostezaba, trataba de recuperar las palabras que oyó decir a la hija, se revolvía en la cama.

¿Será? ¿No será? Lejos estaba de ser una pregunta dirigida a sí misma, era el recelo que su benjamina no rompiera un huevo cuando la observaban, y por docenas, a espaldas suyas. ¡Caray! ¡A otro perro con ese hueso!, replicó nada más evocar el monólogo a toca ropa, delicado sí, pero asimismo engatusador. Tanto de esto que muchos recomendaban confesarse, comulgar, hablar con el obispo o, por si fallaba, consultar los servicios de un psiquiatra. Para desgracia suya la memoria traiciona más de la cuenta.

Me lo quiere contar todo y no tiene agallas. Eso, que conozco al dedillo, ¡ay!, sí, la comezoncita ésa, que la muy inocente piensa que son inclinaciones propias pero datan de muchos años, hace que busque refugio en iglesias, pase horas encerrada, a solas con el prurito, día y noche a oscuras, concluye el ajuste de la madre a las propias experiencias. Al fin concilia el sueño. Para esta noche se ha propuesto rezar con mayor ahinco.

A la mañana siguiente, tal vez acordándose que dejaba de ver a Leoncio por mucho tiempo, comprobada la ausencia morbosa del marido, temprano dejó todo listo. El tiempo libre era para un rosario fervoroso, visto que los rezados hasta ahora, no habían surtido ningún efecto. De realizarlo tal lo tenía pensado, posible que allá arriba le prestaran oídos. Por lo pronto regó las plantas, de entrada el rosal y los árboles frutales. Como la noche era tibia, arrimó el sillón de mimbre al patio. Encima del jardín se encontraba la habitación de la hija. Sabía que dejaba abierta la ventana que, por ahí se iba, por ahí volvía. Sobre la medianoche, luego de un rosario ultradevoto, se retiraba al dormitorio. Apenas hubo arribado la madrugada, abrió su ventana, afinó los oídos y oyó susurros, risillas picantonas. En lugar de echarse y buscar la forma de dormir, la hija canturreaba, bailaba en una pata.

¡Pero qué bajón! Un poco más y es infinito. Echaba de menos el sol, las tibiezas en el cuerpo, una pesadumbre de lo más viscosa se me había metido en la sangre.

En la última frase se congeló la voz. Ambiente de calladez absoluta. Doña Bonifacia se santiguó a fin de espantar a los malos espíritus que andaban haciendo de las suyas, y se puso a rezar, de suerte que no volviera a repetirse el drama de Leoncio ni el del marido; María de los Ángeles era toda su esperanza. Donde no le resultara de tejas arriba, mejor ni pensar en lo que venía a continuación.

Cuando parta, y la vea don José, esta conducta no le va a extrañar. Si doña Filomena pregunta qué hacer de la chica, él contesta a la ligera que nada. O sea, esperar a que se espabile un poco y se le pase la modorra. Tanto más claro el asunto conociéndome a mí. Dirá entonces que busca a Dios. Y si alguien anda en su búsqueda, toca dejarle en paz.

Postergó la elucubración para después de almuerzo, recurso que, por la vía del buen ejemplo, intentaba encauzar sentimientos castos, si no fuera porque afloraban de a poco y arrastraban consigo los pecaminosos. Para conferir mayor peso, condimentó los rezos con unos padrenuestros extras, acompañados de otras tantas avemarías piadosas, porque estaba segurísima que nadie más sino la Virgen María era indulgente.

Muy encontrados resultaron los siguiente viajes. Tal como lo esperaba, María de los Ángeles desvió los pasos a Montmartre. Quería ver algo nuevo y, el invierno europeo la estación entreverada, y patas arriba, como ella dice, dejó caer un espeso manto de morriña, la atrapó la tristeza, el abandono sin ternura. No vio más salida que visitar iglesias, estarse

horas enteras en los cementerios, sin figurarse que asimismo la muerte es pasajera. ¡No sabré yo que es igual de fugaz que aerolito! Entonces quiso variar el programa, dedicarse al aprendizaje del francés y, a continuación, a la teología y filosofía en la Sorbonne, el sueño de su vida.

Al seguro de puro hastío, buscaba lo que aún no se experimenta. Un día de éstos se halló en André Antoine.

Haciendo coincidir las andanzas retomó el hilo de sus conjeturas a la vez que pasaba una nueva cuenta y acariciaba la siguiente. Eso que ahora empezaba a cobrar forma, se erguía del sueño que condena la cordura social, subía por la espina dorsal sin consultarle el parecer, entibiaba los muslos, despertaba goces vedados en la soledad del pubis, cosquilleaba el vientre, pero ella avivaba las ansias de rezar el rosario, pues la hija, era heredera de una tradición a cuidar con sobrado tiento. Sin embargo, sus oraciones no generaban eco. Bien de mañana tuvo la impresión que de un tirón se comía las palabras traspasando la puerta.

Me senté a gozar los rayos primaverales en un café, ordené un expreso, saqué el libro que siempre llevaba conmigo. Dispuesta a distraerme lo hojeé un rato, pero lo cerré. A espaldas mías oí voces que se expresaban a borbotones, sin jamás concluir una frase. Me pregunté cómo así comprendía lo que hablaban, hasta acordarme de que estaba en un país lejano, distinto del mío. Eso de dejar todo en suspenso, el cantito inconfundible, reveló que eran sudamericanos. Me di vuelta y los miré de frente. Ellos, al saberse observados por una chica, me devolvieron la mirada. Meses de mordaza cultural sueltan las palabras, animan a

hablar de mil cosas sin necesidad de mencionarlas. Siempre odié las explicaciones, no poder descarriarse a gusto y gana. ¿Para qué está la lengua, si no nos entretiene? Me saltaban las lágrimas de la risa y...

Cuanto más apegó la oreja a la puerta, apretó la vigilancia, a doña Bonifacia se le escaparon las palabras. Cara de pregunta tenía el monólogo. Por si las moscas agudizó los oídos. En vano. La voz permaneció ausente. A poco de eso retomó el hilo.

¿Comenzó todo allí? ¿Quién puede decírmelo? Cuando recuperé la alegría, optimista, me sentí en familia, y eso que me deshice de ellos a la primera oportunidad. Para qué negar el nerviosismo, la vacilación, el ahogo de las ganas. De ahí que insistieran. De buen ánimo dejaba todo tirado, no daba ni pedía explicaciones. Primera vez en mi vida que me sentía libre. Está claro, estos tíos son parientes lejanos, no míos, sino de mi madre, gente extraña a todo y en todo. En la vida sospecharán qué me pasa, me excita, me alienta a la desnudez cabal. Otro cuento es mi madre.

Como quiera que se contemplen estos monólogos de cuando en cuando audibles, sincrónicos en la mudez, tal cual vez el uno a la siga del otro, doña Bonifacia, por sí y ante sí, siempre lo supo todo. A juzgar por su aspecto, quisiera dar a entender que han cesado los temores, ahora que la idea de abrir el baúl de antaño trae de vuelta preguntas todavía sin salida, resucita indiscreciones, sabores ensalzados por la imposibilidad del retorno, que ella pretende soterrar, y eso que en la sepultura está más viva que nunca.

¡Acaso no lo dije yo! Lo advertí en el primer rosario, a las claras expuse los... mi-mis espantos, y ahora resulta que fue por las puras, que la niña se enteró de las llamas, alcanzó la gloria en penumbras. Sí. Después de refregarse los muslos del frío, del calor, cuando le bajaban las ganas, la humedad perfumada entre las piernas hacía de las suyas. Al igual que su madre miró para delante, atrás, verificó el espesor del sosiego, bajó las manos, se lo acarició, de partida con suavidad, después pasó el índice y el dedo del corazón para frotarlo como corresponde, hasta ver figuras llameantes, volutas lascivas, ensoñaciones indecentes. Ahí vio la puerta ésa, ahí la abrió sin saber qué hacía. A la sombra de un Jesucristo cargando una cruz de yeso a cuestas, avistó el paraíso, igual que yo. ¿Podía yo extrañarme de que haya ocurrido en los últimos bancos de la iglesia del Sagrado Corazón? ¿Iba a preguntarle de cuándo acá venía tan azorada, tan acalorada? Mucho que sí, en aquellos instantes se percató de que yo lo sabía. Se abstuvo de mostrármelo.

Se lo explicaba a sí misma clavando la vista en la propia adolescencia. Cuando la hija llegó a casa, la observó de pasadita. Verla sudada, los pechos henchidos de vida, en punta los pezones, oliendo a goces diversos, fue desviar la vista de izquierda a derecha, no fuera que alguien captara tales vibraciones. Cerrando los ojos se entregó a la oración vespertina.

¡Ay! ¡Dios me ampare! La niña retomó los hábitos. ¿Alterar el programa? No. De ninguna manera. Continuaron las visitas a las iglesias, de rato en rato, un cementerio. Algo la tiraba al campo santo, indicaba unirse a cortejos fúnebres. En su defecto, a toda ceremonia lúgubre, silente, sugerente, pues ahí nadie mete las narices en sus intimidades y ella se abre a todo. Ya por hábito de luto, un diminuto y elegante sombrero negro, de terciopelo, rematando en velo negro, hilado con rosas violetas y ribetes dorados en la cabeza. Una

tarde de otoño lo conoció a... él, a Jean-Pierre, recapitula el soliloquio la madre en tanto pasa de un misterio al siguiente, cierra y abre los ojos. Finalizado el rosario se dirige a los aposentos. ¡Basta por hoy! ¡Por hoy basta y sobra!, itera al tiempo que pone sumo cuidado, no sea que termine provocando ruidos aciagos. En la casona se desconocen los bullicios.

¡Madre de mis entrañas! La vida vuelve al cuerpo, el pasado se harta de ser presente, alguien me coge del brazo, gentilmente me invita a entrar en una limusina negra. En ningún un momento pensé ofrecer resistencia. ¿Preguntar? Ni abrí la boca. A esas alturas de la vida no se pone reparos. A continuación de unas vueltas por París, fuimos a parar a las afueras. El mismo brazo que palpé a la entrada de la limusina, me cogió de la mano. La noté enguantada en terciopelo negro. Tan ida estaba que sin querer queriendo me encontré en un arranque de camino ancho, florido, bordeado de álamos que impedían ver el entorno; algo al amparo de unos setos frondosos, y cobijante espesura de la arboleda, la casa de mis sueños. Delicioso día de verano. Con marcada despreocupación cantaban los pájaros del mediodía; les importaba un bledo lo que iba a suceder bajo las ramas. Esa soltura del entorno, se apoderó de mí. Mantuve la reserva, aunque no la distancia para no estropear el hilo de plata (¿o dorado?) que me salía del ombligo y unía a mi bien amado Jean-Pierre.

Aunque una revelación sabrosa, a ella no le quitó la abulia. El día continuaba gris. Encima de los nubarrones se agitaba la tormenta. El estremecimiento indiscreto, las cosquillas picantes al estómago, a buena cuenta le entibiaba el pubis, hoy en día tan desatendido. Se detuvo a discurrir sobre ese nombre. Se le vino a la memoria quien le había tocado conocer. Jean-Pierre, repitieron los labios, dijo la adolescencia vivida lejos de sus padres, las fiebres incurables y las mortificaciones que practicó día y noche cosa de no caer en la

tentación y pecar como sentía que debía hacerlo. La memoria desvelada le enseñó a una María de los Ángeles en cueros bajo Jean-Pierre, muy juntos, ni más ni menos juntos que ella misma con uno que, bajo una encina protectora dijo llamarse Evaristo al conocerla, tan perdida en fuegos perniciosos cuanto en el provincialismo de su lejana Extremadura.

Idéntica dejadez, voluptuosidad tan conocida. Él le clavó los ojos, primero en los suyos, luego en los labios, los pechos y en el asunto ése, y ella se dejó guiar, como yo, al sitio predilecto. A mí me encantaba hacerlo en la dehesa, luego, en casi todo París, ciudad donde confesó que eso de Evaristo era porque le habían levantado falso testimonio, lo buscaba la justicia y por eso se fue de España. Guardó para sí que de tanto levantar faldas, al alzar la errada un buen día se anduvo metiendo en un berenjenal, y el marido de la complacida, un comisario de mucho peso en todo el sentido de la palabra, de pistola en el pecho le advirtió no cruzarse nunca más en su camino si todavía aspiraba a respirar. Nada más regresar dejó de llamarse Evaristo, recuperó el Jean-Pierre, así como las andadas picantes. Cortinas verdes, que apenas pellizcaban el suelo, de momento semicerradas, oscurecían su dormitorio. A las claras las veo en la planta alta que toleraban la entrada de tímidos rayos de sol. Eso bastaba. Después, cuando nos volvimos a ver, vinieron los abrazos callados, las noches cortas en la pasión, sin fin en el recuerdo.

Doña Bonifacia, atrapada por registros afectivos que salían a flote y avideces insatisfechas recién desenterradas. El pavor a perderse para siempre, consentir así que la hija corriera la misma o peor suerte, intervenía sin que nadie lo pidiera. Pero tarde para empezar a discurrir sobre el pasado, peor aún, si éste quedó con hambre.

Sudando, jadeante visto el peso afectivo, tanto más al redescubrirse, a graves penas posicionó las nalgas en el sillón del jardín. Nada más instalada, pese a los esfuerzos imposible se le hizo desentenderse de la invitación al placer aterrizando en su vientre, que se burlaba del rosario, de los cuentos tirados a diario. Por mucho que insistiera, las imágenes de esos dos, juntos, muy juntos, ella encima o bajo él, acercando cuerpos, entrelazados hasta no más, invadían su mente, agilizaban jugos secos al presente, afilaban el pecado, ansias febriles de recuperar los años perdidos en un matrimonio anquilosado. Avizó a la hija... a su versión de Jean-Pierre, sin arriesgar la imaginación de que el suyo, y el de ella, tal vez eran más idénticos de lo necesario. Se dio cuenta de que ella misma había abierto las puertas del tiempo, de cuando vivía en función del deleite, del flujo pasional en la sangre, cuanto más prohibido, más embelesado. Inútil de resistir.

María de los Ángeles coge las manos de Jean-Pierre porque las sabe hábiles, ignorantes del apuro, pero al tanto de que por delante tienen el infinito. Se han vuelto inseparables. Dondequiera que uno mire, los verá en la calle, los parques, el uno al lado del otro. Se va la vida que no interesa, molesta, al cruzarse día a día las sendas, y volver a ser él Jean-Pierre, ella, María de los Ángeles, en el Fleur Blanche, el hotel donde pasamos días y noches de paroxismo absoluto, al levantarse los pétalos coloridos que cubre lo desconocido y palpitante. Ella ríe, y no sabe la razón, que siempre triunfa la esperanza, ve como él la despoja de ropas impertinentes, hoja tras hoja, misterio a misterio. La acometida de calores, en un otoño más bien nervioso, los ruegos de darle la última célula de su ser, ser sólo de él, a cada instante, pedirle que haga lo quiera, golpearla si así lo desea, atarla a una tabla de torturas y atracarle fusta, pero también lengüetearla de pies a cabeza, hasta alcanzar el cielo de una vez por todas, se tragan el tiempo, hacen desaparecer el entorno,

borran del mapa lo que estorbe, ya obstáculo, ya nuevo camino a la soledad. María de los Ángeles es tan de él como lo fui yo. Juega con traviesos rayitos de sol de lo más pícaro, que encienden el cuerpo, vacían el alma milímetro a milímetro, no menosprecian nada.

Doña Bonifacia se entregó al abandono, a la lasitud chispeante, a lo que viniera, a cualquier frenesí que acudiera, la recondujera al Fleur Blanche por los peldaños de la apoteosis que resurgía ante delirios cultivados desde siglos. A ellos ofrendó la tibieza, la recuperada tersura de los pechos, de momento tiernos, generosos, ávidos de besos lacerantes, que queman duro. Abierta de muslos, la cálida y perfumada humedad a la espera de esos tiempos, llamó a ese rayito, con la misma devoción con que rezaba el rosario imploró besos negros, tan oscuros como se pudiera, miren que acababa de colmar de ansiedades el sexo vuelto a florecer, y los labios turgentes a causa de una espera tan larga, clamaban lascivias, cosas que se hacen de a dos, a media luz, tanto mejor a oscuras, en verano, a pleno sol, al amparo de la luna, en primavera. ¿Todavía no sabía el destino que no hay recuerdos, sino promesas inmortales? Montada en un pura sangre, gracioso oleaje en las arenas del desierto, en volandas se alejó, a la vez que era pegaso singular. Sus ojos admirando la pericia del jinete, lo animaban a clavar las espuelas para hacerlo volar, y así saltar ciénagas, llevarla a la eternidad. Sí, cielo arriba, perderse detrás de un horizonte nuevo en apariencia, pero que, mirándolo bien, conocido, bastante conocido, conocido en demasía. Al ver que se esfumaba el rayito, se vistió poco a poco, como sonámbula recogió el rosario y le propinó una feroz patada al perro de la vecina que otra vez estaba meando en sus plantas. Agonizaba la luz, paso entre paso se desvanecía entre la fisura que consiente la discreción de la añoranza, nostalgia que no daña, pesadilla carente de final.

Jean-Pierre me fue a dejar a la dirección indicada. No quería irme. Esperé a que la limusina se perdiera en la tarde agonizante y me apresuré a bajar al parque porque ya se hacía muy tarde y la noche se me venía encima. Alcé los brazos, me elevé, llegué a mi cuarto, me eché a dormir, murmuran los secretos de la juventud de la madre, aún no de la hija.

Metida entre remembranzas y temores surtidos, vacila si elevar las preces o encarar la situación como nunca logró en su vida. Todo de perlas si al menos tuviera la pizca de entereza. Ni pensar en colarse en el cuarto de su hija a fin de verificar con sus propios ojos lo que está sucediendo dentro de sí misma. En el ínterin, más vale purgar, esperar, no interrumpir las plegarias, en tanto no sobrevenga nada mejor, se aconseja a sí misma.

Detiene los pensamientos. La voz cálida retoma el diálogo monologado. Ya no hay tiempo para plegarias de última hora. Quien no se salvó antes, no conseguirá la salvación, a menos que ocurra un milagro, es decir,... tu milagro. La madre se traga las palabras.

¿Para qué mentir? Soñé que mi desnudez le era útil a alguien, servía de altar... de catafalco. Si antes vi a uno, ahora un montón depositaba ofrendas florales en mi vientre, cerquita de esos labios. Me rodearon. Sin decir una palabra acomodaron un cáliz oloroso, de cristal, en el cual se observaba un líquido espeso, opaco, dotado de fosforescencia sutil, sobre mis ansias más caras se movía al ritmo de mi respiración. Enorme tan sólo la angustia, el anhelo, la fiebre; yo era de quien me lo pidiera, de todos, de nadie. Me relajé al comprender que todo eso anunciaba novedad. Ahora bien, si alguien hacía un movimiento brusco, infeliz, el líquido se derramaba de forma tan repentina como inevitable. Algo preciosísimo, ni hablar de evaluar o siquiera poner en palabras, se evadía, se perdía así, en un proceso ni con mucho reversible. De ahí, el horror que se acercaran demasiado, que no

supieran respetar las distancias, que le dieran un empujón, fatal más encima, y provocaran el catastrófico volcamiento del cáliz.

Paso a paso me iban acorralando. Al máximo se acercaban, sordos y ciegos a las súplicas. A esas alturas intentaba combinar yo las sensaciones, darme al placer y vigilar un tesoro. ¿Tienen idea cuán difícil es entregarse al frenesí neutralizando ansias ajenas? Así es, porque ya no daba más, quería lanzarme y, al mismo tiempo proteger el cáliz para cuya misión había sido encomendada. En la vida hubiera movido los brazos, las piernas, alzado las caderas, apurado el goce. ¡Vaya dilema! ¡Angustia... dolor! ¡Qué placer! Estarme quieta era mi deber. Sí. La misión. Atada a ese altar mediante amarras invisibles, intangibles, según me enteré después, tocaba aguardar la dicha. La respiración se volvió disneica. El desfase se acortaba a más y mejor. Por mor de una aprehensión, y excitación, que incitaba a revolcarse, cada vez más difícil ejercer control. Mi pelvis, sí, mi pelvis en ascuas, movida al compás de ansias intensas tanto más cuanto de quienes se apoderaban de mi conciencia.

Miedo horrorosa tenía la madre a contagiarse. Pese a los denuestos en conservar la serenidad de otros tiempos, ahora lejos del rosario que la resguarda en situaciones álgidas, no logra abstraerse a las imágenes despabiladas en los continuos viajes de la hija, que surgieron o recobró en los últimos sueños. Acosada por una flamante oleada de renunciación, en la huida a ojos cerrados se brinda a ellas, hasta recomponer la historia y completarla de veras.

Presa del terror, verificó con sus propios ojos cómo en una de las ondulaciones, el cáliz de cristal, no pudiendo ofrecer más resistencia al vaivén, perdió la escasa inercia, acabó derramándose encima de su vientre, lo llenó de diminutas luces de sudor, esparció el contenido en los labios mayores. De muslos entibiados. En aumento la temperatura del cuerpo y los apetitos, instantes eviternos en que se detectan lenguas ávidas, que lamen cada rincón, dientes que mordisquean senos tensos, glúteos expectantes, sedientos de pasión. El sexo, ahora iluminado, a exacerbante lentitud imploraba la entrada final. Ellos se la comían, ella pedía más. No pudo, ni quiso impedir ser de todos, si de hombres o mujeres.

La madre revivió la memoria, despierta por las andanzas de la hija. El viaje, en cambio, todavía no culmina. Las frases, entrecortadas debido a vivencias de precaria clasificación, que tal vez manan de los labios de la hija, la maniatan a la silla puesta frente a su dormitorio. Doña Bonifacia se siente débil, impotente digamos, y presiente que el rosario por sí solo, de bien poca ayuda le será.

Añicos se hizo el cáliz cristalino. Poco rato después, de mente en blanco dio paso a una visión. Durante un lapso indefinido, sin vacilar me condujo a un lugar distante. En el entretanto, aunque sólo después de un silencio repentino, abrí los ojos y caí en la cuenta de que, apostados en torno a mí, me observaban, estaban a la expectativa, los labios enrojecidos, la mirada atosigada de lujurias. Exigían satisfacciones mayores, sublimes, oceánicas. Fue ahí cuando, entre todos me cogieron, y yo, sudorosa, gimiente, temblaba, imploraba aumento de frenesí. Presta a volar, a partir para siempre, me desperté. A ciegas me puse a buscar los trozos de cristal con miras a recomponer el cáliz... una vez más.

Sí, para ellos, los participantes, para quienes habían hecho de su cuerpo un ara carnal, completa los pensamientos la madre, jadeante. Tiene la mirada tan enrojecida que deja caer el rosario el que, como puede, sostiene el temblor de sus manos. A tientas lo busca, todavía ignora cuándo acudió en su ayuda.

Con escarbar en todas partes no encontraba nada. En aquel momento resolvió despertarse de un tirón. Descorrió las cortinas, dejó entrar sol vespertino. De cierta manera porfiaba en recuperar hábitos que jamás tuvo y que siempre situó en el pasado. Soñaba con dormir de noche y vivir de día. Entonces se vistió igual que ayer, se dirigió al comedor mientras yo la imitaba, bajó a desayunar de la manera que no lo había vuelto a realizar desde hacía varias semanas. Clavó la vista en la mesa, insistió en paladear el sueño. Haciendo acopio de fuerzas, quiso sepultarlo bajo sonrisitas a socapa. Intentó lo que más pudo, la cosa era no revelar nada. Un simple beso en la mejilla, gesto a la rápida, por despedida.

No deseo interrumpir tu rosario, se justificó ella, pero de ninguna manera podía desentenderse del impacto escudriñador que le arrojé, puntualizó la madre, quien, de habitual, se apropió del sueño y de la memoria.

La chica se echó a la calle. Prepararse para el día en que se fuera de viaje a Viña del Mar, y la brisa otoñal le refrescara un poco aquel extraño ardor que hodierno dicta los pasos. Poco después se puso el sol. Doña Bonifacia determinó que había llegado la hora de regar las plantas porque estaban muriéndose de sed, y volver a reparar la cerca de forma el que Copito, el perro de la vecina, no pudiera entrar, cagarse en las rosas, ni mearle los geranios cuando ella volvía a ponerse en manos de Dios.

Cap. IV

Cuando estás lejos, perdido en tiempos y distancias inéditos, para más inri tomándole el pulso a la cuestión, no eres tú el de las acciones, sino los impulsos. El primero, quién sabe si el de mayor urgencia, dictado de volver a Chile en el próximo avión que se le terciara. Apenas surgido, debió descartarlo pues ni siquiera disponía de cien marcos y, suponer ayuda de casa, hallar a alguien dispuesto a tenderle la mano, todo un milagro. No obstante, debía partir, mandar todo al mismísimo carajo. ¿Dudar? ¿Negociar asuntos vitales? Aquí había comenzado una historia, aquí se terminaba el camino. El paso siguiente, en un camino distinto. Esencial la vuelta a su tierra y luchar a brazo partido por ideales valiosos.

Días enteros se tiró reflexionando sobre la forma de llevarlo a la práctica. Si añadimos el subsidio de la Seguridad Social, a los préstamos, quizás alcanza. Una vez más la sensación de hallarse en brazos del desaliento completo, bajaba la puntería, ordenaba cortar por lo sano pecho por el suelo. Cualquier decisión era pasable, incluso buena si facilitaba cerrar a piedra y lodo ese capítulo de su vida que lo hacía coquetear con ideas ajenas a sus metas. Nunca tan nocivo como en tiempos pasados, pero eso no era motivo para dedicar la vida a las futezas y los caprichos de una que sólo tenía en mente brindarle el asunto a los latinos. Y eso que consideraba radicarme un tiempo; así, de ninguna manera, recordó haber dicho semanas atrás. Visto que carecía de domicilio fijo, real, y la dirección facilitada en Extranjería era de un compadre, dedujo que correspondía proseguir el viaje. Él no tenía nada que hacer aquí. Su vida no guardaba ninguna relación a Alemania.

Se encaminó a una agencia de viajes. De ida, a ver, a ver. ¿De ida sólo dijo? ¿No? A ver, ¡mire! El más barato le sale 1.100 marcos, comunicó la dependienta esgrimiendo una mueca en que se destacaba la conformación carnosa de unos labios pintarrajeados de rojo carmesí y la blancura de dientes a tono con la moda de la tele. ¿Por qué no pregunta en una agencia para estudiantes... ahí, estoy segura que encontrará pasajes mucho más baratos, pasó a referirle antes de desenganchar el teléfono y ocuparse del próximo cliente.

Rechazó la idea. Hace una semana estuvo averiguándolo, ahora que no resultó ser sino una facilidad para estudiantes inscritos, y nadie se ocupó de explicarle la manera de conseguir la documentación requerida. Sus amigotes no estaban muy al tanto tampoco. Más vale ni pensar en Brunhilde. Salió a pasear. Caso de no hallar solución, pensaba ir a ver a un viejo compadre.

En la cocina encontró al Cabeza de Chanco. Sobre la mesa, unos veinte botes de cerveza entre llenos, semillenos y vacíos. Des piernas entreabiertas, la panza al aire, los ojos turbios. Le escuchó balbucear unos versos... de Neruda diríase, pese a tener la lengua traposa, como cansada de darle y el dueño morir de la sed. Acercó la silla roja de costumbre, se sentó a su lado. La cabeza del visitado, algo así como una colmena de abejas africanas que han trabajado hasta el cansancio y, al no hallar nada, se ponen de pésimas pulgas cuando un bicho intruso se toma el derecho de asomar las narices.

La menta del visitante averiguaba la mejor forma de maguearle 300 marcos, aunque desde ahora evitando una respuesta negativa o que lo mandara a comprar cigarrillos al Tíbet y él tuviera que quedarse de brazos cruzados, en un país que no era el suyo y lejos hasta no más

de aquél que sí lo era. Un desastre. Todavía rompiéndose el coco, se dispuso a escuchar lo que pretendía confiarle el Cabeza de Chanco.

Es que mi vieja está en el hospital ¡Viste! Y otra vez, por la flauta, largó eructando mientras se empinaba un trago largo, sin aflojar el resuello. Y... los médicos... parece que la desahucieron ya... dijeron que si no se hace la operación ésa, está jodida. Yo tengo plata como para mandársela... lo que no tengo es a alguien que me haga la gauchada porque mi vieja no entiende nada de bancos. ¿Cachai?

Aquella revelación lo puso en ascuas. Una semana había gastado en esperar asistencia de los compadres. En balde. Bien no había nadie, bien se excusaban mediante un... no tenemos ni para comprar pan así que... Esto de aquí, algo muy distinto. De forma inesperada, pensamientos y proyectos, ambos descartados hace unos momentos, recobraron vida, se alzaron del olvido. De nuevo fluía la sangre. Burla burlando había encontrado la salida.

Yo... ¿vos sabí no?... Yo quiero pegarme el pollo (largarme) y volver. Aquí no estoy haciendo nada que valga la pena y lo echo mucho de menos... si querí yo... yo se la llevo, se adelantó haciendo lo posible en parecer natural, medio inocentón si se quiere, recurso de última hora. A esas alturas, la única solución.

La corazonada indicó que iba por buen camino. Mejor ocultar la alegría de que, de aquí a poco, de nuevo se veía entre su gente, luchaba para recuperar el ayer. El Cabeza de Chanco no manifestó ninguna reacción. Ahí continuaba la cabezota inclinada sobre ese

pecho descomunal, la vista incrustada en algo difuso, silente. En nada estuvo de repetírselo, pero lo dejó... a última hora, bien que a tiempo.

¡No me vai a cagar eso sí... estai advertido... a mí no... vos ya sabí cómo soy yo! O si no voy a tener que hacerte una desconocida, espetó agrandándose, al tiempo que se empinaba una nueva cerveza. Después de ponerle una en las manos lo animó a remedarlo.

Por poco no se metió de bruces en el cuarto el Cabeza de Chanco al sacar una bolsita de cuero negra, oculta debajo de un montón de ropa sucia, percutida, maloliente. Aquí teníh 600 marcos para la vieja... si alcanza, vos podíh quedarte con 100. Para tus gastos o para lo que sea, repuso enseguida propinándole un golpecito en la espalda conforme lo bañaba en la cerveza de Aldi. Leoncio no cabía en su piel de gozo. Se abstuvo de mostrar la hilacha. Haciendo alarde de ceremonioso, de cumplidor, se apresuró a recoger los seis billetes de a cien, la dirección y la foto de la señora.

Un vistazo a la dirección bastó para barruntar que vivía en un barrio cercano a la Estación Alameda. Después de asegurarle un sinfín de cosas a un Cabeza de Chanco atornillado en su mundo, se largó a su cuartucho. De funcionar al pelo, en unos días estaba de regreso. Todo una cuestión de juntar la plata del Seguro Social (350 marcos) y la *donación* del Cabeza de Chanco. Puesto que días atrás, en una agencia a precios especiales, le pasaron el dato de que en España los billetes aéreos a Sudamérica costaban mucho menos, no bien llegara la plata, a dedo se mandaba a cambiar.

Aprovechando la racha de buen tiempo, resolvió tomar el metro de mañanita. En veinte minutos se hallaba en la carretera sur. Si la fortuna estaba de su parte esta misma noche contemplaba el iluminado de Fráncfort. En el boliche de la esquina compró una hogaza de pan blanco, queso de oveja y aceitunas negras. Utilizando la chaqueta de verano se fabricó un atado, enrolló el saco de dormir que le había prestado un compadre, y ahuecó al ala. Camino de la estación de metro, alzó la derecha: la despedida para siempre. Para mayor seguridad, acarreaba el dinero en el interior de la chaqueta de cuero. En un bolsillo especial se encontraba el pasaporte español; el chileno está durmiendo en algún rincón de Extranjería, se explicó a sí mismo satisfecho, relajado, después de tanto tiempo.

La idea de lanzarse al mundo se le antojó fantástica. Un estreno además. ¿Índice de estar recomenzando la existencia? ¿A los veintiocho? Como nunca disfrutó de viajar sin ataduras, a dedo... solo... por Europa más encima. Levantando los brazos una vez más hinchó los pulmones. Libre, al fin libre, ¡por la cresta!, gritó a todo trapo al paso que deambulaba a lo largo de la carretera sur. El gruñido de contento, al detectar que se alejaba, horadó el silencio matinal. Por ningún motivo quiso dirigir la vista atrás. Mientras se montaba, se desmontaba de coches, camiones, camionetas, se imaginó España, patria de sus padres. En su fantasía, idéntica a Chile. En tres días cruzó Francia. También había necesitado tres para abandonar Alemania. Quedó encantado del vino francés... tan bueno como el chileno se dijo.

A la semana de viaje, liberado de ataduras semivisibles, un martes al mediodía arribó a Figueras. En un despacho cambió 100 marcos a pesetas, volvió a contar el dinero y verificó que disponía de 900 marcos. Al escuchar hablar castellano, mezclado a una lengua que

desconocía, o no acertó a identificar, comenzó a desprenderse de la sensación de ser extranjero. Se quitaba un peso de encima; otra vez en casa. Visto que hacía buen tiempo resolvió echarse a dormir en cualquier descampado, bajo las estrellas. El último recurso: utilizar las reservas porque sólo ellas posibilitaban el regreso... en una de éstas para siempre... y no desamparar nunca más el terruño.

Despertarse, y experimentar un bienestar cabal, fue todo uno. Cada día mejor. Claro que, costó llegar a Madrid. Según las recomendaciones de Hamburgo allí encontraba más de un billete aéreo a precios módicos. En cuanto al sitio, en la parte vieja de Madrid, cerca de Puerta del Sol. En tanto viajaba de Cataluña a la Meseta, de pasadita avistó una infinidad de localidades y pueblitos impresionantes. Se figuró que, cada kilómetro que lo acercaba a Madrid, también lo ponía en Chile. Llevaba tres direcciones. Dos en Madrid, una en Cáceres. Se las había pasado su padre antes de tomarse los vientos en Pudahuel. Pese a disfrutar de España, quería marcharse. Hablan igual que mis padres y los profesores en los Hermanos Maristas, constató boquiabierto.

Para que nos entendamos, el problema está en que ya cumpliste los veintiocho... entonces no se puede, explicaron en varias agencias de viaje, cuyo público se componía de jóvenes y estudiantes. Aquel desliz impertinente del tiempo obligaba a comprar pasajes caros. Al cambio actual, unos 980 marcos; no más de 700 marcos hubiera costado de tener veintiséis años... pero no era así. Al verse en un nuevo embrollo, se le ocurrió embarcarse. Para eso tienes que dirigirte a Barcelona y probar suerte desde allí, recomendaron varios. Pero no quería ir al norte, es decir, echar marcha atrás visto que eso significaba acercarse a Alemania, renunciar a los ideales, ocuparse de trivialidades, cuando no morir en vida.

Aplanando calles ya planas, entre que resolvía hacer, sus propios pasos aconsejaron pasar cerca de una marisquería y, como hacía días que no comía a cuerpo de rey, le bajó el hambre acumulada frente a un restaurante, sobre todo al experimentar el cosquilleo que le produjo el olor a mar en sus narices y oír el concierto de tripas descontentas en el estómago. Se le hacía agua la boca. Al cabo de casi media hora de tira y afloja, a pasos medidos se acercó a un banco y cambió 200 marcos. En su rostro se leía el placer. Ya se iba a encontrar el modo de retornar a Chile. Lo que es hoy, a comer se ha dicho.

De chiripa no se tiró los 900 marcos... en menos de dos semanas. De poco o nada sirvió dormir a cielo descubierto, en algún asilo, comer de cuando en cuando, porque el dinero se le fue de las manos. No pasaba día en que no se hacía la idea de largarse. A diario pensaba en su familia. Atrapado por una legión de nostalgias voraces, ansiosas de corroer las últimas economías anímicas, se encaminó a la telefónica, y contactó a su padre luego de ochos meses de silencio empecinado.

No, no... que no. Me parece que no comprendes bien. Tú, sí, tú no puedes regresar a Chile... antes de que cambien ciertas situaciones. Verás, tu nombre aún figura en la nómina... de ese índice. Si aquella noche tuviste... fortuna digamos, pues... eso no significa que la tendrás siempre. ¡Eh! En cuanto pueda envío dinero al consulado español... en Hamburgo... ¡Hala, chico! ¡Ea! El camino es largo y la vida más bien corta.

Se cortó la comunicación. ¡Aló! ¡Aló!, sintió repicar su propia voz Leoncio en el intento de revivir la conexión. ¡Dime! ¡Dime!, exclamó el padre. Sí, sí, te oigo, respondió Leoncio. Pues bien, ¿por qué no te quedas en España mejor... ¡eh! Vete don... , habrá querido

continuar, pero no pudo en vista del nuevo corte. Leoncio, víctima de una pesadumbre, colgó. A recomendación de los conocidos que hizo en Madrid, determinó irse a Mallorca a ver si conseguía trabajo en alguna actividad dedicada al turismo.

La idea de radicarse en España dio vueltas y vueltas en su corazón. Todo estaba en probar suerte. Entonces compró un pasaje a Barcelona. Prefirió el autobús porque viajar a dedo se le hizo difícil. De allí se embarcaba a Mallorca. Antes sí, haciéndole caso a una corazonada, creyó oportuno llamar a los compinches de Hamburgo. Estaba loco por oírlos, a ver si le contaban las últimas copuchas. Probó varios números. De no estar ocupados, no había nadie.

Ha salido el Flaco; *ahorra* no es, contestó una voz. Más pronunciado no podía ser el acento y defectuosa la gramática. Le resultó conocidísima esa voz. ¡Brunjilde!, suspiró él dando un tremendo alarido. ¡Leonsio!, teatralizó ella. Me han *desido* que debí ir a *Extranjerría... parra* tus papeles... y *parra* venir para mía, completó la frase tras un sonoro beso. Si *querri* plata yo te *sendo* (mando), se ofreció haciendo lo posible en no dejarle hablar a fin de obstaculizar posibles reflexiones sobre tamaña oferta... inusitada a más no dar.

En la boca le latía el corazón al quitarle la ropa, llevársela a la cama, abrirla de piernas, hacerla suya de nuevo. Compuesto el ánimo le dio la dirección de la Posta Restante de Barcelona. Feliz, pese a verse forzado a descartar un proyecto y a reanimar otro en estado cadavérico, se preparó a regresar. Eran tantas las ganas de cepillársela que debió estirar la paciencia. Esta vez sí, volvió en tren.

En la travesía reconsideró la situación. De una forma u otra, este pasado, llamésmolo número uno, roto quedaba al romper con el número dos (antes, uno), si de veras albergaba la intención de formarse un futuro... en Alemania... a lo mejor hasta junto a Brunhilde; ya habrá oportunidades de luchar en favor de mi gente, se dijo a manera de consuelo.

Entre los proyectos, y sueños entrometiéndose en los planes, un buen número de vivencias metiches al parecer marchitas, o al menos dormitando, enturbiaron el panorama. Algunas tan lacerantes que no pudo menos que trancar las puertas del recuerdo. Aunque lo intentó algunas veces no sirvió de nada.

De cierto modo perseguía rehuir los aguijonazos en el estómago, y en el pecho. No lo consiguió. Antes bien, se acordó de la Juana, del Chico Passo, del Artista quien no consiguió ir a despedirle a Pudahuel, y de quienes fueron y lloraron. Ante sus ojos, el desfile de los caídos, abatidos por las balas de soldados con rostros pintarrajeados de negro. Enseguida se pasó a las figuras tenebrosas que, al parecer, indujeron una partida tan repentina como inexplicable. Frente a él, el Nervioso, La Devoradora, el Moco de Pavo. Paró de contar.

Desde luego, los peces chicos. En cuanto a los gordos, empezando por el propio Henry Kissinger, siguiendo con el famoso *Contingency Plan*, y desembocando en el viaje secreto emprendido por el general William Westmoreland, una nadería comparada a la veleidad y la miopía política de la Democracia Cristiana que, en opinión de ellos, se debía a la táctica que habían de usar.

¡Ah! ¡Qué tonto! Cómo así se olvidaba del Pepsi... sí, claro, ¡El Pepsi, pues! Un poco más y lo descarta. Pero jamás nunca podía descartarlo. Al paso que el autobús se deslizaba a lo largo de la noche, hacia el norte en esta oportunidad, se detuvo a pensar en El Pepsi, hasta el extremo de identificarlo con una figura central, alrededor de la cual, con o sin su consentimiento, se congregaban víctimas y colaboradores.

¿Por dónde y cómo andará el autor de un montón de historias que ponen los pelos de punta? ¡No creo que se lo hayan piteado en Miami!

Respecto de los gringos *amistosos*, más amigos de meter las manazas donde no les incumbe que donde se necesita, de los momios, de los milicos, ¿quién iba a sacarlos del poder? Es lo mismo que querer castigar a Pinocho, se aclaró antes de caer rendido de fatiga y entregarse al sueño.

Las dos *bebidas*

Antes arrancaríais el escollo del fondo del mar que el derecho del corazón del pueblo.

(Victor Hugo. Frase pronunciada en la sesión de la Asamblea legislativa del 20 de mayo de 1850)

But I am so far in blood that sin will pluck on sin.

(Tan embadurnadas de sangre tengo las manos, que un crimen invita al siguiente)
(William Shakespeare, Richard III)

Cap. I

“Para sus *compipas*, como en estos círculos se estila decir, la figura regordeta, a simple vista tan graciosa como balón playero desinflado, de ojos negrísimos que producen la impresión de no estar cerrados ni cuando duerme pero observan el entorno por junto, de tez aceitunada y pelo hirsuto color castaño oscuro, se le conocía como El Pepsi. Escasa relación guardaba el mote con la bebida. Ni por sueños denominación de origen. Se derivaba de la actividad profesional de este *personaje* cuya historia cabal se contará en círculos malos para hablar, en íntima conexión a otro personaje, no menos *histórico* que fue su jefe hasta que la prensa los perdió de vista, si no se lo tragó el olvido de ocasión”.

El menos convencido del éxito, a la disimulada acomodó el borrador en el escritorio del jefe de redacción previo a dirigir los ojos a múltiples direcciones. ¡Pche! Una cosa era lo que proponían ellos, otra, los *desvíos* del consumidor. Sí. Las alusiones. El contenido de las últimas frases. No iban a ser las primeras víctimas. De buena gana las dejaba intactas. Haber dicho que la prensa no tuvo más remedio que *perderlos de vista*, y cuál de esos dos

era el más torcido, de seguro reflejaba las experiencias al tiempo que revivía los pensamientos de quienes hacía tiempo que habían dejado de creer en el American Dream:

El secretario de Libertad veía la cuestión de un modo bien distinto. “No se amaña de arepa. Barájenla despacio o ¿quieren que le demos chumbimba al diario? Donde los periodistas daban a entender (obvio, entre líneas) sicarios a sueldo; él empotraba paladín de la libertad y patriota valiente. Ahí mismo tachaba eso de personaje turbio y animaba a probar fortuna con el triunfador de abajo, si no fuera porque ellos insistían, desde luego muy para sus adentros, en uno de los tantos oportunistas que se aprovechó del pánico. El artículo de apertura debía estar listo a fines de mes y como mucho tenían una semana de tiempo.

En opinión del superior en peso y sueldo, por encimita tocaba sondear en la desgracia, ensuciarse las manos en basureros poco comprometedores, un poquito meter la pata en el trajín de la vida íntima del *gran luchador por la libertad* como forma de incitar a un debate *corto de tiempo* y volver a mendigar el consentimiento del jefe antes de la publicación definitiva, desde luego condimentada con picanterías livianas. Quizás dos o tres frases alusivas a los móviles directos. No obstante, por ningún motivo dar a conocer honduras que pudieran inquietar los ánimos de una comunidad viviendo en *dulce armonía*.

“No nos enchicharemos con chancucos, que a más de alguno le va a dar una chispa. Al encoñado... lo que anda soñando. Nunca fui faltón”. Al rato intervino el moreno a cargo de revisar los croquis. ¡Ay primo Armando, quiero amanesé! Orbídense de lah bainah que únicamente hijitoh rebeldeh de miyonarioh podridosh en plata sacan a pasear por la calle”.

El comentario del barranquillero se irguió del anonimato y volvió orden perentoria.

Pésima idea hacer pensar a quienes se les secó el coco pensador de tanta telebasura y frases estereotipadas fácil de engullir y defecar. “Lo único que cuenta aquí eh la creencia. Eso de subir der fondo mihmo de la miseria a base de trabaho honehto y continuo hahta llegá bien arría, lográ fama, riqueza y admiración general. El rehto, chico, bale berga”.

Los periodistas dieron en discutir, sopesar, paladear, filtrar palabras, o buscar otro trabajo.

“Encima de ser el punto de enlace, se transformó en el constructor absoluto e indiscutible de su realidad más infame. Mientras El Pepsi era la araña teledirigida, El Coca-Cola indicaba donde tejer la tela, donde más tarde o más temprano caían los moscos”.

“¡No! Por ahí no ba la cosa, llabe. ¿Qué baina eh ésa de la araña teledirigida! ¡Coño! Y, ¿quiéneh son esoh mohcoh? A mí, cuentah clarah y chocolate ehpeso”.

A continuación, el bolígrafo del jefe, de lleno se comió las frases jabonosas. Cabeza gacha prosiguieron la labor. Si alguien preguntaba ¿qué tal? ¿Camina la cosa? Decían ellos sí, al paladar del jefe, por no decir hay gustos que merecen palos y palos que se dan con gusto.

“En los círculos antes mencionados, su patrón, pues, Coca-Cola, a secas. El centro de las operaciones, donde desarrollaban parte de las actividades, estaba en la trastienda de una bodega destinada a bebidas de todo tipo, donde lo único que había quedado del desmantelamiento, era un luminoso de neón que se venía abajo al primer sacudón fuerte”.

El menos temeroso de perder la esclavitud ante los colegas lo repitió: ¡Cómo jue la baina ésa de la araña teledirigía? ¡No hodan! A cuerda será, y eso que yo no he visto ninguna todavía. Si no leh hase grasía, ponle a control remoto. Por lo que toca a eso de... de loh mohcoh... yo desía campaneroh, duroh, lacrah, lamboneh. ¿Berdá que sí, llabe?

Nuevo intento, nuevo suspenso. “Continúen probando suerte y yo... pueh rayando.

Correcto eso de sentro de operacioneh..., pero heroicah, ¡Pilah! Na de carretah chichih.

Como ya dihe, cuentah clarah, chocolate ehpeso. Quiero que ehto quede bien claro”, volvió a censurar, pese a insistir ellos que se trataba de una idea con futuro. O, ¿ya había olvidado la vaca que antes de ser vaca fue ternera? ¿De quién lo sacó de la noria baladí?

Sus primeros artículos, cuando no se zambullían hasta el cogote en el cubo de la basura simpática, obligados a ir dedicados a las inquietudes y a los sinsabores de los lectores del barrio, de tarde en tarde a algún cantante de bolerito aún no muerto de hambre, un salsero y, desde luego, al béisbol. Metiendo la pata también se aprende. Su eslogan favorito.

“Ni tan siquiera el último terremoto fue capaz de derribar la bodega ésa, donde de lejos se leía Coca-Cola y Pepsi-Cola al por mayor. De dientes afuera, cerrada. Se rumoreaba que el dueño oficial había regresado a Siria. En busca de una herencia, holgaban los comentarios. Los nacidos incrédulos juraban que se encontraba en las honduras marinas de Valparaíso. Cincuenta kilos de piedra bajo los pies garantizaban estadía indefinida, de forma que nadie suponía que, justo ahora, iba a tener la mala ocurrencia de salir a flote. Pésima idea, ya que le buscaban por desfalco, cheques alegres, soborno, trata de blancas y otros delitos más, que nuestros héroes, los actuales ocupantes, de un plumazo erradicaban de la sociedad”.

Bamoh mehorando, llave, comentó en tanto movía la cabeza de izquierda a derecha y métale sonrisa. Esa vez sólo eliminó “de dientes afuera”. Animados a continuar se alejaron los tres a cargo de dar a conocer las hazañas de un fiero luchador contra el comunismo. Como el jefazo mañana se iba de vacaciones a Curaçao, indicó mantener ese ritmo.

“Innegables el acierto, la agudeza y el ingenio popular al tasar, apreciar al instante, evaluar en cosa de segundos, a inigualable y veloz certeza, ciertos rinconcitos del alma que su dueño cree a salvo u ocultos a buen recaudo. Digamos las cosas como son. En países como los nuestros. Donde el apellido *correcto* abre hasta puertas cerradas a piedra y lodo, y al *incorrecto* se le cierran incluso hasta donde nunca hubo ninguna. Poco interesa saber cómo se llamen aquéllos de apellidos *incorrectos*, porque con el desbarajuste que produjo la conversión a la fuerza, a los *cristianos nuevos* no les quedó otra que adoptar apellidos inofensivos y soterrar los anteriores bien al fondo del olvido. De ahí que haya Pérez Pérez, y Pérez vestidos de Pérez. A criterio de quienes se jactan de la limpieza de sangre, los moriscos de esa laya y sus descendientes, no deberían tener ninguno, el caso particular del país de donde procede nuestro héroe. El apodo, por tanto, encima de devolver lo que ha quitado el apellido *incorrecto*, al dar pábulo a la autenticidad, de modo singular elimina lo artificial, por no decir trivial en apellidos como Soto, Ramírez, Sánchez, Rojas, Palma, Romero, Montoya, García, Torres, González... Una miradita al directorio de teléfonos capitalino les convencerá de la urgencia de crear guías telefónicas sólo para los Torres, Romero, García, Soto, etc. De ahí que no interese saber cómo alguien se llame, sino como le llaman. Al no hacerse esto al tuntún, o al pedo para expresarlo a la criolla, como reflejo de un asunto bastante más intrínseco al carácter que el susodicho nombre, por ende, al alma de quien lo carga de por vida, de contingente no tiene nada y acaba relegando al

nombre, malamente llamado verdadero. Cuando a la pinta se le acopla el alma, nace el apodo, muere el nombre. Hablando de la verdad, a quién le importa, o interesa saber si, en definitiva, El Pepsi por ejemplo se llamaba Gaspar Ernesto Rojas Sánchez, El Coca-Cola, Juan Segundo Soto Torres, porque cuántos Gaspar Ernesto Rojas Sánchez no andarán por el mundo, ni cuántos Juan Segundo Soto Torres no vivirán por ahí, a las malas o a las buenas. Pero ¿a ver dónde habrá dos Pepsis? ¿Dónde dos Coca-Cola iguales?”

Las circunstancias del momento, el apuro en lanzarlo, sumado a un jefe en Nassau hasta mediados del próximo mes, envalentonaban a arriesgar dos o tres verdades salpicadas de folclore e intentos literarios chuscos. El artículo estaba casi listo, ya no era proyecto de encabezamiento, simple croquis que reposa distraídamente en el escritorio patronal.

Pero aún faltaba la escena principal. El actor y defensor del capitalismo hegemónico.

Los periodistas se miraron entre sí y quisieron preguntarse con qué les salía él ahora. En cuanto a la acogida de los lectores, dependía del grado de chismorreos, de la forma de sacar los trapitos al sol, de granjearse simpatías mediante aventuras de tono subido con cierto pudor, dando a conocer intrigas siempre en un contexto de lucha contra Fidel. Al fin y al cabo de mucho corregirla, tijeretear, recortar frases sosas o arriesgadas, se dio el visto bueno para la entrevista. La reacción de los lectores no fue inmediata. Pasadas dos semanas se vendía como pan caliente por los alrededores de la Calle Ocho. En la redacción veneraban las cifras, pensaban en nuevos capítulos, en la posibilidad, así como en el momento propicio, de fabricar un culebrón largo, divertido, sazonado a la cubana.

“Nuestro paladín nos lo cuenta de esta guisa, sin recurrir a tanta palabrería, de suerte que vayamos entrando un poquito en calor y, más que nada, a fin de ubicarnos en el lugar de los hechos. Además, y queriendo reproducir las circunstancias de una vida que no peca de normal, necesario se vuelve agregar que el velo de misterio, que cubrió las actividades, era a la vez carne de identidad y razón de ser. Esto del enigma, dicho sea de paso aplicable a ambos, quizás lo único de perlas, ya que de una u otra manera fomentaba la translucidez de los protagonistas. Que conste, estamos hablando del ámbito en que las *marcas registradas* coexistieron, y tal vez sigan haciéndolo en franco plano de competencia y rivalidad en la vida post eventum, o sea, la evocación. Condicionamiento mutuo, funcional, similar a las turbiedades ocurridas desde un comienzo. Vamos a ver si entonces era posible la contemplación con los ojos del papel que desempeñaron estos dos, por antonomasia, de escasa transparencia. Esta falta de claridad. Esta opacidad perniciosa, por supuesto la condición básica de una labor tan conjunta como estigmática. Se lo vea con buenos o malos ojos, quien más quien menos condenado a una vida múltiple, en clandestinidad, sitio donde los vínculos se consolidaron, fortalecieron, si bien a la ligera por su misma labor. Debían coexistir como las gaseosas, ignorándose en el entretanto, aunque observándose sin cesar. En las relaciones profesionales, nunca demasiado intensas, hubo más recelos que confianza mutua, existió más secreta competencia que auténtica colaboración”, recalca el segundo artículo extenso, resultado de una investigación exhaustiva en bibliotecas públicas opinaba el jefe, por ser el sitio de reunión predilecto. La intención de este capítulo, huelga decir, pues remecer inercias, preparar al consumo de al menos quince platos fuertes.

De pleno asediado por cuestiones que habrá pensado sepultar, las mismas que amenazan con fallarle en momentos cuando más requiere de sus servicios, El Pepsi se pasea como

león enjaulado e ignora qué rumbo tomar. De su mano izquierda se menea el cheque mensual que trajo el correo de hoy. Tiene en cuenta que deberá medir las palabras, sopesar las frases e incluso sofocar añoranzas en vías de huir de los labios sin previa autorización.

A partir del instante en que abandonó su tierra (lo más probable para no volver, refregó por sus narizotas una vocecita), puerta cerrada a una multitud de asuntos engorrosos, de explicación precaria. País nuevo y rico. Vida nueva (una pena que únicamente la miseria sea contagiosa). Dado el paso, horizontes desconocidos, de cuya presencia no se tenía la menor noción. Bueno, salvo hoy, cuando se le acercó el reportero ése (o agente federal de civil, piensa todavía) y dijo que venía a entrevistarle para una historia de la Prensa Hispana, entendió él, error que rectificó enseguida el periodista cuando, vaya a saberse si por quinta o sexta vez, dijo estar al servicio de un diario popular, llamado Libertad.

¿Libertad dijo que se llamaba? ¡Qué gracioso!, repuso para sí, conforme sacaba cuentas, tiraba línea. Al verle tan receloso, se acercó uno de ellos y le aseguró una entrevista a vuelo de pájaro, ligero intercambio de preguntas y respuestas y... ya estaba. No vamos a meternos en terreno inciertos y comprometerlo por puro gusto. ¿Verdad que no, chico! Éste es un país anticomunista, seguro, que muy de cerca comparte sus *ideales*.

De una pieza quedó la estrella. Quien llevaba las riendas en este asunto repitió la oferta a ver si por fin se montaba sobre ella y se dejaba llevar. Comprobada la reticencia, elevó la suma y se comprometió a no meterse (ni meterle) en arenas movedizas.

“¡Abajo Fidel! ¡Abajo Allende!” chilló, arenga tardía ya que Allende estaba bien debajo de la tierra. El cuestionado observaba las movidas desde un rincón por menudo singular. Pese a no compartir el entusiasmo, se sintió algo mejor. ¿Negarse él a una entrada inusitada de dólares? Receloso sí, pero por gajes del oficio; loco, todavía no. Después de todo, se trataba de un bien remunerado intercambio de palabras en la cuna del capitalismo.

De primera intención aceptó, puesto que no tenía nada que hacer, nada que temer, fuera de eso, mucha necesidad de comunicación. En la vida se imaginaba que vería forzado a desenterrar mierda rancia, en tela de juicio poner recuerdos mediatos, inmediatos, cercanos y lejanos, a platicar, pero a mejor, callar. Así fue como en instantes de una existencia revivida a retazos, se puso al alcance de una avalancha de memorias que hasta no hace mucho había supuesto (o declarado) meros despojos del pasado. Sin querer queriendo, ese periodista, que en sus inicios le había resultado hasta medio familiar pese a no saber a ciencia cierta dónde se habían enredado los caminos, dio en desatornillar su vida. Tanteado el terreno, excavó, al comienzo pecho por el suelo lo que el autodeclarado enterrador había decretado momia sagrada. No cejó un milímetro. El entrevistado quiso aplicar los frenos. Sellar los labios, miren que no iba purgar pecados que vamos a ver si habría cometido.

Abiertas las esclusas por idéntica presión a cuando se cerraron. Mantenidas en esta posición el tiempo aconsejable. Los glúteos en un sillón un tanto rajado. El primer cigarrillo del día encendido sin sacrificarles una mirada. Calma estudiada. Los acompañantes de quien sacaba las preguntas a hilo cual prestidigitador inventando conejos de un sombrero de copa, de seguro periodistas o reporteros radiales (El Pepsi le puso oídos de pasada nada más), distintos a los de esta mañana sí, de la manera que toleraron las sillas

de hierro pintadas de blanco tomaron asiento. Para relajarle la lengua, de una bolsa de plástico sobre cuya cubierta se avistaba a una mulata en actitud de ofrendar un trasero sensacional, como invitando a una embestida de película, quien al presente hacía las preguntas retiró una botella de whisky. De la misma bolsa sacó botes de Pepsi-Cola. “¡Ea! Eh lo único que consume tu entrebistao; por argo se yamará así. ¿No te parese?”

Bien quitados de bulla los tragos. El Pepsi, de cerca palpando la indefensión. Ojos cerrados que hacen desfilar recuerdos peritos en no serlos. Ellos escribían a la rápida. Debajo de la mesa, quien no había abierto la boca sino para tomar, activó una grabadora similar a una pitillera. De momento interesaba rescatar lo descollante. Los de la redacción calibraban los dimes y diretes. Ponían lengua a las mudeces. Sacudían memorias gratas e ingratas.

“¡Chitah la payasá! En beh di andar contando huebáh que son míah no máh, podía aguantarse un cachito y no ser tan atarantao. Pero, güeno, que le bamoh a haser dijo un osioso: ya no tiene remedio. ¡Salú entonseh! En toah parteh se cuesen habah. ¿Tamoh?”

A su manera refunfuña nuestro personaje. De tarde en tarde, en directo. Sepa usted si acaso comentario que más bien se le resbaló de los labios. Se notan la fatiga, las huellas de la lucha *encarnizada*. Piensa que todo hubiera podido salir mejor. Triunfar la justicia. Las buenas intenciones, así fueran ingenuas e ignorar que, en algún momento, todos metemos la pata. Insisto, él no es el derrotado, son las circunstancias que le tocó vivir. Respecto del lenguaje, pone lo mejor de su parte en farfullar; no articula las frases como se debe.

Las notas, acerca de las cuales vacila si integrar a la historia, si allí estaban mejor, empiezan a acumularse. Poco claro está el destino. Persisten las dudas si serán del agrado del jefe y los consumidores de paja diaria. “El buen periodismo, aparte de ser objetivo, nunca debe importunar, sino ser ameno, interesante, dar buen ejemplo”, encarecían las notas de la redacción. Leídos los borradores, pidió una hora de plazo. De modo inseguro, autorizó un prefacio escuálido. Sobre este esqueleto ordenó montar la entrevista. Pero hoy se levantó con la pata izquierda, dijo que el mundo estaba en su contra, y eso que ponía lo mejor de su parte.

Catapultado el entrevistado al ayer. De narices en sus garras. Mejor dicho, asfixiado. El héroe se empina un trago al seco. Pasado un tiempo, el enjuague labial, el orden de dos o tres pelos hirsutos. Retomó el hilo de un relato, a esas alturas ya camino a la zozobra.

“Si nasiste pelao. Máh cagao que poto e guagua. Y máh pobre que rata de cana. Tar como nasió este pechito. Pa máh recacha, aonde habíamoh siete bocah máh. Como si juera poco, chico, negro, la cara media aindiá, la cagahte bien cagá. Jodío. ¡Malhaya la suerte mía!”

Miradas entre sí. Subidas y bajadas de ojos. Gestos ambiguos. A simple vista, preguntas sobre la forma de llevar eso al papel. Si habría suficientes lectores chilenos visto que los cubanos iban a quedar fuera de foco; cuando mucho agarraban la idea. De continuar a ese paso, el interés por la historia no sobrepasaba un fin de semana lluvioso. Luego de comprobar que no se daba por aludido. Más encima tenía la *gentileza* de repetir las frases. Obligados a prestarle atención. Ya se vería la forma de salir del atolladero.

Minutos fantasmales. Tiempo congelado. Nadie osa decir esta boca es mía. Tragos rítmicos que se escurren garganta abajo. Un flato malcriado obliga a eructar una, dos, hasta tres veces, y su cara se llena de risas cuando recuerda aquel “apéese aquí que queda más a mano, y él responde, si ahora me tiro un peo, ¿cree usted que me lo ban a perdonar? Salidos a intervalos regulares, los gases por arriba tienen aceptación social, incluso hasta un poco de cadencia. El Pepsi se limpia los labios, pide disculpas, prosigue. Ni cortos ni perezosos los ojos periodísticos consultan si valdrá la pena continuar o mejor dejarlo para otro día.

“Mira ñato, cómo te lo pongo ñato, la cuhtión no eh Jauja. Si ustedé, o ustedé caayero, nasen dehta laya, no le ba a quear otra que estar peliando toitita la bía. Y contra toh, porque bien anteh de andar gatiando, hay que estar alerta, lidiando, y na e treguah si querih tirar paelante alguna be. Y nunca por mucho tiempo. Y si tení máh hermanoh, con eyoh será. Y si no tení a naide, con otroh biejoj, por ehto, por l’otro; y cuando a eyoh se loh yebe la pelá, obligao a metete con loh besinoh, la beterruga der frente, tu gaya. No poih nunca darte er lujo de salir segundo. ¿A ver si me entiendih? To er tiempo a prúea. A bel hahta ónde te da er cuero. Hahta ónde te arcansa la raja y aguantai l’embestía sin decir ni pío. Bien jodida una vida así ¡Cof! ¡Por la cresta! ¡Cof! Toh jodía, toh de mieeee-rrda”.

La tos perruna, a gritos pedía descanso. A punto estuvieron de recomendarle fume menos, pero lo dejaron nada más ver que con la colilla encendía el próximo. Los periodistas tomaron nota, subrayaron lo no captado al vuelo, y tradujeron al español caribeño retiradas las vulgaridades subidas de tono. Tocante a éstas (escorias, según el jefe), ora engrosaban el archivo particular para escribir el libro de la vejez, ora se utilizaba el papel para envolver aguacates verdes, ora para cuando faltara el higiénico. Bastante obvia la insatisfacción. Se

esperaba más. No obstante la sensación de estar pisando terreno flojo, le dejaron seguir. En cuanto a llegar a un acuerdo sobre lo incomprensible, pero natural, luego se vería qué hacer. Lo comprensible, pues, a un español accesible al mundo hispano del barrio.

El descontento de las tripas obligaron a salir un rato a tomar aire e intentar acariciarlas con algún sofrito. Palabras adentro los engullían. Tragos de Coca-Cola se los bajan. “Tengo una idea”, dijo el bisoño. “¿Cuál?”, inquirieron los demás. “Simple. De ahora en adelante, eso de tomar notas pasa a la historia. De la cinta, directo al papel. ¿Vale?”

“Si te va mal, sonaste, y para siempre. Allí, el que menos corre vuela y el que pestaña, pierde. Por eso mismo digo que a mí me fueron amoldando a puros palos, a coscachos, cachetadas, a patadas en las nalgas, y métale escupo. Y todo el santo día agarrándome para el hueveo. Y no te vayas a descuidar, negro jodido, porque ahí no más te llega. Cuan...

El teléfono amordaza el traslado. El Pepsi lo atiende. Molesto, cuelga. Se arregla la corbata que nunca ha tenido. Acomodadas las mechas rebeldes, prosigue la jerigonza que si tal que si cual. A estas alturas, un bleo le importa si agarran la onda o quedan colgados.

“Cuando chico me fumé mi primer huirito, me clavé a una media gringa, y tiempo más después, a la cabra lavando en el canal los lunes. Me la manduqueé ahí mesmito, encimita de la ropa húmeda y lavadita. Después, andaba solo o me juntaba con la gayá der barrio. Nos metíamos en todas partes donde entra un pendejo chico. En las canchas, y los estadios de júrbol le metíamos los dedos a los guailones pendientes de la pelota y no de los bolsillos. También nos colábamos al mercado, los almacenes, después, los supermercados.

A veces nos iba requetebién; otras, no tanto, y lo único que veíamos eran los calamorros de los pacos; más encima, por debajo. A mí ya me habían guardado sus buenos días en la capacha por eso de andar enchufando dedos donde no se debe y siempre se puede.

¡Chis! ¡Pucha la cuestión! Puras exageraciones no más, mi cabo; yo, sí, yo, de a dónde; además, yo no era el único que andaba metido en el leseo. ¿Por qué se la agarra conmigo? Usted sabe bien, caballero, confiesa bajando la cabeza, preso de una repentina consternación, que le vamos a hacer. Yo no conocía nada más. Por eso yo no critico a nadie, porque en el fondo nadie conoce a nadie. La gente casi nunca cacha bien qué pasa.

Ganas de decirle que se equivocaba, no les faltaban, pero mayor sí el interés por averiguar a dónde se había propuesto, pretendía llegar y cómo iba a terminar aquella la tertulia.

“Mira, los estirados de la clase media, más falsos que billete de a tres dólares, y los otros, los cuicos que se las dan de patriotas, se las saben todas y nunca les pasan goles. Con un mundo más abierto que concha de puta, menos todavía. No hay que nunca hacerle caso a la gente o si no te va a pasar lo que le pasó a mi compadre Romilio. Mejor ni te lo cuento”.

¿Qué le pasó? ¡Cuenta pues! “En una esquina había una vez una tracalada de chancos en misa abriendo mansas pepas. Mi compadre, que es tan requetecopuchento, viene y le pregunta ¿qué mira allá arriba, caballero? ¡Na! ¿Qué va a haber?, responde el otro. A mí me salió sangre de nariseh y güen rato estube sapiando pa arriba hasta que se me le pasó. Eso eh to. Sepa Moya qué chucha estarán sapiando los cuáticos que yegaron después”.

Carcajadas mancomunadas. En eso siempre hubo consenso general.

“¿Cree su mersé que leh iba a interesar un ganso chico, medio guatón, negro, con cara máh que restringía? ¿A eyoh? ¿A loh lindoh d’arría? ¡Seguro que no! ¿A loh di aajo? ¡Menoh toavía! ¡Chih! ¿Otro muerto de hambre máh? Como si juéramoh pocoh. ¡No puéh! Sero ayuíta d’arría, sero ayudasa d’aajo. ¿Pa qué chucha hauremoh nasío? A nosotroh no noh parieron, noh cagaron. Se dehquitaron con nosotroh. ¿Me sigue la onda ahora, don? Claro que se la seguían. Después de todo, el ADN hispánico abre estas puertas.

“De ahí que ni diga esta boca es mía y me quee cayao cuando alguien me cuenta algo, me dice que a éste le pasó una güebá tan repenca que túo que salir apretando cuea si quería contar el cuento. El otro se encamó con una flor de atorrante que despué queó preñá. De que éste era bueno y éste otro máh malo que *er que mató a loh paireh pa ir ar baile de loh güerfanitos, o que chuleta en loh cocoh*. Si quieren contarme un cagüín, que me lo cuenten, pero no pregunten qué tal. Lo que es yo, yo no me meto en la vida de nadie”.

Los periodistas como que querían y no debían querer. A como diera lugar debían permanecer impasibles, hacerle empeño a no reírse, medio concentrarse en sus palabras, cuya recepción estaba haciendo agua por un orificio de momento intangible.

(Cualquier cosa, menos preguntas capciosas, señores, porque me entienden, caballeros, la vida mía es como mi culo, algo de uno, privado, mío, de nadie más. No se vende).

“Esto lo aprendí a puros palos, y no con palabras bonitas, llenas de mariposas. Ellas no hacen entender a ningún cristiano. Por ellas tampoco te respetan. Por lo peleador, lo choro, lo rebelde, lo güeno pa batir la pluma a l’hora de loh qiubo era, no por mi linda cara”.

El hecho de tomar nota cuando la entrevista va por rumbo seguro pero hojeando en un diccionario de chilenismos, frena el entusiasmo de El Pepsi. A ver, a ver, a l' hora de loh qiuboh. ¡Caramba! Si estará deformada la baina, dicen al leer los qué hubo y enterarse de que se alude a los momentos críticos, o, así el libraco, cuando algo se pone interesante.

“Y digo yo, por lo misma cuestión será me querían las de zorra crespita. Ud. pela los dientes, y me mira no más. ¿Di' aónde salihte Roolfo Balentino?, decía usted tar como me be, chico, negro, malo para hablar, guatón. Pa que bea usted con la pintita que me gasto, me comí a cualquier cuica, por mucho desaire que me hiciera y se las diera de santurrona, de honesta dama de la sociedad. A la hora de los qué hubo, me las ensartaba hasta los huevos, hasta verlas abrir los dedos de las patas de puro gustito y pedir yapa. ¿Para qué le cuento? Me encamé con solteras cartuchitas, casadas bien perforaditas, viuditas (me encantan), divorciadas... hasta con veteranas aniñadas y les remojé el huerto bien remojado”.

Nuevas carcajadas. La estrella se deja caer en el sillón. Está cansado, tal vez preso de los recuerdos que se han propuesto excavar los periodistas. Los momentos, a prima faz de reflexión, cuando el entrevistado mira y no ve, atiende pedidos en un consultorio perdido en las nubes, empiezan a manifestarse. Ellos, como siempre, insisten en tejerlos a croché. Pese a los chuscos deslices de lengua, considerados interesantes, y al apagón de las risas.

La mirada conjunta quería averiguar si eso eran indiscreciones premeditadas, cosas que se dicen cuando uno irremediamente va cuesta abajo y no tiene idea de la hondura, y hacía tiempo que le iba mal, o en nada estaba que entregaba las herramientas. El entrevistado se hizo el tonto. Un observador más o menos imparcial no conseguía ocultar la impresión de

que los periodistas ponían lo mejor de su parte para comprender la jerga chilena, ante todo de las clases bajas, y El Pepsi hacía lo imposible para que no le entendiesen.

De ceño fruncido tomaron nota, pero acosados por las próximas dudas. El entrevistado vació la segunda botella de whisky, fue a la nevera, retiró tres cubitos de hielo y los volteó siete veces. Uno de los periodistas salió a buscar repuestos. Recién tomaba cuerpo el asunto, medio cogía el rumbo previsto. Al quinto trago se arrellanó en el sillón, cerró los ojos, prosiguió el relato. Aunque se notaba que, lo contado hasta ahora, no era lo esperado por el jefe, entrevista viento en popa. De a poco empezó a perfilarse el acuerdo tácito.

“A las chiquiyas de 12 a 70 años nunca les hice asco, puse reparos, me las di de lindo, porque lo que es yo... yo soy muy sencillo. Hasta con gringas preguntonas, de ésas que nacieron dando la hora, se la puse las veces que quise. Con todo lo mal parecido que me *salieron*. Y la pintita mía que se cargó a cualquier espejo. Tengo gracia hasta para hacer reír a un fiambre. A mí chispa no me fartó nunca. Así que por ahí leh entraba a lah lindah”.

¡Coño! Pero, ¿qué demonio eh ehto? A bel si mentinden: NUESTRO PÚBLICO EH CUBANO, horrorizado señaló el jefe cuando bajo su narizota deslizaron el croquis parte redactado en chileno. Conforme leía, rayaba, a paso vivo echaba a caminar el bolígrafo rojo. Pasado en limpio, lo leyó de nuevo. Ahora un poquitín más contento.

“En una casa de citas, que resultó ser casa de niñas día y noche tentá e la risa. Allí, en los Siete Espejos. Ahora que lo digo, bien raro es el nombre; nunca vi uno sólo, y si alguna vez hubo uno, mi cara lo hizo mierda (nuevas risas). Bueno, ahí, donde la Cuesco, ahí, hice

de todo. Les trabajaba en la cocina, les lavaba la ropa, hasta los trapos regleros enjuagaba, hasta eso, oiga. Estuviera como estuviera, siempre con ánimo para consolarlas, para levantarles la moral el día que andaban de capa caída; les iba a buscar pichicata cuando ya no veían una. Hasta les hacía el *favor* cuando andaban más cluecas que la Francolina, y los clientes no llegaban o no querían saber nada más de sus zorras. Una noche cuando celebrábamos el santo de la No-me-Olvides (cómo sería de fea), se nos perdió el flaco de mala muerte, medio raquíico, cantor de tangos, y me pidieron cantar a mí. Dijeron: negro, si nosotros te hemos escuchado en la ducha; y más de una vez... ¿no es cierto, chiquillas? preguntó uno que nunca esperaba la respuesta. Claro, yo también lo he escuchado, dijo otro, que era detective, a quien todos conocían por El Coca-Cola, miren que era conocido por todos lados, y si alguien tenía sed de algo, él se encargaba de apagarla, claro que a su manera pues, por unos cuantos pesos, o a cambio de cualquier otra gauchada.

En todas partes se cuecen habas. Por eso mismo, para seguirle a usted con el cuento, entre todos me echaron carbón, calmaron los nervios y dijeron, tírate no más, negro feo, no te hagas tanto problema, negro curiche, sobre todo no te hagas de rogar, porque si no le pegas a la cosa, todavía va a ser peor. Y fue tanto el cántaro al agua que me arremangué las mangas y métale maullar, zapatear, hacer payasadas, total era gratis, y yo, un gil.

Cuando se acabó la fiestuca, El Coca-Cola, que estaba sentado en un rincón quitado de bulla, me pegó un tirón, llamó a un lado y dijo: si queríh, trabajamos juntos. Dijo que tenía pega para mí y que, para el que quiere hacer algo en el mundo, siempre hay de todo”.

(De dónde iba a saber yo que, justo él, sí él, él le trabajaba al Chile de los palogruosos. Sí, pues, de los finos, los pitucos, los fachos, los milicos y los curas de los que nunca rompen un huevo. Que ya luego recibía órdenes directas de mi general Arellano, ahora que su jefe seguía siendo don Pedro, mi teniente coronel Pedro Espinoza Bravo. Y que de allí pasaba a la *respetable* y temida Colonia Dignidad para luego asumir un puesto directivo en la DINA o el CNI según me lo refirieron después. Sí, de rebote. ¿De dónde saberlo yo si a mí el Coca-Cola sólo me mandaba puroh recaitoh no máh? Me encarecía reunir a mi gente *pa' ehto o lotro*. Todos eran *traajitoh papah no máh*, donde, de manera general, no había que preguntar nada, porque todo era para el bien del país, del mío, y de los demás chilenos. No, pues. No se me vayan por las ramas, por el camino más fácil cargándome el muertito a mí, echándome la culpa de lo que pasó e hicieron los demás. Yo era como todo el mundo no más. Quería lo que todo el mundo quiso, ni más ni menos. ¡Yo no hice el mundo! ¿Qué es bueno y qué malo? Mansa preguntita ¡Qué sé yo! No lo sé ni tampoco lo saben quienes aseguran saberlo. Yo no soy más tarado que otros; normal, normalito y hasta luego).

Los del grupo, enfrascados en una quietud a la espera de reposo, bebían a sorbitos, entre sí se contemplaban las caras por quinta vez. Vuelta a perderse El Pepsi en pensamientos insondables carentes de órganos bucales. Lo de meditabundo no era nada comparado a la férrea reserva. Como queriendo dar a entender que hoy había dicho más de lo que sabía.

Uno de los aprendices detiene la grabación nada más llegar al baño mientras el compañero hace todo lo posible para relajar el ambiente y recapitular los hasta ahora diplomáticos estirones de lengua. En volviendo continúa el merecumbé de figuras lacias y oscuras.

“Después, me cabreé de trabajarle a las emparafinadas. Ahí fue que me acordé del Coca-Cola, lo llamé al número que me había dejado escrito. Me hizo esperar un rato; después me dijo: ¡flor! Como voy a ir al puerto, juntémonos en el American Bar entonces.

Muchas huevadas no me explicó. En las dos o tres frases. Que sepa Moya cómo me las largó. Me contó la firme, lo que necesitaba saber y hacer. ¿Queríh trabajar pa Chile?, preguntó. Después, como para redondear la figura, hizo una advertencia: lo único que te pido, negro, es que hagas las cosas como te digo, nada más. Dijo que nunca pedía nada del otro mundo. Me encareció jamás averiguar más de la cuenta. Eso es todo. ¿Quieres o no quieres? Me sentenció bien sentenciado. Si servíh, trabajamos juntos, si no, ya sabíh boh, te bai a la chucha. Después, cuando tengaih más cancha, ¡vamos a seguir viendo!

Acepté; no me quedaba otra tampoco, porque en la cuerera no manda uno, manda la cuerera. Me vine a Santiago y le trabajé como un año más o menos. Cuestiones chicas hice, papaya. Como que el Coca-Cola quería mantenerme ahí no más, sin tirarme ni aflojarme las riendas, medio reservándome para otras cuestiones, ¡sepa Cristo cuáles?”

¡Cristo! ¿Sabría también de esto? A flote queda la duda de quienes toman nota a cómo lo permitan las manos, las ganas de proseguir. A menudo se rascan la cabeza. Rayan los apuntes. Cualquier movida saca de apuro cuando el interrogado de un frenazo seco amarra la lengua y sobre tetillas grasosas deja caer la sesera. A prima faz, del sueño.

(En el 70 nos llegó la oportunidad. Andaban pero bien alzados. Como picados de araña, disparados para todos lados. Creían los muy tarados tener el sartén por el mango. Se

tomaban esta propiedad, la otra, no respetaban ni las iglesias y los jaibones con el poto a dos manos. ¡Ay! Si sigue así nos vamos a quedar en la calle. Lo que no decían si sería en alguna de Nueva York, Londres, Paris... ¿Quedarse ellos de brazos cruzados?

Se apropiaron de los fondos más grandes y más mejores. ¿Para qué? Para puro joder más que nada. Porque además de chuparse la bodega entera. Hacer la recogida de la alacena. Pasar vacaciones de puta madre. Otra cosa no hicieron. Y ¿de dónde si ni siquiera sabían dónde estaban parados? En fin, se metieron en todos los lados habidos y por haber.

Una noche en que El Coca-Cola me había mandado a llamar de urgencia, vino y me dijo: siéntate, negro, que voy a decirte algo. Me senté. Dispuesto a escuchar. Pero él salió con eso de que debes conseguirte un grupo de cabros buenos y callados. De confianza porque en Chile se han metido unos extranjeros que quieren quedarse con el país, así que nosotros tenemos que sacar la cara. Por plata, no te hagas problemas, que la hay a patadas; de ahora en adelante no te vamos a pagar en pesos, que hoy andan botados, vamos a darte dó-la-res. ¿Entendíh? ¡DÓ-LA-RES! Pero, negro, no me vayas a dejar mal, tú no tienes que mirar ni para atrás ni para delante, sino ir a lo que te diga yo, que esto no es para mí, ni para ti, sino para Chile. ¡Viva Chile, Mierda! Nos santiguamos y abrazamos. Todo nos llega tarde; especialmente la verdad. La verdad, obvio, mucho más tarde. Vamos a ver cómo se hace para descubrirla... si existe. Sobra decirlo, no por los diarios, ni menos a través de la Vicaría, Amnesty International, ni organizaciones de diversa índole o color ideológico que armaron el manso escándalo cuando se paró al enemigo interno. La supe por boca de milicos que a última hora querían dárselas de Carlos Gardel y vamos canturriando tangos indiscretos donde hay que morir pollo. Los muy conchudos hablaban más que loro con la

caña. Obligados a corregirle esa cuática. Al patio de los callados mandamos a unos cuantos jefes y como siempre le cargamos los muertitos al MIR y al FPMR)”.

Aprovechando la ausencia del patrón en Nueva York, ¡vaya relajo la orden de ofrecer artículos limpios de chilenismos! Todo un enigma para muchos, si bien no para todos.

“El Gobierno der Chicho se jue a la cresta porque no se la púo. ¡Miren que haser pagar loh platoth rototh a la CIA y ar paro nasional! ¿De aónde? ¿No se estarán orbiando de nueo de loh mansoh condoroh que se mandó la UP? Se leh hase poca la jeta pa desir que el paro patronal jue bancao con dólareh. Hubieron tantos dólares que era cuhtión de agacharse y embolsarloh. A ber, a ónde estaan que no púe agarrar ninguno. Purah papah no máh”.

La vuelta repentina del jefe hizo que durante el descanso rectificaran el lenguaje.

(Lo que vino a continuación era de esperar)

En el siguiente intervalo le invitaron a un arroz con pollo en el negocio de la esquina. Aplacadas hambre y sed, regresaron deprisa. Los periodistas se fueron a la redacción, depositaron los croquis santificados sobre el escritorio del moreno barranquillero y se tomaron un perico mientras el jefe cotorreaba por teléfono. Nada más colgar, entraron. Querían saber los motivos de las alteraciones del texto de días atrás. Miren, miren, no se me arrebatan. Yo dihe, haserlo hablar un poco; en ningún momento “dihe mensionar intitusioneh gubernamentaleh. Un tira y afloha medío, ebitando esageraciones que puedan

lastimar la sensibilidad y opinión pública. Por eso”, repuso en seguida de sacar un habano largo y perfumado. Los periodistas garantizaron futuro respeto de la línea del diario.

“Bueno. Tal como les iba metiendo lengua. Al final cumplí con el encargo. Esa vez el Coca-Cola me dijo que por ahí andaban unos huevones que querían cargarse a la gente bien, y que esa huevada ya se sabía ya”.

¿A quién? ¿A Pinocho?, interviene un periodista. “Bien perdió anda usted, caayero. Pinocho todavía no llega al baile”. Los periodistas se miran entre sí, intentan disfrazar el asombro, ahogar las risas. El Pepsi retoma la palabra, se desentiende de las ironías.

“Después, dijo que también borrar del mapa a unos cuantos milicos. El día que no quede nadie, nos van a invadir los rusos y sonamos. ¿Quiénes serán esos huevones? ¿De dónde serán?, me quedé metido aquella vez, y como vio que yo me quedaba mirando con cara de no haber entendido mucho que digamos, ahí mismo me lo explicó. Son igual que los gringos, pero no son gringos, ¿cachai ahora ñato? Peor entonces. ¡Ah! Ya veo, dije al punto, pero me los imaginaba medio rubios, así como los alemanes. Y si nos quedamos esperando como los giles, sin hacer nada, entonces hoy mismo nos vamos a la misma cresta, dijo al pasarme un plano hecho a mano, una automática con silenciador y todo. Después de indicarme dónde era, que iban a entrar de noche, y pasaban a buscarnos como a las seis. Me pidió estar listo. Quiso saber si pensaba llevar al Sartén de Cowboy, al Poco Susto, al Moco de Pavo, y a Don Ñafle. Nada de tragos antes. ¡Ya saben ya!”

Por lo que pudieron captar los periodistas, toda la semana les inculcaron poner sumo cuidado con quienes iban de viaje al más allá, porque se trataba de *patos malos*, y debían hacerlo ya, porque se tenían suficientes problema con los patos malos nacionales. Por muy chilenos que fueran, éstos unos vulgares ateos, delincuentes, sicarios a sueldo de los rusos. En otros lados también se elimina la escoria social; no éramos los únicos como ve su merced. Eso fue todo. Nada del otro mundo entonces. El resto... pan comido.

Acerca de la forma acertada de llevarlo a la redacción estuvieron platicando un rato. Un luchador por la libertad, dando la vida por un ideal, de ninguna manera puede ser idéntico a un terrorista que únicamente pretende aniquilar y devastar la sociedad democrática.

(Nos fuimos. De darse diente con diente estaba el día. Esperamos a que salieran y, una vez fuera, sacamos las automáticas, les ajustamos el silenciador. Los cosimos a balazos. Ahí se quedaron, tiraditos a la salida o la entrada de la puerta, como si quisieran partir pese a no poder decidirse si entrar o salir. ¡Éhto leh pasa por huecoh!, les grité con bronca, y me fijé en que uno de ellos me miraba con tremendos faroles. Después nos largamos. El Coca-Cola estaba de santo, claro que no San Coca-Cola, y tenía la mansa fiestuca con unas chiquillas bastante buenas pal merecumbé entremedio de las sábanas, que mientras tanto estaban *guardadas*, claro que libres para las fiestas y yo quería pasarlo del uno)".

La tarde comienza a despedirse. Quinto intervalo viscoso. Los tres se notan soñolientos. Adelantándose a cualquier deseo, el entrevistado se pierde en la cocina y echa a calentar agua. Desea prepararse un *tesito*. Dadas las circunstancias, la solución a la charla agonizante. Uno de los periodistas se alegra, el compañero prefiere un cafecito. La

insatisfacción está pintada en sendos rostros. Quien más quien menos produce la impresión de no haber sacado nada en limpio. El rebote de miradas anuncia mudez conjunta.

¿Con qué ropa voy a estar acordándome de los trabajitos que le hice al Coca-Cola? Lo único que sé, es que fueron hartos. Y como estábamos juntos todo el tiempo, a uno de los socios se le ocurrió llamarme El Pepsi, porque decía: voh soi medio paresío al Coca-Cola, pero al mismo tiempo no lo soi. Y donde farta l'una, ahí está l'otra. ¡Güena la taya!

(Haciendo limpieza en todos los sitios adonde me mandaran, pasaba yo mis días. Tenía un *terrible* departamento en pleno centro de Santiago, y otro, para pasarlo del uno con alguna de las enfrascadas, en Viña. Si se acomodan todos, ¿iba yo a quedarme atrás?)

En viniendo de un trabajito, que nos salió retuerto, el Coca-Cola me agarró de un brazo, me hizo a un lado y dijo: negro, hásete humo. Tení que perderte un tiempo. Ándate de Santiago; tamién de Biña. Pégate una güerta por la cordiyera, que ahí naide te conose.

Él se había metido en un cajón de muerto, no yo. ¡Putá la huebá! ¿De cuándo acá pago yo por las habas que se come el burro?, le hace ver al periodista que no para de escribir mientras el que observa, va graduando las palabras, pone la cara que exige la ocasión, subraya, traza signos de interrogación y se pregunta si esta vez se publicará completo.

“Aire frehco, me pïen loh soplaoreh. Ya güelbo, niñoh”, les aclaró el panorama a los deseosos de conocer el norte de la gestión. Bien ensombrerado. Sudando la gota gorda. A paso calmo echó a caminar a lo que diesen las calles.

(Una semana antes del lío ése. Después de haber cenado a cuerpo de rey. Como nunca antes el Coca-Cola nos dijo muy serio: cabros les voy a pedir algo muy pero muy, muy regrande, una tremenda gauchá. Ayer no más, llegó una parejita de afuera, de ésos que se las dan, sí, claro que recontra, súper, superpeligrosos los dos. Así que ya saben ya.

Acto seguido, la lista: asesinato de gente bien, importantísima, espionaje, robo, estupro, dolo, falsificación de documentos, moneda, tortura de inocentes, calumnia. Ella, una tortillera, él, marica por atrás y por delante. Dijo también que no habían tenido consideración con sus viejos y los habían dejado botados en el hospital por pechoños y porque no eran comunachos como ellos. Nos palanqueó tanto que al final les agarramos la bronca. Además, cabros, nos machacó, ésta va a ser la última peguita que tengo para ustedes. Por ahora no hay nada más. Será hasta que no *haiga* otra, como dicen en mi tierra.

Había plata hasta para tirar a la chuña. Antes de despedirse, como siempre con un abrazo, palmaditas, los consejos usuales: nada de trago, no anden todos juntos como las ovejas o los patos, sino de a uno; y mueran ahí no más. Aquella vez no nos pasaron las automáticas de costumbre, nos pasaron las recién llegadas de EEUU.

-Y pa qué, quise saber yo.

-Son mucho máh mejoreh.

-No se priocupen, chiquiyoh, a esah horah no se be un arma. Así que ban a estar muy solitos los perlas.

Cerquita de una iglesia estacionamos la furgoneta, con todo respeto nos santiguamos, primero el que habla, ellos, a continuación. Hacía un frío de ponerse a bailar con los pingüinos al compás de las focas. Pasó una hora y... nada. A poco de quedarnos dormidos vimos a una pareja que venía chacoteando, muertos de la risa se empujaban de un lado a otro. Por la penumbra no se distinguía gran cosa. Era observar a dos fantasmas que, a medida que caminan, varían la forma, ensayan nuevas y, si no se dan fantásticas, utilizan las antiguas. Dejamos pasar un tiempo porque no estábamos seguros que fueran ellos.

Como quien no quiere la cosa, sacamos las pistolas, las cargamos. Todavía estaban lejos. Demasiado lejos. A unos metros de la furgoneta, poniendo sumo cuidado, bajamos las ventanillas. A oscuras atornillamos los silenciadores y les encajamos una sarta de balazos. Cayeron. Así y todo, los porfiados, a toda costa querían continuar su camino como si nada. Ahí fue cuando oí el ¡clic! ¡Clic!, sonido de mierda que auguraba fracaso. Nos miramos las caras. Y ¿ahora? Se nos habían acabado las balas, a nadie se le había ocurrido traer repuesto. Y, ¿ellos? Ellos seguían allí, vivitos, coleaban.

No sé cuánto rato estuvimos estudiándonos las caras. Menos mal que reaccionamos pronto. Nosotros éramos cuatro, ellos, dos. Más encima, heridos. Debíamos hacer bien el trabajito; ignorábamos cómo. No podíamos irnos sin más ni más y dejar todo por su cuenta. El Coca-Cola había dicho muy clarito que tenían que desaparecer del mapa, igual que los demás. Volvimos a mirarnos. Pregunté si alguien cargaba un cuchillo, un punzón, una aguja. Nadie reaccionó. Pregunté si teníamos herramientas pesadas. Lo mismo.

-¡Aguántate! Tenemos bensina, dijo el Moco de Pavo.

-¡Tai máh gueón!, protestó Don Ñafle. Ni que juera siega la gente.

-¡No pasa na! Leh atracamoh juego y dehpué apretamos cuea. ¿Cachai la onda?

Las réplicas y los comentarios brillaban por su ausencia.

De partida, eso de la pira ardiente no me gustó para nada. Mucha alharaca, mucho espectáculo, mucho olor a carne chamuscándose. Pero bueno, donde manda capitán no manda marinero. Encima de esto, situación pero muy apremiante. Como a nadie se le ocurría algo mejor, no nos quedó más remedio que atracarles fuego. Para zanjar la cosa, el Moco de Pavo sacó el bidón, les roció los cinco litros, nos pidió recular un tantito, lanzó un fósforo y agarró del brazo a los otros. A volar se echaron los perlas. Todos queríamos largarnos ya. Yo me quedé sentado; ignoro el porqué. Desde entonces me fascinan las llamas. Hipnotizado les vi esfumarse por entre el chisporroteo volverse tizones, luego, cenizas que se retorcían, dando volteretas, en volandas, igual que si quisieran jugar a la danza del fuego. Al rato vino una furgoneta y se llevó los restos; los del aseo limpiaron la calle. Eso fue todo. Nada del otro mundo. ¡Corta! ¿Vale la pena contarlo?)

A no ser por continuos tragos de whisky-pepsi, a los cuales debe añadirse las ocasionales *tasitas* de té negro, con bastante azúcar se entiende, la tensión facial por el lastre de las evocaciones se manifestaba hace tiempo. Darle firme a la lengua, la táctica segura, decir lo que no se pensaba, ni se sentía, a tiempo frenaba las traiciones del alma, sonreír en momentos críticos reverdecía una cara casi hecha de arrugas, cicatrices, adiposidades, rostro impenetrable por las circunstancias salvo en momentos críticos, cuando en callar estaba la salida al alcance del perseguidor perseguido. Del emperramiento, que sólo nuevos

tragos conseguían rasguñar, pasaba a la insinuación medida, de allí, veloz retorno al silencio. No obstante, algo todavía indefinido, empezaba a fracturar la reserva.

“Se me hace que la parejita ésa lo dejó pero bien metido”, ironiza, captando la situación al vuelo. El lío es que no me acuerdo nada muy bien; para peor, en él estuvieron metidos los otros. A ellos toca cargarles el muertito. Al Nervioso, la cuenta. ¡Qué me pregunta a mí? Ni que fuera su confesor. Un poco más y también me pregunta dónde están los ahogados.

Amenazantes salen esos murmullos, a socapa se percibe la protesta, donde salta a la vista el deje de inseguridad. Sigue sin enterarse que nadie ha consultado nada, ni querido desflorar un suceso de renombre internacional. En cuanto a los que tiraban al mar, con su buen lastre en las piernas, tampoco nadie había preguntado nada. Resbalón traicionero.

“Miren bien, caballeros de la prensa hispana. Que sea lo que sea, pero que sea”, se apresura a enjaular el asunto, Reconozco que anduve metido en varios tetes gorditos. No lo niego; pero nunca en una huevada de ésas, pues, señor ¿Con qué ropa, además, si este pechito era el responsable, y yo soy muy pero muy católico?

La actitud defensiva, mantenida incólume todavía pese a los ataques directos e indirectos, y eso sin que nadie insinuara nada, ponía las palabras que él pretendía silenciar.

¿Voy yo a pagar el pato? ¡De aónde! No faltaba más. Ésos fueron los milicos, así como se lo dije en denantes, como ya lo sabe medio mundo... a lo mejor fueron los propios miristas. ¡No lo voy a saber yo!, refunfuña apurando el cuarto whisky-pepsi.

(Aún los veo empequeñecerse, moverse al tuntún, cuales siluetas en la noche, semialumbradas por las llamas, los observo debatirse, luchar contra el poder, entregarse)

No se queda ahí la zancadilla fenomenal. La memoria hace suspirar a quien la carga; la ira se apodera del entrevistado.

(¿De dónde podía saber yo que esos dos no eran los patos recontraquetemalos que pensaba cargarse el Coca-Cola? Sepa Moya quiénes serían, ni qué pasó; a mí, ¡que me registren! El Moco de Pavo me trajo a última hora un recado del Nervioso, escrito a máquina, las fotos y la dirección de los candidatos al *asado al palo*. Fuimos a parar a un sitio nada que ver con la manifestación contra Pinocho. Se sabe que el Rodrigo Rojas, y la amigota de entusiasmos huevones, la tal Carmen Gloria Quintana, iban a fotografiar como trabajábamos e informar al extranjero, y que el accidente tampoco fue el resultado del estallido de las bombas molotov que el Rodrigo cargaba debajo del chaquetón.

Días más tarde, por ahí me contaron la firme. El turno que vivía sapeando, dijo que unos treinta milicos, a la orden del capitancito Fernández, en plena calle les rociaron un líquido altamente inflamable y métale fuego mierda. Dos o tres vehículos militares bloqueaban el tráfico. Convertido en tea viviente, el matas de arrayán florido del Rodrigo imploraba ser ingresado a un hospital especializado en quemaduras, pero los milicos, muertos de la risa, se lo negaron y ahí mismo paró las chalailas. La piti sobrevivió y no le faltó mucho para estirar la pata. Después, se recuperaba y se largaba del país. Por todos lados se difundió el cuento; el guiso también. Me pregunto la razón del Coca-Cola para hacernos tontos y no

decirnos que esos dos, sí, esos dos, eran nada menos que los guachos del Nervioso. ¿Se puede saber por qué mierda nos metió en un menjunje hecho a la medida de sus tripas?)

Cubierto de arreboles jaspeados estaba el cielo. No escaseaban los amarillos intensos, los anaranjados, los rojizos aquí y allí, asimismo los púrpuras. Concierto de tonalidades mudas invitando al descanso siempre y cuando no existan secretos que anhelan quitarse las amarras inventadas por olvidos más allá de lo recomendable por la razón del momento.

“Una vez, leyendo un diario de por acá, vi que mostraba a un monje budista que había hecho lo mismo. ¿Eso es, no?”

Parece estar sobre aviso, de suerte que formula la pregunta en tercera persona, tantea un vaso inexistente, sus nudillos morenos tamborilean un ritmo de cueca. Si no la canta, es para no exponer la piorrea.

¡Cómo ba a ser lo mismo, cuadro! ¡No hoda! El monje ése se prendió fuego a sí mismo, a esoh doh se loh comieron unah yamah que no yamaron. Ademáh, para na me guhta la manerita de presentarlo. Cualquiera que lo lea pensaba ya en unoh sádicoh que no tienen nada mehor que hasé que... eso. Así que, o me lo enmiendan, o a la basura, chicoh. ¡Bum! Furiosa retirada de la oficina del jefe a raíz de ese golpe corto, bajo el cinturón propinado a los croquis. Antes, tal vez simple comentario que de repente le crecieron alitas.

“Lo que son las cosas”, acota sacándole el culo a la jeringa. “Esa vez me quedé pensando en nuestra relación al fuego. Pero como no fui nunca a la escuela, no me lo pude explicar.

Esa diferencia, un tiempo me mantuvo ocupado. Era visión, luz que se remonta a las alturas, para luego desaparecer lejos de mis ojos, de las esperanzas. ¿Cómo estoy!”

Ya sabemos que en su tierra bajo cada piedra hay un poeta. Pero esto de aquí, no tiene nada que ver con poesía, murmura un periodista en tanto redacta las últimas frases. A su manera, medio inspirado lo expone, aunque a través de alegorías que no vienen a cuento, este amigo y luchador chileno, que pone lo mejor de su parte en no escatimar un detalle.

Acabado el tira y afloja de hoy, el actor actual quiere saber hasta dónde pretende alargarla el diario. La tirada de la última semana ha sido de lo más halagüeña, las cartas a la redacción, alentadoras, fuera de numerosas. Sobran las interesadas en una relación sentimental, o de otro tipo, que piden fotos del héroe, saber dónde vive, si está solo, conocer al menos el número de teléfono, aunque muchas están dispuestas a tomar la iniciativa y llamarlo. Aun así, casi todas dan a entender que si no meten las narices en la mierda, desentierran situaciones escabrosas, verdes, mejor que pasen la página. Como se tenga pensado ocupar el primer lugar en el ranking local, con gracia toca poner el dedo en la llaga, hacerlo irse de la lengua, aunque diga estupideces, mentiras, invente historias ridículas, de lo más inverosímiles, algo siempre preferible a una objetividad insípida.

Los demás observan algo en la distancia. A los cuatro los pilla la noche. Deciden seguir otro día: la sorpresa es parte de la entrevista. Un abrazo desabrido la despedida.

A la mañana siguiente, sobre las once, estaban de vuelta. El Pepsi, trajinando en la cocina. Entre sus manos, la infaltable *tasita* de té. Persiguiendo acelerar un poco una gestión

tachonada de amurramientos, desplegaron ya el material, acomodaron las sillas. Al presente solamente dos. El acompañante de hoy, a escondidas accionó la grabadora mediante un dispositivo moderno, automático, minúsculo. Nadie notó nada.

A prima faz, resignado, toma asiento en el sillón de ayer. La rajadura en el espíritu se asomó sin remilgos.

¿Qué pasó entre el Nervioso y la Periodista? También quisiéramos saber lo que ocurrió entre Patricia Roi Jonas y el coronel Roger Vergara, entre Hugo Marchant y el general mayor Carlos Urzúa.

Consulta a bocajarro. Como quien no tiene la menor intención de conceder escapatoria. La idea no es de ellos, dicen que es el deseo de consumidores hambrientos de morbo, cuanto más, mejor. Mientras un periodista toma nota, el de las grabaciones mira sin mirar.

El Pepsi se hizo el sordo. El suspiro, que se sucedió luego, sugería pronta digestión. No era así. De nuevo se atragantó al tener que repasar vivencias, desesperaciones mejor dicho, que buscaban la forma de quedar sepultadas y que el periodista se empeñaba en que fueran inmortales. Un observador ajeno al lugar juraba que le habían pillado con las manos en la masa y no sabía cómo reaccionar ni qué decir. Error. Quizás táctica de última hora.

Como *isen esoh chuñientoh que no están ni ahí, el que na hase, na teme*. Si no andubieran metíoh en na malo, no pasaba na, entonseh. ¿La agarra ahora?

El que conducía la entrevista paró de escribir al verificar el espesor de la jerga, y recordar que, cada vez que se veía en serios apuros... ¡zas!, de los calzoncillos la sacaba a relucir. Si la pasaba tal cual, el jefe volvía a llamarles la atención, decía que se empeñaban poco, y él pagaba bien, dinero que en la vida hubiera recibido él cuando en vez de escribir para el periodismo local, tenía que repartir diario a domicilio. Solución: aguantarse tanto como fuera necesario y pasar todo eso a un español decentón. Total, ninguno de los entrevistadores se preocupaba en demasía qué publicaba el Libertad después de todo.

“Además, por si ustedes no lo saben, muchas veces los del MIR, después los del FPMR, andaban disfrazados de milicos, usaban los autos y la ropa que usamos nosotros. ¿Le cae la teja por fin?”

Todo un gesto triunfal la acotación, a sabiendas que ninguno de nosotros está en condiciones de corregirla, rebatirla, aceptarla. Envalentonado por el éxito nos hace el gran favor de proseguir, revelan los apuntes personales.

“O los milicos y los del CNI se hacían pasar por miristas, o los del FPMR”, comenta uno de los nuevos y desvía la vista. Las nalgas del radiografiado se agitan en el asiento que porfía en mirar afuera. De un salto se le echa encima la época, sus delirios, las vertientes de ilusiones, los sueños de aquél y de este mundo y, contra su voluntad, el Leoncio, la Juana, el Chico Passo, el Artista, el Nervioso y, cómo no, la Devoradora. Los importantes se sacuden un poco las cenizas de un ayer que no alcanzó a consumirse del todo. Poco después, a distancia siempre cuerda, la aparición de don Alberto. El Pepsi intuye que debe frenarse ahí. No vale la pena insinuar un asunto que aún exige máxima discreción.

Imposible figurarse si rememoraba, había entreabierto la canilla de intimidades arduas de manejar a gusto, peritas en quemar manos, hacen sentir grande, importante, o la había abierto hasta las cachas y ya no podía cerrarlas. Convencido de protegerlas bien, almacenaba las relevantes en algún pliegue del alma. Desde allí, a buen recaudo se mofaba el tal don Alberto. Respecto de los chicos que iban a cambiar los destinos del país, debía tener tino, si bien a estas alturas, poco importaba si hablaba lo que más valdría ignorar.

Otra historia si algo presiona a los periodistas, y se ven en la reiterada obligación de desenterrar lo que ha de permanecer en las profundidades del silencio y, tanto el Leoncio, como la Juana, el Chico Passo, el Artista, además de la Devoradora y el Nervioso, cuando más una vulgar forma de ingresar un tanto allí; digamos, el plato de entrada.

A la zaga de estos peces escuálidos, la Caravana de la Muerte. Todavía está en pañales. Todavía no se perfilan los gordos que más tarde van a sembrar el terror. Nombres como el coronel Héctor Orozco, juez e instigador del terrorismo internacional contra los opositores al nuevo régimen. Desde luego el general Sergio Arellano. El coronel Sergio Arredondo. El teniente coronel Pedro Espinoza. Y el teniente Armando Fernández. Todos al acecho. Esperando el momento propicio de dar el zarpazo. Erradicar la más ínfima idea, según viene descrita en el famoso Libro Blanco, que suene a comunismo. A filosofía anarquista. Demasiado liberal. El pelo largo. Los pensamientos independientes. Pues, la cúspide de sus sueños, *Mallēus maleficarum chilensis* publicado por la Junta en octubre de 1.973.

Escalofríos surtidos produce la mera evocación de estos mandamases, pero cosquillas gentiles de cara a los horrores que se meten en el cuerpo si un fatal encontrón mental trae

de vuelta a personajes siniestros como al así llamado don Alberto, a criterio de algunos, uno de los tantos nombres que utilizaba Manuel Contreras, ex director de la DINA, si bien el apodo también podía aplicarse a quien actuaba en completa anonimidad, seguro del disfraz, todos los días yendo a misa que rezaba con fervor. Persona de respeto.

“Nuestro paladín recupera el aplomo, hace lo posible por expresarse de manera correcta, rechaza el trago. Entre sorbo y sorbo de té, comprueba que, si bien falta uno, los preguntones somos los de antes. Recuperada la confianza, reanudamos la labor de tomar nota y traducir”, dan a conocer las últimas notas personales de quien conduce la entrevista.

“¡A mí no m’entran balah, pues, caballero! Ya se sabe como fue el bailongo de septiembre. El Chicho ganó las elecciones. Nada menos que el Chicho Allende. Un comunacho para presidente. Y cómo se alegraron, sobre todo los cabros jóvenes.

¡Flor! ¡El Chicho Allende! ¡Eso es mi alma!, exclamó el Leoncio, se lanzó a la calle, a bailar, a tomar lo que cayera. Iba a todas las paradas. Del revoltijo que se produjo esa vez, estuvo chupando una semana entera. Era el triunfo de su generación, de su época. Para el futuro, pues, señor, señora, brindaba, llenaba los vasos de nuevo y a ponerle entre pera y bigote se ha dicho. Fue a todas las reuniones, visitó todas las poblaciones donde viven los atorrantes y los subversivos. Total, ¡era su gente! ¡Ji! No me hagan reír. Lo que son las cosas. Él, sí, justo él, más coño que los mismos coños, ahora uno de ellos, un torreja más. Manifestación que había, manifestación que estaba don Leoncio. Participó en todos los comités. ¿De aónde saliste, Fransisco d’ Así?, quise decirle en su propia cara”.

¿Lo dejó del todo o... para después?

Incapaz de separar lo que danza en recuerdos cáusticos de lo que se quiere saber, y tal vez él mismo acaba de decir sin siquiera pretenderlo, en lo mejor detiene el relato. Sonoras vuelven a repicar las voces de las calles. Alegres van los pasos como quien acaba de averiguar a dónde conducirán en esta ocasión. Se abrazan los desconocidos. Las ideas, sepultadas minutos antes, de buenas a primeras recobran la vitalidad, se ponen al alcance de cualquiera. Nace el hombre nuevo. El Pepsi, de bruces se va a la noria del anteaer.

“Para los pobres de su tierra pensaba a trabajar el señorito. Metido en todos los programas de la UP, incluso hasta tomó parte en las tomas de latifundios, de fábricas, de propiedades, más que nada objetos de especulación de los dueños. Un militante de arma tomar. De sus antiguos compañeros de colegio, hoy azuzados por los Hermanos Maristas, para llevarles la contra, ya antes cortadas las amarras, no volvió a oír nunca más. ¡Qué diantre! ¡Vaya a saber uno cómo fue! Sus viejos andaban pero súper calientes. No era para menos tampoco.

Los billetudos de siempre apoyaban a la derecha y a la ultraderecha. Se ponían las pilas los fachos, y los izquierdistas vamos picoteándonos los ojos. ¿Qué me dice, usted? Hasta de los que bota la ola se aprovecharon los niños bonitos del CODE y de Patria y Libertad. Para qué nos vamos a andar por los alamitos, muy, pero muy mal se veía el bailongo. Como a las niñas de quince, negra se les estaba poniendo la cosa. Acá, una izquierda a palos con el águila, día y noche peleando por tonteras políticas, allá, la derecha, cada vez más de acuerdo quién era el enemigo a combatir en todos los frentes. ¡Chúpate ésa!

Ustedes, sobre todo ustedes, patriotas cubanos, han de saber que Chile es de los altos, los perfumados, los blanquitos de ojos verdes o azules, que siempre fue de ellos y de los milicos de arriba que se cagan en los milicos de abajo. Antes de que me le vaya, sin los dedos der Tío Sam, no pasaba nada. De un día para otro... según la izquierda”.

No tan de repente, le cortó la inspiración uno de los periodistas, el golpe ¿Estamos?

“¡Y claro! Claro que estamos”, corrobora El Pepsi haciendo danzar la “s”. Su cabeza da un saltito y se empina al seco el primer trago. “Lo que vino después, bueno, de cajón”.

¡Vamos a recomponer el panorama! ¡El de antes de esta desgracia! Igual que en agosto de 1970, cuando todo estaba ordenadito, cada bicho en su agujero. Mala idea los cambios.

El Pepsi se calza el primer manto de silencio para hoy.

“Y *deso*, como eh *sabío*, se encargaron lah honorableh *Juersah Armá*, pero a su manera, acota el de la sonrisa irónica. Chilenismos a la perfección. Lo dejó continuar. Así lo había ordenado el experto en filtraciones de idiomas.

No se podía salir de noche. Ya a las seis había que estar en la casa. No más manifestaciones y... “

Nueva tregua involuntaria.

“... aunque sobran los problemas, protestar o hacer algo en favor de la justicia, de la paridad social, era lo mismo que sacarle la madre a Pinocho. ¿Miento? Había que tener sumo cuidado con lo que se decía o siquiera insinuaba. Una opinión contraria a la de Pinocho, índise seguro de comunacho declarado y súper conchudo. Muerte cantada”.

El comentario, formulado en voz baja, es del a cargo de la grabadora. Los tres sonríen algo para sus adentros. Bajo las sonrisas se ocultan razones improbables de armonizar. El Pepsi no se deja amilanar. Ni se inmuta. Porfía en hablar. Sin preocuparse si dice más de lo que debe saber. Abiertas las compuertas, no hay quien lo detenga. Los periodistas se contemplan entre sí y comprenden la necesidad de no meter la cuchara.

“Ya que estamos copuchando, una vez dijo el Leoncio que su viejo le había dicho todo el tiempo que este país necesitaba una mano dura. Tal vez no un Pinochet, pero una mano dura. ¡Vaya que sí! ¡Joder! Así decía el caballero, y se quedaba ahí. Hoy en día, cuando sales a la calle, verás pues que a día de hoy reina la seguridad. En la actualidad, nadie puede dejarte en cueros antes de siquiera torcer la esquina”.

Lo posible hacía por remedar el habla peninsular. A criterio de los periodistas, tan mal no le salía tampoco. Acto seguido, el siguiente refugio en la mudez. Para cuando volviera a tomar la palabra, tenía pensado contarle a los señores periodistas que, una parte de la historia, fue por boca del hijo; el resto, durante esos sueños estrafalarios.

Como a pedir de boca, la resurrección de frases disparadas. Pero, ¿largárselas a éstos? ¡Ni loco! Mejor se las guarda para sí y vuelve a saborearlas de a una. Por ahora, lo único suyo.

“Un atado de nervios mi padre. Entra y sale de la cocina. Se sienta. Se para. Llama al Centro Republicano. Consulta algo en la embajada. Prende un pitillo. Lo apaga enseguida. Cuando me ve cerrar la puerta de calle, me coge del brazo. Algo quiere el viejo; algo malo hice me imagino sin atreverme a pensar que quizás anhela hablar, aflojar la tensión.

Pues que no me lo vas a negar, con tu famosa Unidad Popular, más bien un gallinero con todas las de la ley, y esos pelagatos predicando doctrinas obsoletas, hemos perdido cantidades de dinero. Se nos fue tanta gente al extranjero. Lo mejor que posee este país. ¡Vaya pelafustanes! Asaltaban a quienes se les pasaba por la mente. ¡Indios! Éste no es todavía un país civilizado. No, no, Leoncio, seguir tal cual... ¡impracticable!”

Nueva interrupción. El Pepsi vacila unos momentos, se pregunta si darle a la lengua. Proseguir la zambullida en terrenos que más parecen arenas movedizas. O cerrar el pico.

“El caballero siguió echando Pericos. Cerró la puerta. Esta vez...para siempre. Por ahí supe que se le había metido en la cabeza poner una denuncia; en el fondo, un trato”.

Periodistas y entrevistado se auscultaron los ojos. Sendos rostros acusaban sorpresa. Aun así se abstuvieron de mostrar la hilacha. Ya llegaría la ocasión de emparejar.

“Cierto. Después se dejó caer la ola de arrestos. Detenciones a diestra y siniestra. Sin ningún motivo real, decían los terroristas. Así fue como cagó mi grupo”, añadía el Leoncio.

“Muy suelto de cuerpo agregaba: mi biejo, anteh d’isquierda, ahora defensor de fachoh; bamoh rebién, pero era pura cantilena, sonsonete al pedo que repetía día y noche.

Pues fíjate bien en lo que haces, ¡eh! Más que nada en lo que dices. Allá tú si prefieres la compañía de gentuza. ¡A ver si nos cae La Secreta!”

¡Pa la risa el caballero! ¿Qué Secreta ni cuatro cuartos, señor de otra época y otras tierras? Requeteperdido andaba el juato. ¿No es cierto? Todavía se imaginaba en España. A nosotros nos tocó lavar ropa sucia, el trabajito ése. Nosotros tuvimos que enderezar árboles chuecos, arrancar maleza. A ver, ¿qué hacía usted?”, interpela al periodista de la grabadora imperceptible. Seguro de que no puede ni piensa contestar, revive la charla.

“Tuvimos que ponernos un poco duros. Tanto, pues la pura y santa verdad. Pero lo hicimos por el bien de los chilenos decentes. En fin, deber de patriotas. Ustedes hacían lo mismo por Cuba”. Pese a los tardíos reconocimientos, poco eco genera la declaración, más que nada luego de largarla como si fuera tremenda novedad.

“Una cosa es Chile, otra, España, digo yo. El Profe, uno que anduvo por todos esos lados, y es más vago que quiltro de fundo, me contó que ahí se cargaron a medio mundo, y los fiambres andaban a patadas. Corrió mucha, mucha sangre. Eso queríamos evitar.

¡A ver si nos entendemos! ¿Le sirve a alguien una guerra civil? Dije guerra civil, porque a eso íbamos. Yo quiero mucho a mi tierra, daba mi sangre por ella, y no iba a permitir que se la quedaran los rusos como se han apropiado de Cuba. Ustedes lo deben saber mejor que yo; ustedes han pasado las mil y una, así que me entienden a las mil maravillas.

Nosotros no somos como los españoles, ni nos matamos entre hermanos. Tampoco te chantamos balazos y después te damos la mano como si nada, contó también el Profe. Para contarle la firme, el caballero estaba puro difariando, quería ganar tiempo”, acotó dándole una palmadita de complicidad en la espalda al que hoy prestaba oídos. No hubo reacciones. Nadie imaginaba control máximo. Segundos después, entrevista reanudada, si bien no en la dirección prevista.

“¡Joder! ¡¡No lo sabré yo!!” Como del alma sale el comentario. De buena gana reproducía el sonsonete, según él, peninsular de arriba abajo. No le sale sino chistosamente tuerto. Los periodistas dejan escapar un suspiro de alivio y decepción, se abstienen de tomar nota. Se les nota desinteresado, en sus bocas se debate un resabio. Nueva ola de melancolía al ataque. Mutis adicional refugiado en el cuarto oscuro de su discreción. Para no desperdiciar el tiempo, da cuenta del plato de moros y cristianos que acaban de traerles.

Digo yo que como pudo habrá aguantado los años a la sombra que le encajaron a su pior eh-na. Chanchita me la pillaron organizando y ayudando a las malacatosas de La Victoria. Se sabía que asimismo trabajaba en San Gregorio. La muy jetona todavía creía que seguían vigentes los programas de la UP. Cómo sería de chanta que andaba repartiendo panfletos frente a la Universidad de Chile el día que supimos quién era y dónde ubicarla. Desde hacía unos meses también le trabajaba al Pepe Carrasco...

¡Vamos! Por verse está si esas habrán sido las razones oficiales y versiones sacramentadas, opinaban los periodistas, sólo que mejor ocupan la boca para comer. De acompañamiento, esa comitiva de frases a medio morir saltando, no estaba mal del todo. Imprecaciones que

salpican pasado y presente, lugar donde se supone que se encuentra el amante de soliloquios impuestos por las circunstancias de la vida.

Cerquita del flan con abundante nata, le dio el bajo a los deslices. A boca cerrada, no entran moscas ni moscos. A fin de acortar la espera, le dejaron cabecear.

Cinco años a la sombra le tiró el juez de instrucción; antes tuvo suerte la negra.

Correspondía rectificar la dirección del país dando buen ejemplo. Qué mejor que con la juventud. Para qué agregar si se arrugó cuando le trajeron a una chiquilla de pelo largo, negrísimo, de ojos igual de negrísimos. Dicen que la denunció el Cinco Hoyos, un cabro bastante peineta, por supuesto de los nuestros, uno de los tantos que venía saliendo de la miseria crónica, zalamero, chupamedias profesional, que le hubiera encantado pasar por Pepe-pato y tenía que andar ocultando los agujeros del pantalón, del suéter y la suela de los zapatos destartalados. Faltaba poco para que dieran de alta a la Juana, como se decía en estos casos, cuando ocurrió el asunto. Al parecer ya había pasado la parte más pesada).

Al día siguiente le quitó el polvo a los recuerdos que amenazaban evadirse a las primeras de cambio. Tocaba coquetear. Si acaso brindar historias redondeadas, a medio digerir, antes de hacerlas regresar a la amnesia en el primer transporte a mano.

Hora de echarle algo al estómago. El Pepsi quiere bien picantes los porotos, si se puede una empanadita de pino, un tintolio incluso un bigoteado de su tierra. Pese al ensimismamiento, aún está a gusto. Sin embargo, como siempre, detrás del silencio

estratégico, las sacudidas del pasado detenido, historias, a simple vista, concluidas, pero que vuelven a quitarse de encima el anonimato impuesto por los dueños del país.

“A mí... el olvido legal ¿Frenar yo el curso?”, se interroga al confirmar que esas confidencias ignoran el tiempo y se levantan de la tumba cuando menos se requiere y más llama la atención. Una verdadera mariconada. ¿Verdad?

(Cuando por fin llegó el día, El Lágrima Pilla y El Chico la estaban esperando frente a la puerta de la Cárcel de Mujeres de San Miguel. También andaba el Indio Ñanquilao y los que no buscábamos por cielo, mar ni tierra. Para el mediodía estaba decretada la salida)

Paso ante paso el desmembramiento de la historia tal cual tuvo lugar entonces.

(La noche anterior, como malos de la cabeza se entregaron ellos a la tarea de hacer empanadas. Total, con el toque de queda, y las fieras sueltas en casi todas las calles, las fiestas o reuniones, donde se veía que la cosa iba para largo, se programaban de toque a toque.

Mediodía. Un reloj dio las doce. Se abrió el portalón y salió alguien, en sus manos, un cubo de basura. De la Juana, ni señas. Esperemos un poco, dijo uno de ellos. Pasó otra media hora. Nada. El portalón se mantuvo cerrado. ¡Bah! Esperemos un poco más, propuso el Leoncio. Pero igual no más; tampoco pasó nada. Entonces se dirigieron al portero a preguntar qué chucha pasaba. Telefonó un poco y dijo que de una tal Juana Gutiérrez no

sabía nada, pero si quiere aberiguar algo, comuníquese mejor con el Sr. Director, se despidió a cierra ojos, visto que se le estaba enfriando el bistoco con papas fritas.

Lo llamaron. ¿Se refiere a la Juana Gutiérrez? ¿La Periodista? Sí, a ella. Hoy hubiera tenido que salir. Lástima. No pudo. Se enfermó. No va a poder ser hoy. Si quiere, llame en tres días más. Apesadumbrados se alejaron todos. En las tripas, la incerteza, la imagen de una Juana que ninguno lograba aceptar. Nadie quería comer empanadas).

Se fueron a las barriadas a regalar las empanadas. A los tres días llamaron de nuevo al director. Les respondió una secretaria. El Sr. Director anda en visita lejos de la capital. Se trata de un viaje de inhpesión por el norte y resién ba a regresar el próximo mes, y... ¿No hay nadie que lo supla mientras tanto?, interrumpió el tira y afloja el de la voz cantante. Bueno, sí... dijo vacilante. Si quiere, hable Ud. con mi sargento Gómes, él sabe de estas cuhtioneh; dígame sí que biene de parte mía. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Sí, sí. De parte de la *guata*.

(A raíz de la falta de alternativa, mejor llamarlo hoy mismo. ¿Se trata de Juana Gutiérrez?, preguntó a quemarropa. Sí, d'eya, se apresuró a confirmar. Fíjese que tuvimos que yevarla a la clínica porque le vino una tremenda complicación a la vesícula. Y, ¿a cuál?, volvió a preguntar. ¿Cómo que a cuál? ¿No tenemoh una sóla?, respondió chupándose los dedos del triunfo, feliz de haberse quitado un mosquito de encima mediante una salida a la rápida. De la forma que pudo sujetó la rabia. Me refiero a la clínica. Sé que tenemoh una sóla besícula; no se me ponga así. ¡Obvio! A la que está a la buelta. Desde luego, no está abierta al público. No puede ir a verla hasta que la den de alta. Antes, no se puede. Dijeron que tenía una enfermedad contagiosa, fíjese, alargó los detalles... la lata. Y si fuera tan

amable, ¿me podía decir de qué enfermedad se trata en concreto?, inquirió una vez más.

¡Ah! Eso sí que no sé; yo no soy médico, ¡fíjese!, repuso antes de colgar.

Llamaron a fulano, zutano y merengano. Por las puras. Cada llamada lo mismo. Que esto, que lo otro, que ya se había mejorado un poquito, no, que había vuelto a empeorar, etc.

¡Llame en dos días más! Se lo sugirieron tantas veces que años necesitaban para hacerlo).

Desconexión transitoria. Mientras tanto, la historia comienza a quitarse el polvo de encima.

A sí misma se anima a proseguir. El agua contenida sigue el camino natural una vez

superada la barrera de contención. Allá, los preguntones a sueldo. Allá, el desvío rascando

el final de sus días, así como el encargado de satisfacer curiosidades a cuál más malsana,

cuando no revivir ideales y juramentos que duran lo que un beso furtivo sobre el atardecer.

Dos días más tarde llegaba el Chico Passo. ¡Súbete!, dijo de lo más circunspecto. De un

salto brioso se montó. Un montón de vueltas para despistar hasta llegar a un basural. Allí,

en medio de latas de conservas, de papeles cagados, de cuanto no habrá de basura, ahí

estaba la Juana. No tenía blusa ni sostén. Una faldita plisada de color azul-marino, plagada

de manchas y orificios que, a medias tapaba la cara, exhibía su sexo en flor. Parecía

chacotear como cuando me decía: ya pues, Loncho, no seas tan ganso y atrévete no más,

total mi mamá no a venir tan pronto. No estaba jugando. Ahora, tirada en la basura, inerte,

inerte, el rostro sangrentado, saturada de moretones de arriba abajo, de quemaduras de

cigarrillo, con apenas veinte y dos años, no podía responder a ninguna pregunta.

Por lo menos murió peleando, agregaron para reconfortar a quien más lo sentía. Aunque al tanto de *actividades* cometidas a tapadillas, esto simplemente el acabose. De lleno les dio donde más duele. Delante del fiambre juraron cobrar venganza por lo más sagrado que a como daba lugar se mantenía inviolable, lejos de codicias, cálculos y ojos felinos.

“¡Ji! ¡Qué sarta de giles!”

A solas el entrevistado. Los periodistas ausentes. Las indiscreciones haciendo de las suyas. A las cinco dijeron que volvían. También le prometieron una botella de pisco Capel, en su defecto, una de Control. Para matar el tiempo, el viaje al pasado.

La versatilidad de un mismo hecho da pábulo a una serie de historias. Pero no es que el hecho de repente se vuelva plástico, sino su llegada, la capacidad de digerirlo, transportarlo y ponerle las palabras es el que se encarga de crear las versiones. Por último, el oyente. Tal es el caso de esos chicos que pronto vieron amputadas sus vidas, sin saber por qué.

Después de examinarla de punta a rabo, Tomar nota. Sacarle fotos de perfil, de frente. De lo más convencido le dijo que con toda seguridad por obra de El Pepsi, uno que a veces le trabaja a la Devoradora, o la Escopeta según a quién se lo preguntara. Al verle tan pensativo, de vista clavada en la distancia, sin abrir la boca, a buen seguro para levantarle el ánimo se apresuró a explicárselo. Esa mina que apareció en los diarios hace un tiempo atrás. ¿Cómo no te vas a acordar? La que estaba matando la gallina con un guatón muerto encima. ¡Ah! Sí. Ya caigo. Le pusieron L'Escopeta porque no deja pájaro parado.

Cabal ausencia de sensaciones. El empeño a levantarle el ánimo no iba a cambiarle el programa. Ya tenía decidido lo que iba a hacer. Al Chico se lo dio a conocer una vez que sepultaron a La Juana a los pies de un sauce llorón. Donde el Tecla fueron después, que en sus buenos tiempos había sido minero y entendía mucho de explosivos.

¿Qué! ¿Entendí mal? ¡Di-na-mi-ta?, repuso asombrado. Pero ustedes están locos de remate! Es mucho mejor explosivo plástico. Güeno, replicaron, de plástico entonseh, pero que junsione. Una vaga idea tenían dónde hallar al Pepsi y a la Devoradora, en cambio, sabían que cada uno tenía auto. Fue avistarlos y apuntar la patente. Hasta les sacaron fotos.

Si vieran lo bien que salieron los dos, comentaba socarronamente el Chico. Pero les falta algo: a gritos están pidiendo un regalito. ¿Para el Año Nuevo? ¿O.K? ¡O.K!

Claridad estelar de primera en la oscuridad de esa noche. Ahora sí que tenían entusiasmo de sobra. No se iban a quedar así no más, con las manos limpias, permitir que esos hijos de puta hicieran lo que quisieran. ¿Verdad que no? Ninguno de los verdugos se las olía.

Anticipándose a posibles desgracias iban en patota. Los siguieron. Esperaron a que los estacionaran. La suerte estaba de parte suya. Como si se lo hubieran solicitado, el uno dejó el suyo a unos treinta metros del otro. Leoncio o el Chico iban a colocar los paquetitos, los demás, de loro, por si las cochinas moscas. Como el Chico cabe en todas partes, se ofreció. En un dos por tres colocaba los presentes. Para algo que sirva ser chico. De repente, la corazonada. Si andan juntos, no será porque se quieren mucho. Alargaron la espera. Se fue una hora. Del Chico, ni la sombra. Dejó de existir. Los del grupo estaban petrificados, un

sudor frío les corría por la palma de las manos. A pesar de esto, nadie pensaba echar marcha atrás. Mil cosas se imaginaban. Incluso hasta lo vieron salir en volandas.

La segunda hora de aguantar los nervios. Sin saber cómo ni cuándo, el Chico se puso al lado del Leoncio y al oído le pidió que se largaran que la cosa ya marchaba ¡Mira! Ahí van los *pacos*, agregó de pasadita. ¿Y a qué hora para irse para el carajo? Bueno, depende. ¿A qué hora es Año Nuevo? Respuesta mediante nueva pregunta. Típico del Chico.

A decir verdad, ni idea lo que pasó. Lo único que recuerdan es que, a causa del desbarajuste, precario se les hizo seguir de cerca los acontecimientos. Por una calle diferente tuvieron que tomarse los vientos. Más adelante, donde dieron la vuelta, las luces del control. Se había producido un taco feroz. Si se toma en cuenta el número de explosiones, no podía asegurarse si se dio la tan ansiado por ellos. Nunca se enteraron de lo que pasó. La prensa no iba a estar informando. Por ahí, antes de largarse a Europa, dijeron que El Pepsi, no hacía un tiempo le había pasado la Juana a la Devoradora para hacerla cantar un poco y que, si las chiquillas le eran simpaticonas, siempre se le pasaba la mano. Despechada porque no quiso acostarse con ella, se la piteó. Así de simple el guiso. Y cada vez que pasaba una burrada de ésas, de antemano sabido quién era el autor, yo y la Devoradora nos íbamos de vacaciones por tiempo indefinido.

Con el arribo de los periodistas, el brusco final tanto la siesta como de las evocaciones oliendo a podridas. En el fondo, no es harina de su costal, sino del de Leoncio, palabras guardadas en la memoria poco dada a las traiciones. Fruto de confesiones inusitadas, como

cuando lo cogieron en una redada practicada al filo de la medianoche al interior de un departamento situado en pleno Barrio Alto; de modo casual habrá pensado entonces.

¿Qué le sucedió a la Periodista? El de los crespos modernos larga la pregunta apartados los platos desechables. Darle tiempo y ocasión de refugiarse en una reserva significativa es la intención. Segundos más tarde dispara las siguientes.

¿Y a la Bioleta Reyes, al Víctor Súniga, al Gonsalo Muños, al Miguel Sandoval. ¿Por qué no nos cuenta algo del Chico Passo, del Leoncio, el Artista? ¿También los agarraron en uno de los amenos paseítos por el centro con una pistola clavada en la *raja*?

Copiosa lluvia de preguntas sin respuesta, ansiosas de escarbar en el desván de memorias *tímidas*, reprender la conciencia. La ingenuidad no residía en ello, residía en la supuesta responsabilidad de haber cometido crímenes contra la humanidad siendo que las –digamos- víctimas a sí mismas ya se habían deshumanizado. Tal sensación de haber cometido algo malo, unida a la necesidad de rectificarlo, cualquier día lograba comprensión, visto que el arrepentimiento, la exención de culpa, a un público católico se vende pero muy bien.

Descanso incierto. Los presentes beben escabullendo las caras. El Pepsi los estudia, y está convencido de que ahora saborean alabanzas. A su modo de ver la cuestión, un triunfo, aunque difuso y no sepan a qué atribuirlo. Ya le han cogido en frío, ya han metido la pata hasta el cogote y no volverá a abrir la boca. Media hora después sacrifica una respuesta.

Para empezar, esos nombres no me dicen mucho que digamos. Si supiera cuánto bicho raro no había. Por ahí me contaron que la Violeta, el Víctor y el Gonzalo eran terroristas y habían asaltado bancos, se habían cargado a varios pacos e iban a seguir así. De los otros, ni puta idea. Respecto de los paseítos, es humano que los acusados salgan a vitrinear, se tomen un jugo, le echen una ojeada al ganado del verano. No tiene nada de particular.

Se acercaba la hora del cafecito. El Pepsi, fiel a las costumbres, se preparó la clásica tacita de té. Un observador, ajeno a los hechos, pensaba que todavía paladeaba el dejo del pasado reciente. Pero impresión más bien engañosa. Uno de los periodistas, el más agitado, se acercó al compañero y le solicitó al oído proseguir la inspección. Salió. Dijo que debía encontrarse con alguien. En el primer banco que se le cruzó por el camino se puso a meditar. De partida, el asunto marchaba a pedir de boca. El jefe, feliz por el éxito inesperado, prometió empleo fijo. Si no fuera por asuntos a medio digerir, para no ir tan lejos, las notas que había tomado Leoncio y desenterraba lados siniestros, acerca de los cuales dudaba si incluirlos en la historia que, además de retocar al gusto de los lectores, correspondía estirar a diario, el interrogatorio marchaba de perlas. Se entregó a la lectura.

“El guatacazo estrafalario. Muy contra lo que suponíamos. Realmente se produjo a las doce. Si lo oímos antes fue por los nervios. A esa hora estábamos en la carretera. No teníamos idea de lo sucedido. Más tarde supimos de tres muertos y un herido leve. Aunque le hicimos empeño a conocer los nombres, no hubo forma. A diario se practicaban razias, la gente desaparecía como por encanto; raras veces se conocía el paradero o se descubrían los despojos. A esas alturas, no se podía confiar en nadie. La campaña de completo exterminio a los opositores del nuevo régimen, asimismo a los simpatizantes, cobraba

forma definitiva. Ahora, La Caravana de la Muerte, era el pan de cada día. El país está en guerra, aseguraban los milicos, debemos eliminar a quienes quieren destruirlo; corregirles la mente sale muy caro, además... no se lo merecen. Escondido en la casa de éste, ése y aquél, aguanté casi un año. A la larga, no me quedó más remedio que hacerme humo.

Ya es hora que te pierdas, le instaron en varias partes, por ahí le pasaron el dato que habían agarrado a casi todos los conocidos de la Juana en los paseítos que la obligaron a dar por la Plaza de Armas. Él estaba en primer lugar. Así que ya sabía, le andaban buscando. Tenía que abrirse, pegarse el pollo como dice el pueblo. Que no se le ocurriera irse a Antofagasta. Como al primo suyo porque ahí se tropezaba con los matarifes del general Lagos. Que no se preocupara eso sí. También tenía buenas noticias: de El Pepsi no había que ocuparse más. Lo último que supo es que lo habían encaletado a Miami”.

¿Encaletao! Inquietante, también prometedora, la última frase. El periodista no pudo menos que esbozar una sonrisa. No le salió mal, pero era lo único que tenía para ofrecer con toda honestidad. El acuerdo tácito dio el paso siguiente.

Vendría en busca de seguridad, conjeturó el periodista, cuyas manos temblaban de emoción; asimismo le temblaba el cuerpo. Encontró una mina de oro, decía quien le veía tirar línea, trazar figuras en el aire, bailar en una pata. Una mina de oro, repetía él al caminar, la confesión en la mano derecha, los proyectos, que ya había declarado ilusos, de nuevo en marcha. Tanta dicha lo hacía repetir la frase una y otra vez, impedía detenerse.

¿Dudaba? ¿Se consultaba la mejor o única forma de continuar? Tal vez sí. Quizás no. Lo más probable, ambas. Al fin una revelación concreta, aciago desliz de quien tanto el jefe como los lectores pensaban convertir en héroe, un luchador declarado por la libertad, la justicia, y ahora... esto. ¡Ca! ¿Qué provecho se le saca? Mucho y poco. Falsa no puede ser porque me la pasó alguien de extrema confianza. No puede ser sino auténtica.

Aunque tales recordaciones agregan una tesela en un crucigrama al parecer interminable, continúa sin saber dónde emplazarla. No cabe duda, en primer lugar toca recomponer los hechos, si bien al mismo tiempo ofrecer manjares al gusto del consumidor medio rasca.

Resolvió volver a darle cuerda y tirar lana del ovillo. Tenía presente que debía insistir. En ningún caso daba el brazo a torcer. A ver si sale a flote o siquiera se insinúa el resto, se ilusionó. Nada más entrar al apartamento, el entrevistado ocupó el sitio de antes.

(Me imagino que *don* Leoncio más que nada pensaba en su familia. Sobre todo, su madre. En su hermana no, ya que la había visto tarde, mal y nunca. Meses enteros se pierde la niña, me dijeron unos compadres, y tiene los tornillos pero muy sueltos. ¿Iba él a entender a una lunática? Para remate, le llevaba varios años. Si sabía que su propio padre fue quien lo denunció, que eso de la redada sobre la medianoche estaba arreglado, ni cagando lo presentía. No era mala onda el chiquillo. Durante las noches a la sombra, se le aparecía su Juana, en sueños le contaba lo que le hicieron antes de tirarla a la basura. De haberlo sabido antes, que hablaba dormido, ¿para qué hacerlo cantar? Contó todo, sin siquiera excluir lo que el Chico le acababa de confiar, cuando a éste, el día menos pensado, lo agarraron los nuestros, y obligaron a cantar la canción nacional en pelotas, cargando dos

ladrillos, uno en cada mano. A la altura de los hombros debía mantenerlos. Cada vez que el cansancio indicaba bajar los brazos, métale patadas a los huevos y canta más fuerte, jetón.

Más de una semana estuvo con el habla perdida. Al día siguiente, de una patada... a la calle. No lo dejaron tranquilo. Sin previo aviso, a las dos semanas, en alguna ocasión a diario, lo detenían y hacían lo que se les pasaba por la cabeza. Que se disfrazara de mujer, de bruja, de puta, de travestido, etc. Se mataban de la risa, a lo loco chupaban. Cuando se les subía el trago a la cabeza, a jirones le arrancaban la ropa, hasta empelotarlo. Después, sí, después, a *tocar la corneta*. A trompetear se ha dicho. ¿No son Uds. los comunachos tan machos? Y, ¿ahora... trompeteando?, le decían moqueando, llenas de lágrimas las camisas. Seguía la cosa así, si al Chico no se le ocurre irse de Chile, igual que a su compadre Leoncio, de seguro con la ayuda del último. Al tanto estaban ellos que los líos del Chico no tenían remedio. Casi todo se lo contó al amigo del alma, casi, casi todo...)

A buen recaudo los cuadros espinosos, nada mejor que quitarlos y poner la mente en blanco. Esta vez no resulta porque sin previo aviso resucitan las palabras del Leoncio y, aunque tenga serias dudas acerca de la veracidad, obligado a volverse todo oídos.

(¿Por qué no lo dejó en mis manos mejor? Se lo dije un montón de veces, cantó *don* Leoncio esa vez, cuando, a petición expresa del propio padre, detuvimos al hijo, y a éste no le quedó más remedio que rememorar en voz alta.

¡Caray! ¡Pues que le sirva de escarmiento! Al igual que siempre me lo tiró en ese castellano oliendo fuerte a la bodega de don Atanasio. Ese coño que llegó aquí con una

mano atrás y otra, adelante pa que no se le vieran las vergüenzas, nos mira a huevo y corrige cada una de nuestras palabras, y eso que llegó aquí poco menos que de chiripa.

En un inicio no fue gran cosa lo que entendimos y pensamos que el veterano estaba medio chiflado y, el chiquillo, deliraba de lo lindo. Encima de eso sabíamos muy bien que no podíamos guardarlo por mucho tiempo y debíamos borrarlo de la lista. Así fue el arreglín.

Esa noche nos abrió los ojos sobre algunos casos cuando, sin darse cuenta, le aflojamos la lengua hasta las siete de la mañana. Después, parece que el caballero se arrepintió de sus actos porque nos hizo llegar otra considerable suma de dinero cosa que le largáramos al retoño y, como no había moros en la costa, tampoco hubo problemas. Prometió mandarlo a un colegio bastante estricto, algo así como un reformatorio particular a fin de reconducirlo al buen camino. ¿De dónde íbamos a saber que esa misma noche se las emplumaba a Madrid? ¿De dónde que días antes el propio padre había sobornado a los del aeropuerto y, semanas antes, sacado pasaporte chileno... hasta uno de la famosa madre patria?)

¿Coincidencia de pensamientos? ¿Confesión más o menos honesta? Sí. A lo mejor. No evocan las mismas escenas, pero las arrancadas de la mazmorra del recuerdo encajan de perlas, con o sin previo consentimiento de las partes en cuestión, acaso en disputa.

En el piso de soltero de Flamingo Way no hablaban las voces, hablaban los silencios, las sospechas, las dudas, las memorias ardientes en plan de volverse cenizas antes de que fuera tarde. Donde los periodistas no debían pisar terreno prohibido, las confesiones del

entrevistado no habían de comprometerlo de forma innecesaria. Si esto bastaba a la hora de frenar historias álgidas, contenidas a duras penas, cuestión de alargar la espera.

Los periodistas no podían dejar de romperse el coco en atención a las lonchas que soltaba el entrevistado, eslabones que vistos por fuera, se pensaba que no venían a cuento, cuando no de cabo a rabo incoherentes. Ahora bien, si se conocía parte de la historia, sensatos.

El rompecabezas jamás lo plantea la búsqueda de la verdad, reside en la táctica usada para ponerse en las cercanías sin llamar mucho la atención o si no se asusta. El deseo inmediato de preguntones a la orden de un jefe que pretende saltar a primera plana, cuyo diario se vendía pésimo semanas atrás, huelga decir, es sacarle el jugo a las impertinencias.

Quiéranlo o no, preguntones y preguntado convergen en más de un punto, ocasión de lado, y no en una que otra frase suelta como el jefe recordó haberla oído, o leído en las informaciones suplementarias que se habían conseguido los subalternos. Quién sabe si por el afán de llegar hasta el fondo del entresijo, uno de ellos le echa la última leída, motivado por la cantidad de incertidumbres, y las ganas de por fin ver la salida del túnel.

“Antes de irme, debía haber un infeliz menos. Sí señor. ¡Connmigo no! No iba a quedarme para enseguida ahuecar el ala diciendo aquí-no-ha-pasado-nada”.

Quien había salido a tomar aire, cerró los ojos, apartó de sí semejante texto, se concentró en el significado de lo acabado de leer. Poco después intentó descartarlo en vista de que, en el mejor de los casos, de figurarse una desconexión, entonces, premeditada; en el peor, un enigma. Ya habrá ocasión de ponerlo en su sitio, se dijo medio reconfortado.

El Pepsi se levanta por enésima vez, da un corto paseo, se sienta; los periodistas le imitan. Uno de ellos se encamina al baño a pasos medidos, se encierra allí, respira aliviado al saberse a solas. Durante un tiempo latigudo se contempla en el espejo iluminado, cubierto de estrambóticas cagaditas de moscas y demás bichos alados y planos. En el marco, de plástico celeste en sus mejores tiempos, descansa una avanzada de mosquitos despanzurrados. Vaya a saberse de dónde, un maletín negro le sacude la memoria.

Se detuvo a pensar. ¿No era idéntico al de la mesa del comedor? Eso tal vez fue antes, en estos momentos, está en tus manos, hizo ver la realidad. Lo alzó de un envión. Se fueron unos segundos, y algunos más, antes de cubrir su mano izquierda la cerradura de bronce, no fuera a delatarlo el clic. Destrabadas a la sordina, escarbó a la desesperada. Luego, extrajo unas hojas escritas a mano. Al repasarlas por tercera vez, dudó de la autenticidad en atención a que cualquier día u noche alguien aseguraba a pie juntillas que eso era la pura y santa verdad, visto que él mismo las había conseguido su informante favorito.

“Son de buena tinta”, dijo al pasársela, si bien no malgastó una palabra en decir dónde ni cómo las había obtenido. Así, el trato, así funcionó siempre. Él decía: ¿tú sabes? Mira, necesito sabé qué hase, cómo bibe, espesialmente de qué coño bibe. ¿Me ehtá tú entendiendo? El informante tomaba nota, escuchaba los pormenores en tanto se embolsaba los billetes; el resto para cuando estuviera listo. Hasta tal extremo se vio obligado a recurrir, pensaba un observador neutro, o fiel lector del diario por ejemplo, que admiraba el afán de un jefe que no ceja, insiste en incrustar las narices en sitios vedados con tal de dejar contentos a quienes todos los días todos los días compran el Libertad.

Sobremanoera particulares las movidas de que se valió su informante para hacerse con tales documentos. El sosiego del lugar, la lejanía de esa época, incrementaban la tentación de leerlos de punta a cabo, porque a lo mejor aclaraban la película, hoy, baches incongruentes, nubes de paradoja, donde las lagunas de información hacían de las suyas. A sabiendas de que su compañero se iba a encargar de la entrevista, se concentró en la lectura.

“Cuando se me metió la idea en la cabeza no irme sin antes cobrar lo mío, me sentí como nuevo, pero apenas podía conciliar el sueño. Días enteros seguí a los perros de presa vestidos de personas vulgares y corrientes. Tranquilo. Seguro a lo que iba, pero tomando las precauciones del caso, resolví disfrazarme. Día a día observaba lo que hacían, estaba al tanto de sus andadas. Mi meta: el jefe. El día menos pensado supe que pasaba el fin de semana en una casa situada a los pies de la cordillera. Conocía la dirección. Durante la semana estaba sola. Gracias a una barra de jabón Gringo copié las llaves. Peligro, experto en laburos manuales, se las había agenciado el día anterior, vuelto a poner en el mismo bolsillo, y todo esto en el transcurso de un mismo día. No se dio ni cuenta.

La casa del fulano, a quien se le conocía como el Nervioso, estaba súper vigilada. Lo llamaban así porque cuanto más saña, más cuidadosas las torturas. Pero, como ya dije, no paraba en casa. Una vieja media tísica se encargaba de la limpieza, le preparaba la comida en su propia casa, se la recalentaba. Sí. Porque al Nervioso le encantaba que lo atendieran. Para irme a la segura, el mismísimo viernes por la noche me introduje en ella.

Temía el toque de queda. Que me cogieran desprevenido. Como quien dice a mitad de camino. Nadie me vio. El Nervioso, como el resto de los esbirros, se sentía tan seguro que

había desistido de guardaespaldas. Como no quería llamar la atención, ni dejar huellas, llevaba mi cocaví. Más encima pensaba dormir en el desván. Me había metido en la boca del lobo. Eso lo tenía bien claro. Si alguien me había observado, le bastaba decir: al enano ése lo pillamos robando. Le dijimos que se detuviera, pero, encima de putearnos, se lanzó a correr. No nos quedó otra que hacerle un disparo de advertencia, claro que con tal mala suerte que, justo en ese momento, se le ocurrió poner la cabeza de medio lado y cayó como pañuelo. Eso aseguraban... eso creían, ahí quedaba todo. Debía andar con los ojos bien abiertos. Lo importante era pasar esta noche. Mañana, como siempre, el conchesumadre se comía la cazuela, los infaltables porotos con bastante ají y se echaba los dos litros de vino al guargüero, prendía la tele, se quedaba dormido viendo las mentiras de siempre, venía la veterana a apagársela y a cubrirle los pies. ¡No se me vaya a enfermar el pobre!”

Interrupción de la lectura. Algo advierte mejor proseguir la entrevista. Sale del baño. En esos momentos suena el teléfono y, a fin de no perder más tiempo, comprobada la ausencia del compañero, a la distraída pone los folios encima de la mesa. Enterado de que es para él, de inmediato lo atiende. El Pepsi saca un cigarrillo conforme arroja una mirada fría. Varios minutos se retrasa el diálogo. El Pepsi decide echarle un vistazo. Desde luego que conoce el caso. En silencio añade una nueva letra al crucigrama, desentierra confidencias todavía poco comprometedoras. Efigies diversas invaden en tropel la pantalla que duerme de día. Si no se equivoca, a la perfección encajan en el plan que dijo haber tenido Leoncio horas antes de soltarlo y perderlo de vista, confesión de lo más involuntaria, digamos mejor producto de las pillerías químicas de una droga que hace hablar hasta los mudos.

La historia abandona el proscenio del ayer, recobra la integridad. Otros son los espectadores, otras las intenciones, y los actores preservan la inmortalidad. Algunas no requieren de público, de alguien especial que las narre. Independientes, íntegras al nacer, íntegras en el destierro, mudas si así lo exigen las circunstancias. Al no necesitar bocas, deambulan aquí y allí, aparecen y desaparecen a discreción, acuden en el momento menos pensado, a deshora. Quienes conocen una parte, a juicio de ellos, el capítulo esencial, presumen de curtidos, duros, seguros del mutismo inherente a estas historias.

“Me escondí en el desván. Metido en un rincón desde donde podía observar quién pasaba por la calle y, al mismo tiempo, percatarme de lo que sucedía en casa, me dispuse a aguardar todo el tiempo necesario. Cuando me bajó el hambre, me comí los sándwiches, junté las migas y las devolví al cartucho. Frente a mí, un lavatorio con la llave goteando.

¡Toc! ¡Toc! Lúgubres se dejaban oír esas sonoridades en medio del abandono estratégico. En torno a mí, calladez artificial, espera incierta, de rato en rato, un auto, un camión, un vehículo blindado. ¡Ratatán! Tarat, tarat, tatán! Silencio balístico. Angustia renovada.

¡Toc! ¡Toc! Gotas de mierda que sacan de quicio. Me dije: esto no lo soporto la noche entera. Como por ningún lado se me aparecía la solución, agarré la llave rebelde, la atrinqué hasta más no dar; la estrujé hasta incrustarla en la cañería, le pregunté por qué mierda la rehusaba. Cerrada con todas mis fuerzas pensé haber solucionado el problema y me alejé. Al no saber qué hacer, aguardé el resultado.

¡Toc! En lo más mínimo me gustó la respuesta. Tenía rabia. Me sentía impotente, pero admiraba tamaño empecinamiento. Tras esto, una pausa larga. ¿Ínfima también?

¡Toc! El toque de queda había paralizado la vida pública y privada. A lo lejos, uno, dos o más balazos. ¡Tracán, tracán, tracán! Disparaban desde una dirección, respondían de la siguiente. ¡Chíu! ¡Chíu! Bien siútica la respuesta. Casi de inmediato, chirridos de motos, de ruedas de *jeep*, nuevos balazos. De nuevo el maldito silencio. ¡Toc!

Me acordé del Leoncio, del grupo, de cuando andábamos por ahí, a lo que saliera, para pasarlo bien más que nada. Alguien sacaba una guitarra y se ponía a cantar. Pasado el entusiasmo, le enseñábamos a tocar guitarra a los pobres o ayudábamos en lo que se pudiera. ¡Que cante la Nola!, pedían entusiasmados. ¿Y por qué le dicen Nola?, se quedó Leoncio mirando extrañado a su Juana. Se lo tuve que explicar: no-la (pisen), por eso. Nos matamos de la risa, alguien sacó unos cogollos de yerbita y nos pusimos a pitear. Esa vez estuvimos toda la noche discutiendo y charlando. Al amanecer, fuimos a una población, levantamos una casa, inscribimos a unos cuantos que jamás habían visto la mar y veranear en la costa era un misterio adicional. Después, hasta les cocinamos. Me acordé de mi mamá, de mis hermanitos. Más chicos que boh. ¡No puede ser!, comentó Leoncio.

¿Será malo todo eso?, me pregunto ahora. A punto de destrabar el acertijo... ¡toc! La rencorosa intromisión, que arrancaba de los pensamientos, me puso en ascuas. Pensé en mi padre que se fue a la RDA, y hacía año y medio que no se sabía nada de él. ¡Toc! Con el agónico grito de una gota que se perdía en mi drama onírico, se me borró la película.

A la mañana siguiente me desperté de un salto nada más oír que alguien trajinaba en la cocina. Como ya supuesto, la veterana, y venía a hacer los preparativos del almuerzo. Pa mi capitán pa-ran-pan-pan parín-pan-sito, canturreaba bajo encías resacas, distribuía el servicio, sacaba servilletas y empezaba a cortar pan. Hasta se trajo unas margaritas.

Me hice más chico de lo que soy, la cosa era ver a la viejita. Ella, como si estuviera sola, depositó las bolsas a la entrada de la cocina. En el interior estaban las viandas. Vi que salía a comprar. Obvio, vino. Como era temprano, de seguro se quedaba pegada. Copuchando. De buena gana le tiraba cuento tras cuento al bodeguero. ¿No era ésta la oportunidad?

Bajé a la cocina como gato de campo que se cuele en la alacena, destapé las ollas (¡qué rico olía la cazuela y el guiso a dos dedos de mi nariz!), la botellita y de forma ecuánime distribuía el contenido. Con un cucharón de madera dejé todo bien revuelto, el cucharón limpio, las ollas, tapadas. Regresé al desván. Allí había dejado la bolsa de papel, el libro que anoche no leí, la foto de mi mamá. ¡Toc! Feliz de verme estaba la gota. Segundos después, anonimato puro.

¡Chas! El eco de la puerta al cerrarse me anduvo paralizándolo la sangre y amordazó el respiro. Ni me atrevía a existir, estaba petrificado. Una carraspera apagada, seca, como la de una careta de pulmón, aconsejó no preocuparse en vista de ser la vieja que volvía de las compras. Sí, pero aún tenía que quedarme un buen rato y quería irme luego.

Si bien vieja sorda, ciega no era. La idea de irme al tiro, no me parecía apropiada. Ya una vez nos fuimos antes de tiempo, sin esperar los resultados y el asunto salió más o menos no

más. ¿No fue eso lo que nos pasó, Chico?, me amonestaba el Leoncio. No te preocupíh, esta vez no nos va a pasar lo mismo, le dije a distancia. Mejor me aguantaba.

¡Toc! El campanario de la iglesia dio las doce. A la media hora llegó el patrón. Venía muerto de hambre. De cabeza se metió a la cocina. La veterana tenía todo listo. Esperaba sonido de platos, copas, bueno, en fin, de lo que se pone en la mesa. En vano. No sentí ningún ruido. ¡Toc! La gota me arrancó de las cavilaciones. Tuvo que parar las orejas para registrar el cuchareo.

¡Toc! De improviso, un sonido sordo, como el de alguien que pretende hablar con la boca llena y no puede. ¡Toc! Dejé pasar un tiempo. Quería irme sobre seguro, no fuera que le hubiera dicho a la vieja: quéese tranquila, señora, hágase la tonta no máh, mire que en cuanto baje el enano, lo agarramos entre los dos. ¡Toc! ¡Puras papas no más! Esta vez me animó la gota. Enormes la tensión y la expectativa. Utópico quedarse tan campante oyendo el concierto de gotas. No podía más. Mi cabeza, a punto de estallar. Me levanté. Bajé. Los escalones se tragaron mis pasos. No quería apurarme. Temía la sorpresa. Yo, un caco en una casa llena de tesoros desconocidos. No caminaba, me deslizaba. Al fin, el comedor. Allí estaban, los dos echaditos p'atráh, él y la veterana. Se reían estáticamente; yo no oía nada. ¿No me estaré quedando sordo, como la vieja ésa que me pela los dientes?, me pregunté. El Nervioso estaba bien abierto de patas, el cinturón, flojo, ojos a medio cerrar, la boca retorcida, de donde colgaba una lengua cetrina. Saliva verde-azulada, de estrías sanguinolentas, fluía de esa boca asquerosa. También le goteaba la nariz. Igual que la primera y la última vez se veía la veterana. Ahora tenía los ojos cerrados, las manos sobre la barriga, como queriendo contener algo de mucho peso con garras enclenques. La garrafa

de dos litros estaba a la mitad. Me quise pegar un toque; no pude. Se me hizo un nudo en la garganta. Entonces, me dije, mejor lárgate. Salí sin recuperarme todavía del asombro, de lo rápido y eficaz que resulta la mezcla de estricnina y vidrio molido. No conseguía... me resistía a creer que aquí, y ahora, se terminaba mi suplicio. Tuve que apurarme sí, porque el vuelo a Fráncfort salía por la noche, y ya sabía ya, Loncho, en el aeropuerto hay que estar dos horitas antes y abordarlo a tiempo. Salí la carrera. Sin mirar para atrás. Sólo adelante”.

¡Bah! ¡No importa! El Pepsi halla consolación no bien ve que el periodista ha recuperado el aplomo. A la disimulada regresa las hojas al maletín. “Casi me la sé de memoria”.

“Lo que son las cosas. Hay que vivir para aprender. Cuando menos se piensa se matan dos pájaros de un tiro. Juraba que el Chico no le contó la firme a nadie, que se guardaba para sí nuestro cambio de manos, porque de no haberme cooperado de la forma esperada, y averiguado dónde volaban los pajaritos a quienes tocaba cortarles las alas, ni cagando encontraba la casa del Nervioso tan sola ni tan a su alcance. El muy amermelao creía en la fortuna y nunca iba a pensar que fui yo en pasarle unos billetitos a sus matones para que se pegaran un patache bien lejos de la casa a custodiar, con unas minas alegrotas, íntimas más y súper baratas,. De otro modo no contaba vivo la historia. Nada más sencillo que coserlo a balazos en casa ajena, vigilada más encima. Ya sabía el petiso que le teníamos bien guardada a la familia; no le quedó otra que ayudarnos, cuando no, nos tirábamos a la pandilla completa, familias incluidas, y el avión a Fráncfort despegaba sin él. Así que...”

El periodista, que intentó confirmar sospechas, con objeto de ampliar las informaciones, se vio defraudado. El otro, en cambio, que todavía no conseguía deshacerse del maletín negro, porque, pese a las lagunas, como que olía los altibajos, optó por una dilación. Muda y viscosa complicidad, azar encantador que ata sin nunca apretar más de la cuenta.

Cap. II

“La cordillera de los Andes es el sitio ideal para quien quiera encontrarse cerquita del un cielo sin ángeles de la guarda. Nuestro luchador, más solo que Toribio el Náufrago en medio de rocas y moles de piedra, no se sentía a gusto. Al contrario de lo que se piensa aquí que, por deslizarse de norte a sur, debiera existir una estrecha relación entre gente y cordillera, el amor por ella de argentinos y chilenos por verse está si llegaba a platónico”.

Dos semanas en primer lugar del ranking urbano incitaban a soñar. Poco interesaba si, de momento, el horizonte de los sueños era sencillo de percibir. Cuando las ventas del Libertad empezaron a descender, las cartas a la redacción, a mermar, las propuestas de matrimonio de quienes estaban locas por conocerlo, asimismo se perdían, se dio la orden de abandonar los sondeos políticos los cuales en todo caso habían dejado de publicarse. Fuera de eso pararon la difusión e impresión de fotos en serie, creadas por un programa especializado en combinar elementos apreciados por latinas maduras, que ya cogía la mueca varonil de un cantor de tango, ya la juguetona y erótica de un salsero, cuya salerosa delgadez hacía suponer noches cálidas a la orillita del mar. Agonizaba la historia. Todavía no estaba muerta. Correspondía hacer algo diferente y no dar clases de geografía.

“Como que ustedeh mihmo me lo están disiendo. ¡Ey, llabe! Loh Andeh son una baina de Perú y Bolibia”, protestó el moreno barranquillero de la redacción, donde ninguno de los tres a cargo estaba seguro de la localización exacta de la cordillera, si era cierto que se

deslizaba de norte a sur, como sostenían los entrevistadores, o simple accidente geográfico de Perú, Bolivia, quizás también de Ecuador, pero más bien de este a oeste.

Una vez más espiraban las frases del grupo de inspirados en vaya a saberse qué historia, quienes, a criterio del jefe, más metían las narices en los atlas que en las picanterías del embelequero anticomunista. La insatisfacción comercial recomendaba eliminar pasajes como “el desarrollo de una relación más íntima con esos parajes de rocas y más rocas entrecortadas a causa de las continuas estribaciones y lenguas de lava y aguas lacerantes, es pedir amor a quienes muy perfumaditos acuden a una cita romántica empujados por circunstancias ajenas al amor”.

En resumen, no atraen a ninguno con ganas de desayunarse. Al cabo de tres deliberaciones, de poco menos que diez minutos, se aceptó la alusión al estado anímico de El Pepsi.

“No tanto en virtud de lo frías que son estas piedras. De lo incapaz de albergar vegetación. Algo más, inexpresable, distante de vivencias usuales, hace recular a los visitantes. ¿Cómo crear vínculos entonces? Ellos no lo sienten así y las moles de andesita han de responderles de modo semejante. Nacida de una convivencia forzosa, escaso el apego, por no decir poquísimos interés y declarada indiferencia. De hospitalarias no tienen nada. Paisaje agreste, indomable, seco, primitivo, prisión de roca y soledad. Por eso se vuelve comprensible el rechazo de El Pepsi hacia lo que no sea mar o, en su defecto, un lago cualquiera, tal cual solía expresar sin tapujos. Demasiado le recuerdan su propia vida”.

Hablar de artículo de fondo a todo meter, como empezar a despedirse, sentenció el jefe mientras para sus adentros iba probando nombres para el culebrón. Se pasaba de tarado si dejaba escapar una ocasión como ésta únicamente por escaso celo profesional. Para colmo, el banco le negaba el crédito, y él, sí, él, desconchinflado volvía a los eventitos locales. A los quince años de fulanita, una de las tantas *vírgenes* que, antes de volárseles el cartucho, ya se lo estaban ofreciendo en bandeja a quien le comprara un *milk-shake*. La boda en blanco de sutanita, otra que cambiaba de macho como de sostén. El cumpleaños de doña no-sé-cuantito, que decía ay, mi amor, no sea malita y ponga velas, mire que están muy caras y se arruina la torta. De nuevo conformaban la primera, segunda y... última plana.

Al verles tan cariacontecidos medio aflojó la reprimenda, dijo que ellos lo habían entendido mal, que él estaba feliz con su trabajo, pero había que aumentar el número de revoluciones por minuto, miren que los lectores se estaban quedando dormidos.

“Juan, el luchador de las sombras”, iba a llamarse el bacilón. No estaba mal el título de la telenovela que también salía en cuadernos quincenales, después, como la cosa anduviera, semanales, al final de este dime-que-te-diré entre unos inexpertos en colocar preguntas y un perito en ocultar respuestas, cuando no en quitarles el culo y callar. Les ordenó ponerse en movimiento hoy mismo. Por la tardecita quería tener los primeros resultados.

“No le quedó otra que aceptar el abandono. Transcurrido un mes, cuando la cosa se calmó un poco vino un *jeep*, carente de distintivos y matrículas, se bajaron sus dos ayudantes y le empacaron las pertenencias. Sobre las siete de la tarde volvieron la capital. La lucha contra el comunismo exigía sus servicios, y nadie mejor que él para triunfar de una vez”.

Como quien dice aquí no ha pasado nada, los periodistas, al día siguiente otra vez ocupaban las sillas de hierro pintadas de blanco. “Así que ustedes todavía piensan que ya sabía lo que pasó, qué pecados se cometieron”, farfulla distribuyendo la vista entre los tintineos de la bahía iluminada, donde nunca nadie sabe que será acogerse al retiro. Su mano izquierda sostiene el vaso alargado de whisky *on the rocks*, como a punta de múltiples tomadas de pelo le *recomendaron* beberse en Santiago.

“Aunque suene increíble, no lo sabía... ni me lo imaginaba. ¡Buen dar! Estábamos del lado de los buenos. Los malos, los que iban a adueñarse del país, pues los otros. ¿Qué así y todo sigo siendo culpable de las patrañas que inventan terroristas? ¿Soy también responsable de lo que dice la prensa? ¿Der hosciconeo? ¡Bah!”, espeta con abandono y notorio cansancio.

“¿Sirve de algo decirle que la cosa no fue como dicen que fue, de que nada más cumplimos con la tarea encomendada, igual que todo el mundo no más? ¡Uds. Hacían exactamente lo mismo! Se me hace que el lío está en que por ahí medio metimos la pata, y la moral del que la caga es siempre la errada; la del que no lo agarran en nada, el triunfo. Lo bueno y lo malo están siempre al servicio de quienes mandan. ¡No me lo niegue! Ahí está la madre del cordero, de las atrocidades que me culpa y me está juzgando. Fíjese mejor en lo que pasa en otras partes. ¿Estamos? Bastante fácil ponerse al lado del que le va bien y allegarse cuando la mesa ya está puesta; además, en la vida hay que saber apañar... o si no, la cuestión es papa ¿estamos? ¡Putá! No vea estas cuestiones con ojos de otros, sino también con los ojos de uno que, por inmenso cariño a su tierra, puso lo mejor de su corazón”.

Bien, bien, está bien... no se nos sulfure, recomienda el de los sondeos, el de los dolores que duelen; cuanto más hagan daño, mejor se venden. ¡Ah! Un poco más y se me va, los machos quieren leer cositas picantes, ¿me entienden? ¿Cómo no ba a tener algún berrinche verde verde nuestro héroe? Lo necesito mañana mismo, hizo ver el jefe, mientras el otro dale con sacar fotos. Esta vez se pensaba brindar un original... retocado.

Sabemos, chico, que después de la plática ésa con su jefe, El Coca-Cola, ese mismo día le introdujo a la Devoradora, la encargada de hacer cantar a las detenidas. De ahí el título profesional de la *torti* profe del bel canto. De manera diáfana expuso que tenía que actuar mucho más eficaz y rápidamente que antes. En suma, una vulgar leída de la cartilla.

La aclaración del periodista, salida un tanto a la loquesca, desamarra ciertos recuerdos. El Pepsi empieza a darle a la lengua, se mueve por entre pasajes inocuos y picantones.

La segunda fase del toma y recibe, recibe y toma, clave para la difusión de informaciones, empezó a erguirse de en medio de los desperdicios.

“Ya veo adónde pretenden llegar los niños. Aquella vez me dijo que, para colmo de males, ahora teníamos al tiempo como enemigo. De la laya que nos ayudó durante el período de la UP, bien pudiera ser que se diera vuelta la chaqueta como sus compinches”.

Así debe de haber sido, insiste el de los bigotes espesos, ése que no vino el otro día. Toma notas y tararea el así debe de haber sido, como si fuera jodido de pronunciar.

“Fin del proyecto número no sé cuántito. Para qué intentar cambiar el rumbo de las ideas de los detenidos. Era más práctico, y hasta más barato cargárselos”, piensa para sí el periodista, aunque se las arregla para no mostrar el plumero. Segundos después retoma el hilo. “Cuando se fueron de copas, Vd., don Pepsi, si no me equivoco, mantenía intacta la impresión que le había causado la Devoradora nada más divisarla. Pero, ¿la primera vez? ¿Me engaño? El interrogado se encoge de hombros y murmura para sí, no se oye, padre.

Segundos de tanteo que eternizan una agonía buscando amparo al fondo de la amnesia. A la espera de algo lo suficientemente inocente que ayude a refrescar un poquito la memoria.

“Mejor ni te metai ahí, le advirtió El Coca-Cola, adelantándose a sus pensamientos, sobre todo a deseos arriesgados de sobra. “En de que conozco a la muy barsa, por onde anda la chula, la muerte se pasea de lo lindo. La pelada siempre camina a su vera”. Entonces le entró el julepe. Le pareció tan natural que se hablara de la muerte cuando el difunto era uno de los suyos, y de eliminar cizaña, limpiar el país si era del otro bando, que ni se le pasó por la mente que tal diferencia, *bien puiera arbergar una equiá pero harto ocurta.*

El último comentario, expresado a la chilena. Para imitado del alma le sale. El Pepsi le mira, se sumerge en memorias no comprometedoras, se pega un trago poderoso.

“Me imagino que al relacionar a la muerte la figura sensual y más que deseable de la Devoradora, Ud., pues ¿Me... me entiende?”

No es una acotación malintencionada, es espionaje lascivo.

-¡Bah! ¡Patrañah no máh! No eh pa tanto. ¿Qué se creen? Ni que juera argo pa meter cuco.

¡Tanta junción con eya y... la pelá!, exclama interrumpiéndolo mediante un gesto agrio.

-¡Ahí sí que anda máh perdió que barata en baile de gayinah!, replica en seguida casi sin darle tiempo a reaccionar.

-¡A mí... qué! ¿Cree que m'importa esa güebá?, refunfuña sacando pecho.

-Pa que sepa. ¡Nunca le tús mieo a la sin peloh, peyejo ni pechuga! Aemáh, en er mundo de loh muertoh se tá máh mejol que en el de loh biboh.

-¿De dónde saca eso?, vuelve a horadar el periodista, seguro de su triunfo.

-¡Toavía no conohco a naiden que haiga güerto!

Quietud embarazosa.

“Por ahí tengo una foto de ella”, se pavonea el de la entrevista de hoy en un vano intento de desviar la atención. Al no detectar ninguna reacción, posterga la consulta, comprende, de un tirón, que más vale amordazar las miles de interrogantes en un tris de romper el frágil muro de contención. Una vocecilla, asimismo bajando, sugiere mejor ponerle atención a la historia y dejar el resto, si acaso para más tarde. El episodio se zafa del ayer.

“¿Conociste alguna vez al finado Pedro Rojas? ¡A Rojitas poh tonto huevón! ¡Cómo no te bai a acordar de él, pedazo de aturdido!” De esa misma laya se lo largaba El Coca-Cola.

“Buen dar con Rojitas. Casi cincuenta pepas pasadas el día que la conoció. Las lenguas de trapo dicen que la habían venido del campo; más o menos como a nosotros. La linda venía

de bien por allá del sur. Vos sabíh que por allá son toh bastante huasoh, hasta medioh agringaoh. A lo mejor se hacen loh gringoh no máh, recalcó con intención de abreviar.

Bueno, la cosa es que a ella le dio un no sé qué, se largó de su tierra y se vino a la capital. De un día para otro se echó el pollo y otro día nos vemos. No sé qué habrá pensado cómo funcionan las cosas acá, pero lo primero que le pasó es que le robaron todo lo que traía, y más encima se la cepillaron en la primera esquina oscura. Vos sabíh, le robaron el vestido, los corpiños... hasta sin calzones la dejaron. ¡Para que no te mueras del empacho!, le dijeron después de lanzarle una toalla playera llena de portillos. Allí, acurrucada, media pilucha, llorando, moqueando de lo lindo, sentada a la entrada de una casa se la encontró Rojitas, que en esa época ya era sargento de carabineros. En de que la vio, al saco de papas se le derritió la cuchara. Sin hacerle ninguna pregunta, claro que después de fijarse un montón de veces en las caderas, la pechuga, las piernas y en ese terrible potito que se gasta, se la llevó a la mediagua que tenía por error del destino. Rojitas, como voh bien sabíh, no vivía solo. Entonces estaba con la Charo, y ésta estaba revieja, desdentada y más encima, una de éсах cascarriabah. No me preguntíh que le pasó, mira que nadie tiene idea.

Bueno, por mucho que se alegrara, a la Charo no le quedó otra que ver las cosas como estaban y comerse el buey con cachos y pellejo. Al final le dio un rinconcito en el patio de atrás. La rescatada dijo que se llamaba Elmira Véliz a secas, y que era de Puerto Montt. De repente, el sargentito Rojas, que antes no paraba en su casa, ahora llegaba a cada rato. Que esto, Charito, que lo otro, amorcito, que por aquí y por allá, Charito, y siempre con los mensos regalitos *pa to er mundo*. Chamullos no le faltaban. A la Charo, que había sido del ambiente, al tiro le cayó la teja de cómo iba la mano. Así y todo, no adelantaba nada.

Murió pollo. Por ahí me contaron que hacían muchos años que se había puesto porfiada de cara, y eso que antes era tan rebuena la tonta. Pero la vida es la vida. ¿No es cierto?

Así siguieron por un tiempo. Después, los cahuineros de siempre soltaron la lengua y dijeron que Rojitas se la comía a cada rato; y que nada de andar a la disimulada ni escondiéndose. Poco menoh que le decía: si te gusta, vieja, bien, si no ya sabes ya, mala raja y te vas a la chucha entonses. Mire, usted, cómo son las cosas. Un buen día la Charo se hizo humo. Nadie la vio nunca más. Lo raro es que tampoco nadie la vio salir, menos volver. Una más que se hacía humo. Por ahí, para legalizar la cosa, Rojitas era sargento de carabineros al fin y al cabo, una mañana puso la notificación. Un día de éstos lo llamaron para decirle que habían encontrado el cadáver de una mujer de unas cincuenta pepas; la Charo no tenía treinta y cinco, pero se veía como de setenta. Entonces, Rojitas se fue a la morgue, le echó una mirada por aquí, otra por allá, sacó un pañuelo, se secó una lágrima prestada, y dijo muy compungido sí, es ella, firmó el papel y se mandó a cambiar.

Al mes se casó con la Elmira. Hicieron una tremenda fiesta para el casorio, con bombo y platillo, ¡mi alma! Y allí, en la fiesta, en su propio casorio, le pusieron el nombre que carga ahora: la Devoradora. Ahí mismito, en la fiesta de su propio casorio, aprovechándose que Rojitas se tomaba un trago y ya andaba gateando debajo de la mesa (por la cuchara que le falla mucho, decían) que a esas alturas no agarraba una, la tonta se hacía ella cuando le metían mano en las verijas y le tanteaban la cholga. No lo critico: estaba de chuparse los dedos la linda. Eso nadie lo puede negar. Claro que el amor es el amor, y más encima, de ciego, sordo y mudo, te pone huevón. Y a Rojitas ella lo tenía muy de la jeta, estaba muy agarrado el gil. Vos sabís que enamorarse hasta las huevas y ser ciego, es salir del mismo

nido. Así es que no hubiera servido de nada haberle pasado el dato como para haberlo remecido, despertado. Será porque Rojitas le daba poca cuerda, o porque ella necesitaba mucha, la cosa es que al final se encamaba con el que se le terciara. Y ¿Rojitas? Sí, bueno, Rojitas seguía sin cachar nada de nada. Un día de verano le tocó estar de turno por allí cerca de la Estación Alameda, allí donde están los volteaderos baratos. Hacía una calor de poner huevos fritos las gallinas. Rojitas andaba forrado hasta el cogote con ese uniforme verde que le quedaba como camisa de fuerza y parecía empanada recién salida del horno.

De uno de los volteaderos salió un cabro acalorado y le dijo: oiga, poh, mi teniente, ¿no me puee ayudar y echarme una manito que está la crema aentro? Entonces, como buen sargento que era, medio chapado a la antigua eso sí, se corrigió la gorra, sacó pecho, hundió la guata y, dándose las de maceteado, lo siguió como perro faldero. Eran las dos de la tarde. Ni moscas habían. A la rápida se fueron por una escala que se quejaba en cada peldaño, se metieron en una pieza en donde, en un colchón que apeataba a todo, estaba el cuerpo de un tremendo guatón en pelotas con la espalda bañada en sudor. Rojitas miraba no más, pero no agarraba la onda. El cabro le dijo que ya había intentado de mover al cachalote ése, pero que no había podido. ¿Moverlo? ¿Para qué? De esa laya pensaba Rojitas. Si quiere estar como está, que se quede ahí. Cuando se vio fuera de foco, ahí mismo le dijo que la policía no estaba para esas maromas. ¡No joda! Si quiere dormir así, que duerma. ¿A mí qué? ¿De cuándo acá corregimos las dormidas de los curados?

Es que..., tartamudeó, no está na durmiendo, mi teniente, tampoco con la caña, sino máh fiambre que tocino de Concepción y muy bien acompañado, agregó en voz baja. Si me ayuda entre los dos le sacamos de encima el ropero a la pobre mina. Debajo de un gordo,

lánguido cual lechuga vieja, como de medio lado, divisó Rojitas un pelo castaño muy claro, tirando a rubio, y de repente se le acabó la cuerda. Pegado se quedó. Quietecito. Como atontado fijese. ¡Oiga pues, mi sargento!, protestó el cabro, impaciente, écheme una manito pues, si no cómo cresta vamos a sacar a la rucia que está abajo.

¡Qué chucha! ¿Dijo rubia o se me jodió el oído?, se quedó tirando líneas Rojitas, ¿debajo de ese gordo pelúo! Sin vacilar más, de un manotazo se quitó la chaqueta verde, porque sentía un extraño escozor en el cuello, como que algo se lo apretaba. Así que de un tirón, casi a un mismo tiempo pescaron y arrojaron al suelo esa montaña de carne muerta.

Ahí fue que Rojitas la vio de golpe, y ella también se quedó mirándolo como si fuera la primera vez que lo veía. Y Rojitas, que seguía sin decir esta boca es mía, que se empezó a sentir remal, que de nuevo le faltaba el aire, todavía le alcanza a preguntar si es que ella alguna vez lo quiso antes de desmoronarse ahí mismo, al lado del gordo. ¡Lo que es la vida! Parece que le quiso hacer otra pregunta más, pero no le alcanzó la bencina y se fue de bruces, con los ojos casi huyendo de las cuencas. Como te dije, ahí se quedaron tirados los dos gansos, Rojitas y el gordo, dos pasmados, hasta que no vinieron los de la ambulancia, dos horas más después. Ahí estaba también la viuda negra, alegre, ahora dueña de los dos finados. Después, que por fin se llevaron los dos fiambres, dicen que el cabro del hotel despachó a los de la ambulancia, se metió en la pieza de la Elmira y se la comió bien comida porque seguía con hambre. A los meses no más, me lo encontraron tieso. Dijeron que degollado y tirado a un zanjón. Desde entonces la conocemos por La Devoradora. Y por muy buena que esté, nadie se mete con ella si después no acepta meterse con la muerte,

¿cachai? Porque nadie se mete con la pelada por puras ganas... por joder. Porque una cosa es que se muera alguien que voh conosih, y otra, que haya que hacer limpieza”.

Sí, sí. Tiene razón, caayero. Éсах, y no otrah, jueron lah palabrah der Coca-Cola anteh de pegarse el poyo y aconsejarme echar to ar orbío, aclaró El Pepsi.

“En estas circunstancias, El Coca-Cola se dirigió a la puerta para salir y no volver. Su merced andaba entonses en las mismas”, añadió el periodista que no se había perdido un detalle de la historia. Para mayor seguridad, previo consentimiento de El Pepsi, echó a caminar la grabadora. Sabía que, al contener los ingredientes que apreciaban los latinos maduritos, iba a ser del gusto del jefe. Para qué incluir en el menú al famoso guatón muerto en servicio, bien encimita de la Devoradora, decir que era un prestigioso agente de la DINA, de armas tomar y que, gracias a él, ella había ingresado al tétrico plantel.

Ya podía estar contento el diario Libertad, ni más ni menos que los lectores ganados días atrás. El Pepsi se encerró en sí mismo, pero quiso reaccionar cuando le cayó una indirecta.

“A pesar de todo, cumplimentó la totalidad de los pedidos. ¿Qué pasó después? ¿Se crusaron los caminos de nueo?” Pregunta capciosa, por las puras, vistas las informaciones en su poder. El Pepsi le echó un vistazo al de las preguntas a fin de cerciorarse.

“¡Correcto! El mismo caracho”, dijo apenas hubo reconocido al que se había presentado como reportero del Clarín lo que, pasadas unas horas, perdió el tamaño y se volvió Libertad, diario rasca, de barrio, que salía los viernes, y andaba al tres y al cuatro.

El siguiente cruce de miradas recalentó la consulta lanzada al comenzar la entrevista. Si bien le había hecho el quite, en redondo captó que, a los días de comenzar la entrevista, la intención de ese reportero no era averiguar el derrotero de El Artista, sino tenderle una celada, ver dónde se caía. El comentario, soltado de pasadita, cuando él iba por más hielo en la cocina, que dónde andaba al doctorcito que daba el visto bueno para las torturas, ferviente admirador del budismo según los esbirros, le hizo retroceder unos años luz.

“¡Otra vez no se oye, padre!” daban a entender las comisuras de ojos y labios, mientras luchaba contra el indiscreto aflujo de imágenes que se retorcían del dolor, al compás de la música de cítara que difundía el doctorcito, para elevar el espíritu decía, ayudarles en su destino, que si están aquí, por algo será. Una forma eficaz de acortar calvarios era liberarlos de informaciones de lo más nocivas. Que asimismo éstas reducían bastante la vida, de rato en rato al mínimo que se le pasaba por la mente, era algo que sabía el entrevistado, el doctorcito de mirada apoteósica, que uno tomaba por un pan de Dios si se lo encontraba en la calle, los esbirros, los sicarios, y no tenía por qué saber nadie más.

El héroe fabricado por un periódico de poca salida, está en manos de una picazón cabal. Mira sin mirar, sonríe desde la distancia conveniente, sorbe el último trago de whisky puro, donde flota una punta de hielo empapada con las luces de la bahía. El periodista comprende que se ha terminado la entrevista. Y para siempre, agrega la mirada acuosa del Pepsi, de la cual cuelgan pensamientos, respuestas muertas a mitad de camino, clamores que ya nadie se tomará la molestia de acallar o siquiera registrar.

Lo que antes se insinuaba, ahora ha quedado claro, visto que una cosa es lo que se dice, una segunda, lo oído, otra, lo escrito, una cuarta lo leído, y una pero bien distinta lo entendido. De haber convergencia en la divergencia, felicidad completa, negocio redondo.

Acomodado el material en sendos maletines, los periodistas se echaron al camino. El Pepsi se recostó un rato. No había nada que temer. En primer lugar, los peces de mayor volumen, en su caso, los mecenas, podían respirar tranquilos: si una boca no habla, un oído no oye, el periodista debe inflar las mudeces. Tanto los tejes y manejes de don Alberto, como las *sesiones espirituales* del doctorcito, permanecían ignorados.

¿Será por la calor húmeda? ¿Por las imágenes ésas?, se cuestionó al constatar que de día dejaban de existir y, de noche, danzaban a tontas y a locas impidiendo conciliar el sueño. Vueltas y más vueltas se daba en la cama sin sábanas, situada junto a la ventana con vista al mar que poseía el monono apartamento de una pieza, a todo confort según la agencia. El volumen corporal que, a como le daba la gana cubría la guayabera (a su arribo a Miami fueron hasta de seda), un perpetuum móbile dados los continuos escapes del alma.

Allá lejos desfilan los vehículos. Todo está lejos, abandonado a su suerte, como él, que le desnuda su más que generosa humanidad a esas aspas monótonas, amarillejas, que no saben más que girar a un ritmo letal. Para hacer algo recapitula su vida. Sentado, espera, evoca, pero también se da cuenta de que el deseo de hacerlo, ahora que la normalidad es única y exclusivamente una pálida añoranza, se lo ha provocado la entrevista que le hicieron esos periodistas. Sí, le revolvieron el gallinero. Forzaron a sacar a luz. Excavar y revivir lo que cabía anestesiar hasta nuevo aviso. Lejos estaba de arrepentirse, tomar

conciencia que nunca más volverían aquellos tiempos. Al igual que los exiliados, pensaba que el día de mañana iba a regresar, recuperaba su posición, volvía a los veinte años.

Se cae feo la gente cuando quiere cambiar de vida. Si de todas maneras porfía, le va a ocurrir lo mismo que al compadre Garganta de Lata. La única vez que quiso modificarla metió la pata hasta el cogote. Sin decir agua va, agua viene, paró de tomar y le compró flores a su mujer. “Pa ti, mi amorsito lindo. Te lah ofrese el hombre que te ama de corasón”, le dijo el mansas peras nada más entrar. ¡Otra beh borracho! ¡¡Ha-a-asta cuándo chucha pueh!!, se puso a chillar ella sacándolo de casa a punta de escobazos. Por eso digo, no vale la pena cambiar. Además es... absurdo.

La risa lo sacó de apuro durante unos segundos. Al rato se disipó.

¿Qué hora será?

No había reloj que contestara. Echado sobre una cama consistente en un edredón pretencioso, la sábana llena de manchas de humedad, a duras penas ocultan parte del cuerpo. A la diabla miraba la rotación cansina del ventilador empotrado a la mala sobre el cielo raso. Se preguntaba cuántos igual que él no habrán venido a parar a este lugar y se habrán consultado lo mismo que él. Las aspas no eran muy dadas a la tertulia.

¿Qué mierda hacer? ¿Levantarme? ¿Dar una vuelta? Total, qué más da. No hace frío.

El aburrimiento, que provocaba la tele, obligaba a salir para tomar aire. Antes sí, tocaba esconder las jugosas entradas de la entrevista en un sitio de fiar y llevar sólo lo justo, no fuera a pasarle lo de hace dos días: en una esquina de Little Havana lo atracaron y por poco no le llevaron sus huesos. Al no encontrar mucho dinero, le dieron doña paliza. Un poco más y acababa sus días en un hospital. Para tales efectos se hizo fabricar un compartimiento en el zapato izquierdo. En el taco, ahuecado a la mitad, escondió los billetes de esta noche. A gozar la vida se ha dicho. ¡Basta de reflexiones estúpidas!

Se levanta a pedazos. La pereza no es la explicación. A ese paso sale. Igual que ayer se dirige a la Calle Ocho en busca de bacilón, y sus pasos le conducen a Botánica El Águila Vidente, la santera que le va a decir cómo y por dónde sigue la cosa. Cuándo podrá regresar a su tierra. Lástima que el consultorio esté cerrado, por lo que toca pasar de largo a fin de estirar las piernas, fatigarse, engañar el insomnio. De la inercia que carga encima se ha puesto la guayabera de anoche, creación salpicada de dibujos estrambóticos y flores sudadas a la luz del neón. Decoraciones tropicales, asegura el chinito que se la ha vendido. Un sombrero Jipijapa, o *Panama hut* como lo llaman aquí, completa la tenida. ¿De dónde habrán sacado un nombre de esa laya?, quiere saber, visto que al tirarse unas horas en Panamá, ha visto a gente de sombrero tapando el mate, aunque ninguno como el suyo.

Retorno lento y trabajoso a Miami Beach. Quería oír el mar, dejarse acariciar por la brisa. Por una calle elegida al azar se fue canturreando un son de Tito Puente. Divisó a muchos como él, seres alegres yendo a un sitio sin ir a ninguno. ¡Bamoh papaíto! No te me apichines, aconsejó una mulata conforme le sacaba chispas a unas caderas anchas y bien conformadas, de izquierda a derecha. En los altos de un hotel *destrellado* estaba su puesto

de trabajo. El Pepsi sacó la sonrisa de gato famélico nocturno, agradecido de que alguien se ocupara de su persona. A sangre de pato devolvió el saludo. Prosiguió el camino.

Una iglesia invisible dio las tres de la mañana. Descontando la suave, aunque cálida brisa, que no se decidía sino a calentar el cuerpo, ambiente de lo más tranquilo. En una esquina poco iluminada le salió al camino una rubia auténtica que lucía una blusa de lo más ceñida y, aunque parecía dirigir la vista a dimensiones inalcanzables, le arrebató el sombrero en un ademán de intimidad pretenciosa. Puesto un tanto desviado, de izquierda a derecha le agitó el culo, ofreció la tibieza y el sudor de sus pechos. Pretendió detenerse a fin de mirarla bien, pero en el corazón del Pepsi se entremetieron las recordaciones.

“Los pocos que pueden hablar no podrán hacerlo. Mudas están las lenguas, y para siempre, aunque nunca se sabe por cuánto tiempo. Quienes se metieron en camisas de once varas acabaron secos. Las demás que hablen si les da la gana, total, nadie va a prestarle mucha atención. ¿Quién tenía la culpa de ser él así? ¿Su padre?, ¡No! Bueno... sí. Tal vez su padre, visto que no se cansaba de menoscabarle cuando niño. Tres años pasaron juntos. Se fue de viaje a Australia; ya vuelve, decían por ahí. ¿Los amigotes de su mamá? Le daban tales zurras que no podía ni sentarse. ¿Sus hermanastros? ¿La santurrona de su madre? Ella le ataba las manos a la espalda. Para que no te envicies, hijo, se disculpaba, cada paja que te mandas son diez veces con una mujer; la procesión es larga, hijo, y tú tienes una vela... así que ¡piénsatela! Ante la inutilidad de sus consejos, echaba piedra alumbre en sus porotos. De día se santiguaba, de noche, cambiaba de lacho. Para ponerte a salvo de pensamientos impíos, y crezcas sano y puro, sermoneaba mientras no llegaba el de turno,

le echaba llave a la puerta y, sin interesarle en lo más mínimo si tenía oídos, de rodillas pedía ser pero bien limada, que para eso estaba la confesión al día siguiente.

¿A quién culpar? Fueron tantos los polvos vividos a flor de piel, apenas separados por un tabique raquíptico, que nada más cumplir trece quise tirarme a una lolita que venía a lavar ropa, casi siempre a pote pelado. Para qué negarlo. Me tenía recaliente. A la primera oportunidad me le tiré encima y... no podía; simplemente no podía. ¡No se me paraba! Sí señor, eso era, lisa y llanamente... no se me paraba. Ahí seguía ella, la ansiedad pintada en los ojos, se dejaba admirar los muslos, pedía que comprobara con mis propias manos cuán torneados estaban. Mi falta de reacción la hizo retomar la ocupación, pero adrede asomaba los pechos, me hacía ver que los tenía erguidos, que ella sí estaba picada de la araña, la entrepierna henchida de fiebres por definir entre pelitos crespos, bien negros, al aire. Cada gesto me recriminaba, llamaba a la razón. ¡Qué esperas, pues, aturdido! ¡Vente ya! ¿No querías meterte conmigo? ¡Aquí estoy! O... ¿se te hace?

Gemía de placer, de un placer interrumpido y hasta ahora sin venir. Intenté una vez más.

Pero... nada. ¿Cuánto no lo intenté? No podía. Cuanto más me la agarraba, la manoseaba y me la refregaba entre las manos, como si estuviera masajeándomela, menos surtía efecto.

¡Sale p'ayá, hueeta, pobre y triste don Juan!, me lanzó esa mirada entre curiosa y entretenida. ¡De aónde saliste pichula triste y dormida! Empapados de afligida conmiseración, me lo expresaban sus ojos al alejarse, coger el atado de ropa lavada y mis esperanzas mustias. Me calenté conmigo por ser tan vaca, con mi mamá por sus malditos pregones y pseudoconsejos, y con la miseria abyecta en la que vivíamos. Un día de éstos

vino a lavar la última vez. Sabía que la semana entrante iba a casarse y se largaba a la capital a vivir con el futuro. La cogí del pelo, la golpeé y, de un tirón, la tumbé sobre la ropa lavada. Ella se desternillaba de la risa. Me entró la bronca y la abofeteé. Le di duro. Más se reía ahora. Quiso zafarse; forcejamos un poco, se abrió bien de piernas, las alzó un tantito. De repente lo vi entrar hasta las cachas, vi el escroto arrugado, la vulva golosa que me la comía, me la acariciaba hasta con ternura. Mucha cancha demostró tener al apretármelo, dejarlo entrar, salir, al tiempo que oscilaba las caderas, avanzaba y retrocedía la pelvis. Inútil parar los puñetazos, y ella aferrada a mí como lapa. No quería irse. De un apretón cerró sus muslos y así nos quedamos un buen rato hasta que no quisimos más. Ella me enseñó a querer de esa manera, de la única que pude querer. No la vi nunca más”.

De forma complaciente, la segunda mirada a la rubia. La última por así decirlo. La imagen de otra se le vino a la memoria, una que tampoco volvió a ver nunca más. De modo maquinal se acarició un pene flácido, pasmado, durmiente. Solicitando la devolución del sombrero prosiguió el camino sin voltear la vista. A eso de las cuatro de la mañana, frente a un bar de un cubano que llamaban Comandante, donde todo el santo día estaba prendida la discorola, la gente entraba y salía a vuela pluma, decidió hacer un alto. Se detuvo ahí porque le había parecido oír a Celia Cruz. La tibieza invitaba a escucharla al aire libre.

Levantar los ojos, querer medir los rascacielos de luces amarillentas rociadas de tonalidades intermitentes, e intentar contarlas, fue todo uno. No pudo llevar a cabo su cometido porque de repente como que comenzó a faltarle el aire. Se llevó las manos al cuello. Para su estupefacción descubrió dos más, enguantadas, nudosas, secas, huesudas, no fofas ni acuosas como las suyas. Las falanges, semejantes al acero, salidas quién sabe

de dónde, paso a paso le privaban del aire húmedo y dulzón de Miami, a todas luces insalubre y poco recomendable para asmáticos que padecían de ahogos al corazón y despistes de memoria. Pero no puede pedirse mucho cuando toca apretar cueva, si no...

Frente a sus ojos, produciendo la sensación de flotar en un aire enrarecido por tanta y diversa luminosidad, aquel curioso desfile de imágenes polícromas. Comprobó que le tendían la mano, invitaban a participar. Entonces se acordó del cura Gervasio, el párroco de la niñez, de lo que le había dicho de los ángeles que, cuando menos lo supusiera, los iba a ver. Si ellos le tendían la mano, entonces para invitarle a subir. Feliz de haber recuperado la dicha, se preparó a la entrega absoluta. Si los ves, ellos te han visto que rato, explicaba el padre Gervasio, cura bonachón que, cuando repasaba los mandamientos y aconsejaba no desear la mujer de tu prójimo solía añadir, a menos que esté pero muy buena...

Al igual que sus demás compadres, se sentía fuerte, invencible, en lo cierto. Eso sí que, cuando se cabreó por la falta de aire, de tenazas que estrangulan de a poco, y se movió a viva fuerza, sin saber cómo ni por qué, quiso despedirse de las cosas queridas y no tan queridas, alejarse, olvidarse de todo. Pese a constatar la paulatina minoración de la asfixia. La utilización de sus músculos del modo habitual. Impracticable ahora. No percibió nada más. Las figuras, a lo mejor surgidas del fondo de la tierra o de los mares, se movían a la loquesca, oscilaban al compás de la salsa. Cada vez que pasaban a su lado tenían la gentileza de tender los brazos. Al mirar atrás divisó un cuerpo casi devorado por la celulitis y el vientre abultado de un cincuentón que calzaba un sombrero Jipijapa de color blanco. Algo echado hacia adelante tenía el aspecto de un borracho que se quedó dormido. A ambos lados, envases vacíos y estrías sanguinolentas encima. Aunque el cuerpo de ese

hombrecillo, a primera vista sumido en la ensoñación, resultaba vagamente familiar, satisfecho apresuró sus pasos a fin de alejarse de él a mata caballo. Muchas de las figuras danzantes no causaron sorpresa. Algunas le observaban con inexplicable conmiseración.

¿Por qué? No hay preguntas luego del postrer suspiro. La comparsa de vestimentas angelicales empezó a ascender hasta más no poder y él supuso que ése era el camino asignado, aunque jamás encontrado. Decidida la unión, la imagen se esfumó.

Iré a donde me lleven los ángeles, quiso pensar, regresar a la infancia, y se tranquilizó, sin siquiera imaginarse que éstos no eran los ángeles del padre Gervasio, y portaban máscaras. Fuera de eso, no ascendían, daban vueltas, y más vueltas, subían, bajaban a lo largo de una espiral carente de principio, privada de final, jamás avanzando un milímetro porque así quería la voluntad del momento; pero a él, ya no le interesaba. Ido a donde nunca quiso ir, se preparó a observar la ciudad que nunca duerme, mientras el director del diario Libertad ponía en marcha el culebrón. El Inmortal, se llamaba y se publicaba quincenalmente. De obtener buenos resultados, pensaba rodar una película de muchos, muchos capítulos.

Cap. III

El *pinochetazo* puso fin a una larga tradición de tolerancia y democracia, casi únicas en Latinoamérica, cuyos derechos se remontaban a la Constitución de 1833, comprendía a los civiles y a algunos sectores de las Fuerzas Armadas. En los últimos, en particular entre los suboficiales y los soldados rasos, de tarde en tarde en la misma oficialidad, había fervientes partidarios de la democracia y del socialismo. A quién puede sorprender entonces que el partido Socialista, fundado en 1912, haya sido obra de Marmaduke Grove, coronel de la Fuerza Aérea, si bien la activa participación en la política no se iba a manifestar sino años después. Veinte para ser exactos.

El 4 de junio de 1932 tuvo lugar un pronunciamiento a cargo de civiles y militares descontentos de los avatares políticos. Más que grupo definido, mezcla de generales, políticos de oficio, estudiantes y comunistas, en que participaban Carlos Dávila, Eugenio Matte Hurtado, abogado y representante de la masonería, además del coronel Marmaduke Grove desde luego. Sobre todo a iniciativa de Grove, se convocó la República Socialista de Chile. Cundía el pánico entre capitalistas, industriales y comerciantes. Por las puras: así como había comenzado se acabó a los doce días. Habrían de pasar seis años a fin de evidenciarse un desplazamiento hacia la izquierda y desembocar, en 1938, en el famoso Frente Popular (FRAP) que mantuvo veinte años en el poder a los socialdemócratas, y treinta y dos más para convertirse en el mosaico de la UP (Unidad Popular).

Durante el Gobierno de la UP surge un movimiento cultural, secundado en parte por algunos sectores de la clase media a efectos de mejorar la situación del país sacando de la miseria cabal a los pobres al ofrecerles veraces oportunidades de avanzar en la vida. Es la democracia de abajo, que aún corresponde definir, de medio a medio opuesta a la formal, de tintes más bien clasistas, pegada en la definición y basa su legitimidad en el hecho de haber triunfado en las urnas y encontrar segura representación en el parlamento.

Esta democracia, de estricto corte popular, que aspiraba a extenderse al país completo, historia pero bien distinta. Si bien se sabía enclenque, e ignoraba cuántos enemigos le salían al encuentro, por motivos arduos de penetrar, que muchos calificaban de simpleza, falta de cancha, cuando no ignorancia de los tejes y manejes humanos, en el respeto a las normas sociales y políticas depositaba la confianza, la razón de contemplar la integridad personal, aparte del bien común, en calidad de tabú.

Que nada le salga bien, absolutamente nada debe conseguir ese Gobierno de Allende. De esa forma rezaba la orden recibida por Korry, embajador de los EE UU en Santiago. No veo las razones como para tolerar que un país abrace el comunismo sólo basándose en la irresponsabilidad de sus habitantes. Escueta, y yéndose al grano, también la exposición de los hechos que había presentado un tal Henry Kissinger a Richard Nixon en junio de 1970.

Semejante argumentación ni con mucho se ajustaba al comentario formulado en 1969: No me interesa, ni sé nada del sur del mundo, desde los primeros hasta la últimos. Tampoco es correcto afirmar que Kissinger no tuviera la menor noticia de la reunión convocada a fines de 1969 a la cual asistieron tres generales del Pentágono y cuatro jefes militares chilenos.

A la pregunta de uno de los generales del Pentágono sobre qué iba a hacer la oficialidad si Allende ganaba las elecciones, el general Toro Mazote replicó al final de la cena: nos tomaremos el palacio de la Moneda en media hora, aunque tengamos que incendiarlo.

En los oídos de quienes cultivaron la esperanza de una vida mejor todavía resuenan los vítores de entonces. ¡El pueblo u-n-i-d-o, j-a-m-á-s s-e-r-á v-e-n-c-i-d-o! ¡Jamás será vencido! Eco salvaje, engrandecido, que se zafa de las ataduras impuestas por quienes monopolizan y desean continuar escribiendo a su pinta la historia del país. Retumban. Llenan de satisfacción a las almas en pena. Las millones de gargantas unidas proclamando el triunfo de su candidato. Estamos a fines de septiembre de 1970. Se vive lo inolvidable. El Chicho Allende ha salido elegido. La injusticia de siglos está tocando a su fin y el atraso de las masas pronto será una página del ayer. Hay que sentar las bases consagradas a propulsar una renovación social, política, económica y cultural en la sociedad.

Ya era hora, reverberaba en las calles, en los mares, en los campos. El Chicho Allende es el nuevo presidente, repetían como quien se resistía a admitir el ingreso del milagro. Había llegado el turno del pueblo. Quien más y quien menos suponía tiempos mejores. Atmósfera electrificada... también en el electorado de la derecha y ultraderecha. Los milicos y los gringos, ya tenían elaborado el menú a ofrecer en la última cena.

Lo que a los estadounidenses, tanto o más que a los de la derecha conjunta, debía resultar inaceptable a todo trance, algo por definición inherente a su existencia, era que el régimen de Allende estaba lejos de ambicionar una dictadura del Proletariado al estilo de los regímenes comunistas establecidos, y que el auténtico peligro residía en utilizar la vía

democrática para establecerse en definitiva. Pésimo ejemplo, visto que encima de birlarles en sus mismas narices un derecho autodefinido como exclusivo, la idea se difundía como reguero de pólvora a lo largo y lo ancho de Latinoamérica. Y ¿de qué vivían entonces los pobres gringos y sus protegidos? Ni locos para quedarse de brazos cruzados.

La inexperiencia en juegos sucios utilizando palabras para ocultar lo que se piensa decir. El candor medio infantil respecto de las auténticas intenciones del capitalismo ideológico y pragmático. Les llevaba a creer en virtudes... chuecas, tanto o más que en el respeto a las reglas de juego. En lo que toca a los comunistas, se figuraban que, de aquí a poco, llevaban las riendas del país conquistadas sus instituciones. Se soñaba con un mundo nuevo, mejor, y pocos se escapaban a estos delirios. El presidente electo, al otro mundo se llevaría la ilusión que en su Chile la política era una gestión caballerosa, ejercida en libertad, y desistía voluntariamente de la fuerza bruta y la violencia pura como medios de afianzarse en el poder. Los capitalistas estadounidenses y nacionales empiezan a sobarse las manos.

Las *Covert Actions*, en la cual 26 agentes especiales de la CIA despliegan sus artes *persuasivas* en los medios capitalinos durante seis semanas entre septiembre y octubre de 1970, aparte de invadir la prensa sus 700 artículos, incluyen actos de terrorismo y atentados diversos como auténtica forma de derrocar el Gobierno. Que esto sea una iniciativa bélica, una guerra psicológica, bueno, mala suerte, lo de menos.

La CIA trazó sus planes. De la ejecución encargó a dos agentes. Las acciones de Theodore Shackley, alias el Carnicero, y Thomas Clines, desembocaron en el alevoso crimen del general René Schneider, jefe de las Fuerzas Armadas visto que la lealtad hacia la

Constitución era preferible a la traición barata. Tampoco lograron dar vuelta al general Carlos Prats, el segundo en el escalafón, a que les asistiera en estos cometidos. A la CIA no le quedó más remedio que intentar la colaboración del tercero en la jerarquía, el general Augusto Pinochet Ugarte, un anticomunista acérrimo.

En su foja de servicio se describía la ferocidad exhibida el 2 de abril de 1957 al reprimir un tumulto civil en un centro comercial de Santiago causando un número de bajas que los nadie en los medios oficiales, así como los encargados de investigar se tomó la molestia de evaluar. De manera semejante, a mediados de 1940, de forma amplia manifestó la bronca al recluir a los comunistas en un campo de concentración. De paso, breve mención a la saña y el celo, ambos evidenciados en las minas de El Teniente cuando la huelga. A la sazón ignoraba el papel que años después iba a desempeñar en la historia negra del país.

Cómo nos alegramos, decía un Leoncio anclado en el recuerdo inmortal, evocados los compañeros de aventura. No eran muchos, pero buenos, de fiar. Sobre todo el Artista, Carlos Rosas, estudiante de la Escuela de Bellas Artes. Si alguna vez demostró intereses políticos, en ese caso por la Democracia Cristiana. A su manera de verlo, liberales. En suma, justo lo que andaba buscando y tanto escaseaba en las mentes de muchos. Pero estos entusiasmos se desvanecían a idéntica ligereza a que surgían. Otro cantar, las últimas elecciones. Se le hizo imposible abstraerse a la efervescencia popular, a las ganas de romper viejas cadenas, ansias de emancipación que databan de siglos. Cada testigo respiraba la novedad. ¿Cómo permanecer impasible ante un sueño a punto de realizarse? En opinión de quienes jamás habían conocido malos tiempos, una utopía adicional.

Sutil y ponzoñoso un delirio de esta categoría. Ducho en envolver a sus presas en una tela invisible e intangible a la cual se adhieren perlas multicolores, cuya virtud principal, obvio, hacerse humo cuando la cosa se pone fea. El comentario de intelectuales derechistas, de momento inofensivo, ni a tiros alcanzaba el espíritu de las masas. Entre el renacimiento de la utopía y la continuación de la desesperanza, para una gran mayoría no había dónde perderse. En favor de la esperanza se inclina la vida, no la argumentación de los derrotistas que el mundo siempre ha sido de esta forma. Así funciona de perlas dicen los de arriba.

Abiertos los corazones, por lo general desamparados, en el aire viajaban las promesas. Antes pechos vacíos, hoy, llenándose de sueños, que la amenaza de retornar ahora mismo las agujas del reloj a la hora que debía existir, observaba a distancia prudente.

Brusco cambio para el mundo del Artista, por lo general dedicado a la música, la pintura, a la prosa y la poesía. Las circunstancias del momento exigían participación resuelta. En lugar de concentrarse en miniaturas, sus dedos dieron vida a murales, pancartas, a la concepción de folletos mostrando nuevos mundos, donde nunca faltaba la nota humorística a fin de granjearse la amistad del pueblo. Era salir un proyecto y él pintarlo. Siempre se abstuvo de hacer comentarios, formular preguntas más haciendo añicos esos cristales y sueños íntimos que encauzando las ideas. Compuso canciones, escribió piezas musicales de trasfondo político-social según las exigencias del momento. Como una cosa es crear por amor al arte, otra ser el arte la puerta a una política renovada, se vio en la necesidad de comprimir la fantasía, al punto de sustituirla por escuálidas y parcas líneas de redactor comprometido. Las diosas del Destino recomendaban describir y transcribir situaciones abyectas y difundir las ejemplares. Colaboración periodística equivalía a aclarar el

panorama al pueblo y dar buen ejemplo. Al argumento pero yo nunca he sido ni seré periodista ni nada que se le parezca, hombre, se le respondía mediante golpecitos en la espalda, arengas melodramáticas o muecas sentimentales que dejan indefenso.

Él, el Leoncio, el Chico Passo, Juana la Periodista, uña y carne al presente. ¡Qué no hizo por ellos! ¡Qué no hicieron por él! Había llegado la hora de darlo todo sin pedir nada a cambio, de compartir los amores, detestar de corazón a los enemigos. Iba en la misma nave. Él era... ellos, ellos... él. Por una vez en la vida se unía a su gente. Hasta el cogote metido en esa solidaridad, en carne propia vivió qué significaba amar. Esa corriente de intensa afectividad, que vuelve innecesaria la argumentación discursiva, la transforma en peros-sin-ton-ni-son para expresarlo a la manera popular, de él hizo un hombre nuevo.

Ya se tratara de cartas difíciles. Ya del montaje de una pieza de teatro al alcance del pueblo. Ya de interponer una demanda a favor de éste o contra aquél pidiendo libertad inmediata, o la condena perpetua. Ahí estaba él. Incluso llegó hasta el extremo de creer que contribuía a un mundo mejor el día que le propusieron participar en ciertas actividades, en las cuales no se requerían habilidades artísticas. Aceptó. No iba a ser justo él el aguafiestas de una celebración a medio camino de la culminación.

En un comienzo se quedó pensando en el veraz alcance de estas actividades. Sus amigos se las habían descrito entre dientes, de paso, como quien no quiere que se entienda bien por la simple razón de que no saber qué hacer con una respuesta negativa. Es que van a haber tremendas peleas, repuso Leoncio y el Chico, y los *fachos*, como ya saben que los milicos no pueden salirse de la Constitución, nos van a mariconear y poner puros problemas. No te

preocupes, se apresuró a tranquilizarlo la Periodista agarrando a Leoncio del talle. Si hay líos, para eso estamos, agregó Leoncio dando por cerrado el asunto.

Conforme el gobierno desplegaba sus actividades, introducía reformas, creaba programas para rescatar las masas de la perniciosa y secular falta de oportunidades, y reconducía los destinos de un país situado en el culo del mundo en opinión de algunos, gracias a un asesoramiento técnico y logístico adecuado, la derecha y la ultraderecha se ocupaba de finiquitar los últimos *detalles*. Después de verse en la obligación de tragarse el resultado de las elecciones de marzo de 1973, en las que la UP obtiene el 44% de los votos, las fuerzas conjuntas de la derecha consideraron que había llegado el momento de actuar.

Todavía no se imagina el pueblo que, la tan hadada lealtad a la Constitución de las Fuerzas Armadas, era algo que se asegura en momentos de absoluta rigidez social, de suerte que la especulación, un asunto para pasar el rato. Si me toca el gordo, te paso un millón, garantiza a quien nunca le tocó un centavo, tantas veces el mismo que, por no creer en la suerte, ni compra el cupón. Si en el pasado demostraron que ellos no se inmiscuían en los asuntos del Gobierno, bueno, cuando nadie pretendió introducir cambios radicales en la sociedad.

Esta victoria, tan inesperada como decisiva, alertó a una Democracia Cristiana nacida en 1935 de la fracción más radical del partido Conservador con el nombre inicial de La Falange, reforma conservadora que después pasaba a llamarse Falange Nacional, nombre mantenido 1953 en el momento de unirse a otro sector del partido Conservador, el partido Conservador Social Cristiano, para adquirir, en 1957, la actual fisonomía de la Democracia Cristiana.

A estos vástagos de cara distinta y corazón prestado, los viejos temores del partido Conservador indicaron moverse, evidenciaron que el liberalismo de Eduardo Frei había pasado a la historia, y el proceso democrático en curso, de ninguna manera podía ser detenido a través de la vía legal.

Para los intereses de los EE UU, una triunfo de este alcance significó derrota total.

Además, la esperanza de una pacífica reconducción política del país hacia el buen camino, algo así como creer en el viejo pascuero. En cuestión de días, la influencia del fiel amigo gringo dejaba de existir. Tocaba hacer algo y a la brevedad posible. Por ejemplo, que las actividades, por muy sombrías que se vieran, iban dirigidas a defender la integridad económica de las 3.000 empresas que actuaban en el país. No era verdad, pero, encima de ser un argumento que podía venderse sin problemas, tampoco era mentira.

Sin bloqueos ni sabotajes continuos, como lo sería el Paro Patronal, sembrar el terror y cosechar el caos, ni más ni menos que despedirse de Chile. La estrategia, el camino a seguir, excelente posibilidad de acción concreta y directa, por descontado debía ser el Golpe que ya golpeaba a las puertas de quienes menos lo necesitaban. El ¡no pasarán! ¡No pasarán!, a grito pelado proferido en las calles de las grandes ciudades, el mal menor.

Carlos conocía al dedillo las intenciones de los acomodados. Las actividades del Pepsi y del Coca-Cola como que recién salían a flote. Algo se sabía de la Devoradora, del feroz don Braulio; los demás esbirros, al servicio de los milicos, al acecho del momento oportuno. Más tarde experimentaba en carne propia lo que significa cultivar ideales nada afines a la meta de las Fuerzas Armadas. De momento reinaba la calma. Todavía se hacía

esperar el Golpe, el pueblo se resistía a imaginarse tamaña deslealtad. Las expropiaciones por parte de los desposeídos, unidas al sabotaje conjunto de la burguesía, minaban la economía. El Paro Nacional, tiempo después Operación Camelot, indiscutible modelo yanqui de vida, introducían un brusco y sanguinario cambio de Gobierno.

Al tanto de que los peces medio gordos y escuálidos, los únicos en ensuciarse las manos, dejaban huellas sin saltar mucho a la vista, los de mayor gordura estaban a salvo. La sistemática compra de testigos, y la preparación de lo que declaraban en el caso hipotético que alguien se lo preguntara, preservaban la impavidez social, asunto que muchos llamaban conducta intachable. A la sombra de los dueños del país, de sus guardianes, jamás se corrían riesgos innecesarios. Una o (según la importancia del pez) varias cuentas jugosas en un banco estadounidense, las Islas Caimán, luxemburgués o suizo, documentación falsa, una casa en Las Canarias o Miami, al mínimo reducían los riesgos.

El 11 de septiembre entre las 2.06 y 2.07 de la tarde, la tropa de asalto de la Escuela de Infantería de San Bernardo se lanzó al segundo piso del palacio de la Moneda a la orden del capitán Roberto Garrido y pasó por las armas a los moradores. Comunicado del general Palacios al general Pinochet: Misión cumplida. Nos hemos tomado la Moneda. El presidente está muerto. Era la hora del ... Elegido por gracia de Dios... , del capaz de sacar al país de la irracionalidad del comunismo, del desorden actual y reconducirlo a una democracia no sólo capaz de incrementar la pobreza, sino también de reconfirmarla.

La forma de conseguirlo, para nada original dicho sea de paso, se vuelve método que se aplica al pie de la letra, de acuerdo al axioma de que se elimina la pobreza eliminando a los

pobres. De ahí, a cargarse a unos veinte mil, nombres que ya figuran en las nóminas confeccionadas por la derecha durante el Gobierno de la UP, ni hay un suspiro.

La deportación, que vino a continuación, afectó a más de un millón, medio millón fue detenido y al menos 1.500 fueron a parar a uno de los numerosos campos de detención y concentración. De la noche a la mañana las cárceles públicas pasaron a llamarse Centros de Detención Preventiva y, la dictadura, libertad y auténtica democracia.

Miedo y desconfianza inundaban el ámbito nacional. A días del Golpe se constituían en instrumento favorito del dictador. La creación de la DINA, la subsecuente trastocación en CNI, se escaparon del reducto de la mente. Le sacó el provecho que pudo. Persistía el recelo, el aire olía a traición, hablar de noticias idéntico a desinformación constante.

En marzo de 1975 Pinochet ordena la limpieza del general Oscar Bradanovic Bonilla, la cosa es reprimir el menor conato de rebeldía entre los militares que pueda degenerar en nuevo Golpe. A ese tenor se deshace de quienes se han opuesto al derrocamiento de Allende y preferido el exilio a la páfida colaboración. El 30 de septiembre de 1974, tanto el general Prats, exiliado como su esposa, perecen a consecuencia del estallido de una bomba colocada en el coche. El atentado contra Leighton y su esposa en Roma, bien así como el asesinato de Orlando Letelier, embajador de Chile en los EE UU, y el de su fiel colaboradora Ronny Moffitt en Washington, para citar los más espectaculares, demuestran una vez más de qué modo opera esta dictadura. El de la CIA, pues archiconocido.

Larga la lista de los caídos y no se detenía en ningún lugar. La epidemia hacía de las suyas. Vuelta a la razón se autotitulaba la tortura sistemática. La psicología, un recurso más. El pánico a siquiera transparentar opiniones *indignas* del nuevo régimen, tan obvias como peligrosas, cundía entre quienes apenas osaban insinuar algo que sólo años antes habían discutido en absoluta libertad. Ni hablar de críticas. La historia del Dr. Ramiro Olivares, de su detención el 12 de diciembre de 1986 por el vicio de ayudar a menesterosos, les alertó aun más. Amilantar al grueso de la población, el objeto que perseguía semejante escarmiento, cuando no paralizarlo. La polarización definitiva en la sociedad chilena, en que un sector sufría todo el peso de la dictadura y sus consecuencias, el otro, hacía la vista gorda a desmanes e injusticias estatales, el precio que se cobraba un terror bruto que pretendía ejemplarizar. El Representante de Dios en Chile ya podía estar tranquilo.

Violenta frenada del proceso de democratización popular. Es por el bien de todos los chilenos, anunciaron y llenaron de insurrectos el estadio nacional. A cada paso, muertes *accidentales*, personas haciéndose humo o... invisibles. A todo esto, las clases pudientes, restablecidas en el sitio habitual, de nuevo a sus anchas viviendo a pedir de boca.

¡Bah! ¡Tanta alharaca! Vulgares accidentes. Desgraciados a más no dar. Mala fortuna pues. Fruto de un destino a todas luces incomprensible. En fin, cosas que pasan en la vida... y no únicamente aquí. Clásicos aquellos comentarios de la derecha cada vez que aparecían los despojos en una de las tantas calles con historia previa o en vías de escribirse. Chile podía estar orgulloso de tener momias, así fueran sobre todo del siglo XX, y no se descubrieran en pirámides suntuosas, sino en minas solitarias. A buen recaudo mantenidas porque años después salieron a luz.

La mayor parte nunca más volverá a abrir la boca; se fueron para no volver, expuso una vez el Chico y el Carlos se quedó pensando sobre lo que acababa de confiarle. Se fueron... nos dejaron a solas. Don Alberto hace de coordinador. Sabe que no lo pillarán nunca. Pase lo que pase, será respetable... de mucho temer. En esta frase remató la confesión; luego no dijo nada más. Eso lo impactó. Caviló bastante sobre don Alberto, pero no dio en el clavo.

Poco menos que se caía de maduro decir que la meta del terror didáctico no era matar de un viaje, sino, aplicado de modo científico y sistemático, ablandaba los estratos más débiles de la sociedad hasta disgregarlos del todo y motivarlos a buscar amparo en los brazos de la represión. Ha de dosificarse con tiento de manera que se obtenga el mayor efecto represivo desplegando un mínimo de costes y energía.

Tortura vuelta ciencia, o la ciencia de la tortura. Se trataba de prolongar la muerte tanto como fuera dable en tanto se evitaban los signos de violencia que pudieran reclamar la atención de medios internacionales. Por nada en el mundo debía mostrarse la hilacha, de suerte que el martirio físico practicado en las víctimas, se convertía en vulgar embuste. Puesto que los destrozos en el alma pasan desapercibidos a prima y segunda faz, se terminó creyendo en la exageración de las presuntas víctimas, que perseguían el descrédito de la dictadura como único fin.

La purga de elementos nocivos a la nueva sociedad, el pan de cada día. En noviembre de 1986 el almirante Hernán Rivera Calderón, a instancias del dictador ordena la quema de libros perniciosos. Entre los incinerados se hallan obras de Miguel Littín, cineasta chileno en el exilio que disfrazado entra a Chile y a escondidas rueda un documental. La quema

sistemática no se detiene aquí. Ya a comienzos del Golpe se ha prohibido a Gabriel García Márquez, Vargas Llosa y a los escritores modernos; una sarta de libertinos en opinión de la Junta. Asimismo se condena y castiga la lectura del Quijote. Ni siquiera este clásico de la lengua castellana puede escaparse a las llamas.

Si entonces hubo ideales, por supuesto militares, casta de reconocida superioridad, cuna de una democracia con sabor a cuartel. Pensamientos liberales prohibidos. Quienes tuvieran la frescura de reclamar justicia lato sensu, cultivar ideales de corte universal, de frente rebeldes, locura rayando en heroísmo, motivos suficientes como para declararlos ponzoñosos y convertirlos en enemigo número uno del nuevo Estado. Desde el inicio se torturó a quienes los propagaban o cultivaban. La liberación de gérmenes letales... a la democracia, la meta de estos suplicios. La muerte dejó de ser tragedia personal y se convirtió en indiscutible método de limpieza. Vista la situación, Carlos no puso la menor objeción en cooperarle a Juan Pablo Cárdenas en la redacción y distribución de Análisis.

En un Chile disociado de hecho, en que se vivía en estado de incomunicación persistente, total, el periodismo era la carta decisiva. Los de arriba no tenían la menor noticia de los abajo salvo el día que la tele mostraba a un terrorista. Mortificado a más y mejor para hacerle cantar, arrancarle la identidad, todavía bajo los efectos de golpes físicos y psíquicos, se lo presentaba a los ojos de los televidentes que se deleitaban de tamaños espectáculos. ¿Es verdad que se tortura en Chile?, intentaban averiguar los periodistas de la televisión extranjera. Eso... ¡de ninguna manera! Seremos cualquier cosa, menos bárbaros. Graciosa y melodramática la respuesta a las perfumadas damas del barrio Providencia. Y vaya si no tenían razón. En Providencia no, que en el otro Chile, en ése sucio y repleto de

marginados, delincuentes, terroristas, ateos y gentes de malvivir, culpables de su propia pobreza, país hecho de cuartos secretos y galerías sombrías, en ése sí, en ése ahí había que hacerlo a fin no corromperse y degenerarse como el extranjero.

La disociación social, el método infalible. Esto es, el preferido y socorrido a fin de impedir, sin escatimar medios, el menor asomo de solidaridad. Mediante este juego de ir descolocando a quienes todavía pretendían seguirle el hilo a los acontecimientos, la dictadura se afianzó en el poder y usó las informaciones como arma de doble filo. En esto, nadie como la DINA. Creada a instancias de uno de los hombres de confianza del dictador, funcionaba de perlas. Del modo que Pinochet dispuso su creación, ante el asombro de la nación ordenó... su liquidación. Por ahora se guardó para sí la juguetona modificación de nombre. Entre las actividades diarias, bien sostenía un diálogo en la tele con un mirista en tanto sus perros de presa martirizaban a un compañero, bien se lo cargaban como si nada.

En ese Chile Carlos no podía continuar. Ése no era su Chile. Fuera de haberse vuelto peligroso, su presencia era sospechosa y en cualquier momento encontraban su cuerpo mutilado en una calle idéntica a miles. No podía arriesgar que le cogieran de nuevo como esa vez cuando iba por MacIver y vio venir al Zapatero, meses antes el encargado de coordinar las acciones de panfletos que él, sí, él, pues, suponía a salvo en algún punto del planeta. Les salió tan bien el paseíto a los de la DINA que, oliendo la sorpresa al ver agrandarse las pupilas del Zapatero, adrede se hicieron a un lado, le dejaron seguir solo, hasta cruzarse alevosamente los senderos. Mutua la sorpresa; fatal sólo la suya. Ahí mismo pidieron documentación, comunicaron la detención a los verdugos de Marcelo Moren, y esposado se lo llevaron a una casa de jardín florido, pintada de blanco y celeste.

Se detuvo a pensar en quienes se habían marchado. Hay que siempre tirar para delante. El pasado está pisado. Del tío Ramiro, emigrado a los EE UU meses después de salir elegido Allende y la cosa empezó a ponerse color de hormiga, provenía la recomendación. Nada está hecho para toda una vida. Existen momentos de todo tipo, cuales piezas incongruentes, que al final, si se quiere, de ésta o aquella forma como que encajan. De esa manera modelan lo que llamamos vida. Son buenos o malos en la medida que aportan dicha o infortunio. No olvides jamás que las cosas tienen el valor del presente. En alguna ocasión son útiles o perjudiciales. Jamás nunca son buenas o malas en sí.

Tales reflexiones surgían cuando le daba por filosofar, de forma particular al partir. Así y todo, querido sobrino, más vale creer en algo o en alguien, aunque sea una mentira suplementaria. Así tienes con quien discutir, a quien echarle la culpa el día que todo te salga mal. Y de eso puedes estar seguro. La moral no existe. Cuidate de los engaños y de los engañositos. No te olvides nunca: la moral no existe.

Dicho esto se alejó por el pasillo e ingresó en el avión. Se embarcaba a Miami. El sobrino se quedó mirando el avión y se preguntó las razones del tío como para mandar todo al carajo. Tocante a estas frases, que zumbaron y retumbaron en algún compartimiento de la conciencia, a su modo de verlo, inadmisibles.

Una vez más concentró la mirada en la silueta menguante del avión a mundos distantes. Medio entristecido se preguntó que buscaba el tío en esos mundos. Justo en el país que se tomaba la libertad de dictar las formas de vida de su gente y de quienes ni siquiera lo pedían. De un resquicio a medio sellar, resurgió una vertiente de odio. A frías resucitó el

pasado reciente. Plan más claro que el agua. La trampa que le tendieron a la gente cobró nitidez. De entrada, la celada, la violencia sanguinaria, el segundo plato, de postre, los asesinatos a mansalva. Hicieran lo que hicieran no tenían para qué justificar sus actos.

¡Entiendes ahora por qué no pusiste ningún reparo en conseguirle todo el veneno que te solicitó el Chico cuando contó qué le hicieron los milicos!, hizo ver una realidad de momento adormilada. La última gota de resistencia se esfumó al enterarse de lo sucedido a la Juana la Periodista, amiga y colaboradora suya en numerosas actividades.

Su menuda y graciosa figura seguía deambulando a través de un presente fantasmal y en un porvenir inimaginable, decía un Leoncio que seguía sus pasos desde un país lejos del terruño. El resto, a manos de las circunstancias del momento y del lugar, comentó el Chico Passo a Leoncio años más tarde... acaso demasiado tarde para que Carlos hubiera podido hallar el hilo de Ariadna en el laberinto de su vida. Pero, vamos, esto, otro cuento.

Carlos hizo suyos los sufrimientos, participó en las injusticias detectadas a diario, prácticamente en todas partes. A la postre lo cogieron y mantuvieron bien guardado. En un tris de dejar su humanidad en dichos antros no le quedó otra que seguir el ejemplo de sus compadres: emplumárselas de prisa o despedirse de sus cortos años.

Una ventosa mañana otoñal abandonó su tierra. Por ironía del destino, a Miami. Los Invisibles, como se llamaba a los pocos grupos de izquierda en la posición de ofrecer resistencia, le consiguieron la documentación del caso. Tiempo atrás habían hecho lo mismo para el Chico. Quizás no fuera una organización grande, ni eficaz en demasía, no

obstante, funcionaba, estaban al tanto de lo que sucedía en otros países. Sus conexiones sobrepasaban lo conocido y aceptado, por más que los milicos lo negaran. ¿Resistencia? ¿En Chile? ¡Tonterías!, se comentaba de forma burlona en círculos oficiales, y eso que sus tentáculos succionaban aquí y allí, y los rincones gubernamentales no constituían la excepción. En sus filas había expertos en inventar lo necesario con un mínimo de material y un máximo de beneficio y eficiencia.

Mucho antes de largarse, Leoncio les había colaborado en la medida de sus posibilidades. En dos o tres palabras expuso la situación del Artista. A la semana reinventaron su persona. Gabriel Cordero se llamaba ahora, había nacido en La Habana, nada menos que en plena época de Fidel. ¿En Cu-ba...!, inquirió el resucitado, pero si yo nunca he andado por esos lados, agregó a continuación, perplejo. Cabizbajo. También aliviado. Lo que en un inicio se le antojó doble amenaza, andando el tiempo se transformó en amplio salvavidas. ¿Será medio quedao en las huinchas?, se interrogaron quienes le habían tendido la mano. Le miraron como si nunca le hubieran visto al desearle buen viaje y suficiente fortuna.

Pasados unos días, se puso las pilas, entendió la movida, en particular cuando fue al cine y vio una película domonicana. Eso era. Allí hablaban como aquél de épocas hoy por hoy lejanas a él. Ellos, los auténticos, él, una imitación más o menos buena. Revivió días luminosos, a su memoria acudieron las carcajadas que cosechó al salir al escenario.

Andamos buscando a alguien para una pieza de teatro. Sin siquiera detenerse a esperar una respuesta pusieron el libreto en sus manos y le indicaron las fechas de ensayo. Tan del alma le salía el acento caribeño que hasta él mismo se lo creyó.

¡Así que tú ereh cubanito? ¿Y que haceh... aquí? ¿No es medio peligroso para uno... como tú? Más de una chica quiso conocer las razones. De no contarle la firme, hubiera insistido. No le quedó otra que habituarse a la curiosidad. Carlos se reía, gozaba descolocando a la gente, máxime a las mujeres. A ninguna se le ocurría pensar que una cuestión era el cantito, otra, la procedencia, que cuando aseguraba ser de Santiago eso no quería decir de Cuba, sino de Chile. Así fue ayer. Al presente... máxima discreción.

A días de su partida se le agotaron las explicaciones. En el hueco se refugió el temor al sufrimiento indefinido, esquizofrénico, toda una religión para los verdugos. Así así comprendió que era más cuerdo huir de un régimen comunista que de uno fascista. Se trataba de atar lo que al presente andaba a la deriva y de hacer lo que se pudiera del atado.

Aceptada la idea, así como la flamante identidad, se marchó a escondidas. Al norte los boletos. Oculto en un camión roñoso llegó a la frontera. Al depositar en manos peruanas el pasaporte chileno, pusieron mala cara, desarreglo que luego corrigió el billete de a diez dólares inopinadamente aterrizando en el mostrador y el policía puso en el lugar apropiado comprobada la ausencia de salida conforme. Hondo alivio al serle devuelto con entrada conforme, guardarlo y a paso ligero salir del despacho. Cuatro días se tiró en un ómnibus de la línea Tepsa antes de llegar a Tumbes. Por Aguas Verdes ingresó a Ecuador. Siguió a Colombia. Remató en Venezuela. Contactada su gente en Caracas, le aconsejaron embarcarse hoy mismo a Panamá, ya que un barco repleto de Marielitos, es decir, de *Freedom Tortilla*, pronto zarparía a Miami. Una mañana gloriosa logró embarcarse. Veinte días más tarde, los rascacielos de Miami. De salir todo a pedir de boca, allí le aguardaba el tío Ramiro en compañía de un grupo dispar de cubanitos salidos del horno.

Un triunfo le costó fabricarse la identidad legal. Aunque difícil explicar qué hacía un antifidelista en un Chile socialista, y cómo así no había encontrado apoyo en uno fascista, los recortes de periódico, que siempre cargaba consigo, le sacaron de apuro. Huelga decir, los reportajes bien fachos y adaptados al nombre actual. Probó fortuna en Las Américas, El Clarín y El Nuevo Herald, según él la Prensa Hispana, sin imaginarse la cantidad de exigencias, que había otros, tal vez no tan difundidos, pero más dispuestos a arriesgarse. Así como fue como un día de éstos cayó en la redacción de la Voz del barrio.

Superado a buena cuenta el período de prueba, se le envió al *March Carnival Calle Ocho*, que comienza en estadio *Orange Bowl* y termina en la famosa Calle Ocho de *Little Havana*. Veintitrés cuerdas de fiesta, salsa, ritmos calientes, gente alegrotada, colorida, que baila sin parar, engulle especialidades culinarias latinoamericanas, se disfraza de lo que caiga, donde los maestros de ceremonia llevan la batuta hasta caer rendidos de fatiga, daban para informar unas semanas. Acabado el entusiasmo, lo mandaron al Festival de Mayo, día de la independencia cubana y, en octubre, a informar sobre el Día de la Raza. Ahí estaban también los Viernes Culturales, las visitas a la Calle 18, o del Exilio, las entrevistas a personajes singulares, jugadores de béisbol, a salseros, dueños de locales sombríos y cuentas abundantes. Si hallaba puertas demasiado cerradas, las ganzúas sociales del tío Ramiro se las abrían, siempre y cuando se cerciorara antes de que fueran inofensivas.

De la noche a la mañana se deshizo del pasaporte chileno, extendido a un nombre muerto, personaje nada afín al actual; al hacerse estadounidense también enterró el cubano. Moros y cristianos, bistec palomilla, masas de puerco y arroz con pollo, platos que interrumpía el

ceviche de los viernes, se volvieron tan normal como las visitas a Domino Park, sitio donde mataba el tiempo observando a los jugadores mover las fichas de dominó y golpearlas contra las mesas cuando el triunfo estaba asegurado. Usaba camisas de guayabera, oía a Tito Puente, hablaba con acento caribeño. Para redondear el mimetismo, aprendió los modismos y juegos de palabras a tal perfección que no hubo quien lo cuestionara. Con cuenta y razón se abstuvo de buscar, y trabar amistades con latinos que no hubiera conocido de antemano. En cuanto a tener amigos cubanos, dominicanos o puertorriqueños, de darse estos encuentros, cualquier día meros accidentes del camino. Si a alguien le picaba la curiosidad, y quería conocer su procedencia, lo evadía mediante una finta elegante. A la pregunta ¡Oye, chico! ¿Tú ereh cubanito? ¿No?, respondía: no, dominicanito. De provenir de un dominicano, era portorro y dominicano si quien la formulaba era puertorriqueño. A veces había nacido en Santa Lucía o las Islas Caimán, bien que de padres cubanos. De esta forma los mantuvo a raya, soslayó complicaciones de desenlace imprevisible o catastrófico, en el peor de los casos.

Dedicado de lleno al periodismo local se esforzó en recubrir la visión socialista del mundo. Traída de tiempos y espacios lejanos, al presente aumentaba los escollos... y ya tenía suficientes. Como quien se quita la vieja piel, el día menos pensado se dijo que era nuevo. Quien más quien menos pensaba que el deseo de supervivencia aplastaba las ideas. Del grupo de residentes chilenos desde hacía años, y de quienes habían arribado meses antes, eligió a los convenientes a sus fines. Otra historia si debía contactar a los colaboradores. De tarde en tarde le llegaban informaciones de Los Invisibles a través del fax. No le preocupaba enterarse de dónde. Se imaginaba que los números de teléfonos y direcciones que figuraban en el membrete, un despiste caso de caer en manos intrusas. Un encargo de

la redacción lo condujo a la zona roja. Esto produjo una oleada de sentimientos encontrados, pero le consiguió nuevas amistades.

Para sacar adelante unos artículos de eventos populares, estableció los enlaces del caso, bien que sin entrar a fondo por temor a pisar en falso. Asistió a todas las fiestas que se le terciaron. Aun así, casi siempre solo. Sencilla su rutina: de casa a la redacción, de ahí, al paseo por las galerías a ver las últimas exposiciones de pintura, o a la biblioteca. Dos a tres veces a la semana entrenaba en un gimnasio o corría. Metódica era su vida. Eso sí, su apartamento de Coral Gables, de jardín tenido a la perfección por orden del Gobierno, rodeado de hibiscos rojos, estaba hecho un desastre, el suelo, cubierto de diarios, revistas, papeles y carillas. Los disquetes tanto podían encontrarse en el baño como junto al jabón o entre unos libros a medio leer.

Penoso se le hizo acostumbrarse al calor húmedo de Miami, al bullicio en la calles, al olor a sofrito criollo, a siempre tener que oír día y noche el zumbido del aparato del aire acondicionado y la salsa colándose por cualquier resquicio. Cuando asistía a las reuniones opinaba sobre cualquier tema, salvo de asuntos políticos. Pasado un tiempo llegó hasta el extremo de creer que el pasado, bueno, una cuestión que quedó atrás.

Por vivir en circunstancias tan singulares, intentar la combinación de épocas, personajes e historias dispares, buscaba la tibieza de gringas entusiastas cuando las hormonas ya no daban tregua y los instintos obligaban a darse un paseíto. Seis meses llegó a vivir junto a Helen, una rubia de Chicago. Viendo que la cosa iba en serio, antes del séptimo inventó un montón de desavenencias. De un tirón surgían los motivos de discordia, no había espacio

para reconciliaciones; si se daban tampoco eran de su gusto. El día menos pensado le cayó la teja. Algo andaba mal en él y ese algo se manifestaba en el estómago, cuando no en noches interminables.

No obstante preguntarse qué era, inducir la revisión de su vida ce por ce, poco sacó en limpio, si bien tomó conciencia del autoengaño, que pretendía contarse una película que no hecha a su medida. El paso siguiente fue percibir a las claras que no había pasado un día sin que dejara de creer que volvía a Chile. El “para qué enredarse con una extranjera”, aparte de ser argumento predilecto, fue razón de ser.

A partir de ese instante de lucidez vaticinó mes a mes el derrocamiento seguro, o la muerte inevitable de Pinochet. Ya le veía en el banquillo de los acusados, sin esa arrogancia a prueba de derrotas; medio mundo se reía de él y de sus pretensiones misioneras.

Un domingo, luego de asistir a un partido de fútbol (o *soccer* como lo llaman aquí), casi se cayó de espaldas al descifrar el contenido del fax que acababa de recibir. La próxima semana hará arribo a ésa nuestro tan recordado. Un poco más abajo, el dibujo de una Pepsi-Cola. Encárgate de él. Al tanto estamos de tus posibilidades. Caso de necesitar ayuda contacta al Pájaro Carpintero. Ya es hora de corregir a incorregibles.

Imágenes en estado de convulsión, atadas a catres o artefactos de hierro a través de los cuales pasa la corriente, de ojos vendados, revolcándose en los estertores de una angustia y desesperación que no consiguen penetrar, y consultan los motivos al destino, de la noche a la mañana se le cruzan por la mente, impiden el raciocinio. Liberados los cuerpos agónicos

de la prisión mnemónica a cargo de almacenar traumas presenciados en directo, les ve colgando de ganchos negros, pero no por el óxido, sino a consecuencia de la sangre acumulada. Otra vez constata que, tamañas miradas, de suelos divinos aún pretenden desenterrar los porqués de su miserable sino. Vagancia de arriba abajo implorando socorro, que ven ángeles donde no hay más que verdugos diabólicos de inteligencia puesta al servicio del sufrimiento ajeno.

Alguien interrumpe la función, aparta las atrocidades, depura el ambiente de vulgaridades que tanto afean la vida. Modales refinados. Finas también las manos. Dedos nervudos. Olor a perfumes caros. A fin de ver mejor a los futuros clientes, se calza las gafas de marco dorado. En un rostro distinguido, de nariz larga, delgadísima, se perfila el placer culto. Es el doctorcito, experto en mística y budista declarado, supervisor de las torturas, quien autoriza, a veces reprime a quienes cargan demasiado la mano haciéndoles ver que los muertos son inútiles. En sus ratos libres, que jamás son muchos, la leída a los Vedas; de fondo la música de cítara y tabla, sonidos cósmicos. En alguna ocasión, cuando tortura.

Las amargas estridencias, burlonas risotadas de los verdugos que se deleitan mirando al padre violar a la hija, al hijo a la madre, a un miembro de la familia flagelar a sus padres y hermanos, se arrancan del olvido. ¡Corta! Te damoh a elegir. Si quieres, puedes hacerle cariñito a tu papá o a tu mamá primero. Voh mandai. O, ¿tienes más confianza en nosotros? ¡Corta! ¡Vaya alternativa! A chicotazo limpio lo preguntan una y otra vez. En los torsos desnudos se incrustaban las puntas aceradas y filosas, peritas en dibujar arabescos fantasmales. De no atormentar mediante las nuevas técnicas de la CIA, asistencia que consiguen las aristocráticas conexiones de don Braulio, se entregan a las prácticas

homosexuales en tanto alguien filma las escenas porque negocio es negocio.

El horror sistematizado acude al llamado de una memoria irredenta. Nítidas se dejan oír las descargas de pistolas y fusiles en las sienas. Los fusilamientos ficticios, practicados día a día, retornan al vuelo, huele el tufo a pantalones cagados, a orines rancios, que los encapuchados, privados de la luz, expulsan del cuerpo en momentos de la más absoluta desesperación. Poco más o menos luego recuerda que, a consejos del doctorcito, todo un experto en Ayurveda, los prisioneros del karma deben comerse la mierda por su propio bien. Mientras más fresca, tanto mejor, aseguran los verdugos, muertos de la risa, y el doctorcito toma el pulso, se fija en los brincos del electrocardiograma, recomienda continuar mañana, si no después de almuerzo, pues otro cuento hacerlo con la barriga llena. Acabado el trabajo, coge la chaqueta Ermenegildo Zegna, se pone el hongo de fieltro inglés, de modo distinguido acomoda el mango del paraguas importado sobre el brazo derecho y está listo para esparcir su humanidad por el centro sobre los zapatos Gucci que acaba de mandarle un compañero de facultad, instructor de la policía en São Paulo. De no requerirse su presencia esta tarde, tiene pensado asistir a un concierto de Vivaldi.

Villa Grimaldi, Chacabuco, Tres y Cuatro Álamos, Puchuncaví, Pisagua, el buque Lebu, la prisión Silva-Palma, el Palacio de la Risa, o mazmorras como las torres, que si acaso daban la posibilidad de entrar arrodillado y salir más tieso que cuello almidonado, de dientes afuera honorables casas de familia, invaden su memoria, tiñen el presente, aceleran el pulso, la sed. ¡Cómo sacuden las tripas! ¡Qué no hizo con tal de dejarlas atrás!

La Colonia Dignidad, jactanciosa de su doble cara perfecta. Por fuera, un asentamiento modelo respecto del orden, la limpieza y la hipocresía tradicional de esos alemanes moralistas que han rasguñado el poder y ya nadie podrá conmigo, y bien, bien al interior, un entramado igual de sistemático que tétrico, represivo y autocrático al servicio exclusivo de su dirigente absoluto y lacayos dispuestos a brindar hasta su culo, que bajo la sala de recepciones (“ahí guardamos las papas”, debía comentarse) había ideado un centro sofisticado de torturas, donde los *cariñitos salidos de la electricidad* eran el plato de entrada, mientras los invitados del salón (a cuál más falso) hablaban de cosas elevadísimas, como la pureza de la religión y la decencia social. Risas, vítores y brindis arriba, aullidos, desesperaciones, desgarros y sangre a granel abajo. No había dónde perderse, ¿verdad? A la cabeza se mantenía el intachable *Herr* Schmidt. Respetado y ayudado por milicos mandones. Un cónsul alemán amigo de concordias con quienes conviene y sacan de apuro. Para nada un experto en lanzar miradas más allá de la punta de su nariz. Cultor de amnesias diversas que justo le bajaban cuando los apretones de periodistas extranjeros sin querer queriendo le cortaba la respiración. En fin, preguntas que por definición no conocen más que la respuesta: “mire, no sé de qué me está hablando usted”. Caminando por los vericuetos del dolor iba y venía su verdugo privado día y noche, así como su asistente Strupi. Corría la bola que don Braulio, y el susodicho *Herr* Schmidt, eran el mismo hijo de puta, y sus actividades no se reducían al país. Desde luego, había algo mucho más feo.

Bradley Graham, periodista del Washington Post, describe el 10 de enero de 1988 ciertos tejes y manejes de la susodicha colonia aria. Ponen los pelos de punta las descripciones que hacen llegar los pocos que han conseguido huir de la Colonia Dignidad. Hablan de trabajos forzados, abusos sexuales, pedofilia a título de credo, consumo regular de drogas

psicotrópicas, castigo físico, separación de los sexos, y consecuente disgregación familiar. La nómina de estos particulares se ajustaba al lema de los círculos oficiales: La sociedad ideal se compone de dirigentes fuera de discusión y... zombies obedientes.

Conforme a las informaciones, que tanto Lotti Packmor como algunos fugitivos hacen llegar a Análisis en enero de 1988, la vida conyugal, tal se la practica normalmente, algo desconocido en la Colonia y los hombres tienen la obligación de maltratar a las mujeres. Y agrega: A fin de gestarse seres humanos capaces de producir 365 días al año, que desistan voluntariamente de sueldo y previsión social, los niños se someten a operaciones especiales, se les administra productos químicos aptos para primero atrofiar los genitales y luego eliminarlos como corresponde. En esta situación no caben los intereses afectivos, caben los... laborales, se delinea una clase dirigente y una subordinada de por vida.

Pero aún faltaba lo más importante. ¿Qué relación existe entre Pinochet y este bastión del totalitarismo alemán?

Aunque la pregunta, que se formula Bradley Graham, por ningún motivo debe tener respuesta, acude al instante. Tanto los ex esbirros de la DINA (o CNI) como los soplones arrepentidos de sus actos, confirman las declaraciones hechas por los escasos fugitivos que pudieron escaparse de las zarpas de Paul Schäfer. Se habla de desaparecimientos como por arte de magia, de tortura continua, de diarios asesinatos de indeseables.

La Colonia Dignidad es el refugio ideal de Pinochet, como los bancos gringos de sus capitales, se rumorea en algunos círculos. Las cámaras de tortura están hechas a prueba de

sonidos indiscretos. Atados a más no dar a camas o artefactos especiales, luego de haberseles drogado según la intención del interrogatorio, u operados para la ocasión, la electricidad arranca el último secreto. Los instrumentos de suplicio electrónico al último grito de la moda persiguen lo mismo. Utilizando un sofisticado sistema a control remoto se llevan a cabo los interrogatorios, en parte consagrados a detectar alteraciones interesantes para la ciencia en la identidad del indeseable. En 1978 aparece el artículo que comenta el caso. Stern se llama el semanario alemán de gran tirada.

Los sicarios de Pinochet y de Paul Schäfer se codeaban día y noche, estaban felices de los resultados. El país vive el cenit de la dictadura y la guerra psicológica. El paso siguiente, llevarles a dudar de la realidad, de lo experimentado, dar el empujoncito al suicidio.

Así fue, señor, se dijo cabizbajo. Con, o sin el consentimiento de Carlos, revivieron los niños deformes, productos de laboratorio en los centros de experimentación genética, pequeños monstruos, sin embargo día y noche sonrientes, dueños de una inexplicable beatitud. Se comentaba que acataban las órdenes a ojos cerrados y residían en un sistema de galerías tan subterráneas como la conciencia fascista y auténtica vivienda real y mental de Schäfer, asimismo refugio favorito de esbirros y sicarios. Voces bruscas ladrando en alemán, pero que insultan en español, repicaron en sus oídos. Ahí estaban otra vez los cuadros aborrecibles. Una mezcla de rabia e impotencia feroz se apoderó de él.

En un inicio se hizo la ilusión que, a fuerza de tanto recabar, se había escapado de una muerte certera. La verdad la supo mucho después: fue de chiripa. Jamás llegaba a enterarse de que nadie menos que el Pepsi lo tachó de la lista negra y recomendó su libertad bajo

fianza. Él mismo se ocupó de cancelarla. Sólo él conocía los motivos.

Con espantosa nitidez regresó Juana la Periodista, el Chico Passo que intentaba mantener el equilibrio con dos ladrillos a la altura de los hombros, pero prefirió desoír las peticiones que debió satisfacer el día que le vendaron los ojos y lo flagelaron en cueros.

Charles Horman, Rolando Cartagena, Ramón Morreira así como los que habían pedido a gritos que, sacudida la hipócrita de amnesia personal y gubernamental, por favor los mataran ya. ¡Para qué seguir! ¿Es que todavía no estaban satisfechos? ¿No ven que quiero morir?, aullaban durante los breves momentos de libertad bucal. Segundos después, la presencia mística del doctorcito, hoy una persona intachable, incluso más distinguido que antes, tomando el pulso conforme pasaba una mano por el pelo de los reos, aconsejaba taparles la boca, que esos rústicos chillidos impedían concentrarse en asuntos etéreos.

¡Te conozco mosco! Había llegado la hora... mi hora. Algún día me tenía que tocar a mí.

Tiritaba de gozo, sudaban sus manos, los pies querían volar. La venganza es propia de gente chabacana, recalcaba el doctorcito satisfecho de las ocurrencias de Calvin Klein, entretanto el Pepsi observaba las movidas sin al menos arrugar el ceño. No acumular más karma, la solución definitiva, insistía al dar la orden de pinchar aquí, cortar ahí, torcer un miembro de forma distinguida, perforar la lengua si de nuevo hablaban burradas.

No, doctorcito, la venganza es sagrada, en este caso, justicia, repuso algo más recobrado. Las ansias de saldar cuentas impagas, no tan viejas cuanto amargas, estrujaban su corazón.

Sobre todo en circunstancias en que ya se había formado la idea que ellos eran invencibles, pues, nadie los iba a juzgar, que así era... qué le vamos a hacer. Estaba de Dios, era su karma, el doctorcito y el Pepsi, pues los salvadores. No, eso nunca, dijo enseguida.

De él se posesionó un aluvión de energías renovadas. De la apatía y resignación, el salto al frenesí. Para aplacar un poco los ánimos, se dirigió a la nevera y sacó la botella de ron. Desaparecido el mojito garganta abajo se arrojó en la butaca, se entregó a los proyectos.

En primer lugar la movilización de sus contactos en la zona roja. Habiéndoles hecho ya numerosos favores sabía que no iban a negarle la manito. De modo similar instruyó a sus propios contactos. Bastó decirles que uno de los torturadores de la DINA se mudaba a Miami para disponer de ellos.

El Pepsi nunca iba ser pez gordo, aunque bien podía ser el objeto de la bronca vista su decidida colaboración al doctorcito, su más que verificada participación en actividades de limpieza. Por parte baja podían intentar darle unos tironcitos de lengua a fin de averiguar el paradero del doctorcito, del Coca-Cola y, en primer lugar el de don Braulio.

En los ámbitos donde tenían lugar lōas reuniones de los activistas, echó a correr la bola. En cosa de días surte efecto, se dijo convencido. En el ínterin, hizo lo de todos los días. Se sentó a esperar. Pasadas dos semanas, el director de Libertad, diario afiliado a la Voz del barrio, de improviso le citó a la oficina de redacción y propuso un negocio cuando mucho pasable. Carlos aceptó a ojos cerrados.

Mira, chico, fíjate que por ahí llegó un fulanito; viene de incógnito ¿tú sabes? Viene de Chile y yo creo que tú lo puedes hacer hablar de lo que pasó en ese Gobierno de Allende. ¡Mira! Él es uno de los nuestros y colaboró para hacer caer a ese Gobierno comunista. Hizo lo mismo que queremos hacer nosotros para sacar a ese Fidel de Cuba. Quiero que tú le hagas una buena entrevista, ¿sabes? Ésas fueron las dichas órdenes, si bien la gestión no tenía nada de afortunada. De partida, Carlos se las compuso para hacer llegar en exclusivo la noticia a un semanario en que, un 50% de sus páginas, consistía en avisos económicos, el resto, verborrea social, deportiva o anecdótica, y ya veía llegar la bancarrota.

Cuando al fin picó el anzuelo el director, el paso siguiente, el soborno de sus periodistas, que tampoco eran muchos ni bien pagados, mediante dólares, ron, mujeres, zalamerías profesionales, cosa que él, sólo él, y por ningún otro motivo nadie que no fuera él, condujera la entrevista. Superados estos obstáculos, efectuó tres llamadas. Media hora después tenía los colaboradores que manda la ocasión.

Cap. IV

Con los dedos de una mano se cuentan los recuerdos que Juana atesora de la infancia. Al fondo del álbum, doña María Isabel, su madre, dueña de un caserón y unos inmuebles situados en pleno Cerro Alegre. Muy a lo lejos, casi entre sueños envejecidos y ensueños pataleando, percibe una faz morena que se acerca, le hace gracias, canturrea al oído, antes de darle de mamar de unos pechos tibios, carnosos. Brazos generosos en son de acunarla, pero algo, quizás alguien, lo impide. Habituada a su presencia, para qué más interrogantes.

Todavía recordaba el día en que se lo contó a su madre. Mejor déjate de leseras, niña, y anda a comprar papas y dos choclos para el almuerzo, repuso poniendo cara de pocos amigos previo a mandarla a paseo. La única reacción. Tampoco esperaba algo diferente. Se alejó de piedra en piedra. Como siempre, al emporio de don Giovanni, un genovés que prefirió quedarse en Chile a prolongar los tumbos por el mundo.

Sin embargo, la idea, mariposa coquetona, feliz de pasearse en el aire e inspeccionar todas las flores primero antes de elegir una, y esto, por corto tiempo, le dio vueltas y más vueltas por la cabeza. No que la persiguiera día y noche. Eso no. Más bien sugería inventarle una cabida a pensamientos tenidos ahora último, de otra forma la asediarían sin cuartel, cometería aun más errores, y de nuevo la madre le daba un feroz pellizco.

Cuántas veces no te he dicho que pongas atención en lo que haces, niña. Día a día apañaba su espalda estos comentarios. De corazón detestaba las reprimendas, se esforzaba en hacer

las cosas bien, o sea, a la manera agradable a la madre.

Por algún motivo lejano a la comprensión de una chiquilla de trece, su cuerpo no crecía tanto como la soledad. Aunque nunca faltó nada en casa, no podía quitarse de encima la sensación de que en todo esto había gato encerrado. Un asunto, del cual nadie quería hablar, el obstáculo entre madre e hija. De buena gana se lo preguntaba a las amigas, pero bien tenían mucho que hacer, bien problemas más importantes, como lo pueden ser los besos que se dan y reciben en partes que el padre Fulgencio consideraba pecaminosas, el motivo de hacerlas repetir varias veces la confesión. No había nadie que la pusiera camino de una respuesta satisfactoria, consagrada a resolver crucigramas juveniles. Aguardarla de una madre día y noche ocupada, quejándose de los arrendatarios, pues pedir milagros.

Tienen pésima memoria. Jamás se acuerdan de cancelar a tiempo y sin poner tanto pero, decía entre que revisaba las cuentas. De su padre apenas veía la sombra. Los negocios lo mantienen fuera es una persona ocupadísima, muy pero muy importante, explicaba doña María Isabel. Esta casa anidaba una de esas soledades que sólo entra; el abandono ofrecía sus servicios para recubrir la melancolía falaz. Ninguno de sus padres pensaba alterar el panorama.

No se te vaya a ocurrir traerme un perro, un gato, o cualquier otro bicho que mee o cague por todos lados, mira que ya me bastan las inmundicias humanas.

Siempre quiso poner oídos a las quejas de la madre, pero cada vez que expresaba sus deseos, aflojaba dos o tres emociones, decía que se sentía desamparada, no tenía con quién

jugar, y no era mala idea si... su madre disparaba las cantilenas habituales. Vista la negativa, la hija se echaba a correr. Años esperó la llegada del hermanito especial, de acuerdo a los sueños. Una negra como ésta... basta y sobra, replicaba doña María Isabel sin tomarse la molestia de ocultar el desdén cuando alguien quería conocer las razones de no tener más hijos si estaba en la flor de la edad.

Vista la escasa afición de la hija a un jardín, antes bien entregado a su suerte, que la madre detestaba plumíferos de cualquier índole, en los libros buscó refugio. Hurgando aquí y allí, a punta de recortes cuando la mandaban donde don Giovanni compró los libros a precio de huevo, un día de éstos formó una colección que puso debajo de la cama. Una colcha bordada, mullida, tapaba el escondite.

Entre los objetos dispares citándose en el mezquino estante del recibidor, jamás vio libros, si descontamos una revista de propaganda estadounidense referente a las atrocidades nazis, El Hijo del Árabe, colección de historias romanticonas, además de unos Condoritos oliscos.

En el correr de medio año, bien dispuesta debajo de la cama, la biblioteca casi se volvió colchón. Debajo de sus sueños reposaban obras de H. Balzac, E. Zola, Blasco Ibáñez, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Francisco Coloane amén de libros populares. El día que tuviera plata dormía sobre obras inmortales.

Cuántas veces debo repetirte que no leas tanto, que mejor me ayudes en los quehaceres si no quieres enfermarte de los ojos. Hasta cuándo te haces la sorda. Lo machacón del

comentario acabó por dejarla fría.

Mi problema está en que no tengo hermanos. En su condición de hija única, ventaja para muchos, salvo para ella, era la única en consolar a la madre. La hija adivinaba la situación por que pasaba observando sus reacciones, oyendo las maldiciones descargadas sobre quienes tuvieran la desgracia de compartir el espacio vital. Por averiguar el rumbo de sus ansiedades, porque ora se encerraba en su cuarto, a solas, lloraba a moco tendido, ora se perfumaba por todas partes y salía hasta bien entrada la noche. Por lo general regresaba sobre la madrugada, de lo más alegre, apenas poniéndose en pie, pasada a trago, a sudor ajeno, metida en otra historia. Ella se hacía la dormida cuando se acercaba a darle el consabido beso y desearle los buenos días.

Se fueron los años. Igual que antes padre brillando por su ausencia. Alégrate Juanucha, tu padre llega a fines de mes. Un temor informe encubría tamaño anuncio. Pero no vino. Aún no acierta a comprender el porqué. Un buen día, aprovechando que la madre quería ir a ver a la tía Quela, de cabeza se encaminó al desván en procura de un poco de claridad. Bueno, tanto había soñado, imaginado; el resto, a lo más una ensalada de conjeturas.

Tarde primaveral. Aire tibio, ameno. Aromas de vida nueva. Algo reverdece. Una acuarela el día, la noche dispara estrellas. Medio mundo, pese a las dificultades por que pasa el país en virtud del Gobierno socialista, saca a relucir bríos distintos.

En andas de este frenesí arriesgó unos peldaños, jugueteó con el pasamano de la escalera, se vio frente al desván. Un halo dorado, en cuyo centro danzaba el polvo a gusto y gana, la

invitó a entrar. Destrobar una puerta, a punto de venirse abajo, que el próximo temblor o remezón fuerte desmoronaba como corresponde, y entrar, fue todo uno. El polvo vio interrumpida la somnolencia. Luego de los primeros pasos, la anonimidad, el tiempo congelado, tal cual vez detenido en un instante particular, para desgracia suya, desconocido, se trastornó. Atajado en lo mejor del olvido, indignado se le echó encima.

¿Dónde comenzar en un sitio sin espacios vacíos? Frente a ella, infinidad de sombreros fuera de uso, pasados de moda que enarbolaban plumas de ñandú. A sus espaldas, un espejo cayéndose a pedazos, sobre el cual incidía un distraído rayo de luz, trajes de terciopelo enterrados bajo el polvo aprisionaban un busto provisto de ruedas, además de un sinfín de objetos inclasificables. Sobraban la quietud, la muerte estática, los mudos recuerdos y los que en cualquier momento iban a hablar.

Esquivando zapatos opacos, desgastados, de hebillas herrumbrosas, a viva fuerza detenidos en el andar, que apuntaban a la entrada, a lo mejor, al cielo, encontró, entre arañas agonizantes, otrora de cristal, unas cajas atadas mediante cinta gris. Ignora la razón de fijarse, pero algo insinuaba que ahí había secretos ansiosos de destaparse.

Inició el examen. La segunda nueva nube de polvo se agitó en torno a ella. Esperó a que se posara en algún sitio. Segundos después se esparcía por doquier. En un taburete de madera se sentó, dispuesta a investigar a fondo. Retirada la cinta, que resultó ser roja después de todo, la destapó sin más ni más. El ambiente se impregnó de espliego, cosquilleó la nariz, desatornilló la novedad. Las intimidades de tiempos idos dieron en danzar, el pasado fue actualidad. Ante sus ojos había tres atados de cartas y fotos carente de concierto. En una

cajita de plaqué reposaba un rizo café tirando a negro. Luego supo que era el suyo. Sin más demora resolvió que, de ahora en adelante, lo llevaba consigo.

Paciente lectura de cartas. Poco asombro ver que dirigidas a su madre. Cuanto más el autor había pretendido andarse por las ramas, eran cartas de amor. De diferentes partes del mundo se las había enviado don Celestino Kolber Robledo, oficial de la Marina de Guerra. En todas se hacía patente la continua queja manifestada a guisa de pregunta. Consistía el extracto en saber si ella lo quería tanto como él a ella, o él se engañaba igual que siempre.

En cuanto llegue, voy a pedir tu mano... no me la pueden seguir negando.

Esa decisión, que más parecía súplica, figuraba en varias. Así como así hurtaba el cuerpo a una confrontación directa.

Leyó la última, fechada el 20 de febrero de 1948. Don Celestino le participaba que iba a llegar a Ceylán y no veía la hora de regresar a Chile, formar un hogar y tener muchos hijos juntos. La carta incluía una foto amarilleja. Un muchachón rubio, de bigote delicado, avistaba una cuestión indefinida en lontananza, como si donde se encontraba no hubiera nada digno de él.

Eso lo impulsó a viajar y viajar sin parar, murmuró y las mudas presencias del desván aprobaron la idea. En resumidas cuentas, cartas de amor no correspondido y, en cierta forma, sacrificado desde el comienzo, asfixiado antes de atreverse a respirar.

Bastante reducido el segundo atado, las cartas no pecaban de extensas, letra desordenada, a la vista el continuo estado de excitación. Tuvo dificultades en deletrear la media página, echó de menos los encabezamientos empalagosos, tan frecuentes en el montón anterior. Nada de amor de mi vida, esperanza divina, único y verdadero amor, mi cielo, reina de mi vida, ángel de mis sueños, mi adoración se leía aquí. A falta de éstos, hembra voraz, jaca ardiente, chiquiya insatisfecha y tan golosa, por no mencionar el resto.

Por su espalda se deslizó una corriente tibia que subía y bajaba, tenía el descaro de cosquillearle el trasero.

A diferencia de las anteriores, éstas no procedían del extranjero, menos querían ser fuente receptora de vaya a saberse qué clase de emociones, carecían de sentimentalismos. Lisa y llanamente daban a conocer dónde y a qué hora se encontraban el próximo jueves, viernes o lunes para entregarse a eso que a les gustaba con locura.

Entre las fotos, que se le anduvieron pegando en los dedos, descubrió una que mostraba a una rubia de mirada delatando avidez interminable. ¡Hmmm! Su madre a los quince. Parada junto a un pedestal de mármol, posaba para alguien en la distancia. Bajo ésta encontró la de un muchachón moreno, de ojos negros, muy negros, fieros, vivaces, de escopeta de dos cañones en la espalda. Un sombrero alón cubría parte del rostro. Soria, 25 de setiembre de 1935, podía leerse en el reverso.

En una cajita de plata descubrió un mechón ensortijado. Lo palpó. Al verlo, tan negro, tan fino, se lo imaginó encima de ella, supo de inmediato qué hacían a solas. Pa que te hagan

cosquiyitah locah por toh laoh, chiquiya cojonúa, figuraba en el papel pardusco, que colgaba de los rizos y, de alguna forma se las arreglaba para exhibir manchas rosadas. Asociados rizos, foto y cartas, se sonrojó del placer.

Siguió escarbando. Bien oculto debajo de los atados de cartas, halló la foto de una morena con un bebé en los brazos. Junto a ella, un joven de tez y cabellos claros.

Sintió escalofríos. Aumentó la parálisis nada más comprobar el parecido entre ella y ese hombre. Sus ojos eran los de esa mujer, ella... el ser de sus sueños. Curicó, veinte de febrero de 1958, acusaba el reverso. Se fijó en que repetidas veces alguien había querido rayar los nombres sin conseguirlo del todo. Ya intuía que el intento de descifrarlo algo insuficiente. Al improviso tuvo la sensación de haber cruzado umbrales desconocidos, incluso prohibidos, sobre los cuales más valía callar, si pretendía retomar las investigaciones. Tanto estaba claro: ella, Juana, no era la hija de doña María Isabel ni de don Juan Carlos.

Cap. V

Para la Pascua del 69 se anduvieron enredando los caminos, le cuenta Juana a la celda que le ha destinado el Pepsi. El Nervioso, a cargo de hacer cantar a ciertas reas, en estos momentos no puede ocuparse de aflojar lenguas. Dicen que anda en el norte borrando del mapa a unos mineros que se les dan de choros (valientes), asaltan bancos, asesinan a policías y pretenden hacer de las suyas en un país que nunca ha sido suyo. Juana no sabe si alegrarse o llorar. Perdida en algún recodo enigmático está la noción del tiempo, la realidad fuera de su alcance. El número de moretones en el cuerpo, y vejaciones que, de momento calla el alma, advierten que no van a largarla tan pronto.

Apenas hubo ingresado en el antro en carne propia experimentó qué significaba la tortura. Día a día rezaba para que ocurriera un milagro, ella saliera libre, castigaran a los culpables, se hiciera justicia, y día a día, palos, violaciones múltiples con los ojos vendados.

Asqueroso se le hace el Pepsi, insoportables son esas manos que mete en los exclusivos sitios del Loncho, la tantean de arriba abajo, para enseguida conducirla al salón. Se supone en una silla, quiere chillar, protestar por el trato, y sus oídos se inundan de burlas. Si aflojan las amarras, en ese caso para desnudarla, abrirla de piernas el uno, en tanto el segundo le estruja los pechos y el tercero la penetra hasta el cansancio. Sudor que produce náuseas, tufo a ajo, a cebolla cruda, apéndice nasal también violado, sabor a cilantro, ají, a la espera en aquellos labios babosos. Rebelión inútil. En la vida creían que había renunciado a la feminidad. Convertida en estropajo, los deja hacer a gusto y gana. Todo

está perdido. Ella y los inquisidores no pertenecen más al género humano.

Sin embargo, este hombre bajo, moreno, de mirada hirsuta, pillo como gato de campo, en virtud de algún motivo inexplicable le resultaba familiar. También el Pepsi, en particular cuando estaban a solas, se dirigía a ella hasta de manera deferente. Juana está segura que no sentía lo mismo por las demás reas. En cuanto el resto de los verdugos hacía su aparición, el cambio de actitud. Como si obedeciera a un comando invisible, implacable, la transformación en el bicho de reacciones impredecibles. En sus buenos momentos, ora le da la libertad al peor asesino, ora tortura de forma ultrasádica al declarado inocente.

¿Qué le obliga a ser de una y otra forma?

La pregunta se desenrosca de un sitio todavía intacto, recorre la celda, alimenta las últimas ilusiones, previo a rendirse a la evidencia, aceptar que no hay respuesta satisfactoria. Pocos han sido los contactos; los pocos, muy reveladores. De cierta forma sabe el Pepsi que es poco saludable meterse en los terrenos del Nervioso y de la Devoradora. De seguro por tener en claro lo intrigantes que son y, saber que, hoy en día, su posición es enclenque.

La cogieron en una correría practicada en las barriadas. Tenía la intención de ayudar en lo que se pudiera, instruir a los niños, enseñarles a coser a unas madres y jóvenes que pensaban vender vestidos, porque no querían compadecerse con la pobreza y deseaban alimentar a sus hijos. A la hora de once se dejaron caer. Entre ellos, una mujer bastante rara, aunque seductora... atrayente sí, pero de manera inquietante, que no despega los ojos.

¡Sáquelas con lo puesto, hombre!, ladró la de las órdenes. ¿Y las guaguas (bebés)... los cabros chicos?, quiso saber uno que tenía cara de pánfilo. Las guaguas más lindas que se queden con uno de los pelados, y después, al Carloncho. Él ya sabe lo que tiene que hacer.

Lo imposible se esforzaba con tal de no entrar en detalles y hablar más de la cuenta. Entre otras *actividades*, el Carloncho abastecía a la Colonia Dignidad. De no servirles el material, entonces a disposición de madres extranjeras de evidente fortuna material, bien que sin la menor respecto de la descendencia.

Las guaguas porfiaditas de cara...a una de éstas, ordenó en tono despectivo subrayando el éstas. O déjenselas a Mucho Chueño. A lo mejor se contagian y duermen como angelitos.

La propuesta de la mandamás aludía a los párpados fatigados del muchachón lerdo, cuyo uniforme flotaba en el cuerpo, y nunca se sabía si dormitaba de pie o ya estaba despierto. El hecho de tener ojos rasgados, de no comentar ni preguntar nada, acentuaba la idea de haber nacido corto de luces.

Las madres intentaron protestar, pero las miradas de soldados de dedos ágiles y carabinas prontas a disparar al menor asomo de resistencia, las hicieron desistir. Embarcaron a seis mujeres. Le asignaron los bebés sobrantes, además de los niños de físico pero muy porfiado, a una que tiritaba de pies a cabeza y hacía lo imposible en peinarse igual que todos los días. Recelosos observaban la escena los niños, sin siquiera atreverse a llorar.

Nos sacaron tiritando y manos arriba, se repite Juana. Déjense de lloriquear, mierda, disparó la de las órdenes. No les va a pasar nada si saben portarse bien, agregó después. ¡Ea! ¡Ustedes! ¿Quién mierda los mandó a meter las manos... ahí! Miren que corriendo mano los lindos. ¿No les da vergüenza? ¡Respeten a las mujeres, milicos de mierda!

Entre subidos y roncós expulsaba los gritos. La de la mirada penetrante lanzó un escupitajo de desprecio al suelo. De eso me encargo sólo yo... nadie más. ¿En-ten-di-do! Un nuevo ladrido selló el asunto.

De la casucha nos condujeron a un cuarto iluminado a mordiscos, a la salida de la población. Llovía a cántaros. La que daba las órdenes, de a una las hizo pasar. Las demás buscaban guarecerse cómo y dónde podían. Se metió en el cuarto. ¡La primera! Sonido de lluvia. La población entera en recelo. En rara ocasión el paso del viento, nada de vehículos.

Lueguito salió la Olga mirando hacia abajo. Un movimiento brusco alisó la falda, otro, abotonó la blusa de percal. Por el quicio de la puerta se divisó la mano de la jefa indicando el ingreso de la próxima. Los cinco milicos, enfundados en sendos cascos, se encontraban a la expectativa en un *jeep* verde. Ninguno dirigía la mirada al cuarto donde la jefa cacheaba a las detenidas. Aferrados a sus carabinas y la vista a algo difuso, situado en la distancia.

Se oye una de esas discusiones emprendidas a media voz. La Maritza tiene el pelo desgredado al salir, su cara rezuma furia, impotencia, dispara un gargajo que aterriza en un charco. Nadie agrega nada. Luego, el puntapié a algo invisible. La provocación de caderas bien formadas arranca sonrisas de aprobación en soldados esperando vaya a saberse qué.

Una a una fueron pasando. Sentí un hondo alivio. Me había escapado. ¡Qué error! Ya me había echado el ojo. Me tenía de postre. Se aguantó hasta separarme de las otras, a quienes jamás volví a ver. Nos encerramos en una habitación; en su habitación, supe después.

¡Empelótate, mierda!, increpó de entrada. Absurdo oponerse. Si te muestras cooperadora, y colaboras de veras, entonces me encargo yo de voh y no el Nervioso o... el Pepsi; no sé cuál de los doh mierdah huele peor, repuso a manera de introducción. También yo ignoraba qué hubiera sido peor. Pese a no tener sino diecisiete, bastante enterada estaba qué querían de mí. Ahora todo depende de ti, cariñito, me susurró ese résped acaramelado.

Cuando me saqué los calzones (no sin forcejeos) ordenó echarme en la cama. Estaba lela. No sé cómo obedecí. La parálisis se interrumpía, toleraba movimientos, si la orden salía de sus labios. Me sentía torpe, sucia. Había vuelto a ser la lactante de una madre por averiguar. A continuación, el striptease de la jefa. Le echó llave a la puerta. Puso unos boleros. Destapó una botella de whisky. Me ofreció un trago.

¿Iba a abrir yo la boca? En la garganta morían las palabras. Al verla venir tan decidida, moví la cabeza de izquierda a derecha y viceversa. Ya veo; te falta otro trago. Pégate unos coletos máh y vas a ver que eh mucho más fácil, cariñito, expuso sentada en la cama. Acto seguido, se recostó a mi lado. Yo seguía rígida. No osaba moverme. Ella, la jefa de mirada pertinaz, otra vez en acción. Agarrándome de los hombros, rabiosa me zamarreó, dijo que se había portado bien conmigo, y miren la forma de pagar las gentilezas.

Dije, cooperar, corazón, no hacerse la huevona. Ni se tomó la molestia de ocultar la frustración. Y qué quiere que haga, pues, señora, protesté. De aperitivo, ábrete bien de piernas y dame un buen beso. Así tiene máh caché, respondió. Eso eh, así, así mi amor... viste que es rico, expresó esa asquerosidad que ella llamaba sonrisa, subrayando el rico. Me acordé del Loncho, de la primera vez que me entregué a él en la Poca Bola, playa carente de nombre que empieza detrás de un roquerío, asimismo sin nombre, y se prolonga hasta casi Viña. De nuevo me vi en sus brazos.

¡Abre los ojos, chiquilla de mierda; ni que estuvieraih donde el dentista!, vociferó la de las órdenes. Gustito detenido ahí. Apreté las piernas tanto como pude. Intenté cubrirme. Ella, sin inmutarse, empezó a vestirse. Ya noh vamos a ver lah carah de nuevo, prometió su sonrisa zalamera, llena de sombras palpitantes. Media hora más tarde, y día a día, entendería lo que es el submarino. A la semana regresó el Nervioso.

Esa vez, cuando descendí del desván, no atinaba cómo enfrentar a mis padres. Los secretos durmientes habían susurrado demasiadas verdades. Por otra parte, aliviada. El hecho de ver confirmada las sospechas al constatar que lo soñado, y lo revelado en las cartas, era idéntico, aportaba consuelo parcial, ya que si ellos no eran mis padres, y los de las fotos a todas luces lo eran, ¿dónde estaban ahora? ¿Qué les pasó? ¿Seguían en Curicó?

Nadie iba a aclararme el panorama. Solución, extender el hurgueteo. Escarbar a fondo, desenterrar quién sabe qué clase de sigilos, sacudir capas de amnesias, premeditadas o tal vez accidentales. En fin, no cejar un minuto. Tal vez a causa de la incomunicación, con mayor ahínco que antes me sumí en la lectura, de punta a cabo recorrí el paraje delineado

por los filósofos en el libraco de Historia de la Filosofía. Admito, complicado entender de qué hablaban. No estando al tanto de lo que sucedía en mi propio país, de qué modo podía haber comprendido lo ocurrido en otros muy distintos al mío, en épocas idas de manera irremediable.

Mal que bien vi que el mundo no era como lo quería pintar mi supuesta madre. Debía armarme de paciencia, ya que en algún rincón aparecía su diario de vida, la carta clave, el mensaje caído en olvido. No debía perder las esperanzas pese a saber que ella no era aficionada a escribir. A su modo de ver el asunto, leer, una ocupación inútil. Nosotras tenemos otras gracias, hija. Nuestras virtudes sirven más para la vida, solía decir cuando andaba de buenas.

Dales lo justo, ni mucho mucho, ni poco poco, y los tienes seditas, a tus pies. Nunca hay que darse por entera a nadie. Es un error que se paga a un precio siempre alto.

Al grano se iban las recomendaciones encontradas en una cómoda del dormitorio. Hasta allí había ido en procura de una verdad de lo más resbaladiza para colmo de males.

Sepultada bajo un misal viejo, la emersión de cartas escritas de mala gana. En atención a los borrones, de puño y letra de mi *madre*.

Su novio se las mandó de vuelta. Me figuré que a lo mejor no tuvo el coraje de enviárselas. Antonio era el destinatario. ¿El mismo de Soria? Resolví echarles una leída.

Volvimos a perder un hijo. No te imaginas cuánto he llorado. Mi madre me vigila los pasos. A toda costa quiere saber el motivo de quedarme tanto tiempo en el campo. Oficialmente para recuperarme de una afección hepática. A su modo de ver la cuestión, tengo salud de fierro y constitución de caballo percherón. Las mentiras piadosas me sacaron del atolladero. Le dije que me alimentaba de dulces y pasteles. Se quedó de una pieza.

La comadrona que me hizo *el favorcito*, me lo largó de frentón: Puede que no tenga más hijos, misiá Isabel; no sabe cuánto lo siento. No te podrás imaginar cuánto me chocó eso. Aun más, porque ya hemos *perdido* tres. Que conste. ¡Hemos! Me doy cuenta del grave error que cometí al entregarme a ti... al menos de esa forma. ¿Qué puedo ofrecerle hoy a un marido? En tus manos mi virginidad. Aunque las meicas tienen arreglo para todo, no lo tienen para los de abajo ni el corazón. Me duele reconocer que te quiero más que antes.

Quiéreme como yo soy y te quiero como me sueñas. Me lo dijiste tantas veces, pero se te olvidó decirme cómo eras.

Me pillaste mal. Desprevenida. Volando bajo, como dicen los mexicanos. Tu venías arrancando de un experimento que no funcionó, yo, de un novio que no se atrevía a tomarme la mano por temor a dejarme embarazada. Cómo no recordar la vez que te vi con la mochila de cuero repleta de historias, la escopeta en la espalda, dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de sepultar el pasado. De las vueltas que diste a lo largo y ancho del mundo, a fin de borrar de la mente los descabros, estabas hecho polvo. Te vi perdido. Más encima, mi madre te puso en mi camino. Chabelita, don Antonio nos va a ayudar en

las faenas. Él entiende bastante de estas cosas y... ¡viene de Sevilla!, dijo de pasadita, como amordazando el estupor. Todavía no me caía la teja que ella, y la Juana, ya te habían echado el ojo, esperaban la oportunidad, su hora digamos. Te vi apuesto, noble, fiero, y sobre todo pillo, sí, muy pillo. A la semana, ¡chas!, adiós virginidad. Noche a noche y durante cuatro años fui tuya. No dejamos lugar sin huellas nuestras. Hasta quedar preñada una... dos...tres veces. Año tras año pensé que te casabas conmigo, que se lo hacíamos ver a mi madre y a mi padre. ¡Si seré tonta! Te mandaste a cambiar no más.

En un comienzo no quise entenderlo, me ilusioné que te habías ido para mejorar tu hacienda. ¡Si seré cretina! Huevona con ropa y todo, como decimos en Chile. ¿Vivir conmigo? ¿Para qué? Ya me conocías al dedillo... y no sólo a mí. Tarde me di cuenta de que mi propia madre, y mi querida hermanita, ya te habían dado el asunto, como tú lo llamas, y no una, sino quién sabe cuántas veces. Claro, yo de nuevo preñada, ellas muy dispuestas a abrirte las piernas.

¿Crees que no me acuerdo de la vez que te pillé en el granero, encimita del pienso? ¡Cómo gozaba la vieja! Ni tonta para largarte. De rodillas imploraba, si no, vamos llorando, cosa que no te fueras, se lo enchufaras una y otra vez. En cada polvo te aseguraba que su matrimonio le importaba un comino. Hasta plata te ofrecía. La Juana, ni corta ni perezosa, por inocente que estuviera, según nuestra madre, ya sabía lo que era aguaitar a piluchos. A la orilla del río te la comiste, luego, donde y cuando quisiste. No tuviste necesidad de cortejarla como a mí, porque ella misma te puso la zorra en la boca. Eso también lo sé... porque te vi encima de mi hermana y la linda llorando de felicidad. Tenías donde elegir. En mi desesperación, y tristeza, pensé quitarme la vida. Después, en nuestros hijos, en uno

como tú; aún me hacía esperanzas. Lo que es mi madre y mi hermana sí que queda...

Aquí se interrumpía la carta. En un inicio me imaginé que la había roto en un acceso de ira y desilusión. Faltaban varias líneas. En la hoja siguiente parecía continuar la historia.

Por intermedio de una amiga sabía que en el campo, a unos kilómetros de Curicó, había una mujercita que hacía remedios y... por desgracia, a la hoja mutilada por los azares del tiempo y del olvido, le faltaba la última parte.

Güeno, pues, mijita, ¿hasta cuándo juega con mi paciencia?

Amenaza estudiada. Bajo la impasibilidad, el volcán listo para la erupción.

Cuénteme, pues, ¿qué estaba haciendo con las niñas? Al ver que no salía ninguna palabra, se lo disparó tres veces.

Tómese tiempo... si quiere los cinco años; si quiere, menos, agregó a continuación rescatando un cigarrillo de tabaco rubio de la petaquita metálica. A lentitud exasperante se lo calzó entre los labios. Antes sí, mediante un ademán premeditado, lo cogió entre el índice y pulgar. Tres veces golpeteó la tapa reluciente.

Nada. Les estaba enseñando a coser no más. Qué mas, pues, respondió la interrogada en tono mohíno. Así que las niñas querían convertirse en modistas... saltar a la fama, musitó haciendo alarde de buena pronunciación. *Ot cotire* (haute couture) la llaman los franchutes y los bachichas. Nada que ver con esos mamarrachos que todos los días confiscamos en las

calles; miento si digo que llegan a espantapájaros, añadió la sorna del que tenía la cara rígida. Una risa con ganas de ser decente.

¡Increíble! ¡Es para cagarse de la risa! ¿De cuándo acá le hacemos la competencia a los gabachos? Yo creo que con la del vino basta y sobra.

La nueva ráfaga de burla abandonó los labios y dejó salir hipos inusitados. Aspiró una bocanada. La pieza se llenó de un humo dulzón. Una mesa de madera, colmada de manchas negras, una bujía de unos 300 watios, y dos sillas de mala muerte, el mueblaje. Juana se imaginó un teléfono desconectado.

Y, ¿qué más querían saber las futuras modistas?

Ni un milímetro se había movido de la silla. Todo en él inmovilidad absoluta. En la cara de la interrogada incidía la luz y tocaba adivinar su presencia. El cigarrillo que, poco a poco se consumía entre los dedos, acaparaba el movimiento.

Es que son tan repobres que no saben qué hacer... y querían aprender algo, protestó como quien solicita permiso. ¡Ah! Ya veo, Usted es de las que ayudan; un alma caritativa ¿Me equivoco?

Le rezumaba la ironía se segunda mano.

Bueno, hasta donde se puede no más, replicó la detenida. ¿Por qué no me ayuda a mí más mejor? Es más conveniente en su caso, añadió a continuación. Yo también ando buscando almas perdidas... y sus cuerpos, dijo el de la cara inmóvil resuelto a liquidar la colilla que se resistía a perecer. Volteada la luz, extrajo un papel mugriento en el cual figuraban tres nombres: Carlos Rosas, terrorista, charlatán izquierdista, antisocial de cuidado. Leoncio Rodríguez, terrorista, activista según él; yo decía delincuente. Javier Alberto Passo, terrorista de temer. Mejor ni mencionar a los demás pajarracos. Mire, mi linda, ando a la siga de estos cuerpos... y de estas almas... podridas, sin salvación, a menos que...

De un viaje soltó el doblado. Clarito. Nada más oír Leoncio, el congelamiento de la espina dorsal y la sesera. Sobrevino otro descanso involuntario, que daba a entender que no quería dar el brazo a torcer. El segundo cigarrillo se debatía en unos dedos gruesos y vulgares. Lo volvió a golpetear tres veces en la petaquita. El eco retumbó unas fracciones de segundo en el cuarto ensombrecido. Sobre seguro se ocultó detrás de la luz.

No me venga con que no los conoce, con que jamás los ha visto, mire que hoy es lunes no más y la semana es pero muy larga.

En tono apremiante formuló la advertencia. No viendo ninguna salida ella bajó la cabeza.

Estamos mejorando en Chile. Las fotos salieron buenas, todos se ven gallardos. ¡Pucha que se ven bien las fotos que sacamos frente a la Uni! Claro-que-la-más-linda-es-usted, pues, mi niña. Como siempre, dijo en tanto modulaba las palabras a ver si arrancaban una sonrisa. Comprobado su fiero mutismo, en la mesa puso las fotos tomadas en las

manifestaciones. No creo que se hayan peleado, así que, ¿por dónde andan los perlas?

Aunque estocada frontal, mudez persistente. A punto de alzarse la acusada, el Nervioso desvió la luz hacia un rincón y atendió el teléfono. Mediante un gesto hizo venir a cinco vestidos de civil, en tanto el sexto custodiaba la entrada metralleta en mano. Mientras uno le calzaba la típica capucha, el otro le ataba las manos por la espalda y los pies.

En esos momentos tuvo la sensación de que la abandonaba la fortaleza. Por un rajón en la tela vio que la conducían a un tonel de hierro. Alguien apagó la luz y encendió una bujía que iluminaba lo justo. Retiraron la capucha. Vio su reflejo en el agua. A un costado, el plano inclinado. Entre dos le quitaron el sostén, sobaron sus pechos y, muertos de la risa la despojaron de los vaqueros. En calzones la recostaron en el plano inclinado.

¿Dónde están el Carlos Rosas, terrorista, charlatán izquierdista, antisocial de cuidado, el Chico Passo. ¡Tan chico y tan terrorista!

Grande fue su sorpresa al comprobar que no se mencionaba a Leoncio. Se esperaron unos segundos. Al ver que no respondía, le sumergieron la cabeza. La desesperación, acompañada de la ira al oírlos reír, comprobar que le pellizcaban el trasero, se apoderaron de ella. Hasta el momento ignoraba qué era la asfixia. Una vez más las preguntas, una vez más el silencio. Dos incrustaron su cabeza en el agua, ella se atoró, quiso patalear. Eran tal los ahogos que uno la cogió del pelo y retiró la cabeza. Con qué ganas volvía a respirar.

¡Huy! Pero, ¡qué está buena la negra!, acotó el de los bigotes largos, pasados a vino tinto, y tan corta de palabra. Tan buena, tan tímida, se metió el gangoso a través de la nariz. Parece que va a tener que repetirse los espárragos no más, intervino el que se las daba de jefe.

Tanto como pudo apretó los labios. De nuevo la cabeza al agua. En la boca sentía palpar el corazón. De pronto, un relajamiento, luces coloridas, voces dulces, cariño a granel. Perdió el conocimiento. A poco de despertarse, pensó que estaba en su celda, quiso alzarse pero le dolían las piernas y allí... entre medio. El ardor en la vagina, los moretones en los senos, le comunicaron que se la habían pasado por las armas igual que en días anteriores.

No tenía ganas de comer ni hablar. La obscuridad, el aislamiento, hicieron ver que estaba incomunicada. Se quedó inerte, despojada de todo. Poco importaba el paso del tiempo. Había dejado de contar las semanas, los meses o tal vez los años que llevaba esperando, sin saber qué.

Para ocupar la mente se puso a recapitular los hechos. Sus propios pensamientos dieron a entender que, a pesar de todo, antes tuvo suerte, podía considerarse afortunada, sobre todo al conocer la situación de Josefina Solís, miembro del MIR, madre de tres niños entre los ocho y diez años de edad.

Acogiéndose al decreto 504 se había largado del país. En México se quedó casi seis años. Y se hubiera quedado más, si no fuera por una nostalgia alevosa que no la dejaba vivir ni dormir en paz. Volvió. A la semana la encerraron.

Se tropezaron los destinos luego de ser reinternada. Josefina, una joven hermosa, simpática, buena para contar y hacer chistes. Al cabo de una semana, una mujer quebrantada, no le dirigía la palabra a las demás, tenía la vista fija en la distancia, había perdido pelo, tiritaba a cada paso. En suma, un desastre. La segunda vez que le tocó estar junto a ella, ocurrió eso que no consigue olvidar.

Me ataron a una silla de hierro. Cara a cara divisé a la Josefina. Vi que llevaba una sotana hecha de sacos harineros. Pensé estar asistiendo a un interrogatorio en el que querían demostrarme qué les sucede a quienes se muestran poco dispuestos a cooperar, cuando se desea averiguar el paradero de éste o aquél, conocer sus particulares, y los paseítos ya no arrojan resultados. Nada de eso. De un empujón le vendaron los ojos como a mí la boca. Ajustaron las vendas a más no poder. Afianzaron la silla. Inmovilizada, aunque viéndolo todo, horrorizada verifiqué que inyectaban un líquido verdoso en sus venas y esperaban que se adormeciera un tanto. A continuación, pusieron un casete y prendieron la tele. Recién me vendaron los ojos. Pasado un minuto se oyó el típico anuncio del telediario.

A raíz de un intercambio de fuego con las Fuerzas Armadas, se produjo el triste deceso de Armando Solís, de ocho años, Cristina Solís, de nueve, y Josefina Solís, de diez. Pese a los esfuerzos realizados de parte de los cirujanos, no hubo forma de salvarles la vida.

Fue apagarla y Josefina lanzar un aullido de dolor. Empezó a patalear, movía la cabeza en un intento de quitarse la venda. De estar libre, ahí mismo echaba a correr, preguntaba si era cierto. Después no dijo nada más.

Por lo que contaron las demás, los sicarios no se contentaron con engañarla, más encima le sugirieron que, desde hacía mucho tiempo, su madre trabajaba para el CNI y la había denunciado, revelado todos los nombres, bien así como los detalles, de los traidores comunistas que querían arruinar al país y participaban en el complot internacional.

Siempre termina la sesión una sugerencia hecha a media voz y en un tono de lo más sugestivo. Antes de eso, te inyectan una droga psicotrópica.

Agradecí la explicación, asimismo las intenciones, pese a saber que estaban de más.

No les he contado nada a Uds. No les he contado a Uds. ¡No les he contado nada a Uds.!

¡Ay! Si supieran. Más que clamores, estridencias que, despavoridas, huían del alma.

A cada paso lo repite. Chilla. Ni siquiera se da cuenta de que no puede parar. Pobre Josefina. Historia súper triste.

Luego de tragarme el comentario de la Maruja, le pedí contarme lo sucedido. Dijo que, por orden del encargado, se había callado y agachado la cabeza. La irrealidad pasó a constituir su realidad. Semanas la sometieron a este tratamiento. Cuando la visitaban sus hijos, no atinaba a reaccionar; al final hizo la vista gorda y los ignoró de plano. También se opuso terminantemente a recibir a su madre porque estaba segura de que era una agente del CNI. Notoria la apatía al contármelo. Más que alguien que quería hacerme su confidente, todo un murmullo casi inaudible. En suma, una sonámbula que desvaría.

Ni sé si me arrancaron del sueño, me metieron en el auto y llegué aquí. A lo mejor fueron los del CNI, de repente mis propios amigos, la gente de confianza. De lo único que estoy segura es de que se burlan de mí cuando quiero mover los brazos y dicen que agito las piernas. Me quitaron la ropa, y me violaron apenas ingresé a este lugar... de salvación. Después me arrojaron un overol. Al verlo tan deteriorado, se consiguieron unos sacos hediondos. Al principio, casi quince días sin comer, dormía en el suelo. Ahora me como hasta las baratas y alguna rata que no ha podido escapar.

La imposibilidad de comunicarlo en persona, hizo que lo redactara en una servilleta plegada múltiples veces.

Soy mala. ¡A ver si me entienden! Soy una mujer mala. Yo misma disparé a mis hijos y le eché la culpa a los milicos. ¡Me oyen! Merezco morir. Soy una pérfida. Si alguien se me acerca mucho, no sé qué podía pasar. No merezco vivir, dijo a continuación. De lo que jamás me enteré a tiempo es de que venía herida de bala el día que la internaron. Parece que los del Grupo Móvil le encajaron un balazo cerca de las axilas. Se lo guardó para sí... y aguantó. Pedir que siguiera aguantando era pedir demasiado, así que de repente se calló y los gendarmes la trasladaron a otra celda. No merezco más vivir, repetía como loca.

Una semana después le daban el gusto. En el Mapocho la hallaron, concluyó la María Cristina empuñando las manos, animándome a resistir hasta la muerte. Por unos minutos, pensé que habían llegado al límite de excesos y crueldad. ¡Vaya qué error! Si una de las detenidas no me enviaba un mensaje en una servilleta, jamás hubiera tenido conocimiento de que a varias de nosotras les introducían ratas en la vagina, herían o cercenaban sus

senos, y la matriz, mediante cuchillos o bayonetas. También muy común que las obligaran a acostarse con el padre o el hermano a la vez que alguno de los verdugos filmaba las escenas para luego vendérselas al mejor postor.

Si tienes una entereza a prueba de infortunios, puedes enfrentar la muerte a diario, sobreponerte a la tortura, repuso la María Cristina. Todo muy bien, pero ¿si te quebrantan antes? ¿Qué se hace en ese caso?

Repasadas las escenas, verificado que todavía quedaba gente corajuda, comprendí el valor de la solidaridad, visto que abarca el conjunto y jamás establece diferencias. Democracia, entonces, amor a la vida, y amor a la vida es respeto a la libertad ajena. Dos semanas después me vi forzada a corregir esta apreciación al enterarme de la muerte de la María Cristina: se ahorcó en el baño; en un basural arrojaron sus restos.

De vuelta en mi celda me preparé a lo peor. De alguna manera sabía que no iban a cejar en su empeño, ni largarme pronto. Por ahí me contaron que debía andarme con pies de plomo porque entre nosotras había soplonas e incluso delincuentes, que lo ocurrido en la cárcel de los hombres asimismo podía ocurrir aquí. Se sabía que presos políticos y delincuentes habituales, prestos a batir la pluma al menor asomo de discusión o motivo de discordia, ocupaban el mismo espacio.

Mal que bien, me había habituado al programa. De no haber variaciones inusitadas, se componía de interrogatorios, tortura, trabajo. En los ratos libres, a solas, mis compañeras informaban a los de fuera en servilletas o pañuelos. En una letra diminuta se lo pasaban a

los escasos visitantes. Hacía tiempo que no veía a la Devoradora. Lo único que me causó extrañeza, fue que no me vendaran los ojos. Imaginé que estaban volviéndose humanos.

Que la Devoradora se encargue de ella, ordenó el Nervioso a uno que apodaban Moco de Pavo. Si no le resulta, que me la traigan de vuelta, repuso a continuación. Parece que la semana que viene voy a tener que pegarme una vueltecita por el sur. Me contaron que a una parejita se le pasó la mano. ¡Es el colmo de la frescura! Ahora le quieren lavar el coco a los huasos. De no llegar a tiempo, se la pueden pasar al Pepsi, exclamó en frío.

Juana pasaba los días perdida en sus memorias, ponía oídos a lo que las reas referían a la ligera, apuntaba lo visto y oído en papel higiénico a fin de hacérselo llegar a Leoncio, al Chico Passo o a Carlos. Mientras tanto, la recapitulación de su existencia.

Si esa vez dejó de ver a su padre adoptivo, y a muy temprana edad, al presente lo perdió de vista para siempre. Cumplidos los catorce, a su madre le dio por encerrarse. Dirigía sus asuntos por teléfono. Empleadas tenía una temporada. Como las tomaba, las ponía de patitas en la calle.

Impredecibles, agrias, hostiles se volvieron sus reacciones. Adelgazó. En raras ocasiones la vio salir de noche. Cuando lo hacía, se pasaba días enteros fuera. Tenía la imperiosa necesidad de volcarse a algo oscuro, quizás vital. Pero lo hacía al estilo de alguien que se juega el último triunfo, y sabe que, después de eso, no habrá nada.

En esos instantes registraba la casa, hurgaba en procura de informaciones relevantes. En una de éstas descubrió una ruma de papeles desordenados, a los cuales se mezclaban recibos de arriendo, cuentas saldadas, impagas, listas de compras, recortes de periódicos. Entre ellos... ¡eh!, una declaración jurada.

Yo, Agustina del Carmen Flores Araya, casada con Rudecindo Armando Quiroga Peldoza, declaro que de por vida cedo a mi hija Juana Ramona, de dos meses y medio de edad a doña María Isabel Gutiérrez Aragón.

El documento, ajado en razón del tiempo, la arrojó a un nuevo abismo. Sin poderse contener, se echó a llorar. La primera vez en su vida. Como si durante ese tiempo sólo hubiera estado esperando este momento.

El final y comienzo de una existencia distinta, imaginé a la sazón. Lejos de poder contenerme me arrojé en la cama de mi madre. Olía a sudor, a Chanel, a... ausencias.

Debo de haberme quedado dormida. En cuanto me hube despertado, reanudé la exploración. Dentro de una caja de zapatos encontré cientos de fotos. Las miré una a una. Conté hasta veinte de hombres jóvenes, bien parecidos, con o sin dedicatoria en el reverso. ¿Cartas? Ninguna. Una foto sobremanera me llamó la atención. Enseñaba a un hombre joven, mal agestado, ojos tenebrosos. En aquel entonces pese a mis sospechas, ignoraba que un día se me volverían familiares. Estudié los míos en el espejo. Cuál no sería mi sorpresa, y el horror, al descubrir que acusaban una semejanza indeseable con... ésos.

No puede ser... no puede ser, me repetía una voz de pretensiones tranquilizantes. Volteé la foto. Valparaíso, 15 de marzo de 1959. Más allá, un número -de teléfono (?)-: 72356. Me quedé pensando. Esa foto sobresalía entre las demás, era el elemento discordante en un conjunto armónico.

La totalidad de las fotos, salvo ésta, era de hombres que tenían cierto aire de nobleza si se quiere. Ésta... se salía del montón. En virtud de algún motivo lejano a mi comprensión, se me quedó grabada en la mente. Pese a no mostrar sino a un tío vulgar, sin nada extraordinario, de aspecto siniestro, sus ojos delataban espíritu juguetón. Quiso el destino que rescatara la imagen del pasado en el Pepsi. Lo curioso es que tampoco a él le extrañó mi presencia.

Aquella vez seguí revolviendo como loca en las pertenencias de aquella mujer tan insólita a quien llamé mi madre durante años. En esos momentos no había nadie que impidiera meter las narices dondequiera se me pasara por la mente. De nuevo me encontraba a solas. La ocasión no podía ser más propicia. Hacía dos días que había avistado partir a mi madre ficticia. Iba muy acicalada. Me sorprendió su talante. Jamás la había visto tan elegante. A la rápida se despidió de mí. Ni siquiera una mirada breve, postrera. Me encaminé a la ventana visto que quería comprobar si se iba, si de veras estaba sola.

Al verla doblar la esquina, me precipité a la planta alta. En un salto estaba en su dormitorio. Me había propuesto desenterrar lo pertinente a mi pasado, al suyo y al sentido que había tenido mi vida. Y ahí estaba sin decidirme a hacer nada, sin saber qué pensar. ¿Qué tiene que ver ella con el Pepsi?, me inquirí. ¿Una de sus... dámelo ya si no, no pasai

de esta noche? ¿Un error secreto? Se me hacía imposible asociar mi madre al Pepsi.

En la vida sólo hay incomprendiones, jamás imposibles, leí en alguna oportunidad. Sí, sí, eso era, una incongruencia patagüina, garrafal. ¿De cuándo acá un patán se une a una dama... de la clase media alta? Interesante se ponía la cosa. Había que porfiar, continuar husmeando, enterarse qué había en esos médanos del alma con visos de normalidad.

Demasiadas fotos, no menos abundantes los papeles como para haberlo acometido en un día. Me bajó la jaqueca. Necesitaba aire fresco. Me puse un vestido de organza verde claro y salí. La primavera vacilaba entre ser verano decidido o mejor quedarse en primavera incipiente. Tuve que regresar a por un jersey liviano.

El mes de diciembre auguraba buenas nuevas. La gente andaba contenta. Aprovechando la bonanza, resolví darme un paseo a lo largo de la Costanera. Bien a lo lejos se oía música. El bullicio de un fuerte oleaje obstaculizaba de trecho en trecho el paso del eco.

Menos mal que no hace tanto viento, repuse. Caminando llegué al estrado. Sobre él se divisaba a unos músicos prontos a comenzar o ya en el descanso. También había unas mesas dispuestas alrededor de una tarima hecha de madera prensada.

Alguien hizo señas. Era el chico del otro día y dos más. En qué andas, quiso saber.

Paseando, respondí. ¿Sola?, preguntó de nuevo. Sí, sonreí. Quédate con nosotros, repuso el más alto. Me llamo Leoncio Rodríguez, éste es Javier Alberto Passo, con dos “eses”, pero lo llamamos el Chico Passo, repuso. Se nota el motivo, se adelantó a explicar. ¡Ah! Y éste

de acá es el Artista, añadió a continuación. Carlos Rosas, para servirle, dijo el aludido. Somos santiaguinos, subrayó el último.

Ahí comenzó todo. Casi a diario nos vimos y nos volvimos inseparables. Yo, sin mayores preámbulos, me convertí en la mujer de Leoncio. Algo tan natural como respirar, comer, soñar. Como en la vida detectara remilgos abultados en mi madre, que nunca se tomó la molestia de disimular de la manera practicada por miles en su clase, una noche me sorprendí en sus brazos. Hicimos el amor a cercén. Él era tan mío como yo suya. Basta. Las explicaciones estaban de sobra. A más de eso, la dicha no se explica.

Durante un tiempo eché al olvido la historia de mi madre y del Pepsi. Desde la distancia, comprendo ahora que, a causa de una razón ignorada, fui yo quien completó y fabricó una historia de amor fatal que después resultó ser cierta. Entonces de cabo a rabo imposible que tuviera noticias de tamaña relación. Las incomprensiones del ayer se convirtieron en certezas. Reconozco, la compuse yo misma. Se me hizo tan real que ni un instante dudé de su veracidad. Desconozco hasta dónde llegaron esos dos.

Registré la casa una vez más. Al final, en fuerza de un simple cálculo aritmético, tenía que haber una salida al atolladero. Oculta entre unas páginas de García Lorca, tapando la poesía titulada La casada infiel, una foto de mi madre junto al Pepsi. En los brazos de doña María Isabel, un bebé muy mono. En atención al tamaño, no llegaba al mes. Una tarjeta feúcha revelaba el nombre: Carlos Ramón Pérez. No se mencionaba el apellido materno. Fue todo lo que hallé al respecto. De igual forma constaté que mi madre se había casado con mi padre, después de adoptarme a mí, en medio no entendía los porqués tenidos como

para jamás concederme el apellido Zárate, aunque sí apellidarme Gutiérrez Olguín. Un enigma suplementario.

Puedo asegurar que entonces viví meses intensos. De ser verano me iba a la playa de mañanita. Después, a eso de las ocho, nos juntábamos en la plaza Victoria y discutíamos de política. Ingresé al partido y me convertí en democristiana. Coincidió la simpatía con la redacción de los primeros artículos. Envié algunos a Cauce y Fortín Mapocho. En aquel tiempo creía que la Democracia Cristiana era una alternativa aceptable para el país.

Si bien revelaron mis amigos estar en un error, me resistía a enviarlos a Punto Final. La noche que hacía buen tiempo, dormíamos en la playa. Hablábamos de todo y de nada. Jamás nunca terminamos una frase. Asistí a numerosas fiestas. En repetidas ocasiones fui a Santiago. Puesto que mi madre producía la sensación de haber retomado sus andanzas, hodierno no tan secretas debido a la ausencia enfermiza de mi padre, en rara ocasión nos vimos las caras. Era libre. Como nunca. El día en que los padres de Leoncio se fueron de vacaciones a Argentina empezamos a vivir juntos.

A la pobre le falta un tornillo, me adelantó al pasar delante de la habitación de su hermana y oír voces misteriosas. Semanas maravillosas. Estaba perdidamente enamorada de Leoncio. Cortas se me hacían las noches para tanto sueño. La impresión de haber soñado más de lo que daba la noche, me acompañaba a donde fuera. Y de día seguía en las mismas. Después de amarnos en plena libertad, lloraba de felicidad. Leoncio no lo comprendía. A mí también me faltan varios tornillos, respondía. Al regresar de casa de Leoncio, la revelación de mi vida se me puso al alcance: asimismo yo era hija de El Pepsi

y no de ese hombre de aspecto apacible, de pelo castaño y tez clara. Varios días anduve de capa caída. Me basaba en lo leído en unas cartas halladas entre los papeles de mi madre. En un inicio, una letra desconocida. Luego comprendí que no la había escrito mi madre, sino la verdadera incubadora de mis días. En ella le exigía dinero a mi padre para mantener a tu hija. Verifiqué que dirigidas al Pepsi, en esos momentos un esbirro del Coca-Cola. La tal hija sólo podía tratarse de mi persona.

Pero... cómo diablos pega esto, me inquirí. Ahí estaba la pareja de Curicó que se había desligado de mí, ahí también la madre adoptiva, no teniendo siquiera tres meses. Asimismo la mujer que seguía exigiéndole plata al Pepsi. Se resolvió el enigma cuando se me ocurrió pensar que a mi verdadera madre no le quedó más recurso que pedirle dinero al autor de mis días a fin de rehuir la pobreza porque mi madre adoptiva no le dio un cinco. Mi supuesta madre, se encamó con el Pepsi, pero ya no podía quedar embarazada. ¿Creía que adoptándome a mí se acercaba a él? ¿Lo quería entonces?

Para nada me satisfizo la explicación ¡Qué lío tan absurdo!

Tampoco el comentario me dejó contenta. ¿Dónde está Carlos Ramón Pérez?, mi medio hermano? ¿Se llama aún así?, me pregunté. Y, ¿dónde entra mi madre adoptiva en esta historia? Preguntas inservibles. Ponzososas. Una voz helada me devolvió a la realidad.

Viste que nos volvimos a encontrar, increpó la Devoradora. Es bien chico el mundo ¿no? El día que menos se piensa se hallan las cosas más apetecibles... ¿Verdad que sí? Corazón de melón, continuó mientras arreglaba el desorden en que se encontraba el dormitorio.

Una serie de pavores, fundados e infundados, la acometieron cara a cara, enjambre de avispones enfurecidos se lanzaron en pos de ella. De golpe comprendió que debía hacer lo que le pidieran.

El Nervioso tiene tanto tino con las mujeres como arreglando relojes. Desconoce dónde están las clavijas; yo me las sé de memoria. Antes deberías estar agradecida de que yo me ocupe de vos..., agregó en tono amenazador. Tú escoges, corazón, reinició el ataque. Si quieres recomenzamos otra vez las preguntas, hasta ahora sin respuesta, y después te trato con cariño. Si quieres lo hacemos al revés y te tiras un año más a la sombra. Lo dejo a tu entera libertad, cariño, culminó la introducción. A todo esto no atinaba a reaccionar. El Nervioso anda por el sur y el Pepsi se fue a pasarse una temporadita a la cordillera, así que no hay mucho para escoger, recomenzó. Yo ya le dije al caballero de que no sabía adónde estaban ellos ahora; a lo mejor se fueron para otro lado..., tartamudeó.

Escúchame, cariño negro, la interpeló, yo también mentía en tu lugar, pero sin exagerar. Parece que me estás agarrando para el hueveo y voy a tenerte que hacerte una desconocida. A todo volumen puso la misma cinta de salsa y cumbias de antaño.

No me queda otra que hacerte cariñito, continuó acercándose a mi oído. Accionó un timbre. Entró un flacuchento de vaqueros, chaqueta raída, zapatillas blancas de goma. La meísina pa l'ñorita (señorita), ordenó al estilo rústico. El ayudante agachó la cabeza antes de perderse por el pasillo oscuro. Regresó a los minutos. En sus manos había un frasquito opaco, sin etiqueta, que depositó en la mesa del recibidor.

Mediante un gesto tosco, le ordenó sentarse. A continuación se sentó ella. Cogió la botellita. La destornilló. Un olor a almendras invadió la habitación. La tapó de nuevo.

Cuando las lenguas no quieren hablar, toca ayudarlas... ¿no te parece?, propuso esa sonrisa melosa. Te la tomás vos misma o te la enchufo a la fuerza; vos dirás, sentenció. Si te la mezclo con un poco de trago, capaz que hasta te salga gustando, expresó al punto. Démela así mejor, repuso sobreponiéndome como pudo.

Al compás de la salsa, de un aparador retiró un vaso güisquero, echó unos cubitos de hielo y contó diez gotitas amarillentas. Salud, cariño traidor, le deseó propinándole un golpecito en las nalgas. Volvió a tomar asiento. Juana la imitó. Ambas frente a frente mirándose sin mirar. Las dos dispuestas a esperar. Cuando la Devoradora notó que se le cerraban los ojos, apagó la grabadora grande, sacó una de minicasetes a fin de grabar lo que le iba a arrancar la Escopolamina mezclada a ciertas drogas psicotrópicas. Para hacerlo más apetecible, en el brebaje que afloja la lengua, había puesto horchata de almendras. De la preparación de las drogas se encargaba el Matasanos, antiguo estudiante de medicina que se había visto forzado a interrumpir los estudios debido a la falta de dinero. Por exceso de cadáveres, en opinión de la mayoría.

Levantó a la dormida. En andas la transportó a la cama. Como no pudo contenerse, ahí mismo empezó a desnudarla. Media hora había aguardado sin que revelara nada de importancia. Cuanto más grabó la confesión, no afloraba eso que anhelaba oír y ella sabe, repitió con bronca. Un suspiro agrio le escapó de los pechos. Si las cosas no salen a pedir de boca, que esperen los milicos entonces, se explicó a sí misma. Ahora era su turno. Para

lo otro ya habría oportunidades.

Una vez desnuda, la imitó, deslizó la lengua sobre ese cuerpo en flor. Paso entre paso el índice en pos de sobarle el botoncito del amor loco. Juana se abrió de piernas, se le hincharon los pezones. Le subía y bajaba el vientre. La Devoradora estaba en trance. Viéndola dormida a buen seguro, si bien aún acusaba trazas de querer reaccionar, se le metió en la cabeza que ésta era una buena ocasión para incrementar el placer de vivir, placer distinto del que le deparaban los hombres, hasta cierto punto más sublime. Se detuvo de improviso. Juana expulsaba una mixtura de saliva blanca, densa, salpicada de estrias verde-amarillentas, entornaba los ojos. La Devoradora se la imaginó próxima al clímax. Le bajó la calentura. Fue a por unas amarras. La ató de pies y manos.

La respiración se tornó lenta. Cesó la actividad muscular. En un arranque febril se abalanzó sobre ella y la besó; menos en la boca. Se pasó a los senos. Juana cesó de moverse. Tampoco expulsaba saliva. Sus labios, rígidos, se entreabrieron sin proferir palabra, se contrajeron las pupilas. Los ojos estaban poco menos que abiertos. Sonreía.

Enardecida prendió un cigarrillo. Se lo fumó de dos o tres chupadas. Le tiritaban las manos, se sentía engañada, decepcionada. Sin lograr contenerse se arrojó sobre la inerte, la desató y empezó a quemarle el cuerpo.

¡Despiértate, Babieca! ¡Levántate te digo, huevona!

Se lo gritaba fuera de sí, lanzando puntapiés intercambiados con abrazos repentinos. Juana no reaccionaba. Prendió otro cigarrillo. Se lo fumó a la mitad. A pasos ligeros fue al lavaplatos y llenó una palangana. De golpe le arrojó el agua fría. No registró ningún movimiento. Reencendió el cigarrillo, volvió a quemarla. Lo mismo. No reaccionaba. Dormía apaciblemente. Pechos quietos. Labios entreabiertos. Se recuperó, tomó el pulso. Ante inutilidad del empeño, la envolvió en una frazada de lana maloliente. Tocó otra vez el timbre.

¡Llévese a esta india de mierda a dónde nadie la reclame ni la vea! ¡Llévesela! ¡Carajo!
¡Llévesela de una vez por todas! ¡Bótela por ahí! No quiero verla nunca más. ¿Está claro?,
ordenó al de los vaqueros gastados, que día y noche calzaba zapatillas blancas.

Cap. VI

Elmira del Carmen nació casi rascando la medianoche de un cálido diciembre. Jamás supo si su presencia había alegrado a los progenitores o si acaso contribuido a que el padre se alejara del pago con mayor prontitud de la esperada.

La casa de campo, mantenida a duras penas, por que día a día padres y hermanos debían poner el hombro sin descanso, se caía de vieja. Bastante inhóspito es el clima de la región, a comienzos de lo que en Chile más mal que bien se tilda de sur. Si uno prefiere el calor, la aridez nortina, y tiene la mala fortuna de pasar la vida en Osorno o en regiones más australes, tal el caso de quienes por designios ajenos a su entendimiento y voluntad, se ven en la necesidad de residir cerca de Puerto Montt, como ellos por ejemplo, seguro que lo pasa mal.

Don Cosme Jesús, en opinión de muchos, un fugitivo adicional de la purga practicada contra los famosos elementos indeseables, pese al tesón mostrado no conseguía salir adelante. Se largó de su tierra cuando la Conciencia de la Argentina, esto es, los militares en torno al GOU (Grupo de Oficiales Unidos) que ya habían participado en la Revolución de 1930 y desembocó en el Gobierno de José Félix Uriburu, pensó que había llegado la hora de aplicar la mano dura y retornar a los valores tradicionales. De la noche a la mañana se las agarraron con los disidentes hasta el punto de cebarse en los anarquistas, comunistas, socialistas, anticlericalistas, y eliminarlos en masa.

Ni el tiempo, ni el esfuerzo daban para ir tirando, cada año empeoraba la gestión. Doña Andrea de los Milagros, la esposa, asimismo nacida allende los Andes, había acatado el destino sin posar(se) muchas preguntas. Más que satisfecha estaba de haber salvado su pellejo y el de su familia.

A cambio de tres pesos oro se compraron la reserva, aparte de los conocimientos baqueanos, de arrieros poco dados a las pláticas, menos aún cuando se trataba de fugitivos. Nada más llegar a lo que parecía su destino, una mañana primaveral hallaron una casa de campo abandonada (de haberla visto antes, jamás la aceptaba, pensaba Elmira). El patrón, un sujeto pravo, feliz de haber encontrado a alguien de confianza, más encima tan, tan barato, luego cerró el trato.

Comida y vivienda gratis si cultivan mis campos. ¡Póngase a trabajar mañana mismo!, dictamen con todas las de la ley, donde se evitan las miradas, sobran las palabras.

Aquí pasó la infancia, parte de la juventud, sin más compañía que la de los animales domésticos, los no tan domésticos, incluidos los cuatro hermanos. Al término de la cosecha la fiesta en la era, celebraciones a las cuales acudían familias de muchos niños, se pactaban convenios comerciales, sociales, sexuales y de índole inclasificable.

En la escuelita rural aprendió a interpretar de corrido esos extraños signos descubiertos en los libros que cargaba su padre hasta extraerles un sentido pasable. Las matemáticas, de no tener uso práctico, no ofrecían interés para Elmira. Metida en la cocina se pasaba los días, asistiendo a la madre en las tareas domésticas, ordeñaba, esquilaba al llegar la temporada,

preparaba jaleas, mermeladas para capear el invierno que, en estos sitios se vuelve largo, tedioso, pesado. Mucha lluvia y humedad dificultan la existencia y los caminos rurales se vuelven un pantanal. En mayo comienza la temporada húmeda y, con fortuna, acaba en octubre a veces incluso en noviembre. Toda una sorpresa puede ser diciembre. A un día caluroso, sigue uno frío, uno lluvioso, para después volver a salir el sol como si nada.

A ver dónde estoy, repuso la chica de trece. La voz viene de los coligües, reflexionó Elmirita. No estaba segura. Del mismo modo salía del granero. Eligió el granero. Hacía un día maravilloso. En el entorno se percibía el estallido de distintos tonos de verde. El zumbido de coliguachos, de otros tábanos, matapiojos, pololos y chinitas se unía al rumor de voces en el aire, incitaban a soñar con los ojos abiertos, a alzar las manos hacia el firmamento e inducir el descenso de la luz. Filigranas doradas bosquejaba la brisa al agitar, mediante soplos tenues, las aguas lacustres. Seres alados emergían del fondo de cientos de lagunas y emprendían vuelos silentes dejando una estela radiante tras de sí. El verano se quedó en el lugar, los días se estiraron, las noches ya no eran así de frías. Flotaba en el aire la promesa de un verano como corresponde. Era la magia de la palabra puesta en marcha, sueño a punto de volverse realidad. En la lúcida tarde jugaban a las escondidas. Elmirita, la de catorce, descalza, bien desarrollada, se sentía feliz de tener una amiga, junto a quien pasar las vacaciones.

Es-que-me-da-miedo-la-oscuridad, confesó Susana. Aguda e infantil se dejaba oír su voz de niñita consentida. Elmira la escuchaba al tiempo que se entretenía oyendo ulular el viento. Pásate-para-acá-si-quieres, respondió a idéntica monotonía. Se rieron las dos.

Nada más entrar, Susana se pierde bajo las frazadas de Elmira. Las dos se tapan hasta la cabeza. A gusto están en la cavidad lanosa. Nadie obstaculiza un mundo que se abre paso entre paso. Elmira se quita el camisón. Susana, para no ser menos, la imita. Se quedan quietecitas. El-otro-día-fijate-que-un-cabro-me-quiso-bajar-los-calsones-pero-yo-me-le-arranqué, declara Susana a borbotones en tanto Elmira le acaricia la cabeza en señal de empatía. Se miran a la luz de las estrellas, claridades que afloran de trecho en trecho e interrumpen la noche. A Elmira la invade el frenesí, por lo que se le hace difícil concentrarse en lo que cuenta Susana. Sus manos recorren el cuerpo desnudo, tanteo miedoso de quien se arriesga la primera vez y todavía ignora si va a sobrevivir, clásico probar y echar marcha atrás si no funciona.

Susana es igual de hermosa y desarrollada para su edad. Para tener trece, sus pechos son abundantes, redondos, están alzados, las caderas se pronuncian a la medida del deseo y tiene lindas asentaderas, en opinión de Elmira. Ambas contraen brazos y piernas de lo contentas que están, en estos instantes mágicos permeables a flujos impensados, elixir lejano, ahíto de energías antiguas y sensaciones intemporales. Susana se abraza los pechos, sabe y no sabe por qué, junta las piernas, las separa, las vuelve a contraer. Ya ha descubierto que eso, enciende ciertos rincones, pecaminosos según su madre, aunque parece que ésta olvida el pecado cuando el Humberto, primo lejano de papá, viene a verlos y Susana la ve entrar y salir del dormitorio del Humberto, cuando aún duermen los gallos, oye como ella le pide que la bese incluso en sitios más prohibidos todavía.

Las invadió un desvarío húmedo. Estaban en manos de una voluntad ajena. Cerraron los ojos a fin de gozar y soñar a un tiempo. Nadie abría la boca para hablar. A través de la

ventana entreabierta se colaba un hálito discreto que inducía bríos inusitados en quienes tocaba. Un gesto conducía al siguiente, una acción, anticipaba la otra. No eran ellas en accionar, era el hechizo del momento. Las dos adolescentes, a cual más bella, ingresaban en la vida, se entrelazaban, un cuadro tejido sobre dichas espontáneas y ansias impensadas. Susana, morena de ojos verdes, Elmira, rubia de ojos azules, se volvieron una. Lejos, muy lejos, se retiraba el miedo, estaba el mundo ajeno, distante la tarde en que jugaron a las escondidas por primera vez, se revolcaron en el heno; lejos, muy lejos se quedaron los padres, la escuela rural, los muchachones que meten manazas encallecidas bajo los vestidos. En particular uno, el José Armando, hijo del capataz de un fundo a los pies de los Andes. La pericia y dulce paciencia de Elmira prefiere Susana, detesta la brusquedad, los manoseos de pechos, las manos llenas sabañones, los pellizcos a las nalgas.

Lo que empezó esa noche iba a durar tres meses, tiempo dichoso que Elmira en la vida podía olvidar, tal vez empañado por el encuentro de José, chico de ojos muy negros, pelo hirsuto, mirada torva. Una mañana de otoño se propuso esperarla a la sombra de unas matas tupidas. La acechó buen rato. Sabía que debía pasar. Se escondió bien porque no sentí nada hasta demasiado tarde, rememoraba Elmira años después.

Ella, feliz de haber pasado horas inolvidables junto a su Susana, viene brincando, le cuenta su amor a los pájaros, cuando siente un sonido en las matas, seguido de un pitido de chercán que anuncia peligro. Puesto de lado el bolsón se acerca. Cesa el sonido. Se aleja unos pasos. ¡Yist! ¡Yist! La alarma meliflua está a dos dedos, y ella... lela. De modo resuelto se abre paso en la floresta, aparta las ramas de la mata de frutos secos, tantea por si las moscas. Una mano desconocida, bien morena, la tira dentro. Del susto no ofrece

resistencia. Jo... , quiere replicar, si no fuera por una mordaza de carne oscura sellando sus labios. El pilluelo, más esmirriado y pequeño que ella, usa la decisión a la hora de sacar partido de la situación, y enseguida la arroja al pasto. Sin pérdida de tiempo, sabedor de que ella es más fuerte, le levanta la falda. Elmira ignora qué hacer.

Nervioso, a como dio lugar le arrebató los calzones y la abrió de piernas. Ella, detenida en un sitio nuevo, ajeno a sus experiencias, lejos de su Susana, se largó a llorar. El chico la miraba, se burlaba de tales súplicas. Muerta de miedo estaba la chica, seguía inerte, hundía los bucles rubios en la perturbadora frescura del pasto, se resistía a contemplar lo que pasaba en su cuerpo, como si sucediera en un mundo inalcanzable.

El muchacho saca un esbozo moreno, erguido, intenta penetrarla. Ella gime a la continua, se cubre la cara, si bien aparta un tanto los dedos, arroja un vistazo, vuelve a juntar las piernas, y el chico se las vuelve a apartar. Si no me ayudai, hoy mihmo voy a isirle a tu amá que te acostai con la Susana, la amenaza detectada la falta de entusiasmo. Elmira, recuperada en parte la serenidad, presiente que más vale seguir el amén a ofrecer resistencia. Acaba de comprender que amar implica bastantes sacrificios.

El chico, en el verdadero sentido de la palabra, tampoco un experto en los terrenos de Eros, hacía lo imposible para cepillársela, se movía, la pellizcaba, la mordía, golpeaba esas nalgas tersas, hasta que, en una de éstas, la penetró hasta las cachas. ¿Habría pillado a sus padres en la cama?, pretendió explicarse en un intento de pensar en algo diferente al detectarlo a las claras su vagina recién inaugurada. Entre rabia y dolores, sentirlo entrar y salir a la continua, moverse sin querer ella, moverse adrede él, le sobrevino una traicionera

oleada de placer. En un primer momento quiso entregarse de cuerpo y alma. Tocaba ya a la puerta celestial, cuando se la retiró, le dio un soberano empujón. Rechazado el proyecto de viaje, ella contrajo las piernas. Bajo mano se lo guardó el chico en la bragueta y se alejó deprisa. Un buen rato se quedó tendida, mirando la hierba pisoteada. A pasos medidos se acercó a casa. Nada más llegar se metió al dormitorio. Me siento mal, le expuso a su madre. Algún día me las vas a pagar, indio de mierda, se juró a sí misma.

Una réplica del anterior el verano siguiente, salvo que esta vez pasaron las vacaciones en el fundo donde el padre de Susana se desempeñaba de mayordomo. En medio de flores y árboles generosos revivió la ternura del primer encuentro. Elmira le contó parte del encontrón con José. Se fue a vivir a Valparaíso. El padrastro y los hermanos se metieron en un abigeato... y otros problemazos más... así que los echaron del fundo. Hace un mes más o menos que partieron en el nocturno de las ocho. Así que no lo vas a ver nunca más.

¡Alégrate! No seas tonta. Prometedor le salió el augurio. No había que ponerle ni quitarle. En el rostro de la amiga del alma, se debatía la duda. ¿Abi... cuánto fue la cuestión?, quiso saber Elmira. A-bi-ge-a-to, casi deletreó Susana. ¡Niña! Los agarraron robando vacas. El Sergio y el Romualdo las carneaban a la orilla del río. Después, en maleta a la capital; los agarraron antes de llegar a Talca. Dicen que también detuvieron al resto de la familia y al amigote de su mamá... ¿no lo sabías?

La última pregunta, envuelta en ternura, regalando suavidad digamos, incluía besos largos, cálidos, jugosos, apenas daban la oportunidad de llegar hasta el final. Abrazaditas estaban, de igual forma se adormecieron, la una en los ensueños de la otra, la una incorporando a la otra en el momento eternizado.

Al precipitarse los hechos el día que el padre de Elmira determinó que había llegado la hora de retornar al pago, esto es, a Neuquén, el romance celeste se hizo trizas.

Pues que aquí no tengo nada que hacer, mejor me borro ahora mismo. De sopetón se lo comunicó a doña Andrea de los Milagros. Ella tomó nota, bajó la cabeza, atornilló la lengua. Se tomó los vientos así no más, expresó resignada. Y no lo volví a ver, no lo volví a ver, no lo volví, replicó a continuación, sin interesarle el efecto demoledor oculto en la tribulada monotonía, cuando se acaba la vida y la muerte, disfrazada de esperanza, se hace esperar.

Se fueron los años, creció el abandono. Elmira, al cumplir dieciocho, manjar codiciado de cuanto hombre no se sintiera libre, resolvió hacer algo a fin de ayudarla. A esas alturas ya se habían desbandado los hermanos, su madre estaba vieja, cansada, prisionera del desamparo que suele confundirse con madurez. La hija preguntó si necesitaban a alguien en una estancia. El dueño, un alemán cincuentón, don Jorge, cuyo nombre era Jörg en realidad pero no había forma de pronunciarlo, prefería residir en Santiago. Fuera de los amigotes en Paraguay y Argentina, mantenía relaciones de lo más sui géneris con unos alemanes residentes en las cercanías de Linares. De rato en rato se aparecía en la estancia, por lo general en verano. Verificar el estado de salud su madre era el objetivo de estas visitas.

Fue ver a una Elmira en su plenitud y, costara lo que costara, desecharla en la cama. Ella no ofreció resistencia. Ya al tanto de que algunos iban a satisfacerla como le encantaba, bien que hallar al adecuado podía volverse problemático, sabía cómo manejar la función. Pese a

no reflejar sus inclinaciones naturales, siempre era posible extraer una pizca de placer de cualquier tío. Si no tenía la fortuna de entregarse a quien la hacía llorar, delirar de gozo, gemía un poco, entornaba los ojos, conducía las manos a los rincones claves y... ya está. Pero cuando las cosas van mal, lo menos probable se convierte en lo más posible.

Como consecuencia de un giro inusitado del destino, la madre inválida de don Jorge, de habitual residente en la planta baja de la casa de campo, pasó a mejor vida en circunstancias de lo más exóticas y no menos estrambóticas.

Se murió ahogada en el lavabo del segundo piso, dijo el hijo. Una situación pero muy engorrosa, opinó el juez.

Toca hacer algo inteligente, pensó el hijo. La señora ha sido envenenada tras una corta lucha cuerpo a cuerpo y transportada por el asesino al segundo piso, expuso el forense, como quien evita explayarse en demasía.

Don Jorge, viendo, mejor dicho opinando que todo acusaba a Elmira, que los moretones que él mismo le había dejado de recuerdo a causa de la paliza propinada la tarde anterior al pillarla en la cama con alguien que no era él, de igual forma podían ser interpretados como provenientes de su madre en un vano intento de preservar la vida, quedó libre de culpa.

¿Quién sospechaba de mí?, se preguntó el millonario. Siendo poco amigo de las cosas a la diablo, él mismo se había encargado de que hubiera restos del cutis de Elmira en las uñas de su señora madre. Nadie conseguía aclarar el lío a no ser como un agravante. La suerte

estaba echada.

Depuestos los comentarios que no vinieran a cuento, le pasó un fajo de billetes gordos, la llevó donde unos cirujanos alemanes que ejercían sus funciones en las cercanías de Linares. Convencida de que la estadía en la clínica se debía a que no podía mantener esa cara, aceptó ser sometida a una reforma facial, pero los médicos rubios entendieron mal el asunto, de forma que se les pasó la mano al arrancarle el crío del vientre. En posesión de un nuevo rostro, y de una dirección (que jamás existió, comprobaba rabiosa, mucho después) a dónde dirigirse en la capital, don Jorge empaquetó la finta mediante floridas promesas de matrimonio nada más solucionarse el embrollo en la policía local.

Se fue el tiempo, vino el Gobierno socialista, el Golpe, la vida de Elmira prosiguió de tumbo en tumbo. Cada derrota aumentaba la desolación, día a día perdía el alma un nuevo sector. Aguardar consolación en un marido, quizás en los hijos, lo mismo que creer en milagros vista la esterilidad que le dejaron de recuerdo en la clínica próxima a Linares. Como si fuera poco, la sed de venganza únicamente crecía, tanto o más que el anhelo de recuperar un pasado bucólico a la fuerza.

Se desconocen los móviles exactos por los cuales el Coca-Cola hizo la vista gorda cuando el Chico Passo acomodó la bomba bajo su coche. Al no bastarle esta movida, el mismo ordenó la modificación requerida de forma que se trabara el mecanismo de las puertas apenas comenzara a incendiarse. Un mensaje ambiguo. Tal vez pensaba matar dos pájaros de un tiro; quizás tan sólo uno. Como nadie se lo advirtió a tiempo, la regalada pereció chamuscada de pies a cabeza. No tuvo la fortuna del hombre que más odiaba porque la

bomba en el coche del Pepsi, por esas cosas de la vida simplemente se negó a explotar. Demasiado tarde comprendería, y esto sólo mientras se achicharraba, que de poco y nada valieron las intrigas tejidas aquí y allí, ni menos las celadas tendidas al Pepsi, que si bien funcionaron a la perfección, y acabaron por inducir la partida acelerada a Miami, eso no contribuyó al aumento de prestigio, ni ella disfrutó de nuevos ascensos en un escalafón irreal desde hacía suficiente tiempo.

En cuanto a traerle de vuelta a la Susana de la adolescencia, hoy la honorable y piadosa mujer de un alto oficial de Ejército, madre de cinco niños, ni soñar. En suma, de nada sirvieron las iniciativas ocultas ni los interrogatorios directos. La orden de detención, y tortura, de ciertos personajes de derecha, oscuros como boca de lobo, tal fue el caso del marido de su Susana, iba a poner la nota final.

La celada mayor se la tendió Alfred, en círculos de los encapuchados involuntarios mejor conocido como don Braulio. Jamás supo, o siquiera sospechó, que este mismo Alfred, años antes se había llamado don Jorge, era el prometido de tiempos muertos. El resto quedó en manos de sus superiores inmediatos, del destino que ella misma se fraguó y del que iba a aflorar de algún lugar ignoto.

Cap. VII

Bastante jodido enderezar pasados tuertos, ante todo incompletos, sobre cuyas pautas a lo más podría decirse que se trata de un criptograma. Comprensible que se lo intente al menos. Contra todo lo pueda afirmarse, común a dichos enredos parece ser la búsqueda de salidas absolutas, islas encantadas que, de tanto brillar, el náufrago vomitado a sus playas tal vez se muera de hambre, sed, rabia, que nunca de la dicha. A menudo verifica el desesperado que, la mentada solución, en el mejor de los casos, un vulgar lenitivo incapaz de narcotizar la carga que, para bien o para mal, ya hace siglos que se lleva a cuestas.

Cuando el Artista, o sea, Carlos Rosas, del castillo de naipes, tanto montado fuera del terreno como del tiempo, el caballero perito en reparar entuertos salía en defensa de los cagados por los cagadores de siempre, las cuentas pendientes desde hacía mucho, mucho tiempo quedaban saldadas. Ésas que en su día, y, por designios que no entraban en su cálculos, debió aceptar, hacerse el tonto, mirar sin creer, asistir a un espectáculo para el cual no tenía entrada ni había sido invitado que, por el sólo hecho de haber llegado antes, otras manos, otros brazos, apretaban ese pescuezo grasoso que única y exclusivamente a él le correspondía torcer hasta verle patalear. Finiquitado lo aspirado día y noche, para lo cual había montado un complejo entramado de entrevistas y se vendió a bajo precio, de bruces se fue al vacío. El fin del Pepsi, el epílogo de su razón de ser. Nada justificaba su presencia en Miami. Las razones, tan sólo ayer válidas, ahora castillo en un aire húmedo y cálido.

Después de pasar el Pepsi a *peor* vida, un buen rato estuvo discurriendo si regresar ya a Chile y enderezar las torceduras del camino, valioso aporte de coherencia a su vida, petición negada hasta la fecha. Todavía en pañales respecto a su identidad, para qué, o quién vivía, qué sentido podía tener la existencia, dejó pasar un año. Una mañana clara, sobre la marcha liquidó sus asuntos, entregó el departamento y se aligeró de los EE UU.

Lo primera movida nada más aterrizar, pues indagar de dónde venía, quiénes eran sus padres, dónde estaban en la actualidad. A lo mejor tenía hermanos. Puesto en marcha esto, bajo el supuesto que quedara aclarado, seguía las posibles e imposibles pistas consagradas a esclarecer la muerte de su fiel compañera de trabajo, Juana la Periodista.

También se había propuesto desenterrar las intrigas que se tejieron cuando los fieros años de la dictadura. Quería saber a dónde fueron a parar los actores conocidos en persona, y de modo indirecto éstos como la Devoradora, el Nervioso, el Coca-Cola, el Moco de Pavo, el Matasanos, y quién sabe a cuántos pájaros de cuenta más, al presente gente distinguida, honorable, de mucho respeto y no menos dinero. Consideró su deber hallar respuestas satisfactorias a las interrogantes que hacían surgir la muerte de Pepone Carrasco. Resuelto este lío, en el destino de los peces algo más gordos metían las narices; para los de gordura suprema no le alcanzaba la nariz. Si la vida tenía sentido, entonces, éste. Ojo por ojo, diente por diente, Aún no se atrevía a interrogarse qué hacía y dónde estaba el feroz don Braulio. Según las últimas noticias, eso de don Braulio como insinuar don Alberto.

Una tibia mañana de septiembre emprendió las de Villadiego. En el aeropuerto de Fort Lauderdale compró un pasaje *stand-bye* a Santiago de Chile. De ida. Ese mismo día se las

emplumó.

Un cielo nublado le aguardaba en Pudahuel. Control de pasaportes sin novedad en el frente ni contratiempos inventados. El pasaporte estadounidense asfixiaba las preguntas, empequeñecía a los funcionarios, tanto más al haber sido extendido a un anticastrista.

Salvaje impacto a la salida del aeropuerto. Ante sus ojos, un mundo extraño, nada que ver con el de hace quince años. El espacio será más o menos el mismo... el tiempo, no. Poco sentido tenía cavilar sobre la ruta de tales cambios. Detuvo un taxi. De pasadita le puso atención a la cháchara del cantante de moda, a las pingües ofertas de conseguirle una de su gusto. A la pregunta si rubias, auténticas se entiende, castañas, jóvenes desde luego (las viejas, al museo, ¿no es cierto?, acotó entre dientes), o era uno de éstos que prefería *las patitas de chanco*, el típico marica, el taxista le miró de forma compungida y dijo que era súper triste tener que pasar la noche en un país tan lejos de Cuba más solo y botado que rata de alcantarilla. Carlos aprobó la idea y dijo que se la iba a pensar, pero de momento necesitaba descanso. Recibida la correspondiente tarjeta de visita, donde en ninguna parte descubrió las tibias ofertas de compañía femenina, frente a un hotel céntrico le abrió la puerta. Es excelente, limpio y tranquilo, agregó previo a perderse en el tráfico.

Desde ahí iniciaba las pesquisas. Botado se le antojó el precio, por lo que canceló tres semanas de un viaje. Nadie va a sospechar de un gringo como yo. Un poquito de plata por aquí, uno de prepo (tencia) por allá, y se llega a donde uno quiere. Por si las cochinas moscas echó una mirada en la guía de teléfonos. Uno nunca sabe, así que por ahí desenterraba un nombre y la indagación se hacía juego de niños.

Al tanto de su adopción a los quince, de partida, al orfanato. Un brinco le dio el corazón nada más verificar que, contra lo temido, el tiempo no siempre borraba las huellas.

Recorrió el patio, se puso bajo el palto situado en el centro, visitó las salas de clases. Fuerte palpitaba el corazón y ya quería independizarse. Cuando se encaminó a la cancha de fútbol, a sus oídos acudió el griterío de cada fin de semana, alborozo extinguido toda vez que la quietud se reapoderaba de los dormitorios apenas entraba la inspectora y decía que era hora de dormir, basta de cotorreo, mañana es otro día.

De nuevo escuchó historias ajenas y se guardó las propias. Una vez más se dejó cautivar por el sueño de que el próximo domingo (de no funcionar, entonces el subsiguiente) entraban sus padres y le traían todo lo que su corazón había acumulado en años de ansiedades insatisfechas y esperanzas hambrientas, pero no vanas. Experimentó el primer revés al ir a ver a la directora. Se murió hace diez años atrás... estaba mal, muy vieja, comunicaron gota por gota. Ahora estamos en manos privadas. El Sr. Schmidt, de Linares, ¡ay!, qué agradable, todo un caballero, está a cargo de la organización. Hemos tenido mucha suerte. Nos va bien. Mucho mejor que antes.

Apenas hubo oído *de Linares, Sr. Schmidt, todo un caballero, mucha suerte*, en nada estuvo de dar el salto del siglo con tal de averiguar hasta el final de aquello. Luego de aspirar hondo, amordazar la pregunta, no la ira, en dos o tres palabras, medio subidas de temperatura, reveló quién era, qué deseaba. Al punto quisieron ver documentos. ¿Qué se habrán hecho las monjitas?, quiso saber un rincón incontaminado a efectos de distraer la atención, ángulo poseedor de rostro, nombre e identidad, al presente sepultados bajo un pasaporte, un cantito de lo más tropical, fuera de rasgos modificados por las sabias artes

del Dr. Sáez, el cirujano plástico de moda, al año de residir en Miami.

Por hacerle caso a el tío Ramiro, casi se tiró seis mil dólares en las artes -caso de resultar de no ser quien era. Yo que tú me hacía un arreglito. ¡Claro, pues! O, ¿quieres pasar las vacaciones en la capacha? Gasta seis *lucas* mejor, no tu vida. Ni más ni menos que esas palabras le dieron la bienvenida cuando le hizo saber que pensaba ir unos meses a Chile, a ver cómo andaba la cosa. Andaba, pero su tiempo seguía ahí, inmóvil, las recomendaciones de entonces no habían perdido un ápice de vigencia.

Se le vino a la mente que había dejado de llamarse Carlos Rosas, y Rosas era el apellido del padre adoptivo, *fallecido* durante el gobierno militar. ¿No puede soltarme una información así no más?, requirió pecho por el suelo, esforzándose en expresarlo a la chilena. No sea malita. Mire, parece que me trajeron aquí en 1957, por ahí, por diciembre. Al notar cuán escasa era la convicción secretarial, bajo mano le deslizó un billete de cincuenta dólares. La secretaria miró a la derecha, a la izquierda, le observó durante unos segundos y de lo más entretenidas vio a sus compañeras de oficina hablando por teléfono.

Mire, no quiero prometer nada, pero si quiere, péguese una vueltecita el viernes a eso de las cinco. No venga antes. Véngase a las cinco y le tengo todo listo, musitó sin despegar los ojos de las compañeras ni del billete verde. El gesto disimulado, toda una caricia al jersey rosado decía más de alguno, hizo ingresar los cincuenta a paso de tortuga.

El viernes estoy aquí. Sí, señor, el viernes vuelvo. Sí, señor, repetía aún al trasponer el portalón, ya en la calle, saludando a quien le echara una mirada. Para matar el tiempo quería ponerse en contacto con los conocidos todavía vivos, si bien ignoraba la forma de

hacerlo sin que a nadie le cayera mucho la teja. Tal vez pudieran asistirlo en la tarea de averiguar el paradero de los desaparecidos.

En la indagación del paradero de los compañeros de entonces se centraban sus sueños y hallar a alguien que le pusiera en la pista de Los Invisibles. Meses hacía que no tenía noticias de ellos. Aunque peligroso, quiénes mejor que ellos para indicar dónde enderezar pasados torcidos, pero ya intuía que esto no iba a ser sencillo. Descartada de plano la *ayuda* de la policía, en los servicios de un detective privado depositó la esperanza. Se dijo que dos sabuesos en equipo agilizaban la gestión. Resuelto esto, a trabajar en APSI, Hoy o Análisis se ha dicho. Ya he perdido mucho tiempo en estupideces.

Al volver de una fiesta, que le habían dado los conocidos de épocas fantasmas, ni siquiera se extrañó cuando el chófer enfiló el taxi a la dirección de otros tiempos, y eso que él no había insinuado una palabra. Sacando el cantito tropical, protesta suave por el mal entendido, visto que no podía ser sino una distracción. En fin, en Chile hablan tan distinto, y nosotroh loh cubanoh, ¿sabe? como que desimoh cosah mediah rarah. ¿Me entiende?

Silencio parcial. El uno habla hasta por los codos, protesta, cada palabra le arranca un jirón de vino, de pisco *sour*, el otro pone oídos, mantiene la ruta, mira hacia la derecha, hacia la izquierda, baja, sube la cabeza. No bien hubo visto que continuaba como si nada, sin dar explicaciones, más encima volvía a desviarse, bien por el consumo de vino del bueno, bien por la ligereza de espíritu que infunde, tarde se percató que aquí había gato encerrado.

Igual de tarde supo que no deben meterse los dedos en sitios donde el pasado no está tan ido ni hacer preguntas venenosas pensando que eso sucedió antes y ahora a quién hubiera

podido interesarle. Mucho menos en un país y momento histórico en que ya el hurto de una gallina se paga duro y el delito contra la humanidad, por esas cosas de la vida y la amnesia crónica se mantenía impune. Antes bien, el simple robo por necesidad implicaba un atentado contra una moral defendida a base de asesinatos alevosos en los *deshumanizados* que osaban cuestionarla. Mejor ni hablar de vejarla o reclamar justicia conforme se la definía en otros sitios. Sólo un iluso, o un idiota de remate, podía esperar trato distinto.

Jamás por jamás se le pasó por la mente que en el tan hadado proceso de democratización el que, de acuerdo a Pinochet, ya había comenzado en 1980 con la Constitución salida de la aprobación general de las masas en el plebiscito, desde ahora se descartaba la participación directa o indirecta de la oposición, cuando mucho farsa sin parangón.

Años más tarde, tampoco la (In)Transigencia Democrática ni menos el Movimiento Democrático Popular habían de participar en el susodicho proceso. Es más, el Dictador por la gracia de Dios, Gran Capitán de un país remozado, nada más escapar ileso al atentado del FPMR el 6 de septiembre de 1986 por *desgracia* de Dios, recurriendo a la reimplantación del estado de sitio, como quien bebe un vaso de agua continuó la eliminación de quien tachó de enemigo interno.

La política de divide et impera, sumada al hecho de que los muertos no hablan ni menos se rebelan, se mantenía tal cual. Pero esto no era suficiente aún. En estos momentos había que radicalizar y... combatir la radicalización con objeto de frenar la movilización de las masas... histéricas.

Las continuas e inalteradas prácticas de sembrar el caos entre las masas pauperizadas a fin de tacharlas de irracionales, dicho sea de paso la clásica reacción de seres inferiores, no resultan tan absurdas entonces, pues aclaran los hechos cuando la guerra psicológica a comienzos de septiembre de 1985 ocurridos en las poblaciones que no se muestran al turista. Son, en fin de cuentas, una reproducción fidedigna de los acaecidos en septiembre de 1983. Sembrar la cizaña, si se pretende la disgregación, la movida genial. Método tan antiguo cuanto eficaz, bastante utilizado en el pasado, que no va a fallar aquí.

Vienen y van los rumores, nadie sabe a qué atenerse. Se propaga que los residentes de los campamentos provisorios tienen pensado invadir las barriadas pobres de Villa de La Pintana, San Ramón y La Cisterna. En las poblaciones venidas a menos desde hace mucho tiempo, se anida el terror. Como esto todavía es poco, Radio Chilena anuncia que (nos basamos en una orden irrevocable que emitió un alto oficial de las Fuerzas Armadas) cerca de la Población Lo Hermida se van a efectuar ejercicios de campaña. Durante un alto el fuego se procede a la confiscación de películas, casetes y vídeos salvo del equipo de uno de los periodistas. Gracias a él puede registrarse y darse a conocer el embuste.

Meter cuco, culpar a desconocidos (los elementos subversivos de la oposición) de los muertos y heridos que los sicarios originaban a cada paso, la intención directa. De este modo, a los de La Victoria, Lo Espejo, Villa O'Higgins, San Gregorio y Santa Marta, se les comunicó un idéntico mensaje, quedando demostrado de esa forma que, ésta o aquella población tenía planeado atacar a la siguiente, o a las demás, y la intención, bueno, la habitual, o sea, apodarse de sus (escasos) bienes luego de borrarlos del mapa.

El resquebrajamiento de la moral, entonces, la meta, mejor dicho destrozamiento del menor asomo de solidaridad. Para salirse con la suya, sin siquiera ensuciarse mucho las manos, por cuenta de soplones, sabotadores y apagones estratégicos se realizaban las operaciones. Como se lograra poner patas arriba la precaria normalidad de los pobladores bastaba; hasta sobraba. El pánico, que ya luego cundía, evidenciaba el grado de irracionalidad, el estado de desorden mental en que se hallaba el pueblo debido a que había abrazado una ideología venenosa... como el comunismo internacional. Su salvación, obvio... ¡Pinochet! ¿Cómo no se dieron cuenta antes de derramar tanta sangre? ¡Ajá! Ignorancia supina. Comprensible, muy comprensible. Pero, ¿qué puede esperarse de una etnia tan *distinta*? ¡Claro! Cosa de mirarles las caras y ver de dónde vienen para vaticinar a dónde irán a parar. De ahí que, sin la ayuda de quienes ellos, los malagradecidos más dispuestos a escupir a quienes de forma altruista tienden la mano que a estrecharla, detestan de forma injusta, el apocalipsis social, por supuesto antesala del nacional, cuando ya se sabía que ni una hoja de árbol se movía sin el consentimiento del Gran Capitán de un país remozado, desde luego lo más seguro.

Poco o nada alcanzará una oposición fraccionada en Alianza Democrática (AD) y Movimiento Popular Democrático (MPD), en torno a los cuales se desliza un Partido Comunista fantasmal. En la AD siguen penando los viejos temores al comunismo de la Democracia Cristiana quienes, en un inicio se alegran del Golpe, bien que aún se oponen a la lucha armada como una manera legítima de lograr sus objetivos. Según ellos, una causa únicamente justa si el dictador resuelve quedarse en el poder más allá de 1989.

Como quiera que se la mirara, lucha perdida de antemano. A más de eso, en la Constitución *promulgada* en 1980 se decretaban elecciones presidenciales para 1989, pese

a que salvo los partidos políticos que hubieran demostrado su respeto hacia la nueva Constitución, podían participar. Esto, paradójico y absurdo en alto grado vista la prohibición total de partidos políticos, por supuesto la táctica destinada a crear unas inseguridades que, hallada la terapia afín a la dictadura, en menos que canta un gallo los pacientes recobrarán la salud que tanto complace al régimen.

Aunque a iniciativa del cardenal Francisco Fresno se crea el Acuerdo Nacional y, principios de septiembre de 1985, incluso se reúne en Santiago un grupo dispar de políticos de derecha y centro, subrayándose la imperiosa necesidad de retornar a la democracia, de plantearse en directo al dictador guardando las pretensiones de convertirse en vitalicio, pese a la rotunda negativa del patriarca, hito importante en la transición a la democracia.

De forma nítida dio a entender el aludido que no pensaba desistir de la conducción del país hasta 1997 y, para las elecciones del 1989, era el único candidato. En suma, la cacareada Reconciliación, invento de quienes no han experimentado pérdidas de ningún orden, y de buena gana movido los resortes de la dictadura, en el mejor de los casos, definición económica, el derivado de los experimentos al ritmo de los *Chicago boys* en Chile y que en un inicio fracasa en redondo. De democracia política, social y económica a lo más el nombre. Tocante a emparejar desniveles sociales y económicos, tan lejos se está cuanto de siquiera considerar la posibilidad de sanear los errores y las injusticias brutales del pasado -sin pasar- y asistir a los menesterosos de hoy, puesto que, a criterio de los nuevos ricos, es decir, los vástagos y compadres de los de siempre, no hay errores y, los *rotos* no se merecen un trato mejor. Años después, la Concertación por el no, rescataba de a poco el escenario político de los *momios* sin que ello significara más que un leve cambio de ruta

vista la política neoliberal que iba a supervisar todas las movidas económicas. El deceso del Gran Capitán -ficticio o auténtico tal vez no lo sepa ni él mismo-, seguido de Gobiernos de izquierda suavizada al término del cual sobreviene la retoma conservadora, el gusto por parecerse a lo difundido en la tele, donde el consumismo multiplica las tarjetas de crédito y no los ingresos, encima de la farándula asumiendo el narcotizante papel de no olvidemos la diversión en una vida que no tiene casi nada divertido si de la cuna a la tumba no te queda otra que mirar como el gato a la carnicería, en la ceguera y desmemoria ante los problemas mundiales, ven el desarrollo al más puro estilo capitalista, o sea, la solución.

Se había regresado al ayer... la cuenta seguía impaga. El capítulo decisivo no había sido escrito, sino desplazado hacia un futuro que nadie osaba imaginar. Bajo una alfombra larga, colorida y limpia, las intrigas y atrocidades. El personaje importante, que ahora, sacando pecho, transitaba sobre ella, el mismo de los zapatos bien lustrados e impecables, de traje fino, enguantadas las manos para silenciar la sangre, hacía lo imposible para aplastarla y darle otro sentido al relieve que día a día se pronunciaba más. Felices estaban los expertos en hurtarles el cuerpo a la conciencia, también expertos en la topografía de la alfombra, aunque los montes no se desgastaran a la velocidad esperanzada. En la vida iban a quedarse cortos cada vez que había que inventar(se) razones para justificar increíbles actos de cobardía y terror, y ya -se- preparaban el terreno para olvidar lo inolvidable. Nacía el olvido legal, la insólita pérdida de la memoria, la ausencia conveniente.

Mañana va a correr mucha sangre. Se ha postergado la justicia social y económica, se hecho la vista gorda a los crímenes perpetrados en las personas de..., alcanzó a expresar antes de tenderle los brazos el vacío.

No bien hubo llegado a un descampado situado a los pies de los Andes, de un coche sin distintivos salieron dos personajes tétricos, a la verdad, escapados de antros privados de rostro. Sin decir agua va, agua viene, a punta de empujones y patadas le sacaron del taxi y encajaron trece balazos. Ni intentó huir el momento que pudo hacerlo. Acto seguido, bien enjaulado en un saco provisto de lastre, compartiría el destino de miles que perdieron la vida en el Pacífico, un lago o, a falta de agua, en un basural cualquiera. Del Carlos Rosas de ayer, al presente si acaso dueño de una facha diferente, convertido en Gabriel Cordero por mandatos del destino, no se volvió a hablar nunca más.

Sobre un césped bien tenido, florece la vida que pareciera ser de rosa. Bajo él, los pálpitos de un volcán furioso, solapado, dispuesto a estallar cuando y donde menos se piensa.

Inconclusa ha quedado la historia, ya que los fantasmas jamás olvidan y nada más esperan el momento oportuno de regresar para escribirle el final... momentáneo.

Purgatorio

No os podéis quejar de mí,
 vosotros a quien maté,
 si buena vida os quité,
 mejor sepultura os di

(José Zorilla, Don Juan Tenorio, acto I de la segunda parte)

Cap. I

Agua pasada para Leoncio los meses de una tristeza que muerde los tobillos, maldición de épocas desconocidas para él, nada que ver con su historia, no obstante, muy suya. La noche que creyó descartar en definitiva la idea de regresar, se hizo la idea que, a partir de hoy, empezaba a recobrar la dicha.

Su existencia al costado de Brunhilde (ambos de lo que deparaba el día) aconsejaba centrarse en el presente, que aún no había llegado la hora de preguntarse que sentido tenía la vida, pues eso cuando deja de tenerlo y a uno no le queda otra que comprarse un perro, un gato, un canario discreto, por último la resurrección de ciertas huellas, instantáneas vistas dichas en momentos de abandono, tomadas cuando se tenía la sensación de ser uno el genuino director de orquesta. El día que te preguntes para qué o quién vivo, ese mismo día ya puedes mirar hacia atrás, visto que delante de ti, sobra la vejez, la soledad, fósiles de tiempos dichosos, reveló un pensamiento que se anduvo colando justo cuando él la devoraba a besos y ella, de piernas en sus hombros, se lo tragaba a la manera de una socióloga a punto de egresar, pero que todavía no tiene claro algunos puntos sociales.

Tres floridas semanas antes de que el destino de Brunhilde se enredara, en una fiesta de mucha cumbia y no menos salsa, en el de Gonzalo, un ecuatoriano de Manta, y prefiriera ella la discreta aridez de la costa pacífica a la descarada polución de Santiago. Un día, igual a cientos, apenas hubo llegado del trabajo en un restaurante español, se encontró un piso de lo más vacío, frente a un lance vuelto humo. Encima de la mesa del comedor, bien debajo de un florero del cual pendían flores agónicas, la nota a cargo de la aclaración cabal, a veces medio olvidadiza respecto de los móviles. Como empieza, todo termina... el amor es el amor. Lo siento. Hilde. Vuelta a precipitarse al barrancón de fondo hipotético, nada menos que a la vera del vergel radiante. Un paso en falso, y del uno, directo a la mierda. ¡Bienvenido! Yo te espereba más tarde, pero, bueno, ya que estás aquí, toma asiento.

En un inicio, Hamburgo, el paraíso terrenal. Por motivos, que nunca llegó a comprender, de ayer acá se inundó este edén al alcance del bolsillo, quienes no sabían nadar comenzaron a ahogarse y, las aguas barrosas, a transportar cadáveres o seres agónicos que pedían socorro en jerigonza dada la escasa reacción de quienes tomaban el sol, se contaban las últimas copuchas, o atornillados los labios observaban deslizarse el agua. Después de todo, nuevo castillo en el aire, uno entre tantos erigidos hasta la fecha. Pena más, pena menos, mala suerte. Cualquier situación preferible al desentierro de su Juana.

¿Pero irse de esa forma?, se inquirió a sabiendas que la encargada de la respuesta ni borracha se lo preguntaba. Para ser exactos, la últimas páginas de su tesis le comían los pensamientos, y Gonzalo, de la cintura para abajo.

En su tierra conoció abatimientos, como condenado sufrió y vio padecer a otros. De darse la ocasión, hizo sufrir. Si bien adoraba a su padre, seguía sin comprenderlo. En primer lugar, había huido de España, desilusionado, jurando no regresar hasta ver que se practicaba justicia. Refunfuñaba contra el clero, la nobleza, los militares, pestes hablaba de los ricos, que lo único que tenían en mente era extraer la última gota de sangre de los pobres, sin considerar que al presente él era uno de ellos. Se vino odiando a Franco, a todo lo que El Generalísimo representara después. Pese a esto, cuando se trataba de aplicar las consecuencias de tal animadversión, surgidas en una España que él, en persona, nunca había tenido la fortuna de conocer, se quedaba retacado y... retaceado. ¿Pero cómo rebatirle si hablaba del ayer, no del presente?

Cuando Brunhilde le ayudó a pisar en falso al jurar que el romance esta vez iba en serio, él era su hombre, como ella su hembra, pero no bien daba vuelta la esquina cambiaba babas con el primer latino que la mirara por error, ¿tenía una salida por encima de la ilusión? Tenía. Ahuecar el ala, la una, morirse a plazos, la otra. Se había hecho la idea que él, sí, él, Leoncio, era diferente de sus compipas, y eso que tampoco vio más remedio que hacerle caso a los impulsos y venirse de España nada más pedirselo ella para luego arrepentirse, criticar su estupidez.

Estaba igual que antes. Peor incluso. Cómo no evocar a su Juana e implorar su pronta resurrección, si bien ya veía el peso involucrado en semejante retorno. Por otro lado, de no venir, pocas se le harían las lágrimas para ahogar las penas, ya que de una salían dos, tres, sepa Cristo cuántas más. Cada día verificaba la procreación de la tristeza. ¿Rectificar el pasado? ¿Girar hacia la izquierda las agujas del reloj? ¡Fabuloso!, repuso un sueño

inmortal, por desgracia entorpecido debido a la sensación de que no poder enmendarse lo fuera del alcance, archivado en un cuarto visible, pero también separado mediante un muro cristalino y traslúcido de primera, de más en más resistente a los golpes. Entonces, regresó el sufrimiento que había pretendido hallar sepultura en un romance de fin de semana, cosas que se dicen, luego también se hacen, llevados por entusiasmos tropicales. Decidió salir a tomar aire. Mañana le escribo a los viejos, repuso y el consuelo aprobó la idea.

Se metió en un café, punto de reunión de sudamericanos, españoles y portugueses a ver si se le pasaba la humareda tóxica. Ellos hablaban, contaban chistes, le ponían entre pecho y espalda, él pensaba en su padre, en el cariño con cuentagotas, en su constante inconformismo. ¿Sabés? Las cosas las pintás así y te salen asá; así es la vida... asá los proyectos, dijo una vez un argentino de Santa Fe, a quien un ataque al corazón puso fin a sus días mientras bailaba aires de su tierra en una taberna de St. Pauli.

Se interrogó hasta cuándo pensaba durar el calvario. ¿A quién achacarle los desatinos? Las desdichas ya tenían domicilio fijo. Le parecía insólito que su padre no se diera cuenta de la situación. Era como si no viera ninguna relación entre lo que sucedía en Chile y lo ocurrido en España. En Chile estaba presente de cuerpo... nada más. Porque, para ser un anarco, devoto como esos españoles que incluso iban a misa, más fervorosos que quienes aseguraban no serlo, quien, lisa y llanamente le tenía ojeriza a lo establecido, saña y tirria a los cerdos (ricos), sangre en el ojo a la Iglesia, cómo era posible que él y su hermana se hubieran educado en un colegio de curas y monjas bajo un sistema de catolicismo estricto, bautizo, primera comunión y confirmación se entiende.

El rígido e inculcado sentido de castidad con creces superaba al de los Hermanos Maristas y las piadosas monjitas. A su modo de verlo, en este campo no cabían titubeos. Por qué no ser consecuentes... o semejantes a los demás, ahora consultaba al aire lleno de humo. Es que no son españoles. No son como nosotros. Argumento irrefutable. Ellos son... chilenos; eso pone el distintivo.

Nunca se le pasó por la mente estar viviendo en un pantano de contradicciones, subterfugios, pseudodefinitiones, ligerezas mentales, arreglines de última hora cuando ya no queda otra. En Chile de ningún modo hay que arreglar las cosas. Y si las arreglas, tampoco a fondo. Si no, nos cae otro Pinocho, decía el Cabeza de Chanco. ¡Vaya si no tenía razón!

Le ardía la sangre que no se percatara que él, sí señor, justo él, no estaba en condiciones de criticar a los ricos tanto menos al ser su misma casta. ¿No aborrecía su padre la riqueza acaso? ¡Qué odio más inusitado! ¿Acaso no vivimos en la parte más cara y lujosa de Santiago? ¿En el Barrio Alto, papá? Pues eso será porque estamos en América. En España no iba a ocurrir, manifestaba el interpelado. Lo válido allí no es aplicable a ningún sitio del mundo, terminaba. Mire acá, a ver si noh entendemoh, yo nasí aquí, en esta tierra, aducía en un contraataque reiterado, accionando el índice. Mire acá, a ver si noh entendemoh, yo nasí aquí, en esta tierra, modulaba de a una las palabras del hijo en tono burlón. ¡Exprésate correctamente! Tú sí puedes hacerlo. No hay que agarrar las malas costumbres de un país en pañales. ¡No te equivoques! ¡Eh! Tanto tu madre como yo somos extremeños... y ¡españoles! No interesa dónde nazca el crío. Lo que cuenta es la sangre. ¡No seas mentecato! ¡Quita! ¡Ya! Basta de preguntas necias. De esta manera concluían los diálogos

entre padre e hijo. Así hasta verse forzado el hijo a abandonar el terruño.

La elección del destino exigía desentenderse de esos años de sueño colectivo. De haber tenido la sensación de poder contribuir a un mundo mejor, más ecuánime, cuando, a la sazón, ignoraba qué hubiera sido justo, si las iniciativas desplegadas tenían la posibilidad de convertirse en realidad y ayudar a su gente... a la gran mayoría que jamás vio una. Pero como uno propone, y el demonio dispone, las cosas salieron tuertas. De un tajo alevoso, a espaldas vueltas, el mismo general cordial y zalamero, de sonrisa empalagosa, presto a asistir al Chicho un día antes del Golpe, ¡chas!, se da vuelta la chaqueta, se apodera del poder y elimina a quienes tilda de enemigos del país. Se nota que no se mira nunca en el espejo, comentó la acrimonia del sin tierra.

¿Fue ése el principio del descenso... de mi descenso? Sería así porque a partir de ese instante sobrevino el resto, se pitearon a la Juana, arrestaron y ayudaron desvanecerse a mi grupo, el Artista tuvo que respirar otros aires y vivir en Miami. Tiempo después, cuando el que habla y el Chico quisimos ajustarles cuentas al Pepsi y a la Devoradora, no me quedó más remedio que echarme a volar. De bien poco sirvió informar a los compadres de Miami de las últimas copuchas. Ellos estaban allá, yo vivo aquí, entre nosotros historias disparejas, tal vez nuevas. El tiempo en común, hoy pieza de museo; encima de eso, se me iba de las manos, llevándose mi vida, los deseos de justicia.

Lo peor no fue partir de mi tierra, sino descuidar a mi familia. A raíz de eso me metí con esa gringa tal por cual que me hizo volver de España para luego dedicarse a la exploración de camas y propinarme flor (doña) de chuleta en la raja (trasero). Sí. Así fue. Han de

hablarse las cosas como son. Claras. Sin ponerle ni quitarle. Ser honesto, aunque cueste y duela. Ella jamás será mi Juana ni nada por el estilo.

Quién sino ella le había presentado al grupito ése, y él, el muy imbécil, de acuerdo en hacer negocios folclóricos con el Comanche, Tres Tiritones, el Ñafle Loco, el Ciego, el Mátalas-Callando, y el Cara de Colchón. Al Cabeza de Chanco tuvo que echarle el tremendo cuento de que su señora madre se puso recontenta al ver la plata y que, a estas alturas, ya estaba mejor de la operación. ¡Dios me perdone! Menos mal que a la gringa no se le ocurrió abrir el pico y contar asuntos privados. Después de todo se portó derecha, pese a lo puta que salió. Como decía el Cabeza de Chanco: no te preocupes, cabro, porque ella siempre ha sido fiel, muy fiel... al *pico*.

Ni me pregunten de qué forma se fueron los años. Día y noche pensaba en marcharme para siempre en cuanto cayera el Gobierno militar. Trazaba planes, revivía los pasados. Acudí a las reuniones que se me presentaron, jamás rehusé participar en mítines o demostraciones consagradas a reclamar nuestros legítimos derechos. A mi llegada, y luego de hallar al Chico, le mandamos al Artista todo el material requerido. Ahora bien, la desolación y la banalidad, siempre al acecho, no pierden la oportunidad de engatusarte con tesoros materiales. Me gustara o no, debía inventarme mentiras piadosas, postegar la muerte que ya se veía prematura. Pese a esto, el futuro continuaba vivo.

En compañía de la soledad, imposible estar a gusto, máxime al pisarte la muerte los talones, dijo una vez mi padre. Recién captaba el sentido. A medida que se iba el tiempo, comprobado que todo seguía igual, no pude menos que cuestionar esas inquietudes. El

martirio mío, una nadería comparado a los traumas que la Dra. Olgún, y el Dr. Ramírez, ambos psiquiatras de renombre, si bien hasta cierto punto dulcificaban, los suicidios seguían a la orden del día. Me sabía en un país donde fluía el dinero a manos llenas, dueño de una estabilidad política y económica envidiables. En plata, no faltaba nada, es decir, si uno se divorcia de esos ideales, por la borda arroja la existencia conducida antes y conserva intactas las intenciones de engañarse a sí mismo al pensar que puede echar raíces en esta sociedad por un tiempo indeterminado, a lo mejor para siempre.

Probaba ser feliz o, por parte baja, ensayar una nueva forma de embuste, tan desconcertante el uno como la otra. Que eso a cambio los sueños. Conforme me esforzaba en ponerme a tono con los demás consumidores, no estando en condiciones de acogerme a la realidad del exilio político y anímico, verificaba el efecto corrosivo de la espera incierta. A diario me asaltaban las nuevas sobre las desgracias de los exiliados que, pese a haber considerado la autoeliminación como vía legítima, todavía se resistían a dar fin de su existencia. De no estar trucas las vidas, unos izquierdistas de dientes afuera. Me separé del Cabeza de Chanco y su grupo, unos aprovechadores. Los otros latinos tampoco eran mejores. Diferente quizás el cuento, suerte de ganzúa que abría varias puertas a un tiempo. Un día de éstos conté cinco Che Guevaras igualitos. Tania debía llamarse la compañera. No se perdían manifestación y, en la parrandas, los comunachos ejemplares.

En las reuniones, por cierto asimismo dedicadas a impresionar alemanas, sacaban la guitarra y le daban unos cuantos manotazos. Minutos después circulaba la bandera chilena, ahora combada por el peso de la colecta. Para el MIR, caballero, pregonaba el Comanche. Los alemanes aplaudían, admiraban el espíritu de lucha. Convencidos de la valentía, sin

reticencia alguna depositaban hasta billetes de a cien marcos. Si en alguna tertulia se hablaba de Chile, no podía fallar el grupo. De necesitar cooperación, pídanse a los alemanes. Entre los refugiados eran las niñas bonitas, los artistas, en suma, intocables, y eso que únicamente algunos tenían cuentas pendientes con la junta. Como las estaban dando, salvo a muy pocos les caía la teja. Se trajeron a la familia, al perro y al gato.

Vamos recolectando para el MIR, la Izquierda Cristiana, el MAPU y el FPMR, y grupos salidos de la picardía. Una vez vino uno de esos inclasificables a repetir las cuatro arengas socorridas. Con tal de no alterar la tradición, se entonaron las canciones que vienen a cuento antes de hacer la recogida. A quien vino se le pasó el dinero en un maletín de cuero.

Aquí tiene Ud., señor, diez mil marcos... para la resistencia, se le hizo saber mediante un ademán solemne. Para legalizar el asunto se le exhortó a firmar un acuse de recibo. Esa tarde estaba presente. En el momento de cambiar de manos el maletín, el fatal cruce de miradas. Eso fue todo. ¿Hablar? ¿Preguntar lo obvio? Por ahí supe que se había pegado un viaje a los EE UU para más tarde irse a vivir allí con una gringa que había conocido en Viña. Bueno, para qué seguir contando. Contar era repetir. Me cabrearon los cuentos, los chamullos de mala muerte. Para qué te digo más. Voh ya conosih loh cahuineh (enredos), expuso Leoncio. En una fiesta latina se me terció Gudrun, gracias a ella cambié de ambiente. Me corté el pelo. ¿Me veo bien, no? Hasta busqué trabajo fijo. En fin, la reforma de la vida. Como ella pertenece a un grupo religioso, advirtió que no sabía si aceptaban a... a... personas que no fueran... ni hablaran alemán. Con preguntar basta y sobra, propuso a continuación. Aseguró que no iba a haber problemas. Me admitieron, le comenté al Chico en circunstancias singulares, demasiado únicas, cuando, por esas cosas de la vida,

volvieron a cruzarse los senderos.

Entonces nunca hubiera podido imaginarme quiénes eran ellos, qué buscaban, cómo estaban constituídos, si en Chile lo único que sabemos organizar como la gente son las fiestas... y eso, quiso decir Leoncio, pero de nuevo estaba solo, de nuevo había señoras de sombreros mononos que sacaban su perro a dar una vuelta y sonreían al pasar.

Cap. II

A paso de tortuga (de golpe para los afectados) se produjo el cambio de actitud hacia el extranjero, y lo extranjero, así como el descrédito de los sistemas políticos. Perdieron brillo las quimeras, los experimentos sociales -por ejemplo la educación antiautoritaria-, el amor libre con quien despabilara las ganas, el crecimiento económico a la continua.

La exigencia de mundos ecuánimes en lo que a ingresos, derechos y deberes se refiere, desde luego mejor, liberal, forjar el hombre nuevo... a menudo con los restos del viejo, comenzó a engrosar la gama de utopías. Quien más quien menos tenía la impresión de asistir a las postrimerías de una época caracterizada por tolerancia hacia lo de fuera. Los medios no desperdiciaban ocasión de difundir que, esta situación de *Love and Peace*, no iba a durar hasta que las velas no ardieran, visto que, sobrepasado el límite de caducidad, los beneficiados iban a quedar abandonados a su suerte, no siempre la mejor.

Quienes creyeron extraer favores interminables de la generosidad a la que faculta la riqueza, e hicieron la vista gorda a la putrefacción que viene a continuación, de la noche a la mañana se vieron en un callejón sin salida. ¡Oh! Cuánto no añoraban esos tiempos, cuando te ibas de un trabajo, el jefe quería saber el motivo y, sin necesidad de preguntar dos veces, cuando mucho a doscientos metros hallabas otro. Contados con los dedos de una mano quienes estaban al tanto de aquella seducción, creer que eso iba a durar un tiempo indefinido, al menos hasta irse de este puto mundo, si no jubilarse sin haberse esforzado más de la cuenta. Que era un perfume desconcertante, veneno de venenos, engaño de

engaños el que, en sus comienzos, probando confundir a víctimas y detractores, en vez de heder, exhalaba aromas divinos, su virtud principal consistía en aturdir los sentidos, redefinir la muerte, traicionar el sentido común, se ventiló tarde, mal o tal vez nunca.

Los partidarios de una democracia globalizada, los sueños de amplia libertad personal, de amor espontáneo, la ausencia de urgencias económicas, al presente en un tris de desmoronarse. Nada parecía estar hecho para largo. Al paso que los setenta, los ochenta quedaban sepultados, se perfilaba la inseguridad; la sensación de que pocos iban a jubilar en el trabajo actual cobraba formas concretas. De modo similar, el descascarado de la pátina de ingenuidad, ora pretendida, ora real tocante del foráneo. Hondas ansias de seguridad, unidas a una creciente indiferencia por problemas globales, anesthesiaba la conciencia de quienes buscaban la tierra prometida en el estricto cumplimiento del deber, ante todo nada más verificar, tantas veces en carne propia, que sobaban las personas inteligentes, bien preparadas, tanto o más que las mujeres de buen ver, dispuestas a hacer cualquier cosa a la hora de conseguir trabajo decente. Si antes estaba de moda ocuparse de sus semejantes, en particular de los oprimidos, se salía a la calle a gritar contra la guerra del Vietnam, se protestaba por las dictaduras fascistas que asolaban el planeta las que, sin la logística de los EE UU y sus aliados, en un dos por tres se volvían *dicta-blandas*, de momento se rascaban el coco pensando cuánto iba a durarles el trabajo, cómo y a qué precio cancelaban las deudas, la casa a medio terminar; en fin, mantener el estándar de vida cuando las tijeras podaran árboles sagrados, como lo puede ser el área social y los correspondientes subsidios. El interés público ya no centreaba en darle el visto bueno a una sociedad de etnia mixta de tinte oscuro, menos en romanticismos políticos, de modo singular del que hacían gala los sudamericanos exiliados después de su aparición.

Los sudamericanos venían a conquistar una Europa que, a través de un trasplante étnico-cultural producto de las contingencias del momento, eliminada la etnia *inservible* les había conquistado hace unos quinientos años. Prófugos y rehenes de la ruptura síquica-cultural que se gestó en un ámbito considerado intocable, fueron acogidos como seres puros, ignorantes de los vicios europeos. De forma singular en el norte de Europa. Eran... hijos de la tierra, el hijo pródigo que vuelve al lar ancestral, ajeno a contaminaciones político-culturales. ¿Hijos de la tierra? ¡Hijos de puta será!, se burlaba el Cabeza de Chanco.

Claro el objetivo inmediato: buscar la forma de salir adelante en un país rico, de un sistema social envidiable algo que, en otras partes, más parecía cuento de hadas que realidad, en el fondo un modo indirecto de reivindicar justicia socio-económica, desnivel que impedía la paridad en el país de origen desde hacía suficientes siglos, salida viable siempre y cuando las democracias occidentales, dispuestas a prestar apoyo político y material, acabado el negocio hicieran valer su influencia al condenar y castigar los abusos de poder. En suma, ningún caudillo estaba en condiciones de conservar, siquiera llegar al mando, sin la ayuda directa o indirecta de las potencias occidentales, en primer lugar de los EE UU. Pero como una cosa son las conclusiones a raíz de experiencias amargas, otra, entender el teje y maneje de la política internacional occidental, la siguiente, aplicar estas conclusiones al diario vivir, mermó el interés público y privado y el anonimato se apoderó de los exiliados.

Pero no todos eran ultrajados, pisoteados, torturados por el simple hecho de querer reivindicar sus derechos en el país equivocado. Ciertamente venían huyendo de una tiranía feroz. Vista la acogida de que disfrutaron los alemanes en Chile, inmigrados en tres épocas distintas y por razones diferentes, la devolución de la mano frente al refugiado político

chileno fue inmediata. Así y todo, en esta gentileza había más ingenuidad, desconocimiento cabal de las costumbres y del bagaje cultural, que predeterminación. Extraño, casi increíble, del mismo modo inadmisiblemente, que en un país que se consideraba culto a sí mismo, no se supiera gran cosa de los demás pueblos. Sí, sí, yo he estado en *Malorca* y conoco lo *español*, la referencia habitual. Existía tal desinformación que muchos alemanes avistaron puentes, donde si acaso había lagunas enormes, infraqueables, inútil de vadear. Apoyadas estas hipótesis en una supuesta y pretenciosa germanización de las costumbres chilenas. Citaban dos ejemplos: el uso de la palabra *cujen* (del al. *Kuchen*) en sustitución de la española *tarta*, y el empleo indistinto del *ya* (en Chile una abreviación del *ya veo*), a veces índice de admiración. Ahí terminaban los parecidos.

Al desconocerse el español utilizado en Chile, menos estaban enterados de que, si fuera por eso, entonces el *chileno* se parecía más al inglés, al francés o al italiano. Hasta tal extremo llegó el candoroso entusiasmo que incluso vislumbraron un hasta ahora desconocido entronque con quienes habían llegado años antes, y debieron corregir cuando los de (incierto) origen alemán (sólo por rubios), a la fuga del Gobierno de la UP, en francas simpatías con un fascismo que ya se veía venir, cesaron de acudir, y en su lugar apareció el resto, los no tan rubios. Y ¿para qué? Si ya Pinocho y sus compipas se habían echado el país al bolsillo, se detuvo a pensar. Entremedias, los morenos, con rostros más autóctonos, cuyos nombres y apellidos definitivamente españoles, bien que sin divisas en los bolsillos ni a buen recaudo, tampoco sin la menor traza de haberse extraviado algún germano en su árbol genealógico, acudían día a día. Había llegado el momento de abandonar la mente el Alemania... ¡a los alemanes!, y dibujarse en los labios de los antiguos defensores del exilio y de la justicia económica y social, ahora inclinados a la derecha. De aquí a declarar

Europa... ¡a los europeos!, no había un paso demasiado grande ni menos significativo.

Quienes abandonaron Chile a causa del Golpe, salieron en el mejor de los momentos. Y quienes tuvieron el desacierto de llegar en los noventa, pronto detectaban el oprobio, barrera que adquirió mayor notoriedad conforme la década de los ochenta tocaba a su fin. No a causa de un deterioro global en la economía, menos debido a falta de perspectivas de orden económico, político, cultural, medioambiental, sino en razón de una inseguridad respecto del futuro; el aumento descontrolado de quienes, bajo cualquier pretexto intentaban radicarse, agudizó el problema y facilitó un excelente pretexto a la incerteza.

En fuerza de disposiciones legales, los exiliados tenían que vivir a expensas de un sistema de Seguridad Social concebido para casos de emergencia. El encubierto muro en los años de bonanza, que separaba a extranjeros de alemanes, sin grandes conflictos para ninguna de las partes, se visualizó de manera general, llegó hasta el extremo de substituir el que mantuvo separada a las dos Alemanias durante cuarenta años.

Si los exiliados sudamericanos, en la época de las vacas gordas vivieron como reyes, robándose la película en fiestas, charlas y mitines sociales y políticos, imponiendo música y comidas dondequiera que fueran, en los ochenta, la de las vacas a dieta, el público se hartó de ellos. Casi a un tiempo se llenaba Alemania de seres de casi todo el planeta. Ver a africanos negros, asiáticos, árabes, gitanos de Rumania y Bulgaria, eslavos, hindúes, chinos, tamiles, en las calles, de conductor de autobuses, en restaurantes, puestos de trabajo, se volvió igual de natural que observar flamencos chilenos y cubanos en las cercanías de Aquisgrán, gansos egipcios en Heidelberg, loros y papagayos amazónicos en

el sur y, años después, ñandúes en el norte. Puesto que el grado de tolerancia hacia el extraño jamás ha sido pronunciado en estas tierras y, teniendo el mayor números de exiliados en relación a su superficie y número de habitantes, el resurgimiento de los primeros síntomas de reprobación, cuestión de tiempo. A viva fuerza salió en algunos círculos. Alemania y Europa, se atiborraban de gente, aquí y allí decrecía el interés por lo exótico, agonizaba el liberalismo, retornaba la mentalidad provinciana.

De la prudente hospitalidad, en algunos casos generosidad a buena fe, se pasó a la mirada hostil; más tarde, acción belicosa. La actitud nacional, en detrimento de su historia, mudó de manera irreversible, en círculos oficiales se estudiaba la salida diplomática, en tanto se negaba que este país fuera de emigración. Un no va más, el bote ya está lleno, circuló en los ámbitos del diario vivir, se constituyó en lema infaltable de las campañas políticas.

Salvo cuando la solicitud de asilo se hallaba en proceso de tramitación, se prolongaba la estadía, ahora que la vida se tornó más difícil para los peticionarios. A la postre, luego de una serie de debates, se modificaron las leyes de asilo político con miras a frenar la avalancha, tapón a la diabla que pretendía reducir el número. Los indocumentados, habituados a vivir a la sombra de la buena voluntad, siguieron tal cual.

Tardaron en manifestarse las reacciones virulentas. Donde antes el tedio, el cansancio, a veces la alergia hacia todo lo que viniera de fuera, fueran las razones del desprecio, de resistirse a aceptarlos de arriba abajo, a la vuelta de unos años, se transformó en franca antipatía por lo que no fuera nacional o siquiera nórdico. Más de algún sudamericano continuó instalado en la pereza, en las fiestucas de salsa y cumbia, los guitarreos en verano,

se acogió a la engañosa comodidad de subsidios estatales. ¿Boy a traajar yo si el SoSi (Seguridad Social) se pone?, solían argumentar quienes se creían muy avispados y el grupo de desubicados crónicos que, dicho sea de paso, incluían en sus filas a los escapados de una muerte segura y a quienes se agarraban de un cuento. El desnivel cultural y económico que implica la residencia forzosa en un país tan distinto al original puso el resto. En algunos casos, sobre todo al saberse discriminados por motivos oscuros los sin tierra, descubrir que el liberalismo era aplicable en sitios de reconocido bienestar económico, se manifestaba el descontento como rechazo cabal de lo alemán. Idos esos tiempos, lejos de su país, ver que se iba la vida, machacarse día a día que tocaba hacer algo para sobrevivir, el gusto por la *güena bía* les hurtaba la poca y nada de iniciativa en reserva.

Las modificaciones de las prestaciones sociales, así como de ciertas leyes, siguieron el curso previsto, de suerte que, las oportunidades de vivir con decencia empezaron a mermar, en alguna ocasión de la noche a la mañana. Algunos ni se tomaron la molestia de averiguar el sentido. Mucho menos a dónde iba este país. De ahí, la insistencia en reverdecer sueños. Mientras tanto continuaban ordeñando la Seguridad Social, estiraban la mano donde podía caer un beneficio. ¿No habíamos dicho que los extranjeros viven a costa del contribuyente?, argumentaban los conservadores, a veces, hasta con razón.

En el ínterin, los neonazis del este y oeste del país, sacaron a pasear el ideario de los años treinta y emprendieron ataques incendiarios contra los extranjeros que tenían la desfachatez de ser muy extranjero. Cuando el ayer regresa al presente, los delirios arios agitan fantasmas que se creen olvidados, sueños de grandeza que no fueron soñados hasta el mero final, sueños contagiosos, prestos y expertos en seducir a dirigentes y gente de

poder que, so pretexto de proteger la cultura y... la raza, no despilfarran ningún recurso con tal de conseguir los fines. Estas circunstancias, a la cual había que añadir el alejamiento de un compinche del alma, como el caso del Chico Passo, como que quisieron abrirle los ojos, servirle de advertencia. Del resto, a su manera por cierto, se iba a encargar Gudrun.

Cap. III

Cuando se habla de experiencias, por la mayor parte se habla de derrotas, sufrimientos varios a los cuales fue sometida el alma, ya que los del cuerpo, aunque dejen hondas cicatrices, a la vuelta de un tiempo caen en el destierro. Tildar de canchero a alguien, igual que dar a conocer, de igual forma reconocer, que el aludido ha jugado en muchas canchas, su equipo ha perdido un montón de partidos, incluso los que daba por ganados. Luego, un superviviente, tal vez el único náufrago de una expedición sui géneris, de escaso relieve público. A menudo excursión anónima que si bien le encantaba verbalizar dolores, de a una proyectar las escenas del desastre al cual le tocó asistir y participó en directo, a un público tranquilo, soso, pagado de sí mismo, que ni siquiera ha corrido el riesgo de constiparse, pese a los retorcijones de estómago para sí prefiere guardárselas, tragárselas de nuevo, hacerse el tonto. La incomunicación no es el problema básico; nada más que el primero.

O liquidan, o fortifican las amarguras. En el primer caso hay que distinguir muerte física de muerte psíquica. En el último caso prosigue la existencia, pero quien la carga se mueve por inercia. Sabe que ha dejado de existir que, convertido en zombio, un incontaminado rincón suplica la muerte física a fin de redondear la gestión. Quienes tienen la posibilidad de alterar el rumbo de sus vidas, no es seguro que lo hagan por voluntad propia, ya que no siempre es posible aprender la lección tras la derrota, de modo que, a las primeras de cambio, lejanos tiran lo aceptado a título de real, normal, correcto, factible, y se quedan sin nada, el caso de Leoncio quien, de la noche a la mañana, toma la resolución de cerrar la puerta al pasado, para siempre enterrar a su Juana, así como la época de los delirios, los

guitarreos romanticones, si bien chabacanos el día que decide cortar por lo sano. Un segmento vital se había desprendido de su vida y él continuaba sin saber cuándo, menos por qué ni para qué. A las fiestas latinas, antes llenas de chicas deseosas de pasar el rato bien acompañadas, al presente acudían las irremediables. ¿Pasar el rato? ¿Sin condón? ¿Con todo el SIDA suelto?

Desilusión general vuelta tedio. Víctima de la modorra ni intentaba abrirse paso entre la lánguida maraña que surgía como por arte de magia cada vez que se proponía cambiar, emprender algo nuevo, por desgracia aún inadvertido. La saciedad, a la cual conlleva la fatiga anímica, provocaba náuseas, frenaba, sugería pasos, inventaba nudos gordiano en el estómago y no descubría a ningún Alejandro Magno de espada en mano. Feliz aceptó las invitaciones, insinuaciones, los lavados de cerebro de Gudrun; más encima, la rubia de ojos azules era su hembra. El ambiente de ella, fue el suyo; a la semana de estar juntos, el único.

De dientes afuera aceptaron al nuevo miembro. Fuera de no verse muy ario que digamos de desconocer los altibajos del idioma que utilizaban, se preguntaban hasta qué punto un ser inferior compartía ideales superiores. Leoncio no se inmutó y practicó deportes arios.

Alguien le consiguió un trabajo fijo, otro alguien, le instruyó en las artes marciales, en el manejo de armas de fuego, a acampar al aire libre pues el grupo exigía estar en condiciones de sobrevivir en situaciones críticas. Aunque rara vez se opusieron de frente, tampoco le aceptaron en calidad de miembro activo, definitiva e indisolublemente integrado. Estaba y no estaba. Era y no era. Es que... no sabes mucho alemán, explicaba Gudrun.

Si antes, un vulgar barco a la deriva, hoy, hallado el timonel idóneo, la nave cogía la ruta que confiere sentido a la vida bajo la tenaz conducción de la bella durmiente. Pese a esto, salvo las veces que pudo llevar vida familiar junto a Brunhilde, el primer encuentro erótico en aguas barrosas, otra vez a punto de zozobrar, esta vez en aguas límpidas. Cuando los meses de ese romance oscuro, puso su vida en manos de una chica plagada de contradicciones, se sorprendió que viviera tan a lo grande y fuera así de quisquillosa tocante a sus pertenencias. De punta en blanco se iba a la uni; nada más regresar, se ponía lo peor. Fue recordar su manía por la minucia, que suscitaba en él un miedo atroz a siquiera mirar uno de sus tesoros, y volver a circular en su boca aquel disgusto inclasificable, por no decir inútil de verbalizar. Entonces no dio pie con bola al vislumbrar la oportunidad de hacer germinar su vida, tanto menos junto a Brunhilde, pero se abstuvo de comentarlo. De haberlo contado, le hubieran tomado el pelo. Ni lo escuchaban.

Distanciado de las actividades políticas, sobreentendido de los numerosos grupos que las representaban, notó, en virtud de experiencias a medio sepultar, la presencia de elementos discordantes: si no estaban peleados, esto a muerte, ejercían control en la vida de los demás, de forma especial en las actividades íntimas de las mujeres que, bien integraban tal o cual grupo, bien todos a un tiempo. Mal les pesara, tenían la obligación de poner al alcance de los líderes del ayer sus enredos sentimentales. Las vigilancias, asesoramientos en el exilio como solían denominarlo, de marcado carácter intruso, descarada forma de ejercer poder en nombre de la asistencia, así la del Flaco Angulo por citar a uno, en su tiempo se hicieron famosas. Al espectador, de partida al recién llegado, se le ofrecía un cuadro paranoico, hecho de neurosis surtidas, en el que los elementos surrealistas llevaban la batuta. Las sienes grises, los ideales ensombrecidos, pretendían conservar el reflejo de

inquietudes perdidas en un pasado detenido en el momento de salir de su tierra.

De cierto modo y, en mayor o menor medida, cada cual detuvo la existencia en un rincón de los 70; la actual reposaba de raíz en la época de la UP. De tarde en tarde armonizaban los cuadros. La mayoría, huelga mencionarlo, incongruente, cadáveres vivientes que se habían congelado en el momento de huir con lo puesto o, en suficientes casos, por voluntad propia, sin al menos ser herido por error. Intentar establecer una comunicación desprejuiciada, libre de ideologías, de momento suspendidas por intervención de la dictadura, desde fuera de la situación que les empujó a marcharse, obvio que cándido.

Según se iban los años, y El Viejo parecía no tener la menor intención de morirse, de dejarse asesinar por una mano caritativa, retirarse de la política así como de la conducción directamente solapada del país, a la larga debieron admitir que los modelos se habían vuelto obsoletos y, así como iba la mano, jamás iban a llevarlos a la práctica. Rendidos a las evidencias, si bien para sus adentros, buscaron avivar tiempos enclaustrados. Se enfriaron las relaciones con los alemanes a la par que el interés por Chile, desde el punto de vista internacional se reemplazaba por temas más de moda. De la cruz a la fecha los chilenos dejaron de ser interesantes para la vida pública y los medios. Para los alemanes, buscar el sentido a la vida en sueños de izquierda, era regresar a los años mozos, cuando se salía a la calle a protestar por las injusticias y abusos del capitalismo, del cual formaban parte indisoluble al presente. Se impuso el hedonismo y consumismo mediocres, el ocultismo de corte yanqui. Los políticos y politiqueros de los setenta y ochenta se convirtieron en piezas de museo. Si hogaño en algo se pensaba, pues en un puesto de trabajo, dónde pasar una de las dos o tres vacaciones, de ninguna manera en antaño.

A excepción de las figuras de relieve en la política y vida cultural de esos tiempos, las contribuciones al país de acogida, de no estar desproporcionadas (aquí debemos hacer la revolución e implantar el socialismo; en la Alemania Democrática ya está hecho), adolecían de falta de originalidad. Resucitar ideas moribundas o, ya cadavéricas, algo imposible de satisfacer. Los pocos que lograban romper el cerco, violar la mordaza autoimpuesta, acentuaban los estertores de una mayoría que tuvo que quedarse en el destierro. Vivir entre dos aguas, lo más normal. Pero el destino de quienes eligieron volver tampoco resultó halagüeño, porque de no llegar desorientados, los borraban del mapa.

Leoncio, al tanto de las dificultades de vivir en un país rico, capitalista de primer orden, lejos de las metas de tiempos aquéllos, no acertaba a comprender la actitud de los exiliados en los noventa quienes, apenas aterrizaban, se consideraban anticapitalistas. El inmenso desdén hacia lo estimado burgués, desde luego un acertijo temible. Meses después se producía el vuelco, y la bronca se aplacaba mediante tentadores kilos de economía de mercado. Visto y no visto, burgueses por dentro y comunistas de palabra. A la larga, se imponía la burguesía, por dentro y fuera, lo cual acentuaba la contradicción.

A su modo de ver el asunto, la burguesía no era despreciable, por ende, vil, lo que fastidiaba a Leoncio era que algunos afirmaban y rejuraban vivir en un mundo de valores comunistas nada más que por el hecho de compartir las simpatías hacia tal sistema o para justificar(se) una estadía que involucraba ventajas materiales. Es para la risa ver a Huevo Duro lanzando arengas a favor de la lucha armada en Chile, de parte del pueblo, si a él, aparte de uno u otro silbido, por molestos que sean, no le va a pasar nunca nada, rememora haber dicho. Esta política de doble fondo, en que sortear las hipocresías era pedir peras al

olmo, se volvió esquizofrenia pura. Impregnada de embustes, creaba máscaras, antifaces que terminaban siendo la cara de la persona. Por otro lado, asimismo había quienes jamás perdieron las esperanzas de luchar en favor de una justicia social y económica, así hubiera que creer en milagros y aceptar la prisión que supone una espera indefinida.

Cuando supo eso de los fraudes, del mal uso de dinero, en sitios donde los alemanes habían jurado que iba destinado a apoyar al pueblo chileno en su lucha contra la tiranía, se alejó de las actividades políticas y comunitarias, desfalco que se descubrió años después, al cual los alemanes terminaron acostumbrándose y consideraron normal vista la inferioridad de esa chusma y, en tanto no saliera a luz, la indiscutible superioridad germana.

Inapelable fue el corte que les dio a los compinches. Para no olvidarse del español, a tiempos se aparecía por el Centro Español, ambiente le gustó menos que el sudamericano. Gudrun se convirtió en salvavidas irremplazable.

Preguntarle cuándo empezó a querer a Gudrun, hasta dónde era dable llegar usando los medios a su alcance, tomarla tal cual parecía ser, algo como tirarle de la lengua a ver si aflojaba el enigma, visto que la quiso a ciegas, sin necesidad de comprenderla. No obstante los mundos diferentes, patrimonios culturales irreconciliables, siempre se hizo la idea que ella era la mujer de sus sueños. Hasta tal punto que incluso podía hablarse de devoción. A quién ha de sorprender, entonces, que le haya delegado la tarea de indicarle por dónde caminar mientras la suya se reducía a simplemente poner los pies. Gudrun le retiró las ideas de izquierda y en el vacío acomodó horizontes que no estaban concebidos a su medida. Ni tras el primer percance, el novio se enteró de las máscaras.

Cap. IV

Si el gusto de Brunhilde era más rígido que cuello almidonado, incluso hortera, aunque sobrio según ella, en el piso de Gudrun se respiraban airecillos singulares, cualquier interesado en contrastes se sentía a sus anchas. Mirar en una dirección al tuntún, era apreciar claroscuros, contradicciones de forma y fondo, donde no interesaba el contenido ni la presentación. Semejante inclinación no se detenía en paradojas ópticas. Conforme a lo que ella misma había revelado, hasta la fecha su ruta se distinguía por experiencias dispares, de ahí que la memoria cultivara derrotas a puñados, esperanzas a puñados.

En la medida que uno se acercaba al otro, se soslayaban los papeles que iban a desempeñar. Ella, guía fuera de discusión, él, discípulo obediente, ansioso de aprender algo nuevo, bosquejaban un camino que nadie sino él supuso en común, en tanto ella se dejaba querer. El alumno se pasó por alto el constante estado de vacilación que impulsaba a su maestra a solazarse con los extremos; la profesora se hizo la tonta a la hora de tomar conciencia del vacío del alumno. Nadie comentó nada. La ilusión reanudó el tejido.

De las pláticas al calor de una vela o una lámpara discreta, sacó él una que otra conclusión decente, tierra incógnita en ese tiempo. Disipado el suspense, el alumno empezaba a descubrir, aunque de mala gana, obstáculos, a lo mejor insalvables, diferentes de los hallados en Brunhilde, al presente toda una señora impecable, dama hecha y derecha, madre de dos pelirrojos, que dedica los ratos libres a la caridad, se acuerda de los extranjeros si esa fiebre obscena, de lo más impertinente, que pica entre las piernas,

alcanza temperaturas críticas justo cuando su Johann, el marido de su mismo pueblo, anda en viaje de negocios, hace un tiempo de película y las fantasías eróticas de forma descarada se parecen demasiado al recuerdo. Brunhilde, hoy amiga de engullir pasteles de fresa, mirtillo, grosella, frambuesa, ahogados en nata, a las tres y media de la tarde durante el descanso del café en su moderna oficina del *Biber Haus*, o sea, Extranjería.

En ningún momento dejé de creer que algo inefable nos unía y eso era secreto de guardar. Acepté las reglas del juego y me propuse rectificar la vida. Si será explicación convincente, lo sabrá él mismo, cuando ella determinó probar suerte juntos. En la primera semana se ofreció a ayudarlo en la penosa e inane labor de desenterrar la vida, sin sospechar él que se trataba de una finta para rescatar la propia. Él, como siempre, todo oídos.

Que yo recuerde, toda la vida me pasó lo mismo. En las monjas buscaba a Dios a través del servicio al prójimo, pero mi naturaleza me negó la posibilidad. Extraño, sabroso, inolvidable aquel placer vislumbrado en las mortificaciones.

En esa ocasión alcanzó ella el primer clímax oceánico. Sin poner ni quitar, justo en la contricción. Ella quería arrepentirse de haber mancillado la pureza del cuerpo, y ahí estaba la vehemencia en sus pechos, el crucifijo de madera negra buscando la entrada propicia entre las piernas, el sudor masculino en su boca. No era la primera vez que anhelaba soltarse, darse por entera a quien la hiciera delirar, llorar de dicha cuando lo sintiera... allí

Un cambio profundo se había originado en mí. Sin darme cuenta andaba buscando la manera de cometer faltas como para mortificarme, no deseaba más que estar a solas, me

preguntaba qué se pretendía con eso de novias de Jesucristo.

Así es, pero toca agregar que se lo tomaba en serio, ya se veía en sus brazos, y no podía culparse sólo a la imagen, sin lugar a dudas excelente, por desgracia demasiado auténtica, magnética, si lo que se pretende es infundir devoción. Era su Jesucristo, bajo él le hacía empeño a disimular el ímpetu, pese a la traidora la humedad en los calzones. Las veces que rezaba bajo el crucificado en paños menores, se lo imaginaba en la cama haciéndole pillerías alegres. Hasta cuando se unían en la oración lo sentía encima de ella y se la comía toda la noche. Al alba, Jesucristo regresaba a la cruz, y ponía la cara de todos los días.

Quiso poner atención, pero lo distrajeron las últimas frases. Por un lado chocante tener noticia que su querida novia, era medio picada de la araña, y ya muchos le habrían hecho el favor. Por otro, quería averiguar más, sin interrumpirla, animarla a irse de la lengua, según él con objeto de ayudarla a recobrar el centro, una tesis en su caso. Cada palabra aceleraba su flujo hormonal, la desvestía a paso quedo, acrecentaba las ganas de cepillársela ahí mismo, hacer con ella lo que ella había deseado o hecho con otros, adueñarse de ella, ser él, y nadie más que él, su hombre. Gudrun retomó la confesión.

Una vez me preguntó la superiora que qué era lo que había pasado con Axel, el chico que recibía clases particulares de griego y latín. Que por qué no venía más.

Sí. De verdad. No aprendió ni latín ni griego, que a follar, en cualquier sitio y condición, eso sí y muy bien. Un buen día su madre los pilló infraganti. Puesto que la señora era tan pía, tan chupacirios, tan conocida aquí y allá, tan conocida la superiora también, al punto

llegaron a un acuerdo: silencio absoluto si la novicia se largaba de buenas a primeras.

¿Qué me pregunta a mí? ¡Consúlteselo a él! Él es quien no viene, no yo. Si se ha tragado la lengua, entonces, a su señora madre. Para qué mencionar si le gustó la respuesta. Me fui de Baviera y caí en Hamburgo. ¡Qué vacío tan inmenso!

Dos meses después, aborto en Amsterdam. Quiso volver atrás mientras iba en camino.

¿Arrepentimiento? ¿Apego a la vida en el vientre? ¿Sentimientos maternos? Puede que sí. Al tiempo que viajaba sopesaba las posibilidades, que tampoco eran muchas. Cuanto más lo pensaba, menos quería desistir. Pasado un rato vislumbró dos posibilidades, asimismo un abismo infranqueable entre ambas. Del convento ya se había olvidado. También de Dios. ¿No se había olvidado él de ella primero? Por eso, nada de recriminaciones ni reproches. Estaban a mano.

En un cerrar de ojos entendió Leoncio eso del vacío inmenso, la sensación de que alguien nos ha robado algo valioso, no obstante continuar ignorando qué en concreto. Gudrun le dio unas vueltas al asunto. Meses más tarde dijo que se había casado con Mamadou, un Senegalés, a cambio de dinero como era de esperar. No tenía un penique. A consejos de una amiga puso un aviso en un periódico local. Alemana joven desea ayudar a extranjeros en situaciones difíciles. Interesados dirigirse al 789-1430. Mamadou fue el primero en llamarla y aceptar las condiciones. 5.000 marcos le salió el favor. Mamadou quería casarse en Alemania, pero ella le explicó que mejor en Dinamarca. Se casaron en el primer pueblo que hay saliendo de Flensburgo.

De Mamadou me gustó la sensualidad natural, el cariño por el cariño mismo. Mis padres lo aceptaron a regañadientes. Sabían que, como mínimo, debíamos convivir un año antes de que le concedieran la residencia. Cada vez que nos veíamos forzados a mudarnos de casa, surgía el problemazo. Yo hacía las llamadas dando el nombre de soltera a pesar de que en mis documentos figuraba el apellido de Mamadou. A la hora de llegar a un acuerdo para el contrato de alquiler, se enteraban de que había gato encerrado. ¿Qué más podía haber hecho? En cuanto veían esa piel tan increíblemente oscura, la sonrisa de dientes blanquísimos, se tragaban las palabras. Tras un suspiro profundo, reponían soltísimos de cuerpo: No sabe cuánto lo sentimos *Frau Kakukó*, ¿Kokaqué? ¿Kakukí? ¿Kakuká era no? Bueno, como sea, no podemos dejárselo porque, si Ud. supiera, -¡ay señor!- mi hija, la más joven, también la más loquita, otra vez está en la calle. ¿Sabe? Así me largaban el bulo. Escuché muchos cuentos y conseguí pocos pisos. Algunas dueñas de casa experimentaban una curiosidad malsana y bien a la disimulada querían saber qué había de cierto en eso de que los negros eran tan potentes, la tenían bien abultadita, les encantaban las rubias. Mamadou se mataba de la risa, las miraba un rato y, ahuecando la mano izquierda, metía el índice estirado de su derecha, lo volvía a sacar, a meter y, sin dejar de blanquear los ojos, preguntaba en correcto alemán: ¿enchufársela era? ¿A eso se refiere, doña, no?

Duraron lo convenido. De nuevo tuvo que ir a Amsterdam. No le quedó claro a Gudrun si a causa de olvidar la píldora, o porque Mamadou se las reemplazó por placebos. Como sea, en su situación, una maternidad inimaginable. Menos de Mamadou el que, a esas alturas, ya había tomado las de Villadiego. Fuera de algunas estatuas de madera olorosa, especies picantes, discos de música alegre, no supo más de él. Se desvaneció el día menos pensado. No es que tampoco le importara demasiado. Vivía al día, y si alguien estaba con ella,

estaba, cuando no, entonces no.

Volví a experimentar ese vahido. Esta vez mucho más profundo que el anterior. Tres cosas intentaba averiguar: ¿quién era? ¿Para qué carajo vivía? ¿Para quién lo hacía? El día que quise dedicarme a Dios descubrí el misterio negro y me agarró el vértigo blanco. Desde entonces me fascina el amor.

A menudo quiso rehacer la vida. ¡Qué emocionante! Casi, casi lo consiguió, sobre todo después de lidiar con la heroína. Para obtener pasta, seducía en la calle a bichos ya derrotados en la cuna, atiborrados de trabajo, preocupaciones, solitarios de oficio, sin perro visible, si no *camello*. No pudiendo fiarse ni de su sombra, en un estuche llevaba condones al gusto del cliente. Por nada del mundo quería depender de la buena ventura, que el día menos pensado le legaran el SIDA. Trabajaba para pincharse, se pinchaba a fin de trabajar. Glorioso ping-pong de nunca acabar. En un recodo del camino la esperaba La Fuerza.

Al principio experimenté un miedo atroz. Será por temor a dejar atrás la ignorancia, pensé entonces. Verás, cuando te das cuenta de que eres ignorante, y determinas quitártela de encima, te ataca la angustia. Nada más entrar en confianza me entregué a La Fuerza.

Renací. Ya no quería suicidarme. La Fuerza es llama inextinguible, insufla pujanza, te hace arder. Al devolverme la confianza, me hizo regresar a la vida. Dejé la calle, la droga, el narcotráfico y... tú sabes, ¿no?. Gracias a ella encontré El Círculo.

Leoncio se detuvo a pensar. A lo lejos se oían las palabras de Gudrun. Él la miraba, ella hablaba sin parar, la noche parecía a los pies de la aurora.

Confesiones de este calado, al amparo de una vela rojiza, cerquita de un tinto, le forzaron a reconsiderar asuntos que no le había prestado la debida atención. Aunque de momento no disponía de la experiencia necesaria, resolvió almacenarlos, se figuró que su vida había cambiado de manera radical y poco pensaba en el pasado... hasta entreverarse los caminos y verse frente al Chico Passo por segunda vez.

La mañana que le vio, andaba todo de negro. Por la manerita de observarle pensó que iba o venía de un funeral. Corbata de cuero negro, camisa negra, botas negras de tafilete y puntas de plata, traición de la esfera privada a la vista de cualquiera.

Sí, claro, son de plata, le dijo al Chico tras apañar con la acometida burlona. Yo desía de bronce... a lo máh, pero güeno, digamoh de plata, contraatacó muerto de la risa igual que ayer.

Obedecía la curiosidad a que Leoncio llevaba cadenas y símbolos extraños, entre ellos, una estrella al estilo de la chilena, si bien al revés. ¿Qué significa ese número raro que teníh aentro e lestreya?, quiso saber. ¡Ah! Chico, replicó el interrogado, boh siempre con tuh cosah. ¿No beíh que eh un 666?, respondió en tono corrector. Eh que como voh teníh todo al ve-rréh (revés) contestó, creí que era un 999... En to caso ¿de qué se trata? Otra beh, Chico, dale con que ba a yober, no beíh que eh pura decorasión.

El Chico se tragó la respuesta en cuanto hubo visto que su compadre llevaba las cejas pintadas de un color negro tirando a violeta. Las uñas de las manos, negras también. Y, ¿eso?, preguntó otra vez. Eh por El Círculo, contestó Leoncio, ya mosqueado, como quien

requiere el consentimiento de la lengua antes de decir lo que no pensaba revelar. No te preocupíh porque estoy mucho mejor que lootra beh, ¿verdad que sí?, prosiguió a la brevedad, dando vuelta la página en cuanto notó que quería saber algo del famoso Círculo.

¿Como boy ahí?, acotó mediante una sonrisa maliciosa enseguida de mostrarle Leoncio unas fotos de Gudrun.

¿Así que estaih colocao con la gringa? Por ahí me contaron que era pero bien simpaticona y bastante seria, nada que ver con la loca de la *Jilde*. ¡Chis! La suertesita, comentó a continuación. Las vivencias que mascullaba Leoncio impedían responder.

¿Para qué voy a contarle que a la *rusia* le carga estar más de tres días juntos. A su modo de ver las cosas, la compañía es como el pescado: agrada si está fresco. A los tres, días apesta, causa asco. Así lo ve ella, murmuró para sí, resignado, cabizbajo.

Pasado este tropezón en el tiempo, nos perdimos de vista. No volví a verle, bueno, salvo la vez que apareció mi foto en el Bild Zeitung por eso del sur de este país. Entonces no veía una, mariposeaba aquí y allí, respiraba porque el aire es gratis. Nos topamos en una taberna. Fue la primera al cabo de tanto tiempo sin saber nada el uno del otro.

Aprovechando la ocasión lo hiciste depositario de tus confidencias, y él, de las suyas, insinuaste algo de tus asuntos, más que nada lo justo y necesario, en ningún momento comprometedor. Hacía años que no se tocaba el temita de la política y el pasado en común. Para qué ibas a insinuarle algo respecto del grupito rubio, picanean las recordaciones.

Cap. V

Tengo los ojos entreabiertos. Sé muy bien que no debe ser así. La sala está oscurecida, ahora que no del todo. Los de camisa y pantalón negro, de capuchón también negro, nada les costaba haberle hecho sitio a Leoncio, pero para otro día las aventuras. Un día fabuloso nos ha tocado. Afuera, poco menos que ahogado en la foresta, el cuarto creciente intenta mostrar parte del brillante misterio encerrado en su faz. La frondosidad amaga los sonidos, oculta el viso argénteo. Para hoy hay algo especial. Se respira tensión. Nadie habla. Todos esperan la señal. Congregados en torno al círculo, para sus adentros las palabras circunscritas: TEM OHP AB. Díficil se le vuelve la lectura al recién llegado. Una serpiente enrollada, que se muerde el rabo y porta inscripciones hebreas, se distingue pasados unos segundos. Violeta ha de ser la cortina que recubra la ventana a cargo de indicar el este.

Los asistentes dirigen la mirada a dicho punto cardinal. Encantado hubiera participado Leoncio, pero lástima que sea un *indeseable*. Dentro de la serpiente, cuatro hexagramas se orientan a los puntos cardinales. En las puntas, las letras latinas. Leído de derecha a izquierda es I A O. Debería obtenerse ADONAI, pero éste es uno de los tantos enigmas. Hay quienes leen ADN, las letras complementarias, que significan Adán. Del mismo modo puede leerse a la inversa, aunque nadie hace esto por estar reservado al Gran Director.

Fuera del círculo, rodeando la serpiente, sobre varios pentaclos, en cuyas puntas, orientadas al oeste, están inscritas las siglas TO-ME-GA-THE-RION, cuatro cirios de sebo negro esperan el momento ideal. Una vez encendidos se dejará sentir un aroma indicando

la señal tan pacientemente aguardada. Nadie puede decir cuándo ni mucho menos quién los encenderá. Pese a picar esto la curiosidad, nadie se expone en balde y demuestra interés.

Dentro del círculo, los nombres inscritos de los cuatro príncipes de las tinieblas prístinas: Lucifer, Leviatán, Satán y Belial. En uno mayor, que cubre el anterior, dirigido al norte, Zimimar; Gorbón, al sur; Amaimón, al este; Goap, al oeste. Los últimos ocupan el mismísimo centro donde se ha emplazado el quinto, asimismo negro, confeccionado de los materiales más inimaginables y sebo humano. Como los demás se prende solo. Cuando lo haga, despidiendo un humillo que circula a través de los presentes, se inicia la ceremonia. Pasado esto, los diez con la visera del capuchón poco más o menos tapándole los ojos, cejas y labios pintados con lápiz labial rojo carmesí brillante, esperan mi turno de actuar; mientras tanto han de ahogar las ansias. De dicho modo se ha venido realizando. El universo lo sabe... el universo lo acepta.

De repente, me pareció verle en las filas traseras. Uñas de las manos y cejas pintadas de negro. Traje negro. Rasgos petrificados. Carentes de expresión. Todos iguales. ¿Será él? Al fin, entra en escena el Gran Director. Reza una salmodia que a Leoncio se le figuraría un padrenuestro al revés; yo decía un *caddiš*, si bien algunos están convencidos de que sigilo adicional. Se apagan los murmullos. Despojada de mi vestido-capuchón, a paso ligero me recuesto encima de una estera adrede puesta en el centro del círculo. En los cuatro rincones percibo música, instrumentos de percusión. El ritmo se nos incrusta en las venas. Las flautas y zampoñas me llaman, yo acudo gustosa, dispuesta a darme a todos.

La percusión impone su carácter. De un cáliz plateado, el Gran Director saca el elixir vital, se me acerca, describe un pentaclo adicional untado el dedo del medio. Una de las puntas, dirigida a mi vientre en ascenso y descenso de la ansiedad. Erguidos están mis pechos, los muslos, a la espera, tapizados con perlas de sudor. Sigo con los ojos cerrados; así lo exige él. A pesar de esto, alzamiento notable de la serpiente del éxtasis. Acabo de recuperar la condición de ménade. Todos desnudos. Atmósfera electrificada. De mi cuerpo la huída de los primeros gemidos. De izquierda a derecha dicen que muevo la cabeza toda vez que compruebo mi incapacidad de canalizar esas convulsiones. El Gran Director, liberado su miembro, erguido hasta no más, a paso de tortuga me lo introduce en mi jardín. ¡Qué dicha! Humedecida previamente, perfumada al salir de casa, mi flor de lirio no aguarda sino su visita. De manera tierna, total, sin cesar de moverse al compás de la música, al sentirlo entrar y salir, quisiera aullar de gozo, pero aprieto los labios. ¡Evoí! ¡Evoí! ¡Evoí!, llamada gutural que invita a la tierra, escapada de sus gargantas, de mi flor.

La percusión y nosotros somos uno. Transformado el movimiento, los sonidos, la música, en cuerpos vibrantes de alegría y sopor. Las palabras puestas en marcha hacen lo suyo. Cada uno me posee a discreción. A ojos cerrados, sin por un minuto dejar de revolcarse, prosiguen las salmodias e invocaciones con objeto de acoger la noche de Beltán o, si se prefiere, para honrar a Santa Walpurgía. Los perennes, aunque no siempre visibles fuegos de Beltán, en honor al Señor de los Cuernos, circula en nuestras venas en lugar de la sangre adormilada. Nadie debe llegar al apogeo. Porque nadie debe desperdiciar energía divina por puro hedonismo. Tal energía es el aparato circulatorio del Principio Divino, el cual, al ofrendarte la vida, te lo hace descender en la cada unión. Tú, en retribución, se lo devuelves con la intención de religarte al universo y contribuir a la restitución de la

armonía cósmica, encauzar el vigor ubicuo hacia un plano de realización superior, manifestación fenomenológica distante de la codicia humana. Establecida la conexión entre la sutileza de esa luz y la densidad de las sombras, de forma reiterada vuelven a palpase las caricias sempiternas del evo. Recién entonces se escucha una voz que reclama tres veces Beelzebub, al cabo de la cual revolotea una mariposa grande y negra en torno a nosotros, mientras el Gran Director se apronta a digerir una hostia de idéntico color.

Hasta la fecha ignoro cuánto dura la ceremonia. Después de despertarme me vi sola. La gente se había recogido y cada cual abandonado el recinto por senderos diferentes. En algún punto ignorado, los rumbos volvían a convergir. En esta oportunidad la energía nos llegó a manera de sueño virginal. Una doncella, inspirada en mis cadencias, lo recibía, me lo enviaba de vuelta. ¡Qué belleza! ¡Qué dulzura los instantes de íntima y auténtica comunión! En esa ocasión no ingerimos la propia orina para captar lo que ya sabíamos y a pesar de eso seguíamos buscando, ni siquiera la del Gran Director, cuya sapiencia está fuera de discusión. Bebe el agua de tu cisterna, recomienda la Biblia.

Gudrun paró de hablar. Leoncio no se había movido del asiento. No quería perderse ninguna palabra, si bien temía quemarse los dedos dadas las confesiones de quien revelaba de ojos entornados. Ignoraba que ella había contado parte del asunto y el resto... mejor guardárselo para sí. El novio ocasional paladeó los fragmentos añejos.

Palabras y ritual extintos. De algún rincón en las sombras emergió Leoncio y abrazados ingresaron al bosque. No pudiendo aguantarse más, la cogió de la cintura, le soltó el pelo largo, rubio y, cuando estuvo en cueros, de arriba abajo la cubrió de besos. Al sentir la

presión de esos senos abundantes que acariciaban su pecho, el ameno peso de sus muslos en los suyos, se encendieron las pasiones. Estrechamente unidos gozaron el resto de la noche de aquel 1 de mayo sobre un césped de fiebres arrechas y flores pisoteadas.

Tiempo después, tal cual se fundó, se terminaba el Círculo. Quienes no reencontraron el camino a la vida burguesa, en grupos extremos creyeron encontrar la salida. Una noche de mucha tibieza y no menos ensoñación, un antiguo camarada le advirtió a la rubia modelo que los miembros del antiguo y ahora disuelto Círculo se habían afiliado a Sturm 18, y que éstos no tenían nada de romántico ni soñaban con los ojos abiertos del modo vivido en el Círculo. Luego, de ninguna forma iban a tolerar que una germana tuviera un amigo ajeno a sus *ideales*. Bajo amenaza de muerte estaba, entonces, de no deshacerse de él. Ahora bien, en casos de extrema urgencia, y durante el tiempo que fuera necesario, podían hacer la vista gorda. En los estatutos se hallaban las razones y reflejaban la decisión del nuevo Gran Director. Ātash, el Fuego Creador, es sagrado y, nadie que no fuera 100 % ario ni cultivara sus principios tenía derecho a participar en sus actividades y podía considerarse limpio.

Sólo a un ario le es dado vivir de cerca las llamas del *Ātash Bahrān*. Luego de iniciarse, ha de guardar silencio absoluto, obedecer los mandatos sin chistar ni preguntar. El día que se te ordene traer a un elegido, tú vas a por él, se lo entregas a las llamas sagradas de Ātash, de manera que cuando regrese el alma, ella misma te indique lo que averiguó en el mundo de los muertos. Si lo traicionas, te mata, tu alma en pena no renace y vaga en las sombras mudas por los siglos de los siglos, sin aprender nada valioso. De suerte que acata los preceptos y no abras jamás la boca. Ante el peligro de traición, elige la muerte.

De pies a cabeza vestido de rojo, el Gran Director se inclinó ante al fuego. Al rato lo imitaron los discípulos. Eran diez y muy dispuestos a obedecer hasta la muerte. Unidos por lazos de sangre y tradiciones ancestrales, el mundo ario era su auténtico hogar. Ya llegaba el día del renacimiento cuando todo se fuera a la mierda y de la materia no surgiera sino humo pestilente. De ellos despendía el rescate de Europa de las garras malignas. Igual que en los años de la Legión Cóndor, recobrado el tesoro, desde España subía la limpieza.

Cuando mucho, orden clara; el español, problema insoluble. Llevemos al chileno... ése, propuso de modo despectivo un cabeza rapada y las demás calvas miraron estupefactas. Superado el agrio y corto debate acerca de su imagen, a la larga triunfó la idea de utilizar sus servicios con la promesa de pago al contado e incorporarle al grupo que de pésimo humor hicieron llegar por intermedio de Gudrun. Descartada la opción de espía de la policía en vista de la pinta y del status, de dientes afuera dijeron que *encantados* de que pudiera acompañarles en los cometidos que se traían entre manos, de paso hasta servir de intérprete. En las afueras de Madrid era la reunión. Cojan la E-901 en Ocaña y recto hasta Albacete. Poco antes del cruce de rutas, veréis una ermita a mano izquierda. Ahí os esperan nuevas instrucciones y el Fuego Creador nunca yerra. Recomendación por desgracia en español. La traducción de un conocido suyo, que había estudiado romanística antes de perder todos los pelos de modo artificial, hoy consumado admirador de *Kleiner Adolf*, fuera de complicar la gestión, los dejó peor que antes. Movieron las calvas de acá para allá en vista de no encajar en ninguna de sus experiencias. A lo mejor el traductor había entendido mal. Se lo consultaron a Leoncio. De algo que sirviera el extranjero ése.

A lo que parece, listo el encargo, es decir, la cuestión interesante, al presente, más objeto de especulación que nítido, a partir de ese momento podían hacer lo que quisieran, por ejemplo reunirse con los fascistas locales, y para eso no hay fecha determinada. Más que reunión formal, la alternativa ante las barreras culturales y lingüísticas. De ahí, mejor pasar el rato chupando y cantando, en alemán, los unos, el resto, en español. Más tarde, ya caldeados los ánimos, los cabezas rapadas alemanes pensaban enfilarse a la costa porque querían volver bronceados. Antes sí, no sería mala idea tirarse algunos marcos en la visita al Bernabéu y palmotear al Bayern, el único equipo que saca la cara en la liga alemana, si bien Europa todavía le queda un poco grande. De ganar, como estaba previsto, la superioridad representada por máximo siete jugadores germanos, algo indiscutible.

Lenta y parsimoniosa travesía por la autopista a Fráncfort. Si no fuera por los pinchazos en los neumáticos, la tos ferina del radiador, esa misma noche abandonaban el país. En lugar de eso, un tanto despistados, Sven, el albino de mandatos tipo metralla, de mapa en mano indicó hacer noche en algún camping visto que ellos no veían con buenos ojos los hoteles, los que, además de caros, a regañadientes les aceptaban y no querían armar la gorda aquí, pero la sed de buenas cervezas de barril, tanto mejor en alguna fiesta local, con un poco de fortuna, música de Landser, sin lugar a dudas un argumento poderoso.

Tú no te muevas de aquí. Ya volvemos. Hacia atrás le tiraron los ladridos de Sven de no asomar las narices en una aldea repleta de chicas tan alegres que no hubieran tenido la oportunidad de separar la paja del trigo. El extranjero medio útil, de lejos les veía moverse, brincar descamisados, de pechos tatuados vitoreando sus consignas, lanzando odios contra los burócratas de mierda del mundo entero conforme despachaban cerveza en botas de

vidrio de a litro. Quienes no compartían, digamos sus gustos, emprendieron la retirada apenas el folclore local hubo sido remplazado por el *hard-rock* y los inconfundibles acordes del grupo *Landser*. Pasado un rato ya no se acordaban de la misión en España, ni de las pingües ganancias, ni del intérprete. Para hacer algo útil a la causa se fijaron si por ahí había semblantes turcos para enderezar y en que descargar su bronca. De caras enrojecidas se lanzaban sobre aquellos infortunados que se encontraran en el lugar y la hora errados. ¡Alto! Y, ¿éste que tenemos de reserva? A la propuesta del barrigón poco menos que envuelto en tatuajes en honor a Rudolf Hess, de un manotazo Sven le congeló el entusiasmo. Ya habrá oportunidad, prometió, de continuar la operación Limpieza Total.

De Fulda se desviaron a Dippert, y en lugar de Neuhof, al caer la noche tomaron la ruta a Hilders, en opinión de los conocedores el mejor sitio para pernoctar al aire libre. El desparpajo, así como la euforia del desencanto, que alcanza niveles apreciables cuando ayudados por el alcohol, hicieron que, al cabo de unas horas, no sin perderse al menos cuatro veces, al fin hallaran el sitio anhelado. En cosa de días, la oportunidad de ir a Cartagena, o Alicante, a disfrutar de sol y mar todo el fin de semana. Como primero está el deber, Sven, el cabecilla, después de secarse la boca, sosegó los entusiasmos.

Sin invertir más que lo necesario, Leoncio aclaró lo que era una ermita. ¡Oye! No somos católicos; ni siquiera cristianos, quiso acotar uno. Tensa frialdad. Agua fría que se deja caer en verano y lo convierte en invierno. Se iban los minutos y ninguno de los diez en dos Mercedes tan blancos como los ideales étnicos, intentaba profundizar en el tema.

Sven rompió el silencio. Aparte de caer derrotado limpiamente el Bayern en un país muy poco ario, a más y mejor crecía el aburrimiento. Para salir de la duda, Leoncio se ofreció a averiguar dónde estaba la ermita no bien llegaran a España. Después, todavía en plan de matar el tiempo y desviar las amenazas que ya veía llegar, les tiró el cuento que en cuanto hicieran su aparición, quien hacía de superior invitaba a pasar a una sala iluminada por una decena de cirios. Encapuchado hasta las cejas, estiraba la mano derecha sobre una cubierta larga. De todo habría sobre la madera rústica. Leoncio, en la tierra de sus padres, ellos, ante la oportunidad de confirmar la pureza de su sangre luego de posesionarse de aquello. Para sus adentros pensó que al ser el único en hablar español, a él le entregaba un paquete de tamaño regular, además de impartirle la orden de retornar a la ermita nada más recibirlo el destinatario. Sería oír ellos las palabras tesoro, dinero, y oídos de los más afinados.

Al día siguiente se echarían al camino. Atravesarían Pedroñeras y Villarrobledo.

Amanecería cuando llegaran a Albacete. Hartos de extraviarse, en seguida buscarían un hotel barato donde tirar los huesos unas horas. Los cabezas rapadas se desayunarían con cerveza, pan y salchichas alemanas nadando en ketchup.

Digo yo que tal vez por la emoción de ver triunfar al Madrid de forma tan clara, ni me fijé que el destinatario vivía en Cartagena. Para no dilatar más la cuestión, apenas les viera quietos se lo haría llegar. Si las miradas bañaran y condenaran a la hoguera, en estos momentos sería pues ceniza limpia. Nada más terminar Leoncio la cháchara sobre lo que harían a la llegada, un pelirrojo lanzó un puntapié al aire, el gordo del casquete torcido y puesto al revés, un escupitajo medio verde, Sven apretó los puños hasta verse albos. Al sin derecho al pataleo ahí mismo le linchaban, pero sin mí, adiós beneficios.

No son tantos kilómetros después de todo. En cuestión de día y medio estamos en Murcia, repuse para dorar la píldora. De ahí a Cartagena, no hay más que un paso, añadí al punto. Aquí tengo doscientos marcos para lo de primera necesidad; en la ermita arreglamos cuentas, pero ellos se echaron a reír y continuaron chupando y arengando.

¿Qué podía hacer yo, Gudrun? Mejor dicho, ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar? Obvio, ni loca para ir, pensó. Como nadie abría el pico, yo, también lateado, retomé la organización de las actividades al llegar a España. Al tanto de sus –digamos- gustos, y desde luego de acuerdo al plan, en Murcia almorzaríamos: los cabeza rapadas en un restaurante que se llamaba Hamburg y yo en el primero que tuviera pinta de sencillo y lo visitara el pueblo. A eso de las tres nos las emplumaríamos a Cartagena... Tal estaba descrito en el plan.

Por de pronto sí, al comenzar a llover, y hacérsele chico el espacio en los mercedes, por la ruta a Hilders retomaron el camino en busca de un sitio bajo techo. De todo, menos un resfriado. Tal vez a causa del hastío, quizá por exceso de alcohol, la cosa es que se trenzaron en una discusión larga y estúpida que ligerito acabó en pelea. En lugar de parar, ver si valía la pena insultarse, amenazarse, la prosiguieron dentro. De rato en rato, un camión, unas camionetas, algunos turismos. Menos mal que había poco tráfico.

Leoncio, que venía en el Mercedes de atrás, ni tuvo tiempo de darse cuenta cuándo fue que, uno de ellos, agarró del cuello al compañero, trató de forcejear, abrir la puerta y tirarlo fuera. Ahí fue que el conductor aceleró a fondo. Describiendo esas se adentraban en la noche y dale con pelear. En una de éstas la carretera se vació del todo.

De buenas a primeras les hice ver que era mejor dejar las peleas para otro día, que en la ermita nos aguardaba una jugosa recompensa. ¡Eh! ¡Está bueno ya! Tú... ¡cierra el pico! Aquí mandamos nosotros dijo uno, dijeron los demás.

Los skins, como tú sabes, cantaban sus cosas, hace ver a Gudrun. Yo perdido en el ayer, iba cabizbajo. Pensaba en Chile, en lo que viví entonces. Siguieron chupando. Me figuré estar a unos kilómetros del cruce en la carretera, y pronto el hotel donde hacer noche.

Leoncio se detiene a reflexionar como quien acaba de descubrir algo importante y, después de cierto esfuerzo que no logra disimular, continúa. Cuando, para entretenerse un poco, inventaron un torneo. Si no, aquí mismo nos quedamos dormidos, reconoció Sven.

Aceleraron hasta no más. En una de las curvas, al ver vacía la carretera, se pusieron a jugar. Si no se adelantaba el nuestro, lo hacía el de ellos. Pullas, desafíos, insultos, en fin, zahiriéndose prosiguió el viaje. No paraban un minuto. Se sentían invencibles, superiores.

Hasta la fecha me pregunto de dónde habrá salido esa mujer que hacía dedo a altas horas de la noche. Nada más verla frenaron en seco. Está... buenísima. Yo primero, después, tú; los demás, se las arreglan sin intervención mía o... autoservicio, organizó Sven. Al iluminarla y verificar que era morena, indicaron que yo era el indicado, pero ella, en seguida de clavarme los ojos como nunca nadie antes, otra que acercarse, revelar a dónde iba, de lo despavorida que estaba como alma que lleva el diablo echó a correr. ¡Qué le dijeron a Sven! Apenas hubo puesto en marcha el mercedes ordenó perseguirla y borrarla del mapa. Del modo que había aparecido, en una especie de foresta desapareció, detrás de la cual había unas casas mal iluminadas, venidas a menos, a simple vista un asilo para

peticionarios aún en veremos. ¡Muchachos! ¡Camaradas del Sturm 18! ¿Cuál es nuestra misión? E-L-I-M-I-N-A-R L-A C-I-Z-A-Ñ-A. A coro la fueron deletreando y lanzando arengas de combate. Entre aquellas casas maltrechas y mi persona, el paseo de odios que jamás han necesitado motivos fehacientes, preguntándose ya si no sería mucho más sencillo dejarlos caer encima de mí que atracarle fuego a la casucha donde había entrado la morena que tomaba aire al filo de la medianoche, y pasarse por las armas a bichos a lo mejor armados hasta los dientes vistas las noticias recientes. La oportuna intervención de Sven puso fin a la idea desviando la atención, así como las maniobras hacia las casas ésas. A todo esto yo no me atrevía ni a respirar, Gudrun. Menos mal que andaba con dinero. En un descuido me abría, retornaba a Hamburgo, y nunca más meterme yo en... esto.

En un descampado se pusieron a deliberar. Igual que antes, por ningún motivo debía moverme del asiento trasero a menos que me lo indicaran. Al principio me hice la idea que, pese a la brutalidad demostrada, y la absoluta falta de conmiseración hacia *escorias sociales* (así nosotros), aún les quedaba una pizca de respeto hacia sus semejantes, y por eso no querían comprometerme en eso. ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¡Qué error! Mi falta de eficacia temían. Que no tuviera los huevos, algo de lo cual se vanagloriaban a cada paso, y en lugar de ayudarles, fuera un estorbo adicional, y tan lejos de España todavía. El “tú no te mueves de aquí hasta que volvamos, si no...”, sumado a los tragos de aguardiente de trigo en el cual habían diluido pastillas para dormir, paso entre paso me bajó los párpados. Y, ¿de qué manera lo impedía, huía si le echaron llave al mercedes donde venía yo? Pese a esto, clarito oí los insultos a toda voz. ¡Auxilio! ¡Socorro por amor de Dios! Que nos atacan y no hemos hecho nada. De las tres chabolas de que se componía aquel *conjunto habitacional* se escapaban las peticiones de peticionarios desesperados que, a juicio de espías de la policía,

contados agentes aún confiando en la imparcialidad de la ley, y no engrosando ya las filas de los simpatizantes del Ku-Klux-Klan en defensa de la Sangre y del Honor, osaban meter la manos donde no les *incumbía*, tal cual sucedió en ocasiones anteriores cuando dijeron que no había indicios de atentados ultraderechistas como para achacarle tales crímenes a ellos. Así fueran testigos oculares, en la obligación de brindar el desmentido se hubiesen visto caso de haber intervenido a tiempo. Dada la sordera policial y de los skins, bueno, ocurrió lo esperado. De lo último que tengo recuerdo es de las chabolas en llamas. Y ellos, muertos de la risa, ¡*Sieg Heil!* ¡*Sieg Heil!* ¡*Sieg Heil!* Manos alzadas. Caras radiantes. A unos metros, cuatro adultos, tres niños, teas. Después... película borrada.

A la mañana siguiente, el frío y la humedad me despertaron en un bosque. Solo. De extremo a extremo chamuscado. Pasado a bencina. Ni rastro del grupo. Pocos metros más allá, una pila de latas, todavía humeantes; a simple vista, los restos de un coche. Viejo no podía ser. El típico emblema de los mercedes en la nariz puso fin a mis dudas. En ése, blanco en sus mejores tiempos, carente de matrícula, venías tú. Antes, tuviste suerte así que date con una piedra en el pecho. Comprenderás, querida Gudrun, lo poco conveniente en mi caso hacer las averiguaciones correspondientes. Máxime en mi condición de exiliado, si bien, reconocido, siempre un elemento sospechoso.

No sabiendo qué hacer. Qué pensar de todo esto. Por el primer sendero visible eché a caminar, pero con tal mala pata que, en vez de llevarme los pasos siquiera a alguna ruta al norte, un poco más y me ponen en manos de la policía ya que ahora me hallaba a quizás una veintena de metros de esas ruinas aún humeantes. Como si esto fuera poco, a unos cincuenta metros como mucho, digo yo que un mercedes, asimismo otrora blanco, de cabo

a rabo calcinado, además de un patrullero estacionado, dos agentes de blanco tomando nota, y un fotógrafo. La guinda de la torta, querida Gudrun, los ojos de aquella morena que no sé cómo se las arreglaría para verme, traspasarme con la mirada si estaba oculto detrás de unas matas espesas. Patitas pa qué te quiero, dije de un respiro echando a correr igual que ella antes.

Que esos ojos, fueran mucho más que dos ojos negros acusadores, y trajeran de vuelta episodios mejor estacionados en la desmemoria a causa de envenenar la sangre la sarta de recriminaciones, desde luego mejor no sacarlos a paseo ante una extraña a eso.

De la manera como se daban las cosas, no teniendo nada que hacer en aquellos parajes, me despedí del viaje a España, la jugosa recompensa y volví a Hamburgo. Aunque casi lo he olvidado, nunca más me sentí igual que antes. De manera insólita pasaba de un estado de espíritu al siguiente. De no estar en las nubes, pateaba mierda en una letrina grande y profunda.

Ahora, a un año de aquello, tal te dije recién, añadió Leoncio, casi, casi lo he olvidado. Sí, bueno, casi, a no ser porque, noche a noche, esos ojos me observan. No son sumisos, ni suplican, menos tienen excesiva clemencia porque propio de miserables es pedirla, que sin necesidad de recurrir a la gesticulación, bien así como a la expresión singular, a la chitacallando horadan y horadan lo que se interponga en el camino a su reivindicación. Eliminados los óbices, libre el camino, descanso en paz. De eso, más que seguro.

De momento no se me han vuelto a aparecer. Pero debo admitir, que desde entonces tampoco he vuelto a mirarme en un espejo.

Tú que me conoces, ya sabes que no temo a nada. En Chile luché a brazo partido. Me vi en serios aprietos y de todos salí sano y salvo. Además, ¿para qué iba a mirarme? ¿Para no dejar de ver los ojos de siempre, que son míos y... no lo son? ¿Ojos vengativos que día y noche me recuerdan la traición, la promesa incumplida? Un buen día acaban conmigo. Por eso no lo hago, Gudrun, concluye a su modo la interlocución; soliloquio interminable en opinión de Gudrun, si acaso extracto del primer percance, más disco rayado que apertura de corazón.

Cap. VI

La llegada del verano a su manera fractura los esquemas invernales, gestión venturosa en el norte de Europa, donde el invierno dura más de la cuenta, y la primavera mendiga la autorización de un frío persistente antes de siquiera asomarse. Se produce la ruptura definitiva cuando el sol apenas respeta ciertas horas de la noche, de forma que entra a funcionar el esquema tibio, la gente se desprende de la montaña de ropa, el ánimo general, ahora optimista, si bien persiste el temor a cogerse una gripe en el metro las veces que alguien tiene la mala ocurrencia de abrir las ventanillas, gesto que luego se castiga mediante miradas furiosas, tras las cuales se alza del asiento alguna señora evidentemente ruborizada por el calor y, ofendidísima, de un manotazo la cierra. A la vuelta de una semana la humedad alcanza niveles insoportables. Dirigir la vista a objetos distantes, lo mismo que observar a veces imágenes tiritonas, medio envueltas en niebla celeste, así la de Gudrun que poco menos deslizándose a lo largo de calles saturadas de negocios allá en el barrio de Sternschanze, sitio en el cual confluyen ideas de una izquierda a la medida de los años, una anarquía nacional, además de brotes artísticos de posición indefinida.

Agonizaba el verano cuando se le hizo imposible domar los pensamientos en torno a episodios deseosos de sacudirle el espíritu. Los secretos, antes oprimidos a buena cuenta, pugnaban por evaporarse de la tumba. Muy presente tenía ella que Leoncio debía conocer toda la verdad, y correspondía hacerlo ya. Para lo último le faltaba coraje. No hacía falta ser adivino para suponer confesión de última hora, que también la verdad tiene su hora.

Hacía más de un año que se había alejado de todos los Círculos. Seis meses de vacilación, sin hombres en ningún sitio, vinieron a continuación. Reordenar el puzzle de su existencia la intención inmediata. Actuando como siempre, le dio tiempo al tiempo. Un días de éstos, de sol radiante, pasos alegres, carcajadas en los bares, harta de tanta soledad dio de mano al encierro voluntario, se incorporó a una comunidad que aseguraba trabajar con la luz, y asistió a las reuniones quincenales. Por lo que entendió aquí no cabían sombras.

Me trataron con excesiva amabilidad. Tanto de ello que el proyecto de ánimo, más bien me humillaba. Deshechos en sonrisas, como quien no quiere la cosa, recomendaron utilizar mis ángeles. Y yo, incapaz de poner buena cara debido a la depre a cuestras, calando ya los huesos, no sabía qué decir. Ábrele la puerta a la luz, si no cómo quieres que entre. Nadie sino tus ángeles te ayudarán, advirtió la sonrisa extra.

Hasta el cansancio me lo repitió, todas las veces que asistí a una sala pintada de blanco, atorada de rosas blancas, iluminada gracias a cirios blancos, un tío de treinta, cuya presencia denotaba excesiva inquietud hacia lo blanco. Medidos, estudiados a propósito los gestos incoloros, tocaba una melodía en un piano de cola blanco como quien no necesita aplastar teclas. En su opinión, la movida celestial. Puesto que lo celestial, según él era blanco, entonces todo de perlas. Porque cada visaje ha ser ligero, estar lleno de etérea gracilidad, explicaba antes de siquiera pensarlo yo.

Una veintena de vestidos de punta en blanco, distribuídos en la sala sobre una tarima blanca, escuchaban albas frases y ponían cara de circunstancias. Hombres, mujeres y niños, a cuál más blanco en actitud de dirigir sendas miradas hacia el cielo raso, desde luego,

blanco. Allí están sus ángeles, pensé, y las sonrisas no paraban. Quien más quien menos entrenaba músculos faciales, menos yo. No se me ocurría nada mejor que observarlos boquiabierta. Para qué mencionar si tenía ganas de averiguar más de lo blanco.

Prisionera de mis delirios, ya que eso sólo podía ser un sueño, para colmo blanco, a solas en su blancura les dejé. Tan entusiasmados consigo mismo estaban que ni se enteraron de la ausencia. Me sentía mal. Pésimo. Horrible. Disminuída. Durante unos momentos experimenté la sensación de no saber nada de la vida, ni de pasarlo bien, ni de vivir a todo gas. Si antes creía disfrutar, hoy notaba la dimensión del engaño. ¿De qué te sirven los conocimientos de lenguas muertas? ¡De nada! ¿De qué, la mitología y la religión? ¡De nada! Y, ¿las aventuras eróticas? ¡De nada! Tú, una vulgar prisionera de la esperanza.

Respuestas idénticas, ni más ni menos feroces que las preguntas. ¿De qué tus experiencias en los Círculos si la *depre* es tu segunda dermis?

La imposibilidad de al menos expresar una pista, me obligó a ir al jardín y cerrar los ojos. A alguien fuera de mí rogaba, en su defecto, que me ayudaran las evocaciones que se sobreponen al tiempo y no saben de adversidades. Fervorosos ruegos de una que con un pie en la mierda, por si alguien se tomaba la molestia de aclararme el panorama y, como antes, me enviaba un signo, igual que a mis antepasados. Cuál no sería mi sorpresa al ver que, en efecto, se me indicaba una senda, me cogían de la mano. Me preguntaron el motivo de las tribulaciones, si todavía ignoraba que aquellos ángeles, saturados de belleza y piedad, en diez mil años dejaban de ser piadosos, perdían las alas y se podrían paso entre paso. Entonces, comprendí que, mi vida, había sido la búsqueda constante de mí misma.

Anticipándose a mi voluntad el flujo de esas palabras. ¿La respuesta?

Si algo nos mueve día y noche, pues la búsqueda cómo satisfacer las apetencias. Se consigue esto abusando del prójimo y tolerando que te utilicen. Armonía utópica, ya que el toma y daca funciona como corresponde siempre y cuando prevalezca la disparidad, eso llamado injusticia, necesidad adquirida nada más dar el primer paso en la vida.

Se detuvo a reflexionar sobre lo dicho antes de continuar.

Pronto me enteré de que no era yo quien lo había dicho sino esa imagen vaporosa que se valía de mis labios a la hora de verbalizar mis apetencias.

El hecho de querer contárselo a un Leoncio mudo, inerte, no la sacaba tanto de las casillas, tampoco la inducía a obstaculizar el relato al notar que el chico no daba más que, entre airado y triste, en puntillas se alejaba de su cuarto y escabullía la despedida.

Me di a la penosa labor de resumir la existencia. Mal que bien confeccioné una nómina que tenía por fin rescatar del olvido lo relevante. Horrorizada, aunque todavía lúcida, verifiqué que no me había faltado nada material, que el denuedo realizado a conciencia, pues el aprivisionamiento de materia a fin de satisfacer requerimientos crecientes. Son tuyos y... no lo son. El hecho de confirmármelo esa voz, me hizo dudar. Así y todo, reconocí que me había movido de extremo a extremo y caído en la trampa que aguarda en cada límite.

Conforme desenterraba los motivos, se evidenciaban las avideces, tema que en la vida acerté a comprender como se debe. Por eso ando a la deriva, desde que tuve uso de razón,

siempre a la deriva. Tocante al sentido y a la naturaleza del bien y del mal, ni idea. Mejor no hablar del origen de ambos. Si antes me hice la ilusión de ser la única perdida en ésta y otras materias, la vida me enseñó que tampoco entendían esto quienes aseguraban conocerlo a ojos cerrados y, por ende, se sentían en la obligación de enseñárselo a los demás. En suma, tanto ellos como yo en pañales, ninguno sabía a ciencia cierta en qué consistían los acertijos de la creación, no tenían la más remota idea qué clase de enigmas coincidieron, coinciden y se darán cita en las fuerzas del aniquilamiento total. Muchos hablan y hablarán en nombre de Dios, que no lo harán, a no ser en nombre de sí mismos. Este proceso, fatal por antonomasia, participa en la vida y no es divino. En nuestro caso particular, autoinducido por la soberbia, trillada salida que se apodera de quienes están en manos de la ilusión y piensan que son invencibles. Si de algo puedes estar seguro, pues del fin de su mundo... y más pronto de lo imaginado. Porque si hay algo cierto, luego, el renacimiento de la esperanza, si bien jamás nunca en las condiciones actuales, ni tampoco bajo la conducción de quienes detentan el poder y lo defienden a como dé lugar.

Humildad es sabudiría. Buscar poder es sumirse en la ignorancia. Regeneración implica el Apocalipsis, renacer a la vida, en un entorno natural y no en medio de sofistificaciones.

Esta revelación de mis propios pensamientos me ayudó a comprender lo que me había faltado desde el inicio.

Como en un segundo diáfano, de aquí se pasa allí, vi que en la ignorancia de las fuerzas que rigen el mundo, se sitúa el motor de instituciones así de viles cuanto numerosas, tales como el Santo Oficio, los hijueputas Nazis, los régimenes militares, dictadores, verdugos y

timadores de cualquier índole y color, u otros de estilo similar. De haberse sabido, hubieran visto cuán veleidoso era imitar a un Dios ignoto, nunca caracterizado por el poder, sino mediante una sabiduría incomprensible para nosotros, más cercana a la humildad profunda que a la ostentación aparatosa. En este caso, cero exterminios cruentes ni despiadados, cero motivos para que una minoría se cargara a otra en nombre de la verdad, del bien... de Dios. Nada ni nadie nos salvará a menos que lo emprendamos nosotros mismos. No se renace a la gracia salvo que se encienda una llama mediante otra situada en un plano superior. El sentido del Juicio Final no puede ser sino el repentino y violento ascenso a estados de conciencia hasta ahora ni soñados, después de haberse desprendido del yugo material. Es encontrar La Verdad... nuestra propia verdad... sin interesar ni sospechar cómo o cuál podía ser ésta... asunto que no requiere preparación.

Al tiempo que me lo elucidaba supe que en mi enfermedad fatal estaba la salvación. El cansancio, sin embargo, me roía el alma, disipaba la claridad de antes. Me despedí de todo, de quienes amé y, en algún instante, también me amaron, de quienes me usaron, violentaron y maltraté e hicieron lo mismo conmigo. En paz con la vida... y conmigo misma, al fin se me revelaba el sentido de la vida, de la muerte. Feliz del hallazgo, resolví ponerle punto final a todo. Entonces, que venga el *Mal'aj ha-Mavot* de mis antepasados, ángel de la Muerte que gustoso me acoge en su regazo de sombras, cuna de la nueva luz, simiente de la libre esperanza, fin del exilio.

Horas llevaba atornillado en las frases nefastas que le trajo el correo de hoy. Podía hablarse de letra regular, alivio que experimenta la persona que debe cargar un peso acojonante, ponzoñoso, especie de carcinoma que a menudo embellece al aumentar el hechizo. Repasó

la carta. Aunque quiso estudiarla a conciencia, detenerse en cada frase, sus ojos volvieron a sumergirse en las mismas frases aciagas del inicio. ¿Cómo eludir el asedio? Las situaciones críticas, acrecentan la soledad de quien toma noticia de ellas, más aun si quien las da a conocer te manda una invitación a su muerte. La vuelta de la aflicción interminable. Otra vez, o la segunda y última versión del destierro, desolación mayor al partir un ser querido, en la situación de Leoncio, el asidero vital, por no decir el único.

Hizo memoria. Después de haber abandonado su dormitorio. De dejarse de ver unas semanitas a petición expresa de ella, contra lo esperado, el tiempo no produjo ninguna mejoría. Al seguir sin noticias, quiso ir a ver. Se habían ido las semanitas las que, en un dos por tres, se convirtieron en semanotas.

Dos meses sin saber nada de ella. Ella misma lo había dispuesto así. En la vida se iba a imaginar que pensaba suicidarse. La forma de llevarlo a cabo le confundió aun más: se excusó con sus padres argumentando que pasaba el fin de semana conmigo; a mí me contó que tenía proyectado salir de viaje con ellos, cavila Leoncio y se inquiere a sí mismo los motivos del silencio, pero ya sabe que no hay respuestas. Tan grande la tristeza que ni tuvo tiempo de ocuparse de la segunda carta. El sobre celeste, diminuto al lado del otro, encerrará las intimidades, se hizo la idea, sólo que ahora había perdido la importancia.

Se le cortó la respiración al encontrarla pendiendo de una viga. Allí estaba su Gudrun, rígida, bien abiertos los ojos, vueltos hacia arriba en una súplica insonora. Y y allí se quedó clavado él, sin atinar a nada. Suspendida de la cadena del perro de la convecina, todavía se resistía a dar cabo al asunto. En calidad de hipnotizado alarmó a la policía antes de alejarse

del lugar, más abatido que nunca. Mientras se dirigía a un lugar sin nombre, se preguntó las razones de recibir él esa confesión. Y qué hubiera pasado si las cartas se hubieran extraviado. Si no se le ocurría visitarla, todavía creía en un reencuentro.

Quién sabe si para atenuar en parte la sensación de desamparo que provocaba un golpe del destino, se fue en pos de los compadres del pasado. Se resistía al enclaustramiento.

Entre risotadas, copitas de vino, chistes archiconocidos, se estaba mejor que ante una imagen fatal, recomendó la tristeza saturada de resignación. En ese momento sintió todo el peso de no tener la menor noticia de su hogar. Hacía más de seis meses que no recibía carta. La última se la había escrito su padre. Débil, tembleque se notaba la letra.

Imposible amordazar la próxima oleada de fatalismo. El destino no se lo había dicho todo porque donde hay una sorpresa, hay dos. No bien abierta la puerta cayéndose a pedazos, el golpe adicional y dónde más duele. Para comenzar, el tugurio del Cabeza de Chanco estaba vacío. Se lo figuró en el hospital a causa del trago. Leoncio sabía que padecía de cirrosis avanzada. Luego, El Comanche, compañero de piso, rival de épocas idas sin más ni más, yacía postrado en una cama debido a un tajo recibido en el estómago.

Acercó una silla. Poco menos que balbuceando dijo que había perdido de vista al Cabeza de Chanco. Estará muerto... por ahí... en una désas. Igual que loh otroh no máh, ¿no es sierto? Quiso seguir, pero la voz estaba para toser. Mediante un gesto claro, bien que disimulado, El Comanche, envejecido antes de tiempo, le indicó una repisa, como mucho cubierta por los malabares de una toalla hilachuda. Leoncio cogió una botella de pisco,

retiró dos vasos, trozó el limón. Recordó que, en sus buenos tiempos, el Cabeza de Chanco siempre aseguró que aquí puede fartar de to... menoh, limoneh.

A medida que consumían pisco, le confesaba que ya no podía trabajar con las manos porque le tiritaban mucho y por eso lo habían pillado hartas veces ahora último. De idéntica manera, le contó que al Gitano lo tenían bien guardado, se había piteado a una inglesa después de abrirle las piernas, robarla y dejarla tirada. Lo que es de Huevo Duro, del Chico Passo y de Tres Tiritones, ni puta idea. Lo único que sé, porque me lo ijeron ayer no máh, que tamién Mátalas-Callando volvió a Chile... a qué... ¿no sé? Aemáh, hase mucho tiempo que no lo beo, agregó empinándose un trago.

Lo del tajo en la barriga, obvio a consecuencia de un malentendido. Como siempre por cuestiones de plata. Esa vez andaba con el Púrpura. Parese que el Gitano se andúo calentando conmigo y me lansó el terrible navajaso antes de juntarse con l'inglesa, repuso entornando los ojos y echándose a reír mientras se sujetaba la venda con las manos.

Se destapó la segundaa. Los dos con el hocico caliente, nadie ni nada lograba detenerles. A rastras abandonó al Comanche, ahora borracho, dormido, sumido en sueños de flores silvestres y mar... mucho mar. Salió del cuarto sintiendo el corazón más viscoso que a la llegada. Dibujando zetas se echó a recorrer las calles en torno a la Uni. Estaba más solo que la una; con ni siquiera un caniche por compañía. Nos han birlado el pasado yel futuro. Somos giles sin historia, el pasado son jirones de sangre; a mi familia se la tragó el destino, exclamó preguntándose qué hacer de la carta que leída a mordiscones, entendiendo lo que pudo y quiso comprender. Quiso leerla, pero la forma expresarse puso las barreras; él

tampoco era un experto en la lengua de Goethe. Después... la descifraba.

En cada paso la revivificación de las memorias. Pensó en su Juana, en el Chico Passo, sobre todo el día que le vio por primera vez en Hamburgo, y éste se apresuró a referirle lo del Nervioso, en tanto a él que no le quedó otra que contarle lo ocurrido durante el frustrado viaje a España. En lo mejor de las recapitulaciones, se le metió en la cabeza dudar si habría sucedido de esa forma, hasta el extremo de incluso ignorar dónde, cómo, cuándo y por qué habría ocurrido. Enseguida pensó en su padre, su madre, en la hermanita lunática. Cautivo de una insólita sensación de pavor, frenó pasos y pensamientos. Frente a él... una pileta, no muy honda. Varios juncos oscilaban al capricho del viento, además de unos patos recelosos que nadaban sin dejar de vigilar el entorno. Sin embargo, eso no era el motivo. El rayo fulminante, que eso era, se lo propinó un reflejo fuera de serie y conocido.

Noche de octubre, de plenilunio fabuloso, que excavaba historias que se desean olvidar, pero obligan a sumergirse en ellas. Ese resplandor hizo desfilar la película de su vida. De modo desconcertante se las ingenió para exhumar a la Juana, a su familia, a los compadres del alma. Contempló apenado, rabioso, los escombros a los cuales se habían reducido los ideales de otrora. El reverbero ofreció a continuación las caras de sus verdugos. Claro que también señaló un rostro enardecido, redescubierto no hace mucho. Esa figura alada, toda vestida de negro, lo forzaba a contemplar unos ojos feroces, ávidos de venganza que, con sólo mirar ya destrozan. No se acordaba bien dónde los había visto antes, aunque sí el hecho de conocerlos a carta cabal, quizás más allá de lo recomendable.

Sin lograr contenerse, tampoco recuperar el ánimo, se abalanzó a la pileta, dispuesto a todo. O los elimino de una vez por todas, o ellos lo hacen conmigo, se dijo al convulsionarse en el agua. Fue lo último que pronunciaron sus labios. A la mañana siguiente se encontró su cadáver. Se había ahogado en un pileta que no tenía más de cuarenta centímetros de profundidad, suficiente sí para albergar una luna metete, una historia sin final, sin mencionar los ojos amenazantes así como el ser esmirriado por las vicisitudes del camino. En fin, su segundo y último percance.

Cap. VII

Tibia noche de octubre. Luna llena. Sombras y penumbras móviles. Noche serena. De tiempo en tiempo, rostros intercalados en sombras distintas. Tachonados luminosos en medio de las tinieblas. Súplicas a media voz. La oscuridad envuelta en murmullos que se suceden a intervalos, tal vez dictados por cadencias distantes y cercanas a la vez. No hace frío. A la vuelta de la esquina, el aire detenido. Lejos, muy lejos, el ronco zumbido de pololos que aterrizan donde les da la gana. Asimismo las mariposas nocturnas vuelan lejos. Grillos que han enmudecido. Salvo la presencia de la luna, y el guiño de los astros colgando de una penumbra infinita, nadie más porfía en prestar su luz. La intención no es horadar sombras, sacrificar la noche, menos engañar con la esperanza de destapar misterios para luego remplazarlos por otros más sutiles y difíciles de examinar.

La casona, en pleno Barrio Alto de Santiago, a gusto se siente en la oscuridad surgida a consecuencia de los continuos males que aquejan a unas bujías callejeras más pendientes en no quedarse dormidas que en alumbrar lo suficiente. Quien observe el vetusto inmueble a distancia prudente, tendrá la impresión de que se lo ha tragado el anonimato, si bien la quietud consiste en un entramado de andrajos mudos, de modo que las apariencias engañan porque esos suaves murmullos, bien se dejan oír como tímidas plegarias, bien introitos sutiles vacilando entre darse a conocer o callar por siempre. A cargo de invadir la nocturna placidez se pierden cielo arriba, el único paraje que mantiene incólume las promesas que, por haber sobrevivido tanto, a la postre determinó volverse inmarcesible. Así es... así siempre ha sido.

Expulsando un leve quejido, la inquieta durmiente se dio una vuelta. Grande y alto aquel cuarto donde intentaba reencontrar el sueño. Empapelado con algo que, en sus buenos tiempos, habrá sido blanco, hogaño, únicamente gris, se veía salpicado de tintes amarillentos que a media vista ponían de relieve rosas desteñidas, intercaladas con mariposas, en sus buenos tiempos de lo más azules. ¿Habrá mariposas de medio a medio azules?, se preguntó en tanto miraba de hito en hito la bombilla llena de cagaditas de moscas que pendía del cielo raso. En el suelo se reunían los grillos y las cucarachas. Un rayito de luz plateada se filtró a través de los pesados cortinajes de terciopelo verde.

¿Qué hora será?, quiso y no quería saber, de forma especial al no descubrir a nadie en la posición de responderle. Acomodada nuevamente la almohada, hallada la posición salvadora cerró los ojos. Esta vez no se movió más.

Tengo que comunicarme contigo. ¿Qué más hacer? De ti aprendí a vagar por caminos arcanos. Y, ¿hoy? Hoy héme aquí sin arte ni parte. Al presente, errando a ciegas. De tropezón en tropezón. Sin saber si por fin de vuelta o todavía voy. Así que... debo verte, sentirte igual que antes, intensa y libremente, reduciendo las limitaciones a la ilusión que siempre han sido. Verás, querido Jean-Pierre, no creo que la realidad sea una, lo que día a día experimenta la gente. Depende de dónde se la mire y nosotros la contemplamos desde este ángulo recóndito, lúgrube en apariencia, atosigante de tanto anhelo, pero siendo nuestro, trae y distrae con esa deliciosa locura. Ése es el secreto nuestro, sólo nuestro, que nos transforma de forma íntegra, se detiene en el umbral de la expresión, se desentiende del lenguaje, renuncia a medios que no vengan a cuento, así como a fuentes adicionales por regresar de una inspiración inmortal, cuya vehemencia obliga al estremecimiento, fuerza a

tiritar de gozo... de dolor. El máximo gozo no es más que un dolor olvidadizo.

A todas luces, entorno inalterable. Nadie consulta nada. Para qué, además, si nadie se inquieta o se interesa por mi devenir en ese jardín tan nuestro. A fin de evitar dificultades, me mimetizo, barnizada de pies a cabeza ingreso en la normalidad, así la pátina sea traslúcida. Bajo esa capa te quiero más que nunca. Si antes llegaron a sospechar algo, al presente nadie lo hace. Que si el amor es incapaz de vivir de sueños y esperanzas, se da fin de la vida. De allí que subsista, y ese constante palpitar, que me acompaña noche y día, y no me deja respirar sino a graves penas, se haya vuelto elixir de existencia.

¿Sabes Jean-Pierre?, a veces, en los momentos en que estoy a solas, de las ventanas de mis memorias se cuele la traza sutil de mis y tus anhelos, te veo, recupero la magia del primer encuentro, vienes a mí cual sombra traída del seno mismo de las tinieblas doradas. Tú me coges de la mano, yo me dejo conducir hasta el centro del enigma. Comprenderás, Jean-Pierre, que esto no se lo puedo revelar a nadie. No porque vayan a pensar que estoy más chiflada que cabra asoleada, sino en vista de suponer comunicación entre quienes aspiran, al igual que nosotros, y los que viven enjaulados. Dime: ¿tenderías tú un puente entre una ribera sólida y veraz (nuestras esperanzas de mayor calibre) y otra que se niega a serlo por el simple hecho de no ofrecer asidero tangible? Porque has de saber amado mío, son ellos quienes están sumidos en los pegajosos hilos de la irrealidad... no nosotros.

Ya quisiera ver la cara que pones cuando te enteres de mis esfuerzos en acortar la espera. Cuánto no intenté retornar a tus brazos, volver a estar contigo. Así fuera la última vez. Eres mi aliento, sin ti la vida carece de enjundia. Qué más da que lo sepas todo, sin tapujos, si

en la mayor claridad, de preferencia se esconde el sigilo de mayor opacidad. Éste sí, en la vida abrirá la boca y revelará algo, visto que interrumpía el tránsito de la muerte, un misterio adicional. Toca aceptarlo por lo que es, dejar de preguntar qué es.

Como ya sabrás, el tejido de mis anhelos ha recubierto nuestras memorias que otros llaman alucinaciones virginales. También le hice empeño a llenar el vacío que me dejó tu ausencia. Sí. Has oído bien, tu ausencia. Es que te volviste imprescindible para mí, Jean-Pierre. De ahí que llore, me falten lágrimas para expresarte mi dolor, deje de quererte para comenzar a adorarte. Juntando las cortinas verdes, hasta dejarlas entreabiertas, invito a entrar un gajo de luna, sin que mis amigas, las sombras doradas, se vean obligadas a huir, horas enteras miro un punto cualquiera en ese césped verde, ahora interminable. Instantes después vuelven a desfilar nuestras escenas, se yerguen los recuerdos de un pasado que pernocta en la inmortalidad, trastienda de mis ensueños. Entonces rompo a llorar de dicha y pena, de felicidad y dolor, por esperanzas y desengaños... jamás por desamor. Todo a un tiempo. Las lágrimas no requieren de algo que las provoque, tienen su propia dinámica, cuando por ejemplo, en una circunvalación del pasado inmortal, se despiertan esos instantes de alegría y dolor supremos. En honor a ellos resumo ansias y esperanzas, que en otros sitios se dan por perdidas. En esos momentos se abre una puerta secreta en el corazón de las personas, resurge la imagen extraviada, sale la angustia, retorna la vida, el ayer es el mañana de hoy. Es porvenir retornado, únicamente detenido al disfrazarse de actualidad.

¿Sabes?, después de llorar me siento mejor. Será porque siempre terminas consolándome, me acaricias, me tocas donde tanto me encanta, vuelvo a ser tuya de manera cabal. Sí, tal cual me viste en el cementerio y pensaste que era la primera vez y yo callé. Preferí callar.

Para qué revelarte que nos conocemos desde siempre. ¿Recuerdas cuántas veces no te lo pedí? ¿Aún lo tienes presente? Cuánto no te rogué que nos viéramos de nuevo y, pese a todo, sin garantizarme nada, o dejar de cumplir tu palabra, te apareciste anoche. De golpe. ¡Qué felicidad! Con la intensidad acostumbrada nos fundimos en ese amor sediento, voraz, obnubilado, embriagador de sentidos, rayo de luz que se remonta a las alturas hasta ser impulso original, último suspiro de la humanidad, el último que haya de escuchar. Hoy, que por fin he conseguido zafarme de lo poco que me ató, liviana cual aroma divino, me despido de todo esto que aseguran ser mío, pero nunca lo fue. No pertenezco más que a la noche en la que tú eres el lucero que irrumpe en mi seno y yo te hago brillar. Sí, de una vez por todas, amado mío, al punto has venido a mí, en definitiva me has tendido la mano. Esta vez no pienso regresar más. De ahora en adelante seremos dos luces peregrinas, donde la una es la otra, y la otra, una ilusión más.

Cuando doña Bonifacia, que hoy no paraba de darle al rosario, se detuvo a contemplar esa luminosidad fulminante que ingresaba directa y obscenamente en la alcoba de la hija, y comprobó que su niña querida se levantaba de la cama, no supo cómo reaccionar. Tampoco se movió de su sitio cuando la chica se despojó del camisón, alzó los brazos y, desnuda de pies a cabeza, ascendió grada a grada, como si se tratara de una escalera celestial. No obstante la sagacidad y aptitud para la observación con que cuenta, pero en estos momentos no consigue utilizar, tampoco reparó en una mariposa negrísima que volaba a la buena de Dios, como quien dice bajo sus pies; de haberlo hecho, pues con mayor razón se hubiera visto en manos del Creador. Entonces no pudo menos que caer de rodillas y exclamar a plena voz: ¡Gracias... Dios mío! Por tu intercesión... por renacer a la gracia. ¡Bendita seas Virgen María, parienta mía! ¡Gracias por haber oído mis plegarias! ¡Gracias

por tu infinita generosidad!

Más orgullosa que nunca, bien que todavía cobijando recelos sin forma ni nombre concretos al verla esfumarse a la luz de una luna espléndida, entre un concierto de astros silentes, repuso: ¡Qué bien te ves Marisueños! ¡Ojalá nunca dejes de soñar con nuestro bien amado Jean-Pierre! Ida la hija elevó las preces a aquel resplandor dispuesto a perderse en la inmensidad y lo realizó con más fervor que nunca. A partir de esta noche tenía una aliada eterna y, huelga decirlo, celestial.

Don Íñigo

Yo os aseguro, entre los aquí presentes, hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir en su reino

(Evangelio según San Mateo 16,28)

Cap. I

Todo camino que de forma directa o indirecta conduzca al destierro, por más adornado de flores que quiera verse en el futuro, no es sino un derrotero de muerte prolongada, donde contadas veces se consume del todo, sin interesar si, quien se encuentra en él, nació en la vecindad o más bien cayó de rebote. Desgarros interminables. De poco, o nada, saca de apuro la fábrica caras distintas a la realidad de entonces si, bajo atuendos alegres, la impiedad se mantiene viva. Se mofa la herida de los muchos intentos de sanarla o, al menos, ponerle nombre distinto, esfuerzos vanos desde el comienzo, engañosos hasta el final. Cuando mucho caracteriza el sufrimiento inmortal, salido quién sabe de dónde, cicatrices invisibles que duran lo que dura la vida, trascienden de la muerte. Como alguien deba escoger un camino de éstos, sin querer queriendo se lo pasará a los hijos, a los hijos de los hijos, del tiempo hará una farsa tragicómica, de su vida, un carrusel fraudulento.

Íñigo Josué, a la espera de aclaraciones satisfactorias, a como diera lugar mantenía el espíritu despierto, el paso vivo, la vista hacia más allá de sus ojos, y por mientras, abajo. En pocas palabras, de la tierra quería saber, en primer lugar de sus queridas serranías, de la vega del Tajo, de la del Guadiana, las razones de dar de mano el terruño de los ancestros, justo lo que más quería. Callaba la tierra. La Sierra de Gredos. Las demás serranías se tragaban las explicaciones. La dehesa se atragantaba con silencios cómplices, entre los

cuales el sufrimiento irredento pretendía hallar refugio permanente.

Podía haber habido causas sólidas en su partida, en cierto modo detectables a la razón, a los sentidos, sin embargo, por más vueltas que le diera a la cuestión, no pudo visualizarlas; a lo mejor ése no era el caso. Sí. ¿Por qué callar? Faltaba claridad, despeje que sirva de apoyo en momentos cruciales, decisivos, en los cuales no pocas veces uno se juega la vida. La forma de pasar de lo trillado a lo impensable, el hecho de andarse con tiento, mucho tiento, ya que una opinión lanzada al vuelo podía tener el mismo efecto que un balazo a mansalva, a los pies prestaban alas, aceleraban la marcha, independiente de la meta a dónde se dirigiera, de quién fuera a esperarle en algún rincón, de momento imperceptible.

Al cabo de un tiempo, rememora don Íñigo en tanto mira a través de la noche, qué más fuera de ir al garete por senderos dolorosos. En torno a mí, acontecimientos salvajes, inusitados, extraños, aguas que suben y suben y, cuando piensas nadar, ahogan.

El esfuerzo, que reclamó un abandono así, si bien paralizó el presente, no logró mantener en jaque la tropilla de angustias y temores que se desataron en un dos por tres.

De manera indefinible se sentía y no se sentía partícipe en aquel mare mágnum al cual más había asistido por obligación que a bien librar. En la vida sería primer actor. De segunda mano le alcanzaban los hechos, como quien dice desde la trastienda. Y aún no se resolvía a tomar parte en ese acto que se reinventaba la vida.

Ajustado el morral en la espalda, el escalofrío en el pecho le obligó a considerar el revoltijo. Dejó pasar el tiempo, la sensación de andar a la buena de Dios, perdido en un mundo de caras impersonales, congestionadas por pasiones oscuras, impenetrables, donde pedir transigencia pues lo mismo que aguardar la realización de una utopía.

En alguna ocasión se empieza. Antes, se dice, todo andaba de perlas, se vivía de lo que deparaba la existencia, desde luego previsible de cabo a rabo. Hasta acudir eso. De repente. Ni siquiera una leve señal, ni un punto de referencia en momentos en que lo esencial se desprende del alma, hijo querido. De esa manera surge, nadie sabe cuándo acaba.

Desde un tiempo a esa parte, un cúmulo de ideas se estuvo barajando, para ser exactos ensayos dedicados a promover el desarrollo, y sacar del retraso al país. No se estaba lejos de los ecos regeneracionistas de 1911, de las numerosas pláticas sobre pedagogía y educación. Los nombres de Francisco Giner de los Ríos, de Manuel Bartolomé Cossío, actores directos en la Institución Libre de Enseñanza, se sacudieron el barniz de olvido. Pero asimismo había sombras gestándose bajo mano, tal vez de tiempos anteriores a ése, sitio donde a veces está la clave del enigma.

Difícil poner fecha exacta, decir a partir de este instante se inicia el descalabro, de modo especial si conduce a una guerra civil sangrienta.

Posible que ya se haya iniciado con la Generación del 98. En ella se pinta la decadencia, se habla de masas de parados, se registra un pesimismo supremo. Un campo atrasado, incipiente, pauperizado, al cual debe agregarse el estado de la economía, ponen la guinda.

El rey, Don Alfonso XIII, tiene muchísimos problemas que resolver y pocas posibilidades de detener, o, al menos, retardar la disgregación en la sociedad, murmura Íñigo y sitúa la siguiente tesela en el crucigrama, cuyo tamaño crece en relación inversa al teórico consuelo de algún día conseguir descifrarlo.

Una vuelta a más de lo mismo, pese a los entusiasmos y a las expectativas suscitadas en un inicio, la instauración de la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera el 15 de septiembre de 1923 con pleno apoyo de la Iglesia, del Ejército y de los terratenientes. El 28 de febrero de 1930, España ya había dado el paso crucial hacia el derrumbe. Es tal el estado de inseguridad que provoca la dimisión del Gobierno de Primo de Rivera que, con motivos de su deceso en un modesto hotel parisiense, César González Ruano escribía: (...) *Diríase que el corazón infortunado de este pueblo esperaba, en su último afán, que también el marqués de Estella pudiese ganar batallas después de muerto (...).*

A pesar de la afluencia de ideas modernizantes, distante se estaba de conjugar democracia con república y casar liberalismo con progreso humano. Así y todo, hubo intentos. Tras ciertos tira y afloja para volver a tirar y aflojar después de 1911, el 14 de abril de 1931 se proclama la II República. Los objetivos de mayor importancia van dirigidos a provocar una innovación social, económica, política y cultural de la sociedad. Pero no hay vía directa.

Ante la pantalla desfilan los hechos que dibuja la explosión de acontecimientos insepultos. A tanto llegan los recuerdos que debe poner atención si quiere rescatarlos en orden.

El 13 de abril de 1930, don Niceto Alcalá-Zamora es nombrado ministro de Alfonso XIII. Afianza su adhesión a la causa republicana en un mitín celebrado en Valencia el 15 de abril. El 15 de mayo del año en curso, en Zaragoza, don Ángel Osorio y Gallardo exige la abdicación de Alfonso XIII. También contribuye a la caída del rey don José Sánchez Guerra cuando el mitín celebrado en el teatro de la Zarzuela. A más de eso, en el pacto de San Sebastián, suscrito en agosto del mismo año, se considera la colaboración del nacionalismo catalán a cambio del reconocimiento del derecho a establecer gobierno propio. Tanto los republicanos históricos, es decir, Lerroux, Domingo cuanto los intelectuales adictos a la República, como Manuel Azaña y Sánchez Guzmán, Alcalá-Zamora y Miguel Maura en su condición de nuevos republicanos, pertenecen a esta gestión. Asimismo participan socialistas como Prieto y los nacionalistas catalanes.

Gran perturbación e inseguridad en el ambiente. Con creces superaba a las que precedieron al advenimiento de la Dictadura en 1923. De manera que, en 1931 había muchos enemigos y si acaso tibios defensores de la monarquía y, en primer lugar, numerosos indecisos. Sobremanera cerca la época en parte sosegada, bien distante, la del completo sosiego.

En el intermezzo insonoro toma resuello.

Surgen corrientes reaccionarias que persiguen mantener el status quo de ayer, tendencias reformistas, más tarde, republicanas. A las claras se perfila la contienda entre el fascismo, el comunismo y la democracia capitalista. Todavía se ignora cuál de estas corrientes conduce al desarrollo, de qué forma canalizar alguna en tanto se evitan derramamientos de sangre, si bien ya se sabe que no habrá compromisos, que este camino lleva a la creación

de bandos irreconciliables. En 1931, el Gobierno provisional, presidido por don Niceto Alcalá-Zamora, inviste a don Manuel Azaña con el cargo de Ministro de la Guerra.

La influencia del último aumenta hasta el punto de constituir el Gobierno con el apoyo de los socialistas y republicanos liberales e inicia reformas militares de implicación, hecho que le granjeó poquísimas amistades. La Ley Azaña concedía amplias facilidades a los jefes y oficiales que solicitaran el retiro. El instinto recomendaba frenarlos, cuando no, ellos de piedras le sembraban el camino.

La nueva mirada a las alturas, sumergido en la penumbra estrellada, le asegura a don Íñigo que eso sigue ahí sin moverse un milímetro de su sitio.

El 23 de enero de 1932 se disolvía la Compañía de Jesús. La reforma agraria tenía pensado extinguir la propiedad que no hubiera sido objeto de explotación directa por sus dueños previa indemnización de los mismos. De la justa aplicación, Las Juntas provinciales se iban a encargar de la selección de las tierras y de los labradores. Reforma conservadora.

En agosto del año en curso, el general José Sanjurjo, de talante voluble en lo que es la actitud hacia la República, se subleva en Sevilla. A raíz de los lamentables sucesos de Casas Viejas en enero de 1933, el mismo presidente de la República que le había propuesto para el cargo de ministro de la Guerra, le retira la confianza. A todo esto, después de una recuperación significativa de la derecha, las tensiones entre conservadores y republicanos continúan hasta no más. Desemboca la presión en 1934 en la revolución de Octubre en Asturias; la proclamación del Estado catalán de Lluís Companys se convierte en la gota

que colma el vaso.

Ya en 1933 se había visto que la conyuntura andaba mal, de forma que la liquidación del Partido Radical de Alejandro Lerroux, tanto por parte de sus enemigos situados en la banda izquierda (Azaña y Prieto) como en la derecha (Alcalá-Zamora, en la oposición conservadora), liquidaron la gestión. Los escándalos del estraperlo, así como el *affaire* Tayá, entonces, el pretexto, escándalo prefabricado por los enemigos de bandos opositores.

En febrero de 1936 Manuel Azaña asumió la jefatura de Gobierno luego que las Cortes depusieran a Alcalá-Zamora. En mayo accedió a la presidencia de la República. Este héroe trágico, en una de sus tesis postula: (...) *La sociedad moderna se funda en un contrato en el que los individuos aceptan alienar una parte de su libertad en pro de la formación de la colectividad; el Ejército nacional es una de las instituciones que actualizan este pacto, y la que con mayor gravedad lo hace. En defensa de la nación, los ciudadanos, sin distinción de clases, han de estar dispuestos a dar no ya unos años de su vida, sino su vida entera si es necesario* (...). A continuación retoma su idea de una gran coalición de fuerzas políticas unidas por su actitud pro república, con la novedad de que, en esa ocasión, prescinde de forma explícita de todo lo que no fuese *izquierdas*. Y subraya que la república: (...) *cobijará sin duda a todos los españoles, a todos les ofrecerá justicia y libertad; pero no será una monarquía sin rey: tendrá que ser una República republicana, pensada por los republicanos y dirigida según la voluntad de los republicanos* (...)

De modo claro infantiza la jerarquía de relevancias para el Estado en situaciones críticas, de suerte que, por encima de la Constitución, está la República, y por encima de la

República, la revolución (!). En pocas palabras, el hombre nuevo.

Como escritor iluminado, ya en 1919 publica “Estudios de la política francesa contemporánea, la política militar”. Valiosa también su colaboración en los diarios El Imparcial y El Sol, fuera de la dirección de las revistas La Pluma y España. En 1926 obtiene el Premio Nacional de Literatura por su obra “Vida de Juan Valera”. Inconcluso deja sí el libro “Fresdeval”, no así “El jardín de los frailes”, amén de otros ensayos. Toda la vida concibió la democracia como una acción política que consistía en aceptar la tradición con el propósito de enmendarla -o desarrollarla en idéntico sentido- recurriendo a la inteligencia e ilustración masiva; las razones esgrimidas en todo momento habían de reflejar los principios democráticos. De modo que si la única solución consagrada a superar los problemas del país era la democracia, y si la monarquía insistía en seguir impulsando la dictadura militar como recurso exclusivo, no había más salida que identificar democracia con República. Su razón democrática, devino, por ende, razón republicana. No obstante, como todo político, no estaba exento de errores.

Don Manuel Azaña, quien por motivos de la dimisión del Gobierno de Largo Caballero se vio en apuro a la hora de justificar la decisión al apuntar a Juan Negrín para el cargo de presidente de Gobierno, siempre contó con el aplomo suficiente para seguir adelante pese al alzamiento y el comienzo de la guerra civil. En mayo de 1937 hizo lo imposible a fin de paliar la fragilidad de la democracia parlamentaria, a duras penas sostenida por una coalición de lo más volátil.

Las realidades históricas jamás son errores, por entonces oyó comentar don Íñigo en más de una oportunidad, aunque no recordaba quién lo dijo. Quienquiera que haya sido, los hechos se sucedieron al desnudo de espectadores directos e indirectos, por lo que, en febrero de 1939, en un clima político y social conturbados, don Manuel se vio obligado a renunciar a la presidencia de una república vapuleada. Abandonaba España el 5 de febrero del mismo año. Sus huellas humanas se iban a extinguir el 4 de noviembre de 1940, en plena II guerra mundial, en un hotel de Montauban (Francia). Al prohibirse el empleo de la bandera tricolor republicana en la Francia de Vichy, envolvieron el cuerpo en la bandera mexicana, patria de acogida de numerosos republicanos.

El día que te cojan, hijo, no te largan sin más ni más, sin ofrecer tú algo a cambio, tus sueños por ejemplo. Triste la partida, si bien menos que la herida perpetua. Imborrable se mantiene en el alma y el precio que te exige su silencio es siempre demasiado alto.

¿Cuánta España cabía en su morral? Nunca lo supo. Nunca lo sabrá. La inmensidad del mar, cabe en una gota, y la tristeza cabal, en la lágrima que jamás se habrá de derramar.

Cap. II

Mucho antes de que se lo confirmaran los hechos, ya había tenido la corazonada Íñigo Josué Rodríguez Masaltón en su Cáceres natal, semidormida en un provincialismo secular.

Aún paladea los cambios que pensaba a introducir la reforma agraria y las furiosas impugnaciones del Campesino. Más que enderezamiento radical, se trata de alterar un tantito una situación datando de siglos. Al tiempo de iniciarse como consecuencia de la ofensiva emprendida en agosto de 1936, el general Yagüe se apodera de Badajoz. Casi toda Extremadura queda incorporada al bando nacionalista.

Ésa fue pues la llegada del frío y acerbo sable fantasmal. Vigoroso brilló por los aires, de un tajo certero le abrió las puertas a la guerra civil, a mediados de julio de 1937. De dos o tres cortes cercenó a miles de familias, rememora, en aquel tiempo, ya viajero a la fuerza.

Sospecha inicial vuelta certeza final. Gran peso en el corazón nada más detenerme a meditar sobre los últimos años de convivencia mutua. Quién sabe si preso de una inquietud inexpresable, trajiné, bajé, subí las escaleras, salí, entré, hasta ver alejarse a mis hermanos. Iban a Madrid. Aún no tenía presente que nunca más volvería a verles. De la noche a la mañana abandonaron el nido y se enrolaron en las fuerzas franquistas del Pronunciamiento.

Amargo paladeo de aquella evocación. Como puede evita las asociaciones fatales para no acabar mezclando las épocas ni menos confundir a los personajes.

Según los del pueblo, Indalecio y Julián fueron dados de baja. Dados de baja, repite mientras baja la cabeza y observa el entorno, como si fuera un perito en soliloquios. Dijeron que estaban entre los caídos en el combate que se desarrolló en el cuartel de Madrid, prosiguió una voz debajo de la suya. Asimismo dieron a conecer que habían acabado sus días bajo los escombros que causaron los *Junkers*, experimento de lo que, en un futuro no muy lejano, se llevaba a cabo en gran escala en pleno corazón de Europa.

Latente en las memorias, que el portador ha cultivado desde que puso sus pies en un terruño diferente, penan aún los experimentos de los señores Sperrle y Richthofen, se oyen los motores de sus aviones, los aullidos de gente huyendo a todo trapo, bajo los cielos de una España sumida en penumbras.

Al ser uno mismo el caminante, se carece de medios convincentes respecto de las huellas que, en apariencia, se dejan al azar, imágenes opacas, cabizbajas, que peregrinan sin rumbo fijo, como esos en pos de la luz que no se extingue, cuanto más que en estos momentos no atinan sino a fugarse lejos, muy lejos de las voracidades que se les echan encima.

¡No pasarán! ¡No pasarán! Todavía resuenan las arengas que, al anhelar inmortalidad, se tornan inmortales. Frenar al enemigo es lo que se pretende, tanto mejor si se lo ahuyenta. No es la primera vez que se pronuncian; cómo será que puede decirse que vienen de tiempos esfumados, si bien evidencian propósitos incumplidos y por eso jamás se

desgastan. De ahí, el empeño en hurtarle el cuerpo a la vieja maldición, impuesta por un designio ignoto, dictada en épocas pasadas y, sin embargo, tan frescas como ayer.

A despecho de quienes creyeron entender las razones del exilio, marcados a fuego estaban los fugitivos. El ahinco en salvar el pellejo los unía por mientras. Detrás de cada paso, motivos diferentes, como mucho reunidos gracias a un sendero común.

Quien va a la caza de horizontes perdidos, sintiendo todavía el influjo de los dejados a la zaga, teme no poder volver. Tanto ha de ser cierto, se explicó a sí mismo.

Es que no hay tiempo ni para tomar aliento si huyes como sonámbulo y, mal de tu grado, utilizas una senda que habrá de extenderse hasta cerrarse el último pensamiento y fundirse éste a un anhelo, cuya satisfacción ya sabes que no habrá de alcanzarse en las dimensiones actuales, hijo mío. Así es, así siempre ha sido y las preguntas se quedan sin respuesta.

La caza de horizontes, motivo de los abandonos en otras palabras que otrora engatusaron con la impresión de estar al alcance de los evadidos, en cada paso se volvía más improbable. En los rastros abandonado a su destino, se esfumaban los retazos. No iba a ser él, Íñigo Josué, el elegido para sobrevivir a la marejada de bestialidades accionadas por fuerzas lejanas a su comprensión. De tener que luchar, a brazo partido defendía el pellejo.

En el vacío que quedó, tras desplomarse los valores tradicionales, se llevaron a cabo los experimentos, copia de ideas importadas como el de la constitución de 1931 inspirada en la de Weimar. España se transformaba en la antesala de la historia por escribirse. Los

primeros síntomas, simples mensajeros. Tocante a los habituales, esto es, el presentimiento que algo andaba mal, nadie se sentía capaz de satisfacer las necesidades del momento.

La confusión mental antecede al caos de las masas que atinan a moverse sin saber para qué o por qué lo hacen, honda sensación de inquietud que, de manera lenta, y segura, corroe los ligamentos de contención social. Quiérase o no, exangüe deja de quien se apodera. Mejor dicho, un desasosiego continuo, perenne malestar, empuja a los protagonistas a buscar una salida donde nunca la hubo. Que algunas iniciativas sólo desembocarán en agitaciones al tuntún, en vagancia forzosa, desprovista de rumbo definido, desde luego algo de esperar.

Sí, a buen seguro, mis hermanos, igual a miles más de quienes se unieron al llamamiento del 17 de julio dejaron de existir. Tres destinos en un millón. Si no hubieran luchado contra el comunismo, contra el liberalismo, contra el modus vivendi y un capitalismo peculiar de sobra, de seguro que allende los mares, en el escenario adecuado. De ésta, y no de otra manera, fueron cuando niños y adolescentes... así acabaron, vuelve a explicarse a sí mismo, forma de retomar la marcha por un sendero largo, penoso, ingrato.

A prudente distancia seguía Íñigo los acontecimientos, las ideas de la Falange, de Durruti, de García Oliver y de los hermanos Ascaso, aunque sin compartir ni tolerar los desmanes anticlericales cometidos en su nombre, menos las numerosas acciones vindictivas a causa de siglos de opresión de parte de una religión que hace lo imposible para subyugar la sensualidad y resulta que a la postre la relega a un silencio obscuro, sin la menor posibilidad de alcanzar un plano en todo y por todo trascendente.

Defender la República, es defender la democracia, dijo en su día Indalecio Prieto y él estuvo completamente de acuerdo. Dicha liberalidad, en la cabal implicación de la palabra, el equivalente a disfrutar de una realidad irreversible y, de resultados, accesible a todos. En lo que al anarquismo se refiere, doctrina más afín a su naturaleza, en su contenido esencial le decía mucho más que el insistente igualitarismo que trataban de imponer algunos Rojos a un coste lo que cueste, en particular a mataballos.

Defender ideas de derechas, en aquellos momentos todo un lujo visto el estilo latifundista decadente de mi familia, antes, dueños de la tierra, hoy por verse si administradores. La destitución de Franco y su ulterior traslado a Canarias, a cargo de la Capitanía General, me deparó momentos de alegría que, para desgracia mía, duraron lo que dura un beso de adiós, repuso a fin de renovar la amargura, que también de ella se vive.

Las ideas falangistas acabaron por dejarle frío. Con holgura respiró el día que supo de la desaparición indiscutible del fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, el 28 de marzo de 1936. Se le acusaba de desacato. Efectuada la detención se le trasladó a la prisión en Alicante. Allí sería juzgado por un tribunal popular, condenado a muerte y fusilado el 20 de noviembre.

El Frente Popular salió vencedor en las elecciones del 16 de febrero. Como si fuera poco, pese al buen número de partidos situados a la izquierda, a obtener menos votos que la totalidad de las fuerzas restantes, triunfó en las ciudades de más de 150.000 habitantes. En atención a estos resultados se terminaron las discusiones, aunque hubo serias preocupaciones. A consecuencia del triunfo vinieron serios enfrentamientos entre las

fuerzas de la derecha, y ultraderecha, y las fuerzas de la izquierda. En una de ellas le echaron el guante a José Antonio.

En el aire flotaba ya la sublevación de parte de los militares y de las fuerzas conjuntas de la derecha. Ahora bien, de no contar con el apoyo técnico y logístico del fascismo alemán, sobre todo, del italiano, en deseo incumplido quedaba la rebelión. Aunque quise hacer algo, debí conformarme con el papel de espectador suplementario del desmoronamiento general de la sociedad. No era necesario ir demasiado lejos a fin de constatar la afluencia de ideas nuevas, en cierto modo modernas, algunas hasta originales.

Como contrapartida, las fuerzas de cohesión se encontraban de medio a medio en un proceso de desintegración. Uno de los efectos inmediatos consistía en la disipación en una dirección arbitraria, del mismo modo imprevista y efectos desconocidos. Así se hubieran sentido capaces de conferirle la orientación requerida, a manos de esta dinámica no llegaban más allá de dos o tres intentos frustrados o en balde. ¿Qué más sino dejarse arrastrar? No era preciso ser adivino para vaticinar el fin de la época, empezar a comprender que, tales pasajes, ya se habían establecido entre las demás añoranzas. Movido por vibraciones que hurgaban aquí y allí, decidió prestarle apoyo a quienes consideraba defensores de ideas liberales, se preparó a enfrentar los continuos raids aéreos de la tristemente célebre Legión Cóndor, y desplegó iniciativas para luchar en favor de la justicia en auténtico el sentido de la palabra. Pese a hacerlo desde la trastienda, se esforzó como pudo en reparar los errores del pasado. Así fue hasta verte apremiado a mudar de parecer por los dictados del momento y las habladurías de quienes no veían la hora de vengarse, le remece el recuerdo que justo en estos críticos momentos acaba de resucitar.

Cap. III

El primer alto. Mucho camino por delante todavía. Cero seguridades. Noche estaba a punto de dejarse caer. De momento, algún sitio donde pernoctar más o menos a salvo.

Estaba de muerte, no podía más, se dijo don Íñigo mientras paseaba la vista de estrella en estrella, veía empequeñecerse las luces en la distancia. Se le vino a la mente el perfume de las serranías, evocó las escapadas, las excursiones por la sierra de las Villuercas, volvió a ver las encinas, los alcornoques, los castaños y rebollos, ahora en poder de su alma porque querían repoblarla. De modo fervoroso elevó sus últimos votos a la virgen de Guadalupe, solicitando su protección en aquel futuro que nadie había solicitado ni anhelado.

Lo que haga, ni por asomo conseguiré zafarme de las amarras que ciñen el corazón; son eternas, murmuró a punto de proseguir una marcha que se avistaba larga, a lo mejor interminable.

Vuelta a acordarse de sus hermanos. Tan sólo meses antes, la convivencia se había intensificado para enseguida deteriorarse de modo irreparable cuando decidieron largarse del solar de sus mayores y, de manera peculiar, entender a dónde y por qué se iban. Una profunda tristeza pretendía alargar lo que ya se estaba cercenado de raíz. Esa vez, la certeza de que ya no volvía a verlos, redujo a polvo las ilusiones en reserva.

Ellos se iban; él se quedaba, sensación de extrañeza aflorada de la misma fuente que sus temores que, en lugar de disiparse silenciosa y perentoriamente, apartada del drama que la generaba, al ritmo de las siluetas que se tragaba un horizonte de encinas, a cenizas reducían sus anhelos. Disimulo, menosprecio a la vida, ansias heroicas había en una determinación de esta envergadura que, hasta la fecha, tenía la obligación de acarrear en lo más hondo de sus entrañas, convertida en vivencia falaz, trauma secundario a simple vista. Ya que de ninguna manera quiso sincerarse con sus padres, y con ello aumentar la precariedad, a lo mejor una idea fatal, prefirió renunciar al hogar nada más retirarse a sus aposentos. Noche de primavera, de grillos que cantan para desubicar a los depredadores, hecha para escabullirse, como él, que lo andaban buscando y cualquier día iban a prenderle. Cenaron juntos. A media luz el comedor. Quietud pesada. Lo más seguro por miedo a darle a la lengua. Ruido decente de cucharas, tenedores y cuchillos en acción. En voz baja platicaban ellos por temor a despertar ausencias. No he vuelto a probar la adafina; me moriría si lo hiciera, murmura don Íñigo y se tanea la herida invisible a ver si todavía necesita palpitar.

Terminada la cena, pasaron a la salita de estar donde se solía rezar la novena. Íñigo, en detrimento de la repulsión por ritos y ceremonias religiosas de carácter marcadamente formal las que, a su modo de ver, meros automatismos desprovistos de contenido, en atención a la inminente partida siguió la corriente de manera estoica. Rosario más, rosario menos, ¿qué más daba? Fuera de esto, pronto se recogerían a dormir porque mañana era fiesta de guardar y tocaba hacer los preparativos.

En la huerta se despidió de los compañeros de juego de la infancia, de las fabulosas chacinas, así como de las migas que le hacía su madre, infló los pulmones con el aroma de

la dehesa, saludó a los astros que se esforzaban en brillar entre las ramas de las encinas. De ahora en adelante nada podía marchitar el recuerdo. Una brisa perezosa circulaba por entre la arboleda. Cielo arriba, muy lejos, de punta a rabo estrellada, incapaz de contener más astros, la noche cacereña le veía partir de forma impávida.

Medianoche. En puntillas, para no provocar a las tablas, se dirigió al aposento de sus padres. De ordinario rechinaban, expulsaban un vago lamento cuando quien las pisaba se hacía la idea de pasar desapercibido. Abrió la puerta de roble macizo. A la derecha, la madre de ojos cerrados en los lindes del sosiego nocturno. Relajada la cara.

Prematuramente encanecido el pelo a causa de un estigma que la persiguió de por vida y no pudo curar ningún ensalmo. El hijo que debe partir (si no, se lo cargan) dibujó los contornos de la madre que dormía, y tuvo la sensación de que ella le advertía sobre un asunto que él no había conseguido vislumbrar del todo.

Para que veáis, hijos míos, sin ir tan lejos, hasta hoy mismo no consigo entenderlo.

Aquello me ha perseguido día y noche, hijos míos, y sepa cuánto más piensa hacerlo, repuso su madre. Perdidos sus ojos, y envueltos en algo celeste.

Una noche, a la entrada del invierno, le recomendó: Ten presente, hijo mío, esto que te voy a decir: a menos que consideres el camino una forma regular de vida, a través del cual pasas y vuelves a pasar, no superarás nunca el temor que te inspira, mira que se vive en función de la senda creada a nuestro paso y ésta siempre conduce a una meta ilusoria.

Fácil se hacía comprender que ya desde la infancia tenía la impresión de no pertenecer a ningún lugar, que desde toda una vida se había independizado del tiempo. Algún día se me revelará el sentido de haber aguantado todos estos años. Lo más probable, a través de un sueño, cuando el corazón se abre a lo divino, y se manifiesta el Inefable, igual que a mis antepasados, respondía la madre cada vez que el hijo quería conocer los motivos. Un día de éstos le contó la historia completa.

Noche a noche soñaba que frente a mí había una joven hermosísima, vestida a la usanza antigua, si bien recluida en una mazmorra tenebrosa. Así y todo, descubrió una mariposa negra la que, sin embargo, despedía una luz penetrante. Al rato se encumbró y desapareció. Ella, quien aseguró ser parienta mía, y llamarse Lune, luego supo que había sido una señal divina. Y si Dios la visitaba en aquel lugar, porque daba fe de que era buena cristiana. Entonces hizo venir al carcelero, pero éste se echó a reír en cuanto escuchó el relato.

Antes de acabar en la hoguera, me señaló un espejo singular. Me olvidé de la parienta. Con mucha expectación me observé, buscando en él lo que ningún otro me había señalado y rescatar la verdad que sale de allí, mira que los espejos divinos siempre dicen la verdad. Nada de eso. Allí no había ninguna imagen. Una noche me desperté en lo mejor del sueño. De plano encajada en un mundo indefinido, la ausencia de imagen bien metida en la sangre, cogí la lámpara de petróleo, la prendí... me miré. Cuál no sería el susto al ver que era cierto que por poco no la dejó caer. El espejo del salón... pues el mismo de los sueños. ¡Qué horror! El reflejo de la lámpara y del salón se veían a la perfección. Nada más. Para colmo, del espejo ése, herencia de mis abuelos, salieron unas imágenes que poco o nada tenían que ver conmigo. Me desmayé. Del impacto dormía de día y vagaba de noche. Fue

la última vez que recuerdo haber soñado. Albas se volvieron las sienas... ¡a los veinticinco años! ¿Te das cuenta, hijo mío?, declaró antes de refugiarse bajo una mordaza inviolable.

Casi todo nos llega tarde. Íñigo no iba a ser la excepción. Hurgando en unos papeles hallados en el misal de su madre, que él estuvo a punto de tirar al fogón, una corazonada le indicó echarles una leída. Él quería largarse; las ansias liaban sus pies. ¿Cómo estás cariño, hija de mis entrañas? ¡Perdónadme, señor! ¡Perdóname, hija de mi corazón!, decía al final. Ahí fue que se enteró de que la Lune de sus historias, era hija suya, producto del amorío a la luz de la luna con uno que vivía de interpretar sueños. Si su madre determinó no mirarse más en el espejo, luego, por miedo a recuperar a la hija perdida, sobre todo observar que ella reclamaba su presencia, le estiraba los brazos, imploraba cariño.

Dado el paso definitivo. Sin vuelta atrás. El siguiente consistió en reunir los enseres que pensaba cargar y emprender la fuga. Inmóviles permanecían sus padres. Lanzó dos besos al aire, cerró la puerta tras de sí, introdujo el misal en el morral y se largó. Para para siempre, hijo mío. Sí, para siempre me lo confirmó una voz semejante a la mía, así se me antojase distante, perdida en la serranía, distinta de la que me dispensó guarida cuando niño.

Pasadas unas leguas se dio cuenta de otros pasos. En demasía se oía el chirrido de la tierra que hollaban sus botas y las ajenas. Cerró los ojos un instante y vio a su madre, a su padre. Abrían las pupilas, se alzaban, corrían en pos del único hijo que les quedaba. No pudieron hacerlo al marcharse sus hermanos: ellos dijeron que iban de caza y prosiguieron la ruta hasta Madrid. Lo de ellos, hasta cierto punto comprensible. Pero... ¿también él? ¿El heredero de la tradición de sus antepasados? Eso no. De haberlo oído a tiempo, estiraban

los brazos, ataban sus pasos, hasta perdonaban el descuido, ya que sólo eso podía ser. No iba él a dejar tirados a quienes amaba de corazón. De los hermanos esperaban poco; del benjamín, todo. Que se fueran ellos hermanos, lo que es él debía compartir el pan y la sal con ellos. En el próximo kilómetro los divisó dolientes, rasgándose las vestiduras, a su madre le corrían las lágrimas. Fue la última visión. Puerta cerrada atrás.

Se explicó a sí mismo que huía para no dejar su humanidad en manos fascistas. Se humedecieron sus ojos, pero la noche es muy pillá y sabe disfrazar las lágrimas. Dos tenazas atornillaba la boca del estómago... una la garganta, mezcla indefinida de congoja, imputación, desdén. Una vez más perdonó a sus hermanos y quiso conocer a la hermana.

Se lanzó a una vida que suponía mejor. Pero el camino era el camino, y éste iba para largo. ¿Quién iba a revelarme el porvenir? Leguas más adelante se formó el grupo, quince sombras perdidas en la noche.

Propuse utilizar los senderos trashumantes, apartarnos de la zona nacionalista, y como sombras, día y noche movernos entre sombras. Así seas de la zona, en estos días ocurre cualquier cosa, dijo uno, dijeron varios. Por nada en el mundo deseábamos estar en las cercanías de las huestes de Mola o de Queipo del Llano, que nos pasaran por las armas como a ésos que dejaron tirados en el campo a la vista de quien tuviera ojos. De boca en boca corría la bola de que si acaso un afortunado se había escapado una crueldad sin nombre, horrorosa, como la de Mola que en redondo se negaba a canjear prisioneros diciendo que no se intercambian caballeros por canallas. Ningún sitio podía considerarse seguro. Ellos, ni cortos ni perezosos, aceptaron sin chistar y se me unieron.

En lo que años después sería parque nacional hicimos noche. La idea, claro, desviarnos por los Montes de Toledo en lugar de seguir a Plasencia. Todos muy preparados para continuar a pie, mientras más pronto mejor, vista la mortandad que nos pisaba los talones, comunican a continuación los recuerdos desde la distancia de lustros semidesvanecidos, si bien jamás nunca de forma definitiva y total. Difícil contemplar esto desde el presente, de modo particular cuando se trata de *pormenores* irreproducibles. Aquella vez, si se desatienden los descalabros, llegó en buenas condiciones, lo único venturoso en consideración a los hechos que se precipitaron y sin su consentimiento borraron del mapa a quien pillaron desprevenido. Detallar qué ocurrió antaño, hogaño poco recomendable, porque hay ciertos pesos que más vale ignorar. Sabia es la memoria que se niega a desenterrar lo que se ha de guardar para más tarde o... nunca más se larga.

Metido en esto y aquello, rodando serranías, descubriendo pueblos y caseríos ni vistos en sueños, haciéndole el quite a los numerosos frentes de combate aunque peleando con bravura el día que se dio el caso, vagó por las cercanías de Madrid, Guadalajara, Zaragoza, Huesca, Jaca hasta volverse un vasco más que cruza la frontera natural y beligerante junto a brigadistas internacionales que ya habían perdido las esperanzas de un vuelco positivo de la guerra. A raíz de la perdida batalla de Barcelona en febrero de 1939, más de medio millón de fugitivos buscaron protección en Francia, gran parte internada en los campos que el gobierno de Daladier habilitó para ellos, como del de Gurs. ¿Qué hizo o dejó de hacer? ¡Vete a saber! El hijo pensaría que no era yo el caminante, sino aquella imagen del salón.

Cap. IV

Miles de almas en rápida y triste procura de los Pirineos. Poco faltaba poco para alcanzar la frontera de donde esperaban ayuda, si bien, a esas alturas, los menos creían en ella.

Arrastrando los pies, que parecían de plomo, en recua nos abríamos camino y avanzábamos. Cada paso nos alejaba más y más, significaba un nuevo jirón, perder el siguiente trozo de raíz. Cuando se parte, y se tiene conciencia que no se ha de volver, el alma se fragmenta en una porción que subsiste aquí y el resto pertenece al vacío.

Así es, hijo mío. En cada rastro se queda adherida una escama del pez saltando al aire. El camino se hace a base de heridas, y las heridas te obligan a procurar la dicha, dicha que supones al final de la senda, pero la senda, además de ser larga, es también sombría

En febrero de 1939 crucé la frontera, poco menos que a un tiempo con don Manolo Azaña, y entré en Francia. Pronto los acontecimientos en torno a nosotros echaron por tierra la idea de dirigirnos a Cataluña. En el campo de refugiados españoles de Gurs, más cerca de la frontera que del Atlántico, fuimos a parar todos juntos. ¡Ay! Si tan sólo imaginases, hijo mío, lo que es morir en vida en esos barracones hechos de enclenques tablas de madera cubiertas de tela embreada, sin ventanas ni ventilación, muertos de frío y hambre, lluvia y barrizales, dando cabida a 60 de nosotros en 25 metros cuadrados. Lo peor sí, venía un año después, cuando ya me había fugado hacia el este junto a miles de catalanes en busca de refugio en el campo de Argelès-sur-Mer, erigido al fin de la guerra civil. En 1940, el de

Gurs pasa a provisorio campo de concentración de judíos rumbo a Auschwitz. ¿Una idea qué significaba eso? Ahora te lo digo hijo mío: entrar por la puerta y salir por la chimenea. Luego, mil veces preferible el frío, la lluvia, los barrizales, los sacos de llenos de paja en el suelo, comer raíces a las *comodidades* de Auschwitz hasta esfumarnos por siempre

Si en un comienzo me había hecho la ilusión de tranquilidad, de frente me equivoqué. Hervía la cosa en Europa, un ambiente a punto de explotar en cualquier momento. La mayoría sabía bien lo que ocurría, pero paralizados, sí, inertes, entumecidos en algún sitio vital, nadie disponía de los medios, atinaba a hacer algo productivo, tenía la idea salvadora. Los dados del destino habían sido arrojados y nosotros aguardábamos el cumplimiento de la sentencia. Sin la menor posibilidad de cambiar el devenir, cuando menos alterar el rumbo, no nos servía el pasado, en tanto el futuro se había vuelto fuga sin mirar hacia atrás.

Si queréis salvar la vida... entregaos sin condiciones a nuestra generosidad. General Franco. Aquella proclama que dejaron caer los aviones el 6 de noviembre de 1936 congelaba la sangre. Ya conocía las estrategias de mortandad que solían practicar las tropas fascistas. La entrada en la capital las subrayaría y despejaría las últimas dudas. No. No podía confiarse en nadie... a lo sumo en sí mismo... y eso.

En cuanto al aire respirado, diáfano, atrozmente diáfano. En el interior de esta transparencia, sencillito hubiera resultado hacerse una idea de las adversidades que se aproximaban a pasos gigantescos. No obstante, me empeño en pensar que, si bien era previsible, no sé si también posible de evitar. Nadie lo sabía; quiero decir ninguno de nosotros. Quienes llegaban a diario, de mala gana les acogían los franceses, se destapa el

recuerdo, aunque pronto vuelve a cubrirse, no sea que constipe.

Desde que comenzó el conflicto entre las dos Españas hasta la fecha, los franceses mudaron de parecer y actitud repetidas veces. A partir de la caída de León Blum, la frontera sur, en principio se mantuvo cerrada. El interés por los republicanos, en el mejor de los casos se reducía a un entusiasmo *snob* entre los intelectuales de Europa. En el peor, se consideraba a las Brigadas Internacionales, algo así como un imán para aventureros de toda laya, rufianes que husmeaban la oportunidad de resarcirse de las privaciones que impone una sociedad burguesa. Dicho de otra forma, escenario de mortandad montado por asesinos contumaces, vástagos de fuerzas irracionales.

Al ser testigo de los atropellos cometidos a día a día, de los repetidos atentados contra la integridad tanto personal como gregaria, controló las reacciones y observó el conjunto de lo sucedido en torno a él con actitud contemplativa, hasta cierto punto desposeída de pasión. Ocioso agregar que nadaba a contrapelo en un caudal de pasiones desatadas, donde los ideales, eran el curso del rápido, y la doctrina, el lecho. Ambos bandos proyectaban su ideario a través de canales inflamables por lo que resultaba difícil, utópico, apelar al sentido común, al respeto cívico, en último término a la piedad cristiana. Debilidad y fortaleza humana en uno.

No obstante ser habitual las matanzas en la historia, en esta oportunidad se encontraba él en el centro del huracán, punto de quietud mientras no diera un paso en falso.

¿Qué es la historia? Majadera repetición del drama inconcluso, pantalla de proyección del ser humano en un tris de convertirse en divino, pese a faltarle la consistencia para emprenderlo de forma cabal. Hay engaño. Y cómo hay engaño. También la historia emborracha la perdiz, hizo revivir una charla del pasado, nos engaña al hacernos ver que se trata de un drama diferente, incluso nuevo, por el simple hecho de recurrir a distintos actores, que tampoco son diferentes, ni menos originales, sino los de siempre; ellos, entre otros detalles, no accionan los hilos trágicos, hilos que nos llegan de otras épocas. La política, máxime la religión, se valen de estos hilos. ¿No sé qué harían de no tener este recurso?, apuntilló el orador, frases que produjeron un silencio sepulcral en el aula.

El verdadero sentido religioso de España es de fervorosa devoción individual y solitaria, desvivirse por algo, o su renunciación, desentendiéndose de compromisos o haciendo caso omiso de matices, asunto que por lo general se mueve en ambos sentidos. Considerado bajo este ángulo, comprensible, entonces, la idolatría de los conservadores y la iconoclastía de rojos y anarquistas, dio en elucubrar al dejar todo atrás.

Las veces que le tocó presenciar actos vindictivos le causaron el mismo efecto que el fanático acopio de fe de quienes juraban profesarla y se sentían en la obligación de defenderla (no la fe, el fanatismo) y, por supuesto imponerla mediante argumentos militares. Profundo menosprecio sentía por ambos. Si no eran capaces de superar las barreras de lo establecido, ¿qué podía esperarse de los aspectos culminantes de la religión? Si el hombre es el universo, entonces, el último debe resumir lo humano.

Se calcula que a fines de enero de 1939 unos 550.000 españoles cruzaron los Pirineos en menos de dos semanas. Tamaña ola de emigrantes, huyendo de lo que fuera, desprevenidas cogió a las autoridades que no supieron cómo encarar el problema. De la noche a la mañana se vieron forzados a erigir alambradas y crear campos de concentración en Francia y África. Un buen número se reunió en el campo de internamiento de Argèles-sur-Mer, en la playa, hijo mío, un cerco de alambre de púa (como llamas tú), bajo custodia de marroquíes, senegales y algunos gendarmes. En lugar de regalías como al presente, confórmate con tiendas por fortunas tenidas en pie, miserables chozas de paja no brindando protección contra el viento ni la arena. Como en Gurs, nutrición escasa. Gracias a nuestros inventos se cocinaba con agua salada. Ni letrinas ni electricidad, hijo mío, y como te enfermaras –pongo por caso- de tifus, disentería, aquí se acababa la odisea. A veces pensaba enrolarme en el ejército francés; después supe que cuando te cogían los nazis en línea recta ibas al campo de concentración y exterminio de Mathausen-Gunsen. La actitud francesa podía generalizarse, también definirse, como una mezcla de desorientación y profundo malestar por quienes venían a mendigar, sobre cuyo pasado no se sabía nada, sin por cierto desatender el menosprecio hacia lo que no fuera 100% francés. Ni siquiera entienden francés... y ya quieren de todo, una de las críticas que hacían corro. La situación misma, empeorada a causa de estos comentarios, inducían a pensar en la mejor forma de proseguir el éxodo a sitios menos plagados de conflictos directos e indirectos, donde reinara al menos una pátina de calor humano. Hay que aguantarse cerca del terruño, que ya mañana regresamos, soñaban algunos. La ilusión de un desenlace favorable a la causa republicana aún no se tiraba por la borda. Los intérpretes que prestaban sus servicios detrás de las alambradas de espino custodiadas por soldados armados hasta los dientes, los escasos y quizás únicos privilegiados El alma misma calaba la fría humedad costea. Íñigo

se fabricó un nido de cubiertas y compartió sus pertenencias.

En el hemisferio sur, en Chile para mayor exactitud, el Frente de Acción Popular (FRAP) había ganado las elecciones y logrado establecerse en el Gobierno. El presidente electo, don Pedro Aguirre Cerda, prototipo de un mestizaje de sangres que ya se remontaba a más de 300 años, notificó -más tarde lo desmentiría para volver a confirmarlo- a su hombre de confianza (especial) en París, el poeta Pablo Neruda, de que en persona se encargara de sacar a todos los refugiados españoles que allí hubiera y se los trajera a Chile, de lo contrario iba a producirse una catástrofe de padre y señor mío. La mayoría, en cambio, fue a parar a México.

En virtud del dinero republicano se realizó la compra del Winnipeg S.S. Convenientemente transformado y restaurado para el transporte de pasajeros, anclado en el muelle de Trompeloup-Pauillac esperaba la carga humana. Sin embargo, la noble empresa se vio interrumpida por el (no tan) repentino comienzo de la II Guerra Mundial.

Así fue como Chile, de recursos más bien modestos, a fines de la guerra civil acogió a 2.200 desterrados antes de que los tentáculos del fascismo alemán estrangularan a Francia. Pese a la oportunidad de comenzar una nueva existencia, no pocos españoles decidieron enrolarse en la Résistance y continuar la lucha contra la hidra nazi. También más de alguno se encontraba en suelo ruso en la División Azul. Íñigo oyó con cierta apatía que Diego Rodríguez Masaltón, de Cáceres, figuraba entre quienes se tomaron una aldea rusa y no le perdonaron la vida ni a los perros

La noche anterior a su partida Íñigo, de modo cariñoso se despidió de sus compañeros de infortunio y se acostó temprano. Antes de conciliar el sueño pensó en el sentido que había tenido su vida. Bastante difuso, concluyó. Elucubraba su mente acerca de los porqués, trataba de comprender la razón o sinrazón de muchas situaciones. No podían ser mero producto de la voluntad de un Dios, hasta ahora sin manifestarse, permitir que, personas de la misma sangre, ayer juntos, tranquilos, ya mañana se arrancaban los ojos. Le parecía simple, tal vez apartado de la verdadera intención, aceptar estos designios a duermevela, como si de allí pudiera extraerse el significado de la existencia. Mañana se iba, exploraba lugares recónditos, su vida cogía un rumbo diferente, se producían otras incidencias, donde clavijas que las accionaban seguía ignorando, pero contra la supuesta innovación, presentía que las raíces de su ser permanecerían ocultas por mucho, mucho tiempo...

Don Íñigo, a minutos de proferirle un corte a su vida, invitó a desfilas los recuerdos y sueños tenidos a la sazón, cuando la espera de un nuevo destino.

Me vi en un sendero junto a miles más, hijo mío. Nosotros, una muchedumbre hambrienta de todo, rotosa, demacrada. Mudo estaba el que iba a la cabeza, el resto cantaba alabanzas. Canta para disimular el hambre, me aconsejaban de atrás. El que de incógnito dirigía el grupo, llevaba una túnica blanca, fuera de un trozo de tela oscura en la frente. En su derecha portaba un cayado; en su izquierda, un talego de cuero o una faltriquera. Para largo iba el camino. De rato en rato se detenía el guía, abría el talego y cada uno de nosotros depositaba en él lo que en algún instante había apesadumbrado. Cuanto más se metían pesares, jamás lo vi repleto. En un punto del camino vi un abismo que caía de piquero. Allí tiró el depósito de lo que cargaba nuestro guía. En la más absoluta reserva vaciaba el

contenido de tufo insoportable. Entonces nos abrazamos y, llenos de júbilo, ligeros los pasos, proseguimos la caminata. Del modo que sabíamos que ni por lumbre debíamos mirar atrás, también sabíamos que cuan interminable la senda llena de sombras.

Bien de mañana vinieron los gendarmes de nómina en mano y se llevaron a quienes partían a Chile. Entre ellos, a numerosos niños. Vagos recuerdos conserva de la travesía antes de arribar a Valparaíso, sitio en que se quedó a vivir algunos años. Debido a las posibilidades de vivir desahogadamente, y de montar un próspero negocio, cogió sus enseres y se trasladó a Santiago. Con otros en las mismas inauguró un comercio de muebles y bienes inmuebles. Pasaron varios años previo a las primeras trizaduras de la soledad desposando a una extremeña de ojos alicaídos que dijo llamarse Agustina Raquel Rael Benavides. Como una melancolía perniciosa se la robó antes del año, desposó a la hermana, Bonifacia Ester con quien tuvo una hija, María de los Ángeles y, tres años después un hijo, Leoncio Joel.

Sin duda alguna podían haber sido felices, si bien una fiel confinación les recluía en una celda demasiado personal, por lo que imposible saber que Bonifacia era nadie menos que la Lune de los relatos maternos, esto es, su media hermana, y vivía en la comarca de la Vera con un francés que se había ofrecido para luchar por la II República. Cuando se le puso pesada la pista, y sospechó que, de seguir en España, de Guatemala salía para entrar en Guatepeor, regresó a su tierra junto con su amante, pues ya lo andaban procurando y se sabía que no se llamaba Evaristo ni tampoco era extremeño. Prácticos como solían ser los nazis, en un primoroso cementerio se lo cargaron justo en momentos de bajarle los calzones a quien no correspondía, una bella alemana, nadie menos que la querida de un oficial de la SS. Días antes, en un arranque de pesadumbre, Bonifacia había abandonado

París y querido entrar en España a encarar de una vez por todas a su madre.

La avalancha humana camino de la frontera, aparte de detener sus pasos, la obligó a pernoctar en el sitio menos indicado, donde extravió su documentación. Pese a demostrarles a los guardias que hablaba buen francés, sin papeles estaba en las mismas que los exiliados *empapelados*. Al ver cerrados todos los caminos se embarcó a Valparaíso. Durante la travesía se hizo amiga de Agustina, quien juró ante las autoridades chilenas, por lo más sagrado, que esa joven hermosa era su hermana. Pasado un mes Bonifacia perdía el bebé, a criterio de ella, la hija del alma largamente ansiada.

El día en que Íñigo logró establecerse, de la mejor forma que pudo se esforzó en reproducir esa casa que continuaba gimiendo en el recuerdo. Ante todo, de seguida se preocupó de cubrir el espejo del salón que ordenó venir de España a como diera lugar. A juzgar por lo que se comenta, nadie pudo ver jamás qué era lo que guardaba con tanto celo el paño violeta que día y noche tapó eso venido de ultramar Bonifacia lo aceptó sin perseguir ir más allá, porque ya tenía bastante con el secreto de su existencia. Ni Leoncio lo sabe.

Esta noche, deambulando a solas, tanto o más a solas con su soledad que ayer, bajo un manto de estrellas parlanchinas que observan a prudente distancia las lozas del aeropuerto de Pudahuel en Santiago, más que nunca presente que la historia es una pantalla inmensa a la vez que diminuta, sobre la cual se proyectan los pasos del desterrado, del proscrito empedernido, cuyo drama intrínseco vamos a ver si tiene principio y, con el correr de los años, hasta carece de final.

La distancia entre las dos historias, que le ha tocado vivir de cerca, separadas por el tiempo y el espacio, a simple vista no se parecen en demasía, sin embargo, en virtud de las circunstancias, ésta, la inconclusa, se halla tan próxima a esos tiempos aciagos que creyó extintos o al menos anclados en el pasado, que despabila memorias indiscretas, si no azarosas. Según se cuenta en algunos círculos, jamás han sabido de quietud.

Le sacuden las añoranzas, una a una se alzan las escenas de la infancia y reclaman su atención. Entre sacudón y sacudón la historia que las sintetiza, paso a paso recupera la forma. A simple vista, es otra, pues narra los azares de un peregrino que camina y camina a lo largo de un sendero diseñado por la eternidad. Todavía niño la escuchó de labios del abuelo materno. Con la mejor intención de hacerle dormir se la contaba con aquella calma y salero pasados. El chicuelo cerraba los ojos a fin de saborearla gota a gota, ahora que no lograba conciliar el sueño. Y si soñaba algo, entonces con el peregrino del abuelo.

La historia del Ahasvero, o de Juan Espera en Dios como le llaman aquí, guarda poca relación con el rechazo del zapatero de asistir a Jesús camino de Golgotha, y los reproches que éste le arroja a causa de haber seducido a inocentes. Voy, pero tú esperarás hasta que yo regrese. Esa maldición en pago de su dureza, que le condena a vagar, no es de nuestro folclore. Una historia de esta categoría, además de alimentar prejuicios, no nace en nuestro suelo. Y si fuera nuestra, luego, una simpleza; en el mejor de los casos, no pasaba de moraleja. El peregrino de mi historia es otro cuento. De modo oculto forma parte de las tradiciones de los Piadosos, aunque mirándolo con detención también es Al-Jidr, el hombre verde de los árabes. De cutis aceitunado, verde-aceitunado mejor dicho, los ojos semejan dos gargantas negras y hondas, muy hondas, tan hondas que así alguien viviera suficientes

años nunca daba con el fondo. Cada vez que te lo encuentras en el camino, él se lleva el susto mayor. Se dice que es inmortal y guía a quienes algún día serán iluminados.

Entretanto busca la luz, entre fantasmas se va moviendo. Ya adivina que la luz se escapa de las sombras y a ciegas se dirige allí. Si la consigue, se acaba su error.

Como ves, aquí se describe un sendero diferente, si bien apenas dibujado en la noche inmensa. Aún ha de deshacerse de las ilusiones, soslayar las explicaciones pues sus actos son siempre justos. Al haber vagado tanto, posee un saber apreciable y desde luego secreto. Pero esto no basta para despertar de una vez por todas. Debe esforzarse en mantener viva la llama que arde en su frente, permitir que le devore el cerebro una y otra vez, sobre todo luego de haber alcanzado cierta perfección.

¡Cuántos pretenciosos no han fracasado en el intento! Por eso sólo hay uno, el que jamás muere. Ya te imaginarás el lío que es saberse desarrollado y continuar entre fantasmas. Más de alguno pensaba que este peregrino refleja las idas y venidas de la luna y no es más que una alegoría, y ése es el motivo de reverdecir y autoincinerar el cerebro; el verdor de su rostro hablaba el mismo idioma. Es... y no es cierto. Tal explicación falla en lo esencial. En lo que toca a la hondura insodable de sus ojos, la razón de sus actos, de rato en rato hasta descabellados, te deja igual o peor que antes. No se sabe. Visto que su misión es secreta, preparado ha de estar para las sorpresas y los encuentros. Y de ambos ha habido y habrá muchos. En alguna ocasión engaña, cuando sendero arriba, rueda el peregrino del solar y de la memoria inmortales y, al encontrar al de mi historia, apenas distingue su silueta agita los brazos en señal de acogida y sonrío feliz. ¡Es el hijo pródigo que vuelve para renacer!, exclama el esperanzado, pero esa sonrisa si acaso una mueca privada de

edad, y su esperanza se transforma en dolor cuando el Ahasvero, sin mover para nada la cinta negra que cubre la cruz en llamas que arde en su frente, pasa a su lado, reanuda su camino, se reintegra a las sombras, y las sombras, a la eternidad.

Todavía está presente en los haberes de don Íñigo la narración del abuelo. Si de niño no la entendió mucho, y le quitó el sueño, la memoria se la preserva intacta. De ahí que intuya que la historia jamás se detiene. A lo sumo es una boca insatisfecha, imposible de llenar y, cuando se logra, imposible de cerrar.

En la superficie de los hechos, lo que se da a conocer, pues el cuento de nunca acabar, historia que ni siquiera se amortiza, o al menos se desgasta con el retorno al solar, y éste a lo sumo pervive en el recuerdo, cuna de mil engaños, fuente de esperanzas y promesas alegres, ligeras cual burbuja coquetona que estalla en mil colores y para siempre se pierde.

Aún no sabe, o si alguien lo sabe, se lo guarda para sí, que a la otra historia, a ésa que jamás se cuenta, en la cual tal vez se describa a quienes mueven los hilos, y de seguido contradice lo que la oficial asegura a pie juntillas, a los mortales comunes y corrientes no les está permitido el acceso, a no ser que ya estén preparados.

En el mejor de los casos se ha postergado la guerra entre hermanos. Al menos en España hubo intentos de hacer las paces luego de tanta sangre vertida. Pero aquí, nada más que sangre, sangre y más sangre, y echémosle tierra al... asunto.

A continuación de observar cómo se esfumaba el avión que se llevaba al hijo querido, en la inmensidad de la noche se produjo la interrupción dictada por su corazón. La toma de conciencia, con trazas de explicación, aunque plausible, no le satisfizo. Alborotado seguía el espíritu, cavilaba más que nunca.

Desde fuera, esta historia se manifiesta en el exilio impenitente, en la tragedia del hijo pródigo silente, desconocida, del que ya vuelve por hábito, que así emprenda el retorno las veces que quiera, y pecho por el suelo regrese a lo suyo, a lo de siempre, jamás conseguirá sosiego, a causa de conformar la ruta, un peregrinaje infinito y circular, donde la historia a cargo de describirlo, cuando mucho una forma de situarlo en la estructura del sino y, de resultas, en las arcas de la memoria y de la esperanza. Jamás explican, menos aportan consuelo. Son... caminos de sombras, hacia las sombras, a la cuna de la historia jamás contada, de donde algún día resurgirá la luz y mediante ella... el despertar.

De tanto en tanto, los caminos parecen rodeados de luz y riberas dibujadas a las claras. No por eso dejan de ser las sombras lo que siempre fueron, son y serán, un umbral a través del cual se pasa... una y otra vez, ya que no existen atajos. Ni sueñes que la muerte significa liberación si no eres un peregrino de cuerpo y alma y todavía no cobijas la esperanza de despertar para siempre. Que sueñen los que crean tener la sartén por el mango.

Don Íñigo se aleja del lugar. La noche se traga sus pasos. Consciente de que, aunque no todo esté dicho, de momento no hay nada más que agregar.